

HISTORIA DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO:
DE LAS EMPRESAS Y LIGAS DE ITALIA.

LIBRO IX.

Que el conde Pedro Navarro ganó la ciudad de Bugía con la armada real, que el rey mandó juntar para la guerra de los moros. I.

La armada que el rey mandó juntar, y la gente que había de ir en ella a la guerra contra los infieles, en la conquista de Berbería, fue de las muy señaladas que se vieron en aquellos tiempos: y por ella se pusieron en armas todas las ciudades, y lugares marítimos de África: entendiendo el gran poder que se juntaba contra ellos: y que el rey tomaba aquella empresa por la más principal. No tuvieron entonces los moros menos temor de su perdición, que los nuestros confianza de ser señores de todo lo mejor de las provincias de África, que están a la mar: y de extender por aquella parte su conquista: y como la gloria que se conseguía desta guerra era tan grande, por ser los moros comunes enemigos, y tan vecinos, mostraba estar el rey muy determinado de poner en ella su persona, y proseguirla con todo el poder, y fuerzas destos reinos: considerando, que después que se conquistó el reino de Granada, nunca estuvo tan desembarazado, y libre de las cosas que le podían divertir de hacer la guerra que él deseaba contra infieles, como en esta sazón: que tenía el reino de Nápoles seguro, y pacífico: y estaban los otros príncipes muy ocupados en la guerra que se había movido contra la señoría de Venecia. Prevaleciendo tanto en las armas fuera de aquellos reinos, y en el consejo para todo, como se continuaba aquella guerra en tanto beneficio del bien público de la cristiandad, era amado de los más, y temido de todos: y con esto quitaba la esperanza, y ocasión a los que le podían empecer, para que pensasen en ofenderle: y a los que deseaban deservirle, que se osasen atrever: y con tan justas, y honestas armas se sustentó la razón que había, para procurar la paz, y sosiego de los reinos, que él gobernaba por su nieto: y tuvo fundadas sus fuerzas, y poder en toda la autoridad posible: de la misma manera que las tuvo cuando reinaba. Tenía ocupada en esta guerra la gente baldía, y holgazana, amiga de novedades: que podía ser parte en los pueblos, para sostener las enemistades, y bandos: entendiendo, que no es tanta causa de disensiones, la desigualdad de los estados, cuanto la diferencia de las voluntades: y todos los principales que estaban declarados en parcialidad entre sí, se empleaban en cargos de guerra que se tenían por remunerados, y se aficionaban más a servir. Desta manera se proveían las cosas de la guerra como convenía: y se repartían los cargos della, en quien los había ejercitado: y podían dar buena cuenta dellos: y la tierra quedaba en tanta paz, y en tan seguro estado, que no se podían temer otras novedades dentro de los reinos de Castilla. Como los reyes de Portugal habían emprendido su conquista en el reino de Fez, el rey se determinó de hacer la guerra en los reinos de Tremecén, y Túnez: y continuarla por las costas

de Trípoli de Berbería: y en las otras provincias de Levante, hasta Alejandría: porque desta suerte se ponía mayor terror a los moros: y se divertían de poderse socorrer: acometiéndolos por diversas partes, y tan distantes: y juntamente con esto, daba su armada mucha reputación en las cosas de Italia a sus amigos: y era causa que todos tuviesen necesidad dél. Juntóse una parte de la armada en el puerto de Mazarquivir: y había en ella trece naos muy bien armadas, y con gente muy escogida: y salió con ellas del puerto el conde Pedro Navarro, el día de San Andrés: y vínose a juntar con la otra parte de la armada, que había llevado Jerónimo Vianelo, que estaba en Ibiza: y allí se detuvieron, por ser en lo más áspero del invierno: y siendo ya en fin del mes de diciembre, se declaró el conde, que la armada real había de ir sobre la ciudad de Bugía. Residía por gobernador, y capitán general en Orán el alcaide de Los Donceles: y Diego de Vera había hecho embarcar toda la gente que primero estaba en aquella ciudad, con publicación, que había de ir a desembarcar a las Alpujarras: y el conde la llevó en su armada consigo: y salió junta de la isla de Ibiza, el primero día del mes de enero del año de Nuestro Señor de 1510. Eran los principales capitanes que iban en esta armada Diego de Vera, los condes de Altamira, y de San Esteban del Puerto, Ruy Díaz Maldonado, Miguel Cabrero, y Gonzalo Cabrero sobrinos de mosén Juan Cabrero camarero del rey, y dos hijos de Alonso Enríquez, Pedrarías, y Diego de Guzmán, y otros muchos caballeros: y la gente de guerra eran hasta cinco mil hombres, de muy escogidas compañías: y mucha artillería, y muy buena. Está aquella ciudad en la costa de la provincia de Numidia: no muy distante de los límites de la Mauritania Cesariense: y fue en lo antiguo sujeta al reino de Túnez: y así lo era en tiempo del rey don Pedro el IV de Aragón, cuando reinaba Abubacar, hijo de Myr Abuzecri: y de otros reyes que se intitulaban reyes de Túnez, y Bugía: y fueron tributarios a los reyes de Aragón, como en los Anales se ha referido. Conquistóse después aquella ciudad por los reyes de Tremecén, que la poseyeron por largo tiempo ellos, y sus sucesores: y por su causa hubo entre los reyes de Túnez, y Tremecén grandes guerras: hasta que la tornó a cobrar Abufferriz rey de Túnez: e hízose tributario al rey de Tremecén. En tiempo deste Abufferriz se hizo esta ciudad cabeza, y silla de nuevo reino: y le dejó a un hijo suyo llamado Habdulhazis: de quien descendía Abdurrahamel, que en este tiempo era rey de Bugía: y deducía su sucesión por cierta línea de reyes: no embargante que usurpó aquel reino a Muley Abadía su sobrino: a quien legítimamente pertenecía, y se alzó con él: habiéndole sido encomendada la tutela de aquel mozo: y de su reino por el rey de Bugía su padre, que era el hermano mayor: y fue muy servidor del Rey Católico: y siempre procuró tener buena paz con él: y estos dos hermanos fueron hijos del rey Abuffiris, y nietos del rey Adaliffa Abuomar. Parece bien en las ruinas de la vieja Bugía, haber sido muy principal población en los tiempos antiguos: y está asentada en las faldas de una muy alta montaña: y por ella se iba extendiendo su población: y a la parte del monte tenía una muy buena fortaleza, de obra riquísima: y estaba cercada de un muro muy antiguo bien fuerte: y solía haber en la ciudad más de ocho mil vecinos: y fue la principal escuela de las que tenían los moros en África de su filosofía, y secta morisca. Su territorio es más abundoso de jardines, y arboledas frutíferas, que fértil: por ser la tierra muy áspera, y montañosa, y llena de bosques. Aunque el puerto no es muy seguro, se

solían recoger en él diversas fustas, y navíos de cosarios, que discurrían por todas las costas de España: y hacían grandes presas, y daños por todas ellas. Llegó la armada a Bugía, la víspera de los reyes antes de amanecer: y al entrar del puerto, como era antes del día, tuvieron contrario el viento de la tierra: y por esta causa tardó más en recogerse toda la armada, y en entrar junta en el puerto: y surgieron a un tiro de ballesta de la ciudad. Entraron primero en el puerto cuatro naves: y no pudieron pasar las otras, hasta dos horas después de medio día: y salió el conde en un batel, el primero a reconocer la disposición, y sitio del lugar, y del puerto: y tras él salió Diego de Vera: y aunque comenzaron de la ciudad a disparar su artillería, y tirar a las naos, fue de ningún efecto: y sin orden ninguna: y no se recibió daño. Todo aquel día tuvieron los moros lugar de armarse, y ponerse en defensa: y sacaron fuera de la ciudad las mujeres, y niños, y toda la otra gente que no era para pelear: y el rey de Bugía, que estaba dentro, recogió toda la que era útil, y de guerra, en que había más de diez mil peones, y algunas cuadrillas de caballo: y salió en campo por lo alto de la sierra: y de allí comenzaron a descender la sierra abajo hacia la marina, con ademán de gente muy arriscada, y de buena orden, para defender, que los cristianos no pudiesen tomar tierra. Otro día en amaneciendo, que era la fiesta de los Reyes, teniendo el conde, y Diego de Vera puesta en muy buena orden su artillería, para que disparando contra los moros, si se retrujesen, pudiesen desembarcar los suyos, comenzó la artillería a hacer en ellos mucho daño: y tornáronse a lo alto de la sierra: y diéronles lugar, que en muy breve espacio desembarcasen con muchas tafureas, y barcos que llevaban, para este fin. Cuando el conde estuvo en tierra, fue ordenando la gente: e hizo della cuatro escuadrones: y poniendo su artillería en el lugar que convenía, comenzó a subir con el ejército muy ordenadamente por la sierra arriba: para pelear con los moros, y echarlos della: y combatir la ciudad por lo más alto. Pero fue tan grande el miedo de los enemigos, que siendo los nuestros muy inferiores en el número, no los osaron esperar en la sierra: y el rey de Bugía se recogió con toda su gente dentro de la ciudad. Habiendo subido a lo alto del monte, al mismo punto que llegaron al muro, entraron algunas compañías por una ladera de la ciudad vieja, que estaba despoblada: y los unos por aquella parte, y los otros por lo alto del monte, comenzaron a combatirla: y con gran esfuerzo, y concierto la escalaron: y en muy breve espacio la entraron por combate: y mataron gran número de gente, casi sin hacer ninguna resistencia: porque el rey de Bugía, y los suyos, en quien consistía toda la mayor fuerza, así como iban entrando por la una parte de la ciudad, se salieron huyendo por la otra muy vilmente: de suerte, que desde que se comenzó el combate, en espacio de una hora se pusieron en huida a los montes: y los cristianos se apoderaron con gran presteza de lo alto, y bajo de la ciudad: y se puso a saco: y hubieron en ella gran presa de mucho valor, así de captivos, como de ropa, y bienes. Comenzóse el combate en amaneciendo: y en tres horas después del sol salido, fue ganada toda la ciudad. Con la nueva desta vitoria vino a Madrid, donde el rey estaba, Diego de Vera: y fue principalmente enviado, porque mejor pudiese informar al rey, lo mucho que aquella ciudad, y puerto importaban, para la conquista de África: y para que se proveyese lo necesario para su defensa: porque el conde Pedro Navarro pedía, que se enviasen dos mil hombres con un capitán que quedasen en ella: y él se pudiese partir con la

armada, adonde el rey ordenase. Entendióse luego por orden del conde, en labrar una fortaleza junto a la mar: y también se mandó fortificar un castillo que estaba a la marina: porque eran grande defensa del puerto.

Que la ciudad de Argel se puso en la obediencia del rey. II.

Luego que se hubo ganado la ciudad de Bugía, como era una de las principales de África, y la cabeza de aquel reino, todos los lugares que le eran sujetos, así de la costa, como de la tierra adentro, o se desampararon, o trataban de rendirse. Entre ellos era el más señalado a la marina Argel, más occidente que Bugía: que los moros llaman Gezer, que en su lengua quiere decir isla: por una pequeña isleta, que estaba delante, según yo creo: y no por estar vecina a las islas de Mallorca, y Menorca, e Ibiza, como Juan Bautista León escribe. Fue en los tiempos antiguos sujeta a los reyes de Fez: porque según yo he leído en muy ciertas memorias, los reyes de Fez extendían su conquista, hasta comprehender este lugar dentro della: y así parece, que el rey Abdalla, que fue en tiempo del rey don Pedro el IV de Aragón, y era el año de 1347 su confederado; que fue hijo de Abuceyt rey de Fez, se llamaba rey de Fez, de Marruecos, Sujulmenza, Mequinenza, Teza, Cale, Nife, Azamor, Cafí, Tánger, Ceuta, Tremecén, Oné, Orán, Meliana, Almedía, Argel: y de Gibraltar, y Ronda: y el rey Bohauen, que fue diez años después deste, rey de Fez, y tenía las mismas ciudades, conquistó también a Bugía. Después se levantó nuevo reino en Tremecén: y tuvieron gran guerra con los reyes de Fez: y quedó Argel sujeta al reino de Tremecén: y la poseyeron aquellos príncipes mucho tiempo: y quando se alzó nuevo rey en Bugía, según Juan Bautista León escribe, se le rindió este lugar, por ser tan vecino, y tener el socorro de los reyes de Tremecén tan lejos: y habiendo sido sujeto a tan diversos reyes, por un cierto hado, y misterio de aquel lugar, vino a ser cabeza de nuevo reino, y el más rico de toda la morisma, de los desastres, y desventuras de las armadas reales de España: y de los despojos, y robos de toda ella: y casi de toda la cristiandad. Era lugar antiguo, y muy bien murado, y en sitio muy apacible: y tiene su territorio de campiñas a maravilla fértiles: en que se coge trigo en gran abundancia. Envió el conde Pedro Navarro allá un hijo de Alonso Enríquez a requerir a los moros, que le rindiesen al rey de España: y le enviasen luego los captivos cristianos que tenían: y no osaron hacer otra cosa: y alzaron pendones por el rey: y lo mismo hicieron otros dos lugares, que están cerca de la costa, que se llaman Tendoles, y Guijar. Enviaron a Bugía dos moros por embajadores de parte de aquella ciudad, y de los jeques, vecinos y moradores della, y de su comarca: que se llamaban Cide Abdalla, y Cide Abdurrahamen el Motimiri: y el último día del mes de enero deste año hicieron con el conde Pedro Navarro la capitulación desta suerte.

«Gloria, y loor del nombre santísimo de Nuestro Redemptor Jesucristo, y de la siempre Virgen Su madre Nuestra Señora, y el apóstol señor Santiago, y del bienaventurado caballero señor San Jorge, último día del mes de enero, del año de 1510 en la ciudad de Bugía dieron obediencia, y vasallaje Cide Abdalla, e cide Abdurrahamen el Motimiri moros, embajadores de la ciudad de Argel, al muy católico el rey de España, y de Bugía nuestro señor: e en su nombre al magnífico señor conde don Pedro Navarro su capitán general de África, por parte de la dicha ciudad de Argel, jeques, vecinos, y moradores della, e de su comarca: jurando los dichos embajadores de guardar, e mantener, e cumplir la siguiente capitulación.

»Lo primero, que son contentos que el rey de España nuestro señor reciba la ciudad de Argel, con toda su comarca por sus vasallos, e en su señorío: so aquellas leyes, e privilegios, que con el rey moro, e con los reyes pasados vivieron: e con aquellas imposiciones, e derechos que acostumbraron pagar: sin añadirles un quibir: ni agraviarlos en cosa alguna. Y el dicho señor conde, con poder, y letra del rey nuestro señor, que para esto tiene, los recibió por vasallos de Su real Alteza: y luego hicieron juramentos en forma, y pleito homenaje por sí, y por la dicha ciudad de Argel, y su comarca, de ser vasallos fieles del dicho rey de España nuestro señor: e juraron de guardar toda fidelidad: y ser amigos de los amigos de Su Alteza, e enemigos de sus enemigos: e que luego que serán en Argel, farán que todos los principales juren lo mismo, e hagan el mismo pleito homenaje.

»Item prometieron, que después de llegados a la dicha ciudad de Argel, han de dar orden, como fecho en juramento, e pleito homenaje en común, públicamente, en el lugar más conveniente, elegirán dos, o tres principales personas moros, que vayan a dar la obediencia al rey nuestro señor: con los cuales irán dos caballeros que los acompañarán en ir, y venir a la corte del rey de España nuestro señor, fasta volverlos a sus casas.

»Item prometen, que aquellas personas de Argel, que fueren a dar la obediencia al rey nuestro señor, juntamente con los caballeros que el señor conde les dará, han de llevar todos los captivos cristianos que se hallaren en Argel, o en su comarca consigo en España: e quieren, que no pierdan los moros el valor de los dichos cristianos sus captivos: mas que les sean pagados de las haciendas de los judíos moradores de la dicha ciudad: porque otramete judíos no podrían morar en abuhar en tierras, y señoríos del rey nuestro señor: como ellos mismos saben: o pueden informarse, que Su Alteza los tiene desterrados de sus reinos, e señoríos.

»Item prometen, que muy solenemente se ha de pregonar en la dicha ciudad de Argel, y sus comarcas, la fidelidad, y vasallaje que hacen con solene homenaje al rey nuestro señor, luego que fueren llegados a Argel: y que desto han de dar noticia al dicho señor conde: e hacérselo saber, con los caballeros que con ellos envía.

»Item dice el señor conde a dichos embajadores de Argel, que si les parece que deba escribir al rey de Túnez, haciéndole saber, cómo la ciudad de Argel es dada a la devoción, e amor, e vasallaje del rey nuestro señor, e cómo son sus vasallos, e acá han de ser mirados, e defendidos, por lo cual el

rey de Túnez los mire de aquí adelante, e haga cómo sean favorecidos en todas sus cosas, e no les sea fecha ofensa, ni agravio alguno, que lo hará, como por vasallos del rey su señor. Pedro Navarro».

Había en aquella ciudad en este tiempo que se puso en la obediencia del rey, dos aljamas de judíos: la una de los que fueron de España, cuando los echaron della: y la otra de los naturales, que llamaban berberiscos: y era rica de todo comercio, y trato de mercancía, así de tierra, como de mar.

Que Muley Abdalla, que pretendía ser legítimo rey de Bugía, se vino a la ciudad, y se puso en la obediencia del rey: y el conde Pedro Navarro salió a combatir el real del rey Abdurrahamel. III.

Después que se ganó la ciudad de Bugía, estaba toda la comarca para rendirse, y recibir las banderas de España, si el rey Abdurrahamel no se valiera de los alárabes: y no se pusiera con su ejército en campo para resistirlo. Con todo esto se puso tanto terror por todo el reino, y hubo tanta turbación, que tuvo lugar Muley Abdalla, que pretendía ser legítimo rey, y sucesor en él, de salirse de la presión en que le tenía Abdurrahamel su tío: y se vino a recoger a Bugía. Túvose esto por muy buen suceso, para la conservación de aquel reino: que principalmente consistía en la parcialidad, y bando de los moros, y alárabes: y el conde Pedro Navarro le honró mucho, e hizo gran cortesía: pareciéndole, que debía ser favorecido de manera que fuese ejemplo a los moros: porque en una conquista tan larga, y de tanta diversidad de tales gentes, y tan bárbaras, como la que se había comenzado en la empresa de África, había necesidad de buenas obras, para acabarla: pues llevarse todo por hierro, parecía ser imposible: porque lo más della eran alárabes: gente del campo: que do quier que hay sombra es su casa. Señaló el conde para sí, y los moros que con él se fueron a recoger a aquella ciudad, una parte del arrabal de Bugía: y luego se comenzaron a ir para él muchos de sus parientes: y con ellos, y con los moros que siguieron su opinión, comenzó a hacer la guerra a su tío. Juntó Abdurrahamel la más gente que pudo de sus moros: y con algunas compañías de alárabes se puso a ocho leguas de Bugía sobre el río: para hacer desde allí el daño que pudiese: y no dar lugar, que saliesen de la ciudad, ni se desmandasen a correr la comarca: y como en este medio llegasen algunos navíos a Bugía, con gente de las islas de Mallorca, y Menorca, y Cerdeña, teniendo consejo el conde con los coroneles, acordó de salir a dar en el campo de los moros. Habiendo mandado reconocer todos los caminos, y pasos de la sierra, y de lo llano, dejando la gente que le pareció, que bastaba para la guarda, y defensa de la ciudad, se deliberó acometer a los enemigos en su puesto: y ordenó que Diego de Vera, y el coronel Ávila con siete banderas que tenía, y el coronel Francisco Marqués, con otras siete fuesen a acometerlos: y tras éstos siguiesen el coronel don Diego Pacheco, con ocho banderas, y diez banderas del conde, que llevaban los capitanes mosén Bonastre, y Álvaro de Paredes: y en la retaguarda de todo el ejército iba el conde con las compañías de la coronelía de Jerónimo Vianelo: y dando orden a los coroneles de lo que debían hacer, mandó que todos juntos,

habiendo reconocido el campo de los moros, dieseen al alba en ellos por cuatro partes. Con esta orden salió de Bugía el conde con todo su ejército, cuando la noche caía: y fue a amanecer sobre el campo de los moros: y los delanteros, por sobrada codicia, sin esperar que se reconociese el real, dieron al arma a una milla dél: y arremetieron para los moros: y el rey tuvo tiempo de salirse a caballo con mucha otra gente: y visto este desmán, acudió el conde a detener los que iban en la delantera. Tornó allí a ordenar sus escuadrones: y acometieron el real: y pusieronlo a saco, y lo quemaron: y murieron allí el mezar, y su mujer: y su hijo, y mujer, y toda su familia: y la mujer del rey, y una hija suya: y los alcaides del castillo, y de la ciudad de Bugía, y hasta trescientos moros: y fueron presos más de otros doscientos. Habiendo destrozado desta manera aquella gente, volvieron con mucha orden, llevando la presa delante, que fue muy grande: e iban tras ella los escuadrones de Ávila, y de don Diego Pacheco, con las compañías del conde: y en la retaguarda quedaron el coronel Francisco Marqués, y Jerónimo Vianelo: y con esta orden caminaron la vía de la ciudad. Era a dos horas del día, cuando partieron del real de los moros: y habiendo caminado dos horas, acometieron la retaguarda, hasta trescientos cincuenta moros de caballo, y dos mil de a pie, que se habían juntado para seguirlos: pero visto el gran concierto que llevaban, y que les hacían mucho daño con la espingardería, echaron delante una gran manada de camellos: y creyeron, que hostigándolos, los desbaratarían al pasar de un río: y lanzáronlos con mucha furia, para que rompiesen por la retaguarda: pensando que los harían abrir: y que siendo amparados de los camellos, podrían hacer daño en los nuestros. Pero el conde mandó poner por la ribera del río cien espingarderos a la mano derecha, y cien ballesteros a la otra parte: y llegando los camellos juntos, a cincuenta pasos de la retaguarda, mandó disparar cincuenta espingarderos de golpe al tropel de aquella manada: y con el tronido de las espingardas, y habiendo herido muchos camellos, rehusaron el río: y comenzaron a correr por el campo: y Diego de Vera, y Vianelo soltaron hasta ochocientos soldados: y pasó Francisco Marqués con todo su escuadrón para recogerlos: y tomáronlos todos. Entonces mandó el conde recoger toda la gente: y al retraerse arremetieron con mucha furia por un mal paso hasta cien moros de caballo, y trescientos peones, pensando hallarlos desordenados: y los espingarderos, y ballesteros que el conde mandó allí poner, hicieron en ellos harto daño: y la espingardería de la retaguarda, se reparó sobre la ribera del río: y así volvieron en salvo con toda la cabalgada, acometiéndolos siempre los moros por la retaguarda: y derribando los nuestros mucha gente de pie, y caballo con la espingardería: y llegaron de noche a Bugía muy cansados, y fatigados por el largo camino que hicieron. Después desta jornada, mandó el conde poner a punto todos los navíos, y avituallarlos, con propósito de enviar tres coroneles con sus compañías contra Alcoll, lugar muy principal en aquella costa: y más famoso, por la pasada que hizo a él, el gran rey don Pedro de Aragón: de donde tomó la empresa de Sicilia: y hacía el conde principalmente esta provisión, con fin de acometer a Bona, entretanto que llegaba don García de Toledo, a Bugía: que era el hijo mayor del duque de Alba: y se publicó por este tiempo que el rey le había nombrado por capitán general de aquella conquista: y de la guerra que se había de proseguir contra los moros. No se recibió en esta entrada daño ninguno, sino el que sucedió después

desastradamente al conde de Altamira: que hizo a todos muy grande lástima: porque mandando armar a un suyo una ballesta, y dándosela armada, se soltó, y le hirió la saeta: y de aquel tiro murió en breves días: dejando gran dolor, y pesar a todo el ejército: porque el conde era muy esforzado, y buen caballero.

Que el rey de Túnez, y los de la ciudad de Tedeliz se hicieron tributarios, y vasallos del rey. IIII.

Hacíase esta guerra en África con publicación, que el rey entendía proseguir la empresa contra los infieles, hasta ganar la casa santa de Jerusalén: y poner en ella su persona, y estado. Con esto diversas ciudades, y pueblos, trataron de reducirse debajo de su obediencia: y como antes que se ganasen Orán, y Bugía, el rey de Túnez, que llamaban Muley Yahya, ofreciese de hacerse su vasallo, como dicho es, y no se hubiese aquello efetuado, dio prisa de reducirse a la obediencia del rey, porque le recibiese por su vasallo el conde en su nombre: y el conde le recibió con estas condiciones. Obligóse, que siempre que fuese llamado por el rey a cortes, o a cualquier guerra, iría a servirle como vasallo: no teniendo justa ocupación: y pagándole el rey la gente de guerra que llevase consigo, como se acostumbra pagar entre moros. También se obligó a poner en libertad todos los captivos cristianos que estaban en su casa, y en todo su reino: y que si algunos cristianos de otras partes fuesen huyendo a su reino, los enviaría al rey: y ponía tal guarda, y diligencia en toda la costa de la mar de su señorío, que si aconteciese que algún navío de cristianos, o de los moros, que fuesen vasallos del rey, diesen al través, o se perdiesen, proveería con toda su posibilidad, de reparar la gente: y todo lo que se salvase: y lo entregaría a sus dueños: y los cristianos se ponían en salvo: y serían tratados, como en tierras, y señorío de leal vasallo del rey. En reconocimiento de señorío, se obligó de dar, como vasallo, al rey en cada un año dos caballos, y cuatro halcones: y ofreció de poner en rehenes, para cumplir todo esto, un hijo que tenía, que llamaban Muley Boabdili: y porque no tenía otro, y era niño pequeño, y no estaba en edad, que se pudiese dar por rehén, juró de entregarlo dentro de un año: para que estuviese donde el rey mandase: y entretanto ponía por rehenes dos personas de cada un lugar de su reino. También prometió que de sus costas no saldría navío que hiciese mal, ni daño a cristianos, ni a sus bienes: y se obligó por los daños. Esto se concertó en la casa real de Bugía, a trece de mayo deste año: y por el mismo tiempo los moros de la ciudad de Tedeliz, que está en aquel reino, a treinta millas de Argel, a la mar, se hicieron vasallos, y tributarios del rey. Estaba el conde incierto de lo que haría: señaladamente porque mucho antes se había divulgado, que el rey enviaba a Bugía por su capitán general a don García de Toledo: y tenía deliberado, que si el rey le mandase a él seguir la empresa de los Gelves, como se había platicado, salir de aquel puerto de Bugía, a juntarse con las galeras de Nápoles, y Sicilia, en el puerto de Trapani: y para esto había pedido se le enviasen doscientos de caballo, los ciento hombres de armas, y los otros jinetes: y determinó de esperarlos en

Bugía: y que se embarcasen en tafureas: y el rey declaró en el mismo tiempo, que saldría este verano con muy poderosa armada, con ocasión de socorrer el ejército que se había de enviar sobre los Gelves: para que de allí fuesen juntas sus armadas sobre la ciudad de Túnez.

De la enemistad que se declaró entre el Papa, y el rey de Francia. V.

Desde Valladolid había enviado el rey por su embajador a Inglaterra, a don Luis Carroz de Vilaragut: para que entendiese en asentar la concordia de nueva confederación, y alianza entre él, y el rey Enrique su yerno: y llevaba especial comisión para concertarla, si posible fuese, entre el rey de Inglaterra, y Jacobo rey de Escocia: que estaba casado con Margarita, hermana del mismo rey de Inglaterra. Esto se procuraba por el rey con fin, que su yerno estuviese más libre para emprender cualquier cosa contra el rey de Francia, si tal necesidad se ofreciese. Vino en esta misma sazón a Blois, donde el rey de Francia estaba, un embajador del emperador, que se llamaba Rocandolfo: y lo que resultó de su venida fue, que el rey de Francia propuso a los embajadores de los príncipes confederados, que el emperador fuese ayudado con gente, o dinero de los otros príncipes de la liga: para que pudiese defender sus tierras de venecianos, en lo que quedaba del invierno pasado: o se hiciese una tregua general de todos los confederados por algún tiempo: y entretanto se deliberase lo que convenía hacer el verano siguiente, para proseguir la guerra. Pero como después desto llegó nueva al rey de Francia, que el Papa había declarado en consistorio, que no se podía negar a los venecianos la absolución que le pidían, de las censuras en que habían incurrido, como rebeldes, y enemigos de la Iglesia, y que se tenía por cierto, que luego se les concedería, tuvo dello gran sentimiento: y por consejo del cardenal de Ruán, que era enemigo declarado del Papa, y trataba de sucederle en el pontificado aun en vida, se determinó, que su gente, y la del emperador estuviese en orden para el primero de abril siguiente deste año: y procuraron, que con la gente de armas que el Rey Católico había de enviar a Lombardía, para que sirviese al emperador en esta guerra, viniesen algunas compañías de infantería española: y como los franceses son sospechosos, y agudos en sus consejos, entendieron que el Rey Católico era con el Papa de aquella conseja, porque venecianos no se perdiesen: considerando, que ninguno de los cardenales españoles contradijo aquello que el Papa propuso, sino sólo el cardenal de Santacruz, en nombre del emperador: y los cardenales franceses por el rey de Francia. La absolución se concedió tan presto como se pidió: y desta novedad se indignó también mucho el emperador: y como el Papa no sabía nada encubrir, supo que cuando llegó a su corte el conde de Carpi, que iba por embajador del rey de Francia, le dijo el Papa, que si el rey su amo quería juntarse con él, y hacer liga contra el emperador, entraría en ella también el rey de España: y causó gran sospecha desto, entender, que el rey era del parecer del Papa, que venecianos no se destruyesen, ni llevasen al cabo: pero con la gente de armas que el rey ofreció de enviar al emperador,

y galeras si fuese menester, se confirmó más la amistad, y hermandad que nuevamente se había asentado entre ellos: y estando el rey en Madrid, mediado febrero supo por letras de los embajadores que tenía en Francia, que el emperador la había confirmado: y que enviaba sus embajadores a España, para que en su presencia se confirmase por él. Entre otros yerros muy grandes que hizo el emperador en esta guerra, proveyendo las cosas por solo su parecer, y juicio, estando ausente el de Gursa, que era de muy grande entendimiento, y sutil, y con muy gran razón se gobernaban todas las cosas de su estado con su consejo, fue, que empeñó la ciudad de Verona al rey de Francia, por solos dieciocho mil escudos: y no parecía menor inconveniente haber confiado la empresa de Padua, Vicenza, y Treviso a franceses, que habían de entrar por aquella parte con cinco mil infantes del condado de Tirol, y con la gente que había estado en Verona el invierno pasado: con presupuesto, que siendo ganadas aquellas ciudades se le habían de entregar. Pero ya se comenzaba a desengañar, y arrepentir, cuando vio que el rey de Francia acudía con muy grueso ejército hacia aquella parte: y él no quería entrar por Verona, a continuar la guerra, por no encontrarse con él, ni recibir vergüenza: viéndose tan desamparado, y yendo el francés muy poderoso: y aun también porque no se aseguraba. Tenía el Papa a su sueldo a los suizos por medio del obispo de Sidón, que era de aquella nación: a quien dio el capelo de cardenal, pensando que con su ayuda, y con aquellas pocas fuerzas que quedaban a venecianos, y con esperanza que el rey de Inglaterra se había de desavenir del rey Luis, bastaba para impedir su día a Italia: y como estaba tan puesto en resistir a su entrada, y se iba ya declarando capital enemigo de franceses, el Rey Católico con esta ocasión le pedía que le ayudase con alguna suma de dinero, tal que pudiese sostener una buena armada en aquella guerra contra infieles, que bastase a quitar todo el temor, y peligro en que estaba. Pensaba con esto hacer diversos efectos: y lo primero, y muy principal, que se aseguraría la persona del Papa, y su estado: estorbándose la ida del rey de Francia a Italia: por el recelo que había, que se quería entremeter en lo de la Iglesia con perversos fines: porque por este tiempo mandó secrestar todas las rentas de los cardenales franceses, y de los curiales de su señorío: y los mandó salir de Roma: y que viniesen a residir en sus iglesias. Esto causó grande escándalo en toda la cristiandad: y para impedir que el rey de Francia no pasase adelante, decía el rey, que se acabaría con el emperador que se conformase con ellos, en no permitir que venecianos se persuadiesen: y así procuraba de persuadir al Papa, que aquel gasto sería muy frutuoso: pues embarazando la ida del rey de Francia, se podía la armada emplear en la guerra contra infieles: y de ello redundaría la seguridad de toda Italia. Mas cuanto a sacar dinero del Papa, no se podía esperar buena resolución: porque él se quería hallar con él para hacer la gente que hubiese menester, por el temor que tenía: y era muy codicioso: y deseaba tan poco la restitución de las tierras que el emperador pretendía haber de venecianos, como ellos mismos: pareciéndole, que no era a su propósito: ni con venía al bien de la universal Iglesia, que estuviesen en poder de tudescos: y su verdadera afición, e inclinación era, ver a todos los confederados echados de Italia. Sucedió en esta nueva mudanza que amenazaban las cosas de Francia, que habiéndose quejado el Papa públicamente a los embajadores del rey Luis del secresto que había mandado poner en su reino, de las rentas de los

eclesiásticos que estaban en Roma, le envió a decir, que más causa tenía él de sentirse, y querellarse de las intenciones, y obras de Su Santidad: pues había enviado un camarero suyo a Inglaterra, para solicitar al rey, que rompiese la guerra con Francia: ofreciéndole por ello seiscientos mil ducados en las décimas de su reino, y en otros subsidios espirituales: y prometiéndole, que para lo que faltase a cumplimiento de aquella suma, daría banco obligado que lo asegurase. De esto afirmaba el rey de Francia haber sido avisado por amigos que tenía en el consejo del rey de Inglaterra: y mandó a sus embajadores que le dijese, que le agradecía sus buenos pensamientos: y que éstas era obras de buen pastor, y padre universal: y de la cabeza de la Iglesia, procurar guerra entre los príncipes cristianos: pero que por mucho que Su Beatitud hiciese, no acabaría con él que dejase de ser obediente hijo de la santa madre Iglesia. También le hizo entonces saber, que él estaba bien informado de las inteligencias, y pláticas que continuamente tenía en la ciudad de Génova, y en todo aquel estado: para que se le rebelase: mas que con ayuda de Dios él iría en breve con tantas fuerzas a Italia, que podría bien conservar lo suyo, y hacer placer a sus amigos: y algún pesar a los que no lo fuesen: y con esta amenaza le envió a requerir, que se tornasen a confirmar los capítulos de la liga, que se hicieron entre él, y el Papa en Milán, el verano pasado, por medio del cardenal de Pavía: en los cuales se contenía, que el uno ayudase al otro, para la defensión de las tierras de la Iglesia, y del estado de Milán: y quería que se añidiese en aquella capitulación, el estado de Génova: y que el Papa se obligase a la conservación dél: y de ser en su favor contra genoveses, si se ofreciese alguna necesidad. No sólo no quiso el Papa conceder esto, afirmando ser cosa muy fea, y deshonesta, que un Pontífice hiciese liga, y unión contra su propia patria, en caso que el rey de Francia los quisiese maltratar, pero ofreció al Rey Católico, que él haría levantar aquel estado, si él le diese favor para ello: porque estaban los genoveses tan descontentos, y mal tratados, que acometerían cualquier cosa, por salir de la sujeción de franceses. Estuvo el Papa tan sentido, y airado de lo que el rey de Francia le envió a decir, que afirmó en presencia de algunos, que él haría todo extremo por la defensión de su persona, y estado: mas cuando su ventura le fuese tan contraria, que le redujese, a que en alguna manera hubiese de ser sujeto a franceses, y estar a su discreción, en tal caso no se desesperaría: pero de muy buena voluntad suplicaría a Dios, le llevase deste mundo: porque en su tiempo no viese padecer su Iglesia tanta persecución, y tiranía, que él se viese supeditado de aquella tan soberbia, e insolente nación. Estaban ya él, y el Rey Católico muy declarados en no dar lugar, que los venecianos se acabasen de perder: y en esto estaban muy conformes, cuanto más entendieron la grande ansia que el emperador, y el rey Luis tenían en procurar su perdición: y concertáronse los dos a contradecirlo: y excusarlo cuanto pudiesen: y con esta deliberación que hubo entre ellos en gran secreto, el Papa los absolvió de las censuras que contra ellos se habían promulgado. Cuando se entendió esto, el rey de Francia, y el cardenal de Ruán, que vivió poco después, concibieron gran sospecha del rey, como dicho es: creyendo que era consejo suyo: y que él lo había procurado: y él se excusaba con decir, que antes se hizo por su parte instancia, para que no los absolviese, hasta que hubiesen restituido al emperador sus tierras: porque con aquel torcedor le parecía, que con menos dificultad las restituirían. Afirmaba

juntamente con esto, haber deseado que aquella restitución se hiciese por la paz: y que hubiese una unión universal para la guerra contra los infieles: y que el Papa decía, que de derecho no pudo negarles la absolución: pues no habían sido interpuestas las censuras, sino por las tierras de la Iglesia, que se habían ya restituido.

De la diferencia que se movió entre los de Bayona, y Fuenterrabía, sobre los límites de la provincia de Guipúzcoa. VI.

Allende desto, comenzaron a nacer nuevas sospechas que el Rey Católico procuraba de estorbar la paz, y concordia entre Francia, e Inglaterra: porque se había de nuevo unido, y muy estrechamente confederado con su yerno: y que don Luis Carroz de Vilaragut su embajador trataba con grande artificio por diversas vías, que quedasen las cosas en rompimiento entre franceses, e ingleses. Íbanse encaminando de manera que todas parecía que amenazaban alguna gran mudanza, y nueva disensión, y guerra entre los mismos príncipes confederados: y que el mayor rompimiento sería entre España, y Francia, por la enemistad antigua, y por la sucesión del reino de Nápoles: y cualquier novedad se temía, como ocasión de los daños que se recelaban. Había en este tiempo, como dicho es, contienda entre los vecinos de Fuenterrabía, y los de Hendaya lugar de Guyena, sobre los términos que parte entre ellos el río de Bidasoa: y contendían sobre cuya era aquella ribera: y si pertenecía al reino de Francia, o al de España: o si era la mitad de la provincia de Guipúzcoa, y la otra de Guyena: y los franceses a la fin se resolvían que les pertenecía la ribera que está de la otra parte del río: y que así la habían poseído: y averiguaban esta su pretensión, con lo que pasó en las vistas que tuvieron el rey Luis de Francia el XI, y el rey don Enrique de Castilla: porque en ellas se tuvo el río por límite de los reinos de España, y Francia. Llegó esta diferencia a tanta contención, que los de Fuenterrabía pasaron el río con algunos tiros de campo, contra cierta gente que se había juntado de la otra parte: y quemaron unos molinos, y un espital que estaba cerca de aquella ribera: porque los de Hendaya habían tomado la barca de las lanas: y mataron algunos hombres: y en toda aquella frontera se pusieron en armas. Porque esto no fuese causa de nueva discordia, fue por los reyes cometido de consentimiento de las partes, a ciertos jueces que se disputaron, para recibir las informaciones sobre el derecho, y posesión que alegaba: y por el rey de Francia fue nombrado Guillén de Laduchs: y por el reino de Castilla Francisco de Trilles: y después fue acordado por los reyes, que aquella información que estos dos recibieron, fuese no sólo para en lo que tocaba a la posesión, pero también para en lo principal: y juntáronse con ellos otras dos personas, uno del consejo del rey de Francia llamado Mondero de la Marchone, y el licenciado Cristóbal Vázquez de Acuña del consejo real de Castilla: y estos jueces declararon por vía de sentencia interlocutoria, adjudicando la posesión del río de la una, y de la otra ribera a los unos, y a los otros: entre tanto que se determinaba sobre lo principal.

Que el rey pidió al Papa le concediese la investidura del reino libre, como la tuvieron sus predecesores. VII.

Procuraba el Papa por la enemistad que tenía al rey de Francia, de concertar al emperador con la señoría de Venecia: y que para este efeto se le restituyesen las tierras que él pretendía ser del Imperio: y como los venecianos se extendían a ofrecer muy poco, y el emperador lo pidía todo, no era posible reducirlos a buenos medios de concordia. Trató postreramente el cardenal de Ríjoles con los embajadores venecianos que estaban en Roma, sobre los medios desta concordia: y procuró persuadirles, que ordenasen, y asegurasen sus cosas: y las concordasen: porque de otra suerte, por la liga de Cambrai eran obligados de hacerles la guerra juntamente con el emperador, hasta que enteramente hubiesen restituido a cada uno dellos sus estados. Mas como ellos creían como por fe, que no podían recibir daño alguno en su ciudad, y en lo de más les parecía, que era mejor defender lo que tenían en tierra firme, que no entregarlo, ni dejarlo perder, no querían venir a medios iguales: porque juzgaban, que cuando las cosas sucediesen mal, no podría ser peor que perderlo: y ellos entendían en hacer su deber por su defensa: y tenían gran confianza en el rey de Inglaterra: creyendo que los había de favorecer, y ayudar: y no menos la tenían en el Papa, y en el Rey Católico. El rey, aunque era muy requerido por el Papa, que se confederasen los dos, y se declarase contra el rey de Francia, no lo quería hacer, si no le ayudase con dinero: y le diese la investidura del reino, para sí, y sus herederos llanamente: lo que se había procurado desde que estuvo en Nápoles: y el Papa quería que se hiciese confederación, y liga entre ellos, para conservación de sus estados: y que no le pidiese dinero, ni la investidura: porque decía, que dineros no tenía muchos: y que las rentas de la Iglesia las expendía bien: y si algún dinero se había allegado de los oficios, y de otras cosas extraordinarias, habían pasado siete años en recoger alguna suma: y si él la gastase, y supiesen que estaba pobre, y que no tenía con qué defender su estado, se le atreverían, no solamente los príncipes, pero los súbditos: y otros particulares. Que por esta causa le parecía cosa muy conveniente guardar su dinero, para las necesidades, y conservación del estado eclesiástico. También afirmaba, que por entonces con honor suyo, no le podría dar la investidura del reino: porque no se la habiendo concedido estando en persona en Italia, sería atribuido a imprudencia, dársela agora sin causa muy necesaria: pero que por ventura podría ofrecerse en el discurso del tiempo tal ocasión, que por medio della se le diese. Pretendía el rey que en darle la investidura, no hacía cosa nueva: pues sus predecesores la concedieron a los reyes pasados de la casa de Aragón, que fueron cinco: y que para esto había muy evidentes, y grandes causas, para que Su Beatitud no le negase aquello, que no se había negado a los reyes sus antecesores: pues no concurrían en su persona menos méritos, y servicios hechos a la universal Iglesia: y a la sede apostólica: siendo verdadero, y legítimo sucesor de la esclarecida memoria del rey don Alfonso: que alcanzó del papa Eugenio la investidura de aquel reino para sí, y sus herederos, y sucesores. Demás desto era muy sabido, que haciendo la guerra como se había hecho, y hacía cada día con mucho gasto, y con tanto poder contra los infieles, por el ensalzamiento

de la fe católica, y de la Iglesia Romana, lo que de muchos tiempos atrás ningún otro príncipe cristiano había intentado, no solamente se merecía alcanzar aquella gracia de la sede apostólica, como la hubieron otros príncipes, mas otras cosas muy mayores: señaladamente que ya la tenía de la metad del reino del papa Alejandro: y el rey de Francia le había renunciado la otra parte. De manera, que cuando el papa la otorgase, le concedería poca cosa: y él la recibiría de su mano por grande beneficio: y que no debía ser de confederación decir, que no descendía por derecha línea del rey don Alfonso, sino por la transversal: pues tenía tan buen derecho para en la posesión, y propiedad. Todavía el Papa se excusaba con ofrecerle, que en su tiempo no le ponía impedimento alguno: y el rey esperaba ocasión, que no se le pudiese negar como él la pedía. Habiendo pasado sobre esto diversas demandas, y respuestas, sucedió que por haber concedido el Papa la absolución a los venecianos, el emperador se indignó dello gravísimamente: y dijo contra el Papa muy recias palabras en público: y por esta causa se hizo en su corte mal tratamiento al nuncio apostólico: y no quiso dar audiencia a Constantino Cominato: ni consintió que llegase donde él estaba: antes le fue forzado volver a Ravena. Entonces el Papa se concertó con el rey de Francia, con temor de la ida del emperador a Italia: porque se había concluido en Augusta una dieta con mucha satisfacción suya: y también porque tuvo nueva que se había asentado cierta concordia entre Francia e Inglaterra. Prometía el rey de Francia al Papa en este nuevo tratado, de no pasar con ejército más allá de Rezo, que era del duque de Ferrara: y el rey Luis pretendía ser del estado de Milán: y que ayudaría al Papa contra el emperador, en caso que quisiese pasar con ejército a coronarse: y cuanto a la conservación del estado de Génova, porque el Papa se quiso obligar de ayudar al rey de Francia contra los genoveses, si se levantasen contra él, prometió de no darle empacho en aquel estado. Estando las cosas en estos términos, el Rey Católico se determinó de firmar nueva liga con el Papa: pero como no se quería apartar de la confederación de Cambrai, ni hacer cosa en perjuicio del emperador, el Papa estuvo al principio dudoso: y por esta causa rehusaba de concederle la investidura: señaladamente porque el rey no se quería apartar de los otros confederados: antes procuraba, que el emperador fuese ayudado para acabar su empresa, hasta cobrar lo que le pertenecía: y el Papa habíale cobrado grande aborrecimiento: y como tenía poca confianza en la concordia que nuevamente había tomado con el rey Luis, estaba determinado que si pasase el Po, o el emperador fuera a coronarse, no esperar en Roma. Por esta causa mandaba dar gran prisa, que se pusiesen en orden ciertas galeras: y en la obra que había comenzado en una fortaleza que mandó labrar en Civitavieja: porque tenía deliberado de irse allí con los cardenales, y embarcarse. Como el rey conocía, que el Papa era muy vario, y que en sus deliberaciones había poca constancia, y que en lo que prometía no hallaba firmeza ninguna, y que todo su intento era, poner discordia entre los confederados, conservábase con él, y entreteníale: y tomaba lo que podía sin causar sospecha, ni romper con los otros príncipes por poca cosa: y porque los fines, y presupuestos del rey de Francia no eran buenos, atendía a lo que más le cumplía, por la conservación del reino de Nápoles: entendiendo que se había de sustentar con fuerzas, y poder: confiando poco del amor, y fidelidad de los naturales dél. Para esto, y para refrenar la grande ambición del rey de Francia, consideraba el rey,

que le importaba mucho la estrecha unión, y alianza que nuevamente se había asentado con el rey de Inglaterra su yerno: porque este solo recelo, con el poder, y fuerzas de los reinos de España, era causa, que de la necesidad hiciesen los franceses virtud: y con este temor él esperaba, que ternían por bien de conservar su amistad: mayormente estando el emperador unido con él. Trabajaba por esta misma razón de conservar al Papa, no confiando dél: y también el Papa procuraba de sustentarse en su amistad hasta ver lo que harían el emperador, y el rey de Francia: y en este medio tentaba si podría hacer la liga con él, sin dar la investidura. Así andaban los unos, y los otros muy sospechosos en su confederación: y el rey se iba apoderando del juego de arte, que parecía que traía entre las manos la baraja: y que las mejores suertes eran las suyas. Después que partió del reino, habían hecho grande instancia Fabricio, y Próspero Colona, que se diese licencia al uno dellos, que pudiese tomar conduta de algún príncipe, o señoría de las de Italia: y decían que no la pidían por no tener deseo, y afición de servirle: sino porque estando el reino en paz, y el rey tan libre de las guerras que se podían ofrecer, seguirían el partido que mejor les estuviese: y en esa misma coyuntura trató el Próspero, por medio de don Diego de Mendoza, que era grande amigo suyo, que el rey tuviese por bien de darle licencia, que pudiese seguir la parte con algún potentado que le conviniese: y ofrecía, que desto se le seguiría más utilidad, y servicio que tenerle como estaba: pues donde quiera que estuviese, había de mirar, que fuese preferido el servicio del rey. Entonces les dio el rey licencia, que pudiesen concertarse con amigos, y confederados suyos, y no con otros: y con condición, que si después tuviese el príncipe, o señoría a quien siguiesen, guerra con él, fuesen obligados a dejarla: pero el Próspero no quiso salir del reino, por no se le dar tan libre la licencia como él quisiera: y era muy requerido de la señoría de Venecia, para que tomase su conduta. Poníase ya en este tiempo el rey de Francia tan adelante en las cosas de Italia, que tenía en nuevo cuidado al rey, no intentase de pasar al reino improvisamente: y era de temer más en sazón que se había de enviar la gente de armas del reino al emperador, como estaba entre ellos tratado: y también habían de ir las galeras del reino al golfo de Venecia. Estaban en esta sazón más fortificados los lugares importantes del reino: y Gaeta estaba de manera, que parecía inexpugnable: y tenía tan sojuzgada toda la tierra de Labor, que aunque fuesen los enemigos señores del campo, siempre quedaba con ella la esperanza cierta de cobrar lo perdido: porque quien tiene aquella fuerza, puede esperar muchos días el socorro: y hay gran aparejo para recibille, y disposición para ofender después a los contrarios: y en ella acontecía ordinariamente, como suele ser en fuerzas de tanta importancia, que cuando se defendía de los enemigos, estaban en mucha parte del reino suspensos, e indeterminados en ser deservidores, o no serlo: dudando del fin de la vitoria: y con esto los que seguían su opinión, no faltaban, ni perdían la esperanza de buen suceso. También el Castillo Nuevo, e Iscla estaban como convenía: porque las otras fuerzas de tierra de Labor, cuando era menester, con la facilidad que se perdían, se volvían a ganar. En Calabria sólo el castillo de Cosenza ponía ley, casi en toda aquella provincia: y convenía por esto, asegurarlo más de lo que estaba: y Giraci, Castelvetro, la Rochela, Tropea, y la Amantia estaban en poder de fieles: y Tarento, y Gallipoli tenían necesidad de reparo: aunque Gallipoli por su sitio es fuerte: y porque Otranto tenía mejor

disposición de fortalecerse, e importaba mucho por el sitio, se dio orden en fortificarlo: y reparar los castillos de Brindez: y también a Barleta, que está a las espaldas: porque en estas ciudades, y fortalezas consiste la defensa de aquellas provincias: y todo lo restante del reino ordinariamente solía ser, de quien señoreaba el campo.

Que el rey intentó de procurar con el rey de Francia, que se moderase el artículo de la concordia, que había entre ellos, sobre lo de la sucesión del reino de Nápoles. VIII.

En este tiempo Alberto Pío señor del Carpi daba grandes esperanzas al Papa, en nombre del rey de Francia, cuyo embajador él era, ofreciéndole que se contentaría de pasar por la concordia que se le pedía: pero el Papa no se aseguraba: o mostraba que no se le guardaría aquel partido: porque el rey de Francia decía, que cuanto a lo que se ordenaba que su ejército no pasase del Po, no podría excusarlo: porque le convenía castigar a Pandolfo de Siena: y enviar a Perugia a recibir la enmienda, y satisfacción de Juan Pablo Ballón: siendo Perugia de la Iglesia: y Juan Pablo capitán del Papa. Allende de quererse entremeter en estas cosas, pretendiendo el Papa, que Ferrara era feudo de la Iglesia, se declaró el rey de Francia, que no dejaría la protección del duque, y de aquel estado: porque por ello perdería mucha reputación en toda Italia: y conocióse manifiestamente, que tal era la intención del francés: cuando ya comenzaba a publicar, que quería ir a Perugia, siendo estado de la Iglesia: y para castigar al que era súbdito del Pontífice. Esto ponía aún al Rey Católico mayor sospecha: porque la principal causa de la indignación que el rey de Francia tenía contra éste, era porque en tiempo de la guerra del reino, había recibido cierta suma de dinero, con que se ofreció de hacer gente, para enviar socorro a Gaeta: y cuando iba, eran ya rotos los franceses: y pedía el rey de Francia se le restituyese el dinero: y Juan Pablo se excusaba, diciendo, haberse gastado en la gente, y en otros aparejos de guerra: y no parecía aquélla tan honesta causa, para que un príncipe tan poderoso se moviese por sola ella. Deste miedo de la pasada del rey de Francia a Toscana, se aseguró el Papa mucho con la muerte del cardenal de Ruán: y luego se determinó de no salir de Roma por aquel estío: porque como quiera que no dejaba de creer que el rey de Francia, si pudiese, echaría mano a lo del estado de la Iglesia, y en todo lo demás que bastase, y que su fin era sojuzgar a Siena, y Luca, pero cuanto a lo espiritual desistiría de seguir otros medios muy perjudiciales, y escandalosos: pues cesaba el respeto del cardenal de Ruán, que se había persuadido que sería elegido Papa, privándole a él del pontificado: y que olvidaría aquellos fines de procurar que él fuese depuesto. Como todo su fin del Papa era haber a Ferrara, no estaba sin alguna esperanza, que el rey de Francia le daría lugar para ello: porque hasta entonces lo había estorbado cuanto pudo, el cardenal de Ruán, por tener ganado el voto del cardenal Hipólito de Este hermano del duque. En esta sazón se entendió haberse ofrecido por parte del Gran Capitán al Papa, que si le quería en su servicio, aventuraría a perder más de cincuenta mil ducados de renta que tenía: y lo dejaría todo por ir a servirle: y no estar donde no se estimaba lo

que había servido, y podía servir: y que con esto fue enviado por él a roma el comendador Aguilera: y el Papa le recibió tan bien, que ofreció, que si se fuese para él, le haría confalonier de la Iglesia: y le daría la gente de armas, y ejército, y muy grandes, y aventajados partidos: pareciéndole que para poner mayor freno a los franceses, no había otro mejor remedio, que tener al Gran Capitán: y que con él era muy pequeña empresa ganar a Ferrara, pues podía ser pacífico señor de toda Italia. Pidía Aguilera al Papa de su parte, que le diese a Terracina, para que pudiese estar en ella la duquesa de Terranova su mujer, con sus hijas: y aunque el Papa ofrecía de darles cosa que fuese tal, y tan cómoda como aquel lugar, no se osó determinar en ello, o por su grandeza, pareciéndole para mayores empresas en las que podía comenzar, siendo él tan viejo, o temiendo, que por esta causa le sería contrario el Rey Católico: porque el rey de Francia le había pedido seguridad que el Gran Capitán no aceptaría el cargo del confalonier de la Iglesia, ni iría a servir al Papa: y así era su persona la más estimada que hubo en aquellos tiempos: pues tales príncipes, o deseaban tenerle por amigo, o se recelaban tanto que les fuese enemigo. De cada día se iba más declarando la sospecha que el rey de Francia tenía del Rey Católico: y no la podía ya disimular más: y sobre ello escribió a la reina de Aragón su sobrina, y al obispo de Rius, que había venido por su embajador a Castilla, que sentía por cosa muy grave, que el rey se juntase con el Papa en las cosas de Italia: y no siguiesen la empresa contra la señoría de Venecia: y el rey hacía con él grandes cumplimientos. Afirmaba, que todo lo que él procuraba, procedía del amor, y verdadera hermandad que tenía al rey de Francia: y que antes que sus embajadores fuesen a concertar la paz con el rey de Inglaterra, siempre aconsejó a su yerno, que tuviese buena amistad, y concordia con él: y aunque tenía por cierto, que él como Príncipe Cristianísimo se concertaría con lo que de derecho le pertenecía, y que no tenía ningún fin de ocupar lo ajeno, pero porque algunos daban a entender que llevaba otros pensamientos, y sentía que dello tomaban alguna sospecha los príncipes de la cristiandad, si viesen la obra en contrario la perderían: y todos holgarían de conservar su amistad: y él gozaría con descanso de toda la prosperidad, y grandeza que Dios le había dado, encaminando sus buenos sucesos. No eran estas sospechas tan vanas, y sin fundamento, que no fuese cierto, que el rey había movido, y procurado de confederarse con el Papa, para la conservación de sus estados: como el rey de Francia lo había hecho: y tenía él desto más necesidad que otro príncipe, por lo del reino de Nápoles: y quería estar apercebido de amigos para la defensa dél: porque si el rey de Francia quisiese acometer algo en su perjuicio, no bastase a salir al cabo con ello. La principal causa destas sospechas nacía, porque en el asiento de la concordia que se hizo entre ellos, con el matrimonio de la reina Germana, estaba tratado, que en caso que se disolviese sin quedar hijo, o hija dellos, recayese el reino de Nápoles en el rey de Francia: y parecía que en tanto que aquella condición no se moderaba, era imposible que el rey de Francia no tuviese todo su pensamiento en lo de la sucesión de aquel reino, para en su tiempo, y lugar: y que el Rey Católico dejase de tener grandes celos dél, teniendo fin a lo ajeno: pues era muy entendido, que de justicia ninguna cosa pertenecía en él al rey de Francia. Como antes deste tiempo se hubiese ya tentado por parte del rey, que aquel artículo se quitase de la capitulación, o se limitase, no salió a ello el rey de

Francia: y esperaba el rey, que viéndose en alguna necesidad, se podría tomar sobre ello algún buen medio. Porque el rey Luis tuviese por bien de renunciar aquella su pretensión, que había de ser causa de nueva discordia entre ellos, y della se esperaban mayores males, ofrecía de ayudarle, no solamente para defender sus estados antiguos, pero para la conservación de lo de Italia: mas si en lugar deste socorro pidiese, que le ayudase hasta conquistar la ciudad de Venecia, como lo pretendía, no quería dar lugar a esto: porque entendía que sería poner en mayor peligro el mismo reino: al cual afirmaba el rey de Francia, que tenía cierto derecho.

Que el rey envió al duque de Termens con la gente de armas del reino, para que sirviesen al emperador en la guerra contra la señoría de Venecia. IX.

Nombró el rey por capitán de la gente de armas del reino, que había acordado que sirviese al emperador en la guerra contra la señoría de Venecia, por razón de la concordia que se había asentado entre ellos últimamente, a don Vicencio de Capua duque de Termens, que era de gran valor: y de los que más se habían señalado en su servicio en la conquista del reino. Eran las compañías que traía de cuatrocientos hombres de armas: y en ellas había quinientos setenta caballos, que llamaban cosses, para romper en batalla: y entre todos los caballos eran más de mil ochocientos: y la gente la más lucida que se había visto en Italia: y eran hombres de armas muy escogidos: y a maravilla bien armados, y ejercitados: y todos españoles: porque se escogieron para este socorro las compañías que se hallaron mejor en orden, de las que residían en Nápoles, y en aquellas provincias. Éstas fueron, allende de la compañía del mismo duque, y de algunos caballeros sus deudos, que le siguieron, las de Fabricio, y Próspero Colona, y la del conde de Populo, y de don Juan de Cardona conde de Avellino, y la capitania de Gaspar de Pomar, que era un caballero aragonés muy principal, y capitán valeroso, hermano de mosén Carlos de Pomar señor de Sigüés, y las de Alvarado, y Antonio de Leyva. Partió el duque con toda su gente mediado el mes de mayo: y dejó el camino de la marina, que era más breve, y mejor, y tomó el de la tierra adentro, por la comodidad de los aposentos: y por la provisión de las vituallas, que se hallaban en mayor abundancia, y no tan caras: y también porque el comisario que envió el Papa, para que los acompañase por las tierras de la Iglesia, tuvo orden que se llevase aquel camino. Cuando llegaron a las tierras del duque de Ferrara, hallaron toda aquella comarca en gran recelo: dudando que esta gente viniese a daño del duque: porque el Papa le había amenazado: y mandó llegar toda su gente a Bolonia, y hacia sus fronteras: y el duque de Termens como supo que el duque de Ferrara estaba en el ejército del rey de Francia, hizo entender a la duquesa su mujer, y al cardenal, que tenían cargo del gobierno, que si el Rey Católico le hubiera enviado para que se les hiciera daño, hubiera venido de otra suerte: y pasaron muy pacíficamente. Entraron en Hostilia, lugar del marqués de Mantua a veinticuatro de junio, llevando el camino derecho de Verona: y fue el duque de Termens muy requerido por el príncipe de Analth, que era capitán general del ejército imperial, que

primero se fuese a ver con él a Vicenza: y después se juntase con su campo, que estaba cerca de Camisano, adonde se habían ya allegado también los franceses: y lo mismo procuró el gran maestre general de Francia, después de haber tomado a Linango. Pero como el duque tenía orden de venir a Verona, y hacer lo que ordenase el obispo de Trento lugarteniente del emperador, continuó su camino derecho para Verona: y fue aposentado dentro del cuerpo de la ciudad con doscientos sesenta hombres de armas: y la otra gente se repartió en dos burgos, que estaban fuera. Luego envió el duque al emperador a Miguel de Ayerbe su cuñado, para que le mandase lo que debía hacer: y después de su llegada, se determinó por los generales de los ejércitos imperial, y francés, de poner su campo sobre Monteselice, que es un castillo del Paduano: porque puesto que estaba bien fortificado, se creyó que no era lugar para resistirles, ni defenderse muchos días: y estando para irse a juntar con el campo del emperador, se detuvo por orden del obispo de Catania embajador del Rey Católico: y después se fue a juntar con ellos, habiendo ya pasado el río de la Brenta, en busca de los enemigos: que estaban en un lugar llamado Las Minas a siete millas de Padua. En aquel mismo tiempo que llegó el duque de Thermens, se rindieron a la obediencia del emperador algunos castillos, y lugares del Veronés: que eran la Ciudadela, Marasco, y Baciano: y aunque eran buenas villas, pero no de tanta fuerza, que se pudiesen defender. Tenían los franceses en Verona en su poder una fortaleza que llamaban la Ciudadela vieja: y estaban en ella hasta trescientos gascones: y aunque no era muy fuerte, pero era de grande importancia: porque por ella se podía recoger dentro gente: y si se fortificaba, quedaban los franceses señores de la comarca: señaladamente teniendo ya los pasos, y fortalezas de Linango, Peschiera, y Valesio: que son los más importantes del Veronés: y habíalos el emperador empeñado con la Ciudadela al rey de Francia, por sesenta mil ducados: y no se pagando dentro de un año, quedaba la posesión libre a los franceses: y con esto eran muy señores de toda Lombardía: teniendo consigo al duque de Ferrara, y al marqués de Mantua con los lugares, y pasos del Ferrarés, y del Mantuano, como los tenían: y no faltaban de aquel término, sino seis meses: y pasado el plazo se les había de entregar la posesión libremente.

Del poco efeto que resultó de la guerra que se hacía por los generales de los príncipes confederados contra la señoría de Venecia. X.

Era así, que el rey de Francia con gran destreza, y artificio atendía a extender su dominio en Italia cuanto podía: y sobre todo descubrió muy gran codicia de quedarse con Verona, con ofrecer al emperador cualquier recompensa de dinero: porque estaba en muy grande necesidad: y siendo tan diverso de lo que convenía al Rey Católico, hacía grande instancia el duque de Thermens, que aquellas fuerzas se sacasen de poder de franceses: y que el Papa, y el rey socorriesen al emperador con algún dinero por aquella utilidad: porque con solo este socorro, se atajaban todos los malos presupuestos, y fines que el rey de Francia tenía, de que había gran temor: considerando que en lo que se había

ganado de la señoría, ninguna cosa tenía en este tiempo el emperador libre, sino a Vicenza: y estaba muy perdida, y asolada: y recibía mayor daño en la guarda della. Por esta causa parecía que el emperador debía tomar algún buen asiento con la señoría, por medio del Rey Católico: porque la empresa de cobrar a Padua, se tenía por muy difícil: considerando el intento que llevaban los franceses: y la necesidad que el emperador tenía: y si acabado el estío no se había hecho algún efeto, sería forzado levantar su ejército en la invernada, y aun antes de noviembre: por ser toda aquella comarca de lagunas. Ofrecían los franceses al emperador de ganar a su costa a Padua, conque les diese a Verona: y esto era con gran artificio: entendiendo que si el rey de Francia fuese señor de Verona, lo sería también de Padua, y de todo el resto: y dello concibió el emperador mayor sospecha: y procuraba que los alemanes, y la gente de armas del Rey Católico entrasen por el Friuli a juntarse con la otra parte de su ejército: y con esto tenía confianza, que muy en breve sería todo ganado: y podría ir sobre Padua, y Treviso. Pero cuando más convenía que se reforzase su campo, se iba más disminuyendo: y por otra parte la indignación que el rey de Francia tenía contra el Papa, era causa, que se diese favor, y socorro a sus cosas con gran afición: y era principalmente porque supo, que procuró de estorbar la concordia entre él, y el rey de Inglaterra: y ponerle en sospecha con el Rey Católico: y enemistarle con el emperador: y afirmaba que por poner mayor confusión en la cristiandad, había concedido a los venecianos la absolucion, por darles más ánimo y fuerzas: y que había procurado que se le rebelase Génova. Decía también, que agora quería destruir al duque de Ferrara, porque era su aliado; y seguía su opinión: y que solicitaba la nación de los suizos: y queriendo venir el cardenal de Aux a su corte, no le quiso dar licencia: y probando a venirse por las postas, le mandó prender a un barrachelo: y ponerle en el castillo: y juntaba todas estas quejas, para que se entendiese, cuánta causa daba el Papa de tenerse por ofendido, e injuriado dél. Mas el recelo que tenía el rey de Francia de la revolución del estado de Génova, le hizo algo detener: y mandó que viniese el gran maestre a Milán, y Juan Jacobo a Brescia: y dejasen quinientas lanzas, y dos mil infantes en el ejército del emperador: y el señor de Alegre partió con setecientos infantes, para venir a Saona. Entonces se iba la señoría de Venecia más reforzando de gente de Romaña, y de algunos del bando Ursino: y por esta causa el duque de Thermens partió con su gente de armas de Verona a Vicenza, por juntarse con el ejército imperial: y fue a Villaespesa, que está a doce millas de Padua: adonde estaba el campo entre Padua, y Vicenza, que volvía de la comarca de Treviso hacia Monselice: y venían con deliberación de irse sobre aquel castillo, que está entre los límites de las tierras de Padua, y Vicenza, y del estado de Ferrara: donde estaban algunos caballos ligeros de la señoría, que impedían, que no fuesen al campo vituallas del Ferrarés, ni de Mantua: y embarazaban las pocas que podían ir de Vicenza. Iban las cosas encaminadas de tal manera, que parecía no haber dispusición de poder se tomar en aquel estío la ciudad de Padua, que era la empresa principal, y menos Treviso: porque aquellos ejércitos del emperador, y del rey de Francia hacían la guerra muy cobardemente, y sin ninguna ejecucion: y no con el vigor que se requería: y andábanse por aquellos lugares, deteniéndose en cada uno algunos días: y consumían, y gastaban la tierra: y no tomaban acuerdo, ni resolució de cometer algún hecho

de armas: y esto era la principal ocasión, estar el emperador ausente. Como el príncipe de Analth se hallaba con poca gente de caballo, era forzado, que los hombres de armas españoles, llevasen el mayor peso, así en hacer las guardas, como en asegurar el campo, para recoger las vituallas que venían al ejército: y ninguna resolución había: ni parecía que la podía haber, concurriendo tres generales de tres reyes, diversos en las naciones, y voluntades: aunque el duque de Thermens seguía lo que el príncipe de Analth le ordenaba. Tras esto comenzaron a faltar las vituallas, habiéndose consumido las de la comarca por todas partes: y con esta dificultad, hizo mayor impresión en el general de Francia: porque en este tiempo rompió el Papa la guerra contra el duque de Ferrara: y se publicó, que la gente de la Iglesia tomó dos castillos, que eran Cento, y la Piebe: y por esto el duque, que estaba en el campo se partió luego: y el gran maestre le dio doscientas lanzas francesas.

Que el Papa concedió al Rey Católico la investidura del reino: y relajación del censo que hacían a la Iglesia, los reyes sus predecesores. XI.

Hallándose el emperador tan embarazado en la guerra que hacía contra venecianos, que ni él tenía fuerzas para proseguirla con su poder, ni se podía valer de la ajena, teniendo tanta sospecha del mismo socorro que le hacían los franceses, éste les comenzaba a irse disminuyendo: porque el rey Luis estaba con mucho temor de las cosas de Génova: y que aquella ciudad, y todo su estado se le rebelase. Esta novedad, y la guerra que el Papa comenzó a mover contra el duque de Ferrara, puso mayor turbación en las cosas de Italia: y el Papa se acabó de declarar en conceder al Rey Católico la investidura del reino tan favorable, como él la supo pedir: para que por ella quedase excluida toda otra sucesión, sino la suya. Resolvióse en esto el Papa entendiendo, cuánto convenía a la autoridad de la sede apostólica, en la turbación, y escándalo en que estaban las cosas: y que la Iglesia, y su misma persona no tenían en aquel tiempo más verdadero, y cierto protector, que al Rey Católico: y viéndose él en tanto peligro, concedió la investidura de todo el reino: así de la parte que le fue señalada por el papa Alejandro, como de la otra que le había ya cedido el mismo rey de Francia: fundándose, en que sin consentimiento suyo, que era el señor directo, no pudo el rey Luis traspasar su derecho en otra persona: pues solamente se le concedió por el papa Alejandro, para él, y sus descendientes: y por haber contratado con el Rey Católico, sin consentimiento de la Iglesia, cuando casó a Germana de Foix su sobrina, perdió su derecho: y con esto justificó más el rey el suyo: y el Papa no perjudicaba a sí, ni a la sede apostólica: como lo hiciera, si se tuviera consideración al consentimiento que había dado el rey de Francia: antes se tornó a hacer unión del reino, que se había dividido por Alejandro: y dio la investidura dél al rey, como al que tenía la posesión tan justa, y legítimamente, y a sus sucesores. De manera, que se fundaba esta concesión, en que el rey Luis no había cumplido a la Iglesia el juramento, y condiciones que era obligado, por el reconocimiento del feudo del reino de Nápoles, y de Jerusalén, que se le concedió por el papa Alejandro: y que faltó en ellas por muchos

años: y allende desto, lo que no debiera haber hecho, había presumido sin consulta, y voluntad del Papa, de enajenar aquel reino, con toda la parte que se le había dado por la Iglesia. Que por esta causa fue declarado con consejo, y deliberación de los cardenales, haber caído del derecho de aquel reino de Nápoles, y de Jerusalén, que se incluía en las ciudades de Nápoles, y Gaeta, y en la tierra de Labor, y provincia del Abruzo: y ser devuelto a él, y a la Iglesia Romana libremente: y así lo declaraba, y determinaba en el tenor de la investidura. Por esta causa, deseando establecer aquel reino, y defenderle con amparo de un gobierno felicísimo, y constituir en el trono dél, un tal rey, y príncipe, que pudiese conservar los pueblos, en una perpetua firmeza, y estabilidad de paz, y justicia, y reconociese a la Iglesia universal, y a sus pastores, que eran propietarios de aquel reino, como autores de aquel beneficio, con devoción grata, y sencilla fe, había puesto los ojos de su entendimiento en don Fernando rey de Aragón, y Sicilia. Que para esto había reducido en su memoria, y se le representaba ser de herencia en su casa desde tan antiguo, el reinar sobre sus pueblos con igualdad, y la prudencia en el modo de gobernar, y el cuidado, y diligencia en conservar el reino, y la clemencia en el corregir, y la mansedumbre en la administración, y en la defensa dél, las fuerzas, y poder de un ánimo invencible. Discurriendo por aquel tan espacioso campo de las grandezas, y alabanzas del rey, y por sus gloriosas conquistas, y descubrimientos se declaraba, que el Papa sentía gravemente, que el reino de Sicilia, y Jerusalén con todas sus tierras, que se contienen debajo dél desta parte del Faro, que solían regirse por un príncipe, quedase partido, y sujeto a aquella división en tanto peligro, y detrimento de los naturales dél: y que se poseyese por el rey don Fernando sin legítimo título, en tanto perjuicio, y deshonor suyo, y de la Iglesia. Con este presupuesto dio al rey por libre de la concordia que había tomado con el rey Luis, sobre la partición del reino: y le relajó el juramento: y tornando a unir el reino de Sicilia, y Jerusalén, con toda la tierra desta parte del Faro, y con los ducados de Apulia, y Calabria, y con las otras provincias que se habían dividido, y restituyéndolo en el estado en que estaba antes de aquella partición, le dio, y concedió al rey, y a sus herederos, y sucesores en el reino de Aragón, que descendiesen dél por recta línea, así varones, como mujeres en feudo perpetuo: declarando, que esta concesión se le hacía, sin perjuicio del derecho, si por ventura le competía al rey, en aquel reino de Sicilia, y Jerusalén: y en los ducados, y provincias desde el Faro, hasta los confines de las tierras de la Iglesia: exceptando la ciudad de Benevento, que es de la Iglesia. Ordenóse que la investidura actual se le diese con el estandarte de la Iglesia por el Papa, o por algún cardenal, u otra persona, cual se nombrase por la Iglesia: e hiciese el juramento de fidelidad, y ligio vasallaje, como era costumbre: y eran las condiciones del feudo, las mismas que se han referido en los Anales, cuando se hizo mención de la investidura que se concedió al rey Carlos el Primero: y señalóse, que pagase en cada un año, en la fiesta de San Pedro, y S. Pablo, por censo a la Iglesia ocho mil onzas de oro: y en cada trienio un palafrén blanco, en reconocimiento del verdadero dominio de aquel reino, que era de la Iglesia. Allende esto había de pagar por el derecho de la investidura cincuenta mil marcas de esterlingos: que eran cincuenta mil ducados: y la misma suma habían de pagar sus herederos, y sucesores en aquel reino por cada investidura. Esto se concedió por el Papa, y

colegio de cardenales, a tres del mes de julio deste año: y después a siete del mes de agosto siguiente el Papa hizo relajación del censo: y dio al rey por libre dél, y a todos sus sucesores: y de las cincuenta mil marcas de esterlingos, del derecho de las investiduras, por él, y todos sus decendientes, mientras perseverasen en la obediencia, y devoción suya, y de sus sucesores, que fuesen eligidos canónicamente: y en señal de reconocimiento del dominio, se diese en cada un año un palafrén blanco decentemente adornado. Así alcanzó el rey la investidura libre para sí, y sus sucesores: y tan solamente quedó obligado a servir con trescientas lanzas, si hubiese guerra en el estado de la Iglesia, como se contenía por una de las condiciones de la investidura: y este servicio no quiso el Papa renunciarle: antes una de las causas que le movió a concederla, fue por poder se servir dellas, para la empresa de Ferrara. Pero después en tiempo del papa León se tornó a imponer de nuevo censo de siete mil ducados, con nueva investidura, por la permisión que se dio por el Sumo Pontífice, que el emperador don Carlos pudiese tener aquel reino, juntamente con el Imperio: que estaba prohibido en todas las investiduras, que se concedieron por los pontífices pasados, así a los reyes que sucedieron de Carlos el Primero, y a los de Anjou, como a los de la casa de Aragón. Cuando se concedió esta investidura por el Papa, los embajadores franceses no hicieron en lo público contradicción ninguna: pero el rey Luis hizo después gran instancia, que se enmendase, y ordenase de otra manera, de como el rey la había alcanzado: teniendo fin, que el príncipe don Carlos, y sus decendientes no pudiesen suceder en el derecho de aquel reino: que era lo que él más sentía: y trabajaba que se revocase en la investidura, lo que era en favor del príncipe: y sobre esto movió grande negociación con el rey, el obispo de Rius embajador de Francia.

Que el gran maestre general de Francia desistió de dar favor al emperador en la empresa de Padua, y Treviso: y volvió para socorrer el estado de Génova. XII.

Antes que el Papa se declarase tanto como esto, en favor del Rey Católico, y de la sucesión de la casa de Austria en el reino, no se podía persuadir el rey de Francia a mandar, que el gran maestre pasase con su gente adelante en la empresa de Padua, y Treviso: y excusábase dello cuanto podía: diciendo, que el emperador estaba ausente: y que siendo aquellas dos ciudades el fin de aquella guerra, que eran fuertes, y estaban muy reparadas, y bastecidas, no se podían cercar, sin que el emperador se hallase presente. Eran en esto los más conformes: pero por la instancia que hizo con él Jerónimo de Cabanillas embajador del Rey Católico, para que se estrechase la guerra, se determinó que su gente pasase adelante con el ejército del emperador: para tomar los castillos, y pasos más importantes, sin las compañías de suizos que había mandado despedir. También se declaró entonces de ayudar al duque de Ferrara con todo su poder contra el Papa: porque le tenía en su protección: y le había nombrado por aliado, y confederado suyo en la concordia de Cambrai: afirmando, que de hecho, y sin ser determinada su causa por justicia, quería el Papa proceder contra él: y procuró de

inducir al emperador, y al Rey Católico, que no diesen lugar a esta fuerza, e injuria que se le hacía: pues era negocio que tocaba al Imperio, y estaba confederado con ellos. Quiso saber de los embajadores que estaban en su corte, si darían su consentimiento a esto: y en caso que el Papa procediese adelante, como se pensaba, qué socorro darían: y la provisión que se había de hacer: y Andrea del Burgo, que era embajador del emperador, se declaró, que Su Majestad Imperial no daría lugar a tal novedad: y que con todas sus fuerzas ayudaría a defender el estado del duque: y Cabanillas no se quiso prender tanto: y cumplió con palabras generales: diciendo, que el rey su señor no quería que se hiciese agravio a nadie, y menos al duque, que era su deudo, y aliado: y que su fin era, que se guardase lo tratado en Cambrai: y que se debía prevenir por buenos medios, en desviar al Papa de aquella empresa. Después desto duraron poco los franceses en la guerra de Padua, y Treviso: así por el temor de la revolución del estado de Génova, como por la guerra que el Papa comenzó contra el estado de Ferrara: y tomaron por ocasión, que el emperador no tenía el poder que se requería, para emprender un hecho como aquél: ni para ir este año a Italia: y así le fue dejando poco a poco aquella gente, que daba gran reputación a su empresa. Por esto procuró, que el rey mandase quedar en su servicio al duque de Termens: y ofrecía pagar las cien lanzas que tenía, demás de las que se habían de dar por tres meses. Estaba ya en este tiempo muy declarado el rompimiento entre el Papa, y el rey de Francia: y el Papa había proveído, que se armasen en Venecia algunas galeras: y como tuvo nueva que iban ya a servirle en lo que se ofreciese, y que todos los suizos habían tomado su sueldo, y movían para bajar a Lombardía, apretó el concierto que se traía, para que se levantase la ciudad de Génova contra el rey de Francia: y envió allá a Octaviano de Campo Fregoso, y algunos otros con él, que era la parte desterrada de aquel estado: y mandó a Marco Antonio Colona, que estaba en tierras de Luca, con cien hombres de armas, y doscientos caballos ligeros, y con algunas compañías de infantería, que se acercasen a Génova, para lo desta empresa: y fueron en la galeaza quinientos soldados, que se hicieron en Roma. Era esto en tal sazón, que los franceses estaban tan mal quistos en Italia, que no parecía cosa muy dificultosa, que aquella empresa de Génova, se efetuase: y aunque el poder del rey de Francia era grande, no sabía cómo remediar el daño: y por la sospecha que se tuvo de algunas novedades que se intentaban en aquel estado, el gran maestre se determinó de alzar la mano de la guerra de Padua: y que solamente quedase el señor de la Paliza en Montañana, con quinientas lanzas, y dos mil infantes, con la gente del emperador: por si ocurriese alguna necesidad: y también por dar favor a las cosas de Ferrara.

Que los embajadores de Argel presentaron al rey los captivos cristianos que se hallaron en la ciudad: y le dieron la obediencia, como a rey, y señor: y él les confirmó el asiento. XIII.

Teniendo el rey grande recelo de todas estas novedades, y de alguna gran mudanza en las cosas de Italia, estando en Madrid en la primavera pasada, como las cosas de Castilla se hallaban en

gran sosiego, habiéndose seguido por su maravilloso gobierno una gran serenidad en las que podían causar alguna turbación, determinó de venir a Aragón, para tener cortes generales destes reinos: y mandó las convocar para veinte de abril en la villa de Monzón. Esto fue en Madrid, a seis del mes de marzo: y dejó en aquella villa al infante don Fernando su nieto: y con él al cardenal de España: y quedó allí el consejo real: y movieron de sus casas, para venir en su corte el condestable de Castilla, en conde de Ureña, el duque de Medina Sidonia, el marqués de Priego, y don Pedro Girón: porque ya el rey había mandado volver su estado al duque de Medina Sidonia: y se entregó al conde de Ureña en su nombre: y retuvo el rey a su mano las fortalezas de Sanlúcar, Niebla, y Huelva: y con esto fueron perdonados el duque, y don Pedro Girón: y vinieron de Portugal a su obediencia: y les mandó que siguiesen su corte. Llegando el rey a Calatayud, halló allí dos embajadores moros, que le enviaban el jeque, y la ciudad de Argel: y se presentaron ante él con los captivos cristianos, que se hallaron en aquella ciudad: y le dieron la obediencia como a su rey, y señor: y trujeron un gran presente de caballos, y jaeces, y de otras cosas berberiscas muy preciadas. Llamábase el jeque Celim hijo del jeque Hibraen Azaumi: y los embajadores eran un caballero moro muy principal, que se llamaba Abuizaque Abrahyn Arabati: y Abuzeyd Abdurrahamen el Motimiri su escribano. Con éstos se confirmó en Zaragoza la concordia con que aquella ciudad se puso debajo de la obediencia del rey: y lo estuvo todo el tiempo que vivió. Éstas son las mudanzas que hacen los tiempos: ordenándolo así la providencia divina: que aquella ciudad, que era entonces del reino de Bugía, y sujeta al señorío de aquellos reyes moros, y una mínima cosa a respeto della, no solamente volvió a la obediencia de los paganos, pero se fundó en ella silla de nuevo reino: y es agora el homenaje de toda la morisma: y la más rica, y sumptuosa ciudad de África: y está llena como dicho es, de los despojos, y riquezas de España, y de todos los reinos, e islas que rodea nuestro mar en la cristiandad: y pues por su defensa, y conquista se han perdido diversas veces las armadas reales de España, y por nuestros pecados, siempre ha ido prevaleciendo aquel lugar, en mengua, y ofensa de la fe, es necesario reducir a la memoria, haber sido sojuzgado por los nuestros: porque más se conozca la obligación que han heredado nuestros príncipes, para volver sobre ella todo su pensamiento, por el beneficio de la cristiandad.

«Nos el rey de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc. gobernador de los reinos de Castilla, y de León, etc. Por quanto está capitulado, firmado, e asentado entre vos los honrados el jeque, y el almojarife, y el alcadí, y muftí el alfaquí principal, y otros alfaquís, y todos los otros del común de la mi ciudad de Argel, que es del mi reino de Bugía, con el honrado conde don Pedro Navarro mi capitán general de la infantería, en la manera siguiente:

»A saber es, que vosotros los susodichos, de vuestra buena voluntad habéis sido, y sois vasallos míos, y de mi Corona real: y habíades fecho juramento, según vuestra ley, que para agora, e para siempre me guardaríades fidelidad de vasallaje, y que con esto no se vos ficiese la guerra por mí,

ni por mis capitanes, y ejército: antes fuédeses toda vía amparados, y defendidos, como los otros vasallos míos:

»Otrosí, que los cristianos mis vasallos, y otras personas de mis amigos, e confederados pudiesen ir, y fuesen a negociar, y tratar sus mercaderías a la dicha mi ciudad de Argel salvamente, y segura: e que vosotros los dichos vecinos, e habitantes de la dicha ciudad de Argel, podáis así mismo tratar, y negociar vuestras mercaderías con los dichos mis vasallos cristianos: según, y como lo hacen, y pueden hacer entre sí todos los otros mis vasallos, así moros, como cristianos: e así por mar, como por tierra: en manera, que entre vosotros haya toda buena paz, amistad, y confederación.

»Item que vosotros los vecinos, y moradores de la dicha ciudad hayáis de pagar, y paguéis a mí el dicho rey, y a mis sucesores herederos perpetuamente la renta, e derechos, que se pagaban, y se acostumbraban, y debía pagar a los reyes moros de Bugía, que han seido señores de la dicha ciudad.

»E así mesmo hubiédeses de soltar, e poner en su libertad todos los captivos cristianos, que se fallasen en poder de vosotros, al tiempo que la dicha concordia se comenzó a tratar.

»Lo cual todo el dicho conde en mi nombre lo aceptó: e vosotros todos juntos en vuestra mezquita lo prometistes, y jurastes.

»E agora por vuestra parte vinieron a mí vuestros fieles embajadores Abrahyme Arabati, e Abdurrahamen el Motimiri: los cuales me suplicaron hobiese por bien de confirmar vos lo susodicho: e vos otorgase lo infrascripto, con las condiciones, y en la manera siguiente: pues ha habéis entregado los captivos cristianos, que al tiempo de la partida de los dichos vuestros embajadores, se hallaron en la dicha ciudad: con los cuales se presentaron ante mí los dichos embajadores, y me dieron la obediencia, como a rey, y señor de vosotros.

»E primeramente, que yo el dicho rey, e mis sucesores en el dicho señorío vos hayamos de mantener, e mantengamos en vuestra ley: e que nunca se fará fuerza a ningún moro de la dicha ciudad, que agora vive en ella, o viniere a vivir, y estar en ella de aquí adelante, para que sea cristiano, sino que él de su propia voluntad lo quisiese.

»E que a vos el jeque, ni al almojarif, ni a otros oficiales de la dicha ciudad, se vos quitarán los dichos oficios que tenéis: vosotros bien sirviendo, e guardando mi fidelidad.

»E que los moros vecinos, e habitantes de la dicha ciudad, que agora sois, o seréis de aquí adelante, seáis juzgados en todas vuestras causas, y pleitos, por los dichos vuestros oficiales moros: e según Zunya, y Xara: y conforme a vuestra ley: y no en otra manera, ni por otras personas.

»Otrosí, que nos hayamos de poner, y pongamos persona en la dicha ciudad, que haya de juzgar, y juzgue todas las causas, e pleitos que hubiere, de cualesquier cristianos que estuvieren, fueren, o vinieren a la dicha ciudad: para los cuales cristianos que allí estuvieren, se pueda hacer, e faga casa de oración, e haber clérigo, o clérigos en ella, para celebrar, e facer los divinos oficios, como entre cristianos se suele facer.

»E cada, e cuando que yo quisiere, pueda facer, e faga en la dicha ciudad de Argel, o en la isla que le está delante, o donde a mí bien visto fuere, una fortaleza, para guarda, e defensión del

puerto, e de la dicha ciudad, e de los vecinos della: e que de aquí adelante no obedeceréis, ni consintiréis a otro alguno por rey, ni por señor de la dicha ciudad, sino a mí, y a mis herederos, e sucesores en el dicho reino, y señorío.

»E que los dichos embajadores hayan de jurar, y juren aquí en nombre de todos vosotros, e firmarlo de sus nombres: y dentro de seis días después que serán llegados a esa ciudad, que vosotros así mismo seáis tenidos de lo jurar públicamente en la mezquita de esa ciudad: e facerlo públicamente pregonar por los lugares públicos della. Lo cual todo por mí así visto, e asentado, por seguridad de vosotros, lo confirmo: e firmo de mi real mano: y mando que se selle con mi sello real: para que sea siempre guardado todo lo que aquí contenido es, sin contradicción alguna. Fecha en la ciudad de Zaragoza: a veinticuatro días del mes de abril del año mil quinientos diez.

»Yo el Rey.

»Calcena Secretarius».

De las cortes que el rey tuvo en Monzón: y del servicio que se le hizo en ellas para la guerra de los moros: en la conquista de los reinos de Túnez, y Bugía, que era de la Corona de Aragón. XIII.

De Zaragoza fue el rey a la villa de Monzón, a tener las cortes que había mandado convocar destos reinos: y como antes siempre eran particulares a cada reino, y en el principado, y eran éstas generales, y las primeras después que reinaba, fue muy grande el concurso de la gente que se juntó a ellas. Allende desto, vinieron a aquella villa Juan Schad, que era cuñado del de Gursa, por embajador del emperador: y el presidente de Borgoña embajador del príncipe don Carlos: y Mercurino de Gatinaria por la princesa Margarita: y el obispo de Rius embajador del rey de Francia: y otros embajadores de diversos príncipes, y potentados: y la corte estaba llena de señores, y caballeros de Castilla, y de los reinos de Nápoles, y Sicilia. Asistieron a las cortes, como era costumbre, el vicescanciller Antonio Agustín, y Juan de Lanuza justicia de Aragón: y estando el rey en su solio real, en presencia de todos los estados destos reinos, propuso. Cuán maravillosamente Nuestro Señor daba favor a la conquista que se había emprendido contra los infieles: para que las tierras que estaban debajo de la secta, y servidumbre de los moros de África, se redujesen al verdadero conocimiento de nuestra fe. Que desto se seguían, y redundaban a toda la cristiandad innumerables, e increíbles beneficios: y señaladamente a los señoríos, y tierras marítimas de Cataluña, y Valencia, y de los reinos de Nápoles, y Sicilia: y de las otras islas que eran de la Corona de Aragón: y que abriéndose de tal manera el camino, para que aquella guerra se prosiguiese, después de haberse ganado las ciudades de Orán, Bugía, y Argel, y estando la empresa tan adelante, para continuarla, no se podría desistir della, sino con gran cargo suyo: si dejase pasar la oportunidad que se ofrecía, de alcanzar mayores vitorias de los infieles: pues allende desta ocasión, no se podía, ni debía desamparar: ni cesar de dar favor a los caballeros, y gente que con tan gran fervor, y celo del aumento de nuestra santa fe católica, y de su

servicio, y por el beneficio destos reinos, se pusieron en la empresa de Bugía: y por defenderla, quedaban a tanto peligro. Por esto convenía con toda presteza proveer en aquello, que era del interese propio destos reinos: siendo aquella ciudad, que era de las más principales que había en Berbería, de la conquista de Aragón: y por estas consideraciones les pidía, que tuviesen por bien, de socorrer a las grandes, y excesivas expensas, y gastos que en aquella conquista se habían hecho: y a los que era necesario hacerse en la de los reinos de Túnez, y Bugía: pues por la cierta confianza que tenía en ellos, y por lo que siempre acostumbraron servirle en tales necesidades, se esperaba que en tan justa causa se acordarían de sus pasados, que pospusieron siempre por lo general, su propio, y particular interese: teniendo la estimación, y honra de sus reyes, por más cara que sus vidas: y por aquel camino ganaron siempre gran loor, y renombre entre todas las otras naciones: y se fue aumentando el señorío desta Corona gloriosamente. Pues era muy sabido, que sus pasados con mucho menos poder, y fuerzas, de las que tenían en este tiempo, conquistaron otros reinos, y señoríos: y no se debía tener agora menos confianza de su valor, y poder: siendo cierto, que esta Corona siempre fue ganando: y jamás se vio que perdiese de lo que una vez se había conquistado por los reyes de Aragón sus predecesores. Fue el servicio que se le hizo por estos reinos, y principado de Cataluña, el más señalado, y aventajado, que jamás se concedió en tiempos pasados: porque le sirvieron con quinientas mil libras: y entonces fue revocada perpetuamente la jurisdicción, y oficio, y nombre de la Hermandad: que se había introducido en este reino: y en las cortes pasadas se había suspendido: y deste tiempo adelante quedó deshecha para siempre: reservando a las ciudades, y villas, y lugares del reino, que tenían particular privilegio, que pudiesen establecer, y ordenar sobre las personas, y causas que por fuero, y costumbre de reino les era permitido: y estableciéronse ciertas leyes, y fueros para la buena, e igual ejecución de la justicia en lo criminal, y civil. La oferta del servicio se hizo por los estados del reino de Aragón, con salva, y blasón de título de una muy gloriosa, y soberana alabanza: después que se ganó de los moros la ciudad de Trípoli, por estas palabras.

«Que visto lo que se propuso por el rey sobre su santa empresa en la conquista de los reinos de Túnez, y Bugía, que pertenecían a la Corona de Aragón, y de todas las provincias, y regiones del dicho reino, que se continúan hasta el reino, y casa santa de Jerusalén, del cual tenía el título como verdadero, y legítimo sucesor, y poseedor del reino de Nápoles, que se había cobrado por Su Alteza, como rey de Aragón, y lo que importaba la conservación de las ciudades de Bugía, Argel, y Trípoli nuevamente conquistadas, y los grandes gastos que se le ofrecían en aquella conquista, y considerando los inestimables beneficios que dello se seguían a los reinos, islas, principado, y tierras, que estaban unidas a esta Corona, y el gran servicio que en ello se hacía a Dios, extirpando la secta mahomética: por tan grandes causas los cuatro estados del reino le servían con doscientas diecinueve mil libras».

Concurrieron al establecimiento de las leyes, y oferta del servicio por los estados de los reinos de Aragón, y Valencia, del eclesiástico don Alonso de Aragón arzobispo de Zaragoza, Leonardo López síndico del estado de la iglesia del reino de Valencia, Mateo Castellón prior del Santo Sepulcro de la ciudad de Calatayud, don Jaime de Urriés procurador de don Juan de Aragón obispo de Huesca, Zoyl de Contamina comendador de Tobet en su nombre, y como procurador del abad del monesterio de Piedra, fray Carlos de Santapau comendador de S. Juan de la ciudad de Calatayud en su nombre, y como procurador del bailío de Caspe. Por el estado de los ricos hombres, y militar de los dichos reinos, don Luis de Híjar señor de Híjar, y conde de Belchite, don Miguel Jiménez de Urrea conde de Aranda, don Blasco de Alagón, don Francisco de Malferit síndico del estado militar del reino de Valencia, don Lope de Rebolledo, y de Entenza, don Pedro de Castro, don Felipe de Eril, don Luis de Alagón, don Rodrigo de Rebolledo, don Juan de Alagón caballero de la orden de Santiago, Martín Dolz procurador de don Juan de Aragón conde de Ribagorza, y de don Alonso de Aragón su hijo, Juan Íñigo procurador de don Juan Hernández de Heredia conde de Fuentes, Bernardo Pujades procurador de don Jaime Martínez de Luna, Juan de Casaldáguila procurador de don Jimeno de Urrea vizconde de Biota, Diego Beltrán procurador de don Francisco Hernández de Luna, Diego de Vera procurador de don Juan de Palafox, Pedro de Medina procurador de don Luis de Híjar, Rodrigo de Rebolledo, y de Entenza procurador de don Miguel Ferriz, y Lorenzo La Raga procurador de don Bartolomé Samper. Por el estado de los infanzones del reino de Aragón se hallaron presentes don Miguel de Gurrea, don Miguel Pérez de Almazán, don Gaspar de Ariño, don Martín Cabrero, don Juan Miguel de Lanuza, don Jaime de Albión, don Francisco de la Caballería, don Juan Pérez de Escanilla, don Francisco de Altariba, don Martín de Ampiedes, don Alonso de la Caballería, don Juan de Temiño, don Jorge de los Benedetes, don Jaime Sánchez del Romeral, Juan de Cingra, Hugo de Urriés, Martín de Gurrea, Juan Jiménez Cerdán, Martín Pérez de Gotor, Juan de Vera, Pedro de Ayerbe, Gil Español, Juan Agustín, Mateo Granada, Martín Cabrero, Martín Jaime por sí, y como procurador de la villa de Ejea de los Caballeros, Miguel del Sen en su nombre, y como procurador de la villa de Sos, Marco de Ablitas en el suyo, y como procurador de las villas de Tauste, Uncastilli, y Sádaba, Pedro Porquet, Galacián Cristóbal, Sancho de Heredia, Jerónimo de Castro, Pedro Chález jurisconsulto, Gaspar de Gurrea, Alonso Coscón, Juan de Albión hijo de don Bartolomé de Albión, y Juan de Albión alcaide del castillo de Perpiñán, Juan Muñoz, Pedro de Sayas, Jaime de Omedes, Alonso Muñoz jurisconsulto, Juan de Ariño, Beltrán Cancer, y Jaime de Casafonda. Por el estado de las universidades de los reinos de Aragón, y Valencia, los procuradores, y síndicos de la ciudad de Zaragoza: que eran Miguel Cerdán jurado primero, Pedro Marzilla jurisconsulto, y Pedro de Val: y por el estado real del reino de Valencia Juan Caballos: y los procuradores de la otras ciudades, y villas del reino, que suelen concurrir a cortes. Esto fue a 13 del mes de agosto deste año 1510: y la corte y cuatro estados della, considerando la santa empresa que el rey había tomado de los reinos de Túnez, y Bugía, que eran de la conquista de la Corona de Aragón, y la administración que tenía de los reinos de Castilla, y que por estas causas, en caso que se hubiesen

de llamar cortes en este reino, no podría por su persona continuarlas, ni concluir las, sin hacer gran falta en aquella empresa, y administración, por lo que podría suceder, que requiriese celebración, y conclusión de cortes, con sus salvas, y protestaciones acostumbradas, señaladamente las que se interpusieron en las cortes de Zaragoza el año de 1474, cuando habilitaron a la infanta doña Juana para tener, y continuar, y concluir las cortes, hicieron hábil a la reina doña Germana, si fuese proveída por lugarteniente general del rey en este reino: para que pudiese celebrar, y concluir no solamente cortes particulares del reino de Aragón, pero aun generales de los reinos del rey, siendo convocadas por él, en el lugar que según fuero, y costumbre del reino se podían convocar: y guardando los tiempos que se deben guardar de fuero, para la convocación, y celebración de cortes: y para continuarlas, y fenecerlas. Hizo el rey el juramento acostumbrado el mismo día, estando en su solio real, en poder de Juan de Lanuza justicia de Aragón, de guardar por sí, y sus sucesores, los fueros establecidos en estas cortes: y que no consintiría en algún caso que se quebrantasen: y luego el vicescanciller Antonio Agustín del Castillo regente la cancellería, Francisco Hernández de Heredia regente el oficio de la gobernación, y Juan Zapata, Juan de Mur, y Pedro de Mur alguaciles reales hicieron el mismo juramento, en poder del justicia de Aragón. Después don Alonso de Aragón arzobispo de Zaragoza, y de Monreal, y Mateo Castellón prior del Santo Sepulcro de la ciudad de Calatayud en su nombre, y como procuradores del estado eclesiástico, hicieron con la misma solemnidad, el juramento en manos del justicia de Aragón: y por el estado de los ricos hombres, y de los caballeros, e infanzones don Luis señor de Híjar, y conde de Belchite, don Lope de Rebolledo, Gaspar de Ariño señor de la villa de Osera, y Martín Gil de Gurrea, y de Palomar señor de Argavieso: y habiéndose hecho por el estado de las universidades, el justicia de Aragón hizo el mismo juramento en manos, y poder del vicescanciller Antonio Agustín. Como este servicio fue tan señalado para en aquel tiempo, y el rey publicó que quería hacer una muy grande armada, eran algunos de parecer en su consejo, que los dineros deste servicio habían de ser como alcaide de alguna necesidad, si sobreviniese tal: pues sin ellos se podría mal remediar: porque de Castilla ya no había de donde se sacase: y destes reinos, hecho este servicio, habría menos: de suerte que no sabían si alguna necesidad ocurriese, con qué se remediase: y que a su juicio daría más autoridad a Su Alteza, que supiesen que tenía quinientos mil ducados, que conquistar otro reino con los que tenía. Éste era el común parecer de los más: tanta es la reputación que se adquiere con el tesoro, que llaman el nervio de la guerra: y al propósito deste dinero decía el condestable de Castilla al rey, que se acordase de lo que solía decir don Hernando de Guevara: que era un muy discreto cortesano: que si tuviera diez mil doblas, las pusiera en un arca, y se sentara encima della: y pidiera por Dios: y así le parecía que debía hacer Su Alteza otro tanto con aquel dinero: y meterlo en una fortaleza: y buscar otro prestado a nunca pagar con aquello. Mas el rey que siempre supo gastar su dinero provechosamente, y nunca fue escaso en despendello en las cosas del estado, tuvo más aparejo para emplearlo, que para encerrarlo, por el modo que el condestable decía.

Que el rey de Tremecén, y los moros de Mostagán se pusieron en la obediencia del rey. XV.

Al mismo tiempo que el conde Pedro Navarro tenía su armada junta, y estaba para salir con ella de Bugía la vía de Levante, el alcaide de Los Donceles, que residía por capitán general en Orán, trataba con el rey de Tremecén que se hiciese vasallo del rey: y pusiese en libertad los captivos cristianos que tenía en su reino: y en seguridad dello entregase algunas fortalezas. Fue a entender en esto por su parte Martín de Argote: y el rey de Tremecén ofrecía, que sería amigo, y aliado del rey: pero no vasallo: y daría libremente los captivos que tenían él, y sus hijos, y el mezuar: y los que tenían los pueblos: pagando lo que habían costado: y más cinco mil doblas de parias: y no quería dar fortaleza, ni otra seguridad. Como se ponía dilación en esto, y el rey de Tremecén no quería dar lugar que los nuestros tuviesen contratación con los moros, sino por Orán, se proveía con diligencia en las cosas de la guerra por el alcaide de Los Donceles: y también traía pláticas de concertarse con los alárabes: pero éstos no son gente que puedan dar rehenes, ni seguridad bastante: y no tenía otro medio sino favorecer a los zenetes contra ellos: porque eran sus enemigos: y tenía en Orán alguna gente de caballo, que les hiciese rostro: porque de otra manera nunca cesaba la pendencia con ellos: y entreteníalos en sus diferencias, para ayudarse de la una parte: entendiendo que son gente que pocas veces se junta a un fin. Quedaban hostigados del daño que habían recibido de la gente de Orán, las veces que se habían acercado a correr el campo: y perdieron una fuente que está junto a Orán, que antes tenían: y se la ganaron, y defendieron los cristianos con las huertas: y a la postre el rey de Tremecén se hizo vasallo del rey: y los de Mostagán se redujeron primero: y pagaban la mitad de la renta que solían dar al rey de Tremecén: y se determinaron de entregar la fortaleza, cuando hubiese gente que la pudiese defender, y a ellos también, así de los moros que eran sus enemigos, como de los alárabes. Era aquel lugar rico, y muy útil de renta: pero está algo apartado de la mar: y muy a propósito para en las cosas de Benarraxid: que es una región de gran contratación de mercancías: que estaba sujeta al rey de Tremecén: porque aquella tierra la solía correr el alcaide de Los Donceles: y hacer sus entradas con solo setenta de caballo que tenía en Orán, y en Mazarquivir: y con dos mil quinientos soldados, que pareció que podían bastar para la guarda, y defensa de aquellas fuerzas. Señalóse de muy valeroso capitán en aquella guerra: y en el gobierno era de gran discreción, y prudencia: y los soldados eran tales, que no tenía menos contienda en apaciguallos, que con los mismos moros: y a caso estando él en Orán se revolvió un día entre los soldados, y la gente que acompañaba los oficiales reales en la ejecución que se hacía de cierta justicia, muy gran brega: y pelearon los unos con los otros, porque quisieron salvar el delincuente, que era teniente de la capitanía de Gaspar de Villaroel. Encendióse entre ellos la pelea de manera, que fue tan trabada, y reñida, que fue harto mayor, y más sangrienta que cuando se ganó de los moros aquella ciudad: pero ello se apaciguó con harto trabajo: y mandó luego degollar dos capitanes que habían levantado los soldados: para que salvaran aquel hombre: que eran los más culpados: y se llamaban Francisco de Paz, y Bernardino de Rosales: y fueron presos otros capitanes: y con esto se sosegó aquel levantamiento.

Que el conde Pedro Navarro fue con la armada real sobre Trípoli de Berbería, y la ganó a los moros. XVI.

Antes que el rey partiese de Madrid, había proveído que don García de Toledo fuese por capitán general a Bugía: por dar mayor autoridad a aquella empresa de África: y juntamente con esto, proveyó de gente, y armada al conde Pedro Navarro, para que en llegando don García, saliese con ella de Bugía: y prosiguiese la empresa contra los moros: pero antes que don García partiese, salió el conde con su armada, que fue a siete de junio: e iban en ella hasta ocho mil hombres. Hubo de salir antes de tiempo por la necesidad que allí había de vituallas: y fue la vía de Sicilia: pareciéndole que sería mejor esperar allá a Diego de Vera con la gente que le quedaba, que no a don García en Bugía: y porque morían en ella de pestilencia, parecía que sería mejor dividirse. Quedaba Diego de Vera con dos mil hombres, y más de los quinientos estaban enfermos: y de los mil tenía cargo el coronel Francisco Marqués: y las otras compañías eran del conde: y había entre ellos alguna gente de la armada: y el conde navegó la vía de la isla de la Faviñana, que está delante de Trapani: adonde tenía ordenado que se juntasen las galeras de Nápoles, y Sicilia con su armada, para seguir desde allí su viaje. Las galeras del reino fueron siete, que estaban a cargo del almirante Vilamarín: e iba por capitán dellas mosén Soler: y otras dos de los Gobos: y el conde llevaba cincuenta naves de gavia, y once galeras, con dos que llevaba de la isla de Sicilia don Luis de Requesens: y juntáronse en la Faviñana con ellas gran número de carabelas, y galeones, y otras fustas, y barcas: y era toda la gente de la armada cerca de catorce mil hombres. Habiéndose bastecido de vituallas, y gente, y de las otras cosas necesarias para una tal armada, así de Sicilia, como de las provincias de Calabria, y Apulia, salió de la Faviñana a quince de julio: y atravesó el golfo, y navegó la vía de Trípoli: y llegó al puerto de aquella ciudad un jueves día de Santiago en amaneciendo: y púsose en la boca del puerto con toda la armada a vista del lugar. Era aquella ciudad muy famosa, y rica en la costa de Berbería, en la provincia que se llamó antiguamente África, que está más al oriente que la región de Numidia: que fue otra provincia del Imperio Romano: y hubo en ella gran contratación de las regiones de Egipto, y Siria: y siendo sujeta a los reyes de Túnez, por su tiranía, y mal gobierno se rebelaron los de Trípoli: y alzaron uno de los suyos por su señor, que ellos llamaban jeque: y según escribe Juan León Africano, el que lo era en este tiempo, no había mucho que tenía el señorío desta ciudad. Dos días antes que la armada llegó al puerto, mandó el conde pasar toda la gente a los bergantines, y barcas, y chalupas, y gróndolas, y a otros navíos de remos que llevaba: para que con más facilidad pudiese sacar todo su ejército a tierra junto: y desta manera con grande concierto ganaron los nuestros el puerto en muy breve espacio: y lanzaron los moros que estaban en defensa dél: habiendo sido avisados de muchos días, que esta armada iba contra aquella ciudad: y el día antes la habían descubierto de sus atalayas. El lugar por su sitio, y asiento era bien fuerte: porque la mayor parte dél le ciñe la mar: y por la que está más apartada de la marina, tenía una muy ancha, y grande cava llena de agua: y era murado de buena cerca, y muchas torres: y estaba fortificado con sus baluartes: y en tal defensa, que parecía que con grande dificultad se podría ganar a los enemigos, si le quisiesen defender. Con la nueva desta armada,

en toda aquella comarca se juntaron todas las compañías de caballo, y gran muchedumbre de alárabes, para el socorro de la ciudad: y estaban conspirados para morir, antes que dar lugar que los cristianos le pudiesen ganar: y halláronse dentro, con los que entraron a defenderle, catorce mil moros: y tenían repartida por las torres, y troneras harta artillería para ofender, y poder defender la entrada, por donde la ciudad estaba desviada de la mar. Pero con grande esfuerzo, y confianza de la vitoria animó el conde, y ordenó la gente: y púsose tal diligencia en desembarcarse, que a las nueve horas del día estaban ya los escuadrones en buena ordenanza: no embargante que de los baluartes, y torres, y del castillo, que guardaba la boca del puerto, dispararon mucha artillería, para defender la entrada: y sin recibir mucho daño, comenzaron a acometer a los enemigos. Había dividido el conde el ejército en dos partes: y cada una dellas en cinco escuadrones con tal orden, que la mitad del ejército pelease con la gente de caballo, y con los de pie, que estaban a la salida del puerto, para estorbar que no pudiesen tomar tierra: y la otra parte comenzase combatir la ciudad: y llegasen las escalas al muro: y los unos y los otros con gran furia acometieron a los moros: y comenzaron a pelear con los que defendían la tierra, y a combatir la ciudad. Por esta orden peleaban en un mismo tiempo con los que el jeque puso para que guardasen el puerto: y la ciudad se comenzó a combatir terriblemente: y de la armada se hacía grande efeto, con la artillería: y salieron algunas compañías de infantería, y marineros con escalas, y combatieron a mucha furia aquel cuartel de la marina: creyendo que hallarían en él menos resistencia, por tenerlo por más seguro. Desta manera se comenzó la batalla por tres partes: y anduvo muy trabada, y reñida: y los moros fueron muy combatidos por los cristianos que iban cobrando grande ánimo, con cierta esperanza de la vitoria: y fuéronles ganando tanta ventaja, que muy conocidamente iban ya de vencida: y se fue declarando la vitoria por los nuestros: y dentro de dos horas que duró la batalla, y combate, los que estaban fuera de la ciudad fueron rotos, y vencidos, y muertos sin quedar uno vivo: y juntamente se entró la ciudad a escala vista, junto a la puerta que llamaron de la Vitoria, cerca del alcazaba entre dos torres. Fue de los primeros que subió en el muro un infanzón aragonés, que se decía Juan Ramírez hijo de Juan Ramírez de Isuerre teniente del marqués de Denia mayordomo mayor del rey: y peleó en él con los moros valerosísimamente: y aunque fue herido perseveró peleando con tanto esfuerzo, que se defendió hasta que fue socorrido, y se dio lugar por aquella parte a los vencedores: y se fueron ganando las torres, y baluartes, y saltaron dentro de la ciudad. Después que fueron echados los moros de las torres, que eran muy espesas, y de los baluartes, y quedaron señores del muro, se comenzó otra nueva pelea por las calles: y peleaban los moros, como gente puesta en extrema desesperación: y fue necesario que los nuestros se esforzasen hasta pasar a cuchillo a los enemigos: y la gente más noble, y los más caballeros se pusieron delante al mayor peligro: y sostuvieron el mayor peso de la pelea: y en este trance fue muy señalado el esfuerzo, y valentía de un caballero aragonés, que se llamaba Gonzalo Cabrero sobrino de Juan Cabrero camarero del rey: y del coronel Ruy Díaz de Porres hijo de Juan de Porres señor de Agoncillo, y de Cristóbal López de Arriarán almirante de la armada, que murieron allí peleando como muy buenos caballeros: y con ellos un alférez de la gente de Lorca: y hasta cincuenta soldados. Fue

la batalla dentro muy más brava, y terrible: sin que quedase plaza, ni calle, ni mezquita, ni casa fuerte donde no hubiese muy sangrienta pelea: porque después que comenzó a entrar nuestra gente por las calles, peleaban los moros sin miedo de la muerte: y era tan furiosa la resistencia, que parecía que peleaban, no por la libertad, que ya la habían perdido, ni por los hijos que habían de quedar en poder de sus enemigos, sino por sola la venganza: y algunas veces los cristianos fueron forzados de volver para atrás, y recogerse, por el daño que recibían de las casas, y torres: y a la fin con grande ánimo, y valor los acabaron de vencer: y se pasaron a cuchillo: y los que quedaron vivos se recogieron a la mezquita mayor: y aun allí pelearon hasta que murieron todos, sin que escapase ninguno. Con esta fatiga se apoderaron de toda la ciudad con el gran estrago, y matanza de los moros: porque murieron cerca de cinco mil: y fue preso el jeque en una torre que estaba junto a la torre que llamaban de la Atalaya, que está a la otra parte del alcazaba sobre la judería: porque pensó poderse ir por un postigo de aquella torre, cuando quisiese: y poniéndose en defensa, dos genoveses que estaban con él se fueron con dos caballos que tenía: y así quedaron presos él, y un hermano suyo, y un hijo. Púsose la ciudad a saco, repartiéndola el conde de manera, que a los que combatieron se dio el despojo della: y a los que quedaron para asegurar el campo, se dieron los esclavos, y mercaderías que había dentro: y después que estaban ya apoderados de la ciudad, algunas fustas de moros que se habían armado en los Gelves, fueron la vía de Trípoli, a tomar lengua de nuestra armada: y estando las galeras en la guarda de la mar, que eran once, con las dos de Sicilia, salieron algunas a darles caza: y el capitán Brizuela con una galera del visorey don Ramón de Cardona siguió cuatro fustas de turcos, y moros: y no le osaron esperar: y dieron las proas en tierra, y salvóse la gente: y tomóles un navío cargado, y un bergantín de cristianos que habían tomado: e hizo poner fuego en las otras fustas. Fue esta vitoria de las más señaladas de aquellos tiempos: y por causa della, luego que llegó la nueva a Monzón, donde estaba el rey, celebrando las cortes a estos reinos, se declaró más, en que quería ir por su persona, como lo había deliberado, a continuar esta santa empresa: y allende de las otras causas que publicaba, era muy principal ver, que los lugares que se habían ya ganado en la costa de África, no se podían sostener, por los grandes gastos que para ello se ofrecían, sin que se ganase lo de la tierra adentro: para que ayudase a defender los lugares marítimos: teniendo esto por el principal fundamento de aquella empresa: porque hallándose remedio cómo la guerra se pudiese entretener a costa de la misma tierra, sería cosa durable: y acabado aquello, se podría mejor proseguir la conquista. Pero con la publicación desta guerra, no tenía el rey menos cuenta en dar favor a las cosas de Italia, que a lo más principal de Berbería: porque ya el rey de Francia se iba más desmandando en perturbar los estados della: por si pudiese hallar entrada en el reino: y por esta causa mandó el rey dar gran prisa, que don García de Toledo pasase a África con la armada, y ejército que había mandado hacer para las cosas de Berbería: con deliberación, que el conde Pedro Navarro estuviese libre para acudir a lo del reino con su gente, que era muy buena: y llegaban a número de ocho mil hombres: y don García por su parte se ocupase en proseguir la conquista de África: y si necesario fuese, y los franceses intentasen perturbar la paz que había en Italia, se juntasen para resistirlo. Como en la

empresa de Trípoli tuvo tan buen suceso, el conde Pedro Navarro envió a pedir al rey, que le enviase cuatrocientos hombres de armas, y doscientos caballos ligeros para la empresa de Túnez: porque entendía que con aquella vitoria tan reciente, estaría la gente muy animada, y favorecida para acometer cualquier hecho: y los enemigos se hallarían amedrentados: y se podría acabar más fácilmente, que si se les diese tiempo para que se proveyesen, y cobrasen esfuerzo: y como el rey tenía la mayor parte de la gente de armas en la guerra que el emperador hacía contra venecianos, y en este mismo tiempo mandó que Fabricio Colona fuese con trescientos caballos en servicio del Papa por tres meses, por lo que lo obligaba la condición de la nueva investidura que se le concedió del reino, mandó al visorey de Nápoles, que hiciese luego poner en orden cuatrocientas lanzas, que quedaban: y se juntasen otros doscientos caballos ligeros de gente escogida. Con esto se ponían en orden los navíos necesarios, para que luego se enviase esta gente al conde a la empresa de Túnez: pareciéndole que se podría acabar antes del invierno: y dejó a disposición del conde, que tenía ya ganada muy gran reputación con las gentes, que fuesen sobre Túnez, o sobre los lugares que había en aquella costa, desde Túnez a Trípoli: si no se le pudiese enviar la gente de caballo tan presto.

Que el Papa, no habiendo sucedido la revolución de Génova, como pensaba, procuró que se hiciese la guerra contra el rey de Francia por Lombardía: y se pusiese en aquel estado Maximiliano Sforza hijo del duque Luis Sforza. XVII.

Estaba ya muy declarado el rompimiento entre el Papa, y el rey de Francia: y se tenía por muy cierta la guerra entre ellos, o muy mayor escándalo para toda la cristiandad. Porque después que el señor del Carpi, que era embajador del rey de Francia en la corte romana, suplicó al Papa que no se mostrase tan enemigo del rey su señor, que le quisiese poner tanta turbación en las cosas de Génova, que por su causa se rebelase aquel estado, y el Papa se declaró en la respuesta, que quería ayudar a su patria, para que volviese a su antigua libertad, y sacarla de la tiranía en que estaba, se tuvo del todo por rompida la guerra. Como el Papa era de gran corazón, y ningún respeto particular le movía, sino defender el patrimonio de la Iglesia, y cobrar lo que se le había usurpado, y sus fines eran, conservar la autoridad de la sede apostólica, seguía cualesquier medios: y no estimaba en nada el rompimiento: y no era hombre que supiese usar de cautela: y así dijo entonces al de Carpi, que su amo le quería tener por capellán: y a los otros príncipes por súbditos: y que ya no se podía confiar dél cosa alguna: pues después de la concordia, había intentado contra los confederados nuevas cosas: y que esto lo sabía bien el mismo señor de Carpi: que procurando de persuadirle a él que hiciese liga con el rey su amo, le había ofrecido, que sacaría el reino de poder de españoles dentro de seis meses: y que por esta causa él se había determinado de dar la investidura al rey don Fernando. En fin destas pláticas le dijo el embajador, que él se quería ir, pues no le daba lugar que hiciese su oficio: y juntándose los embajadores de Francia, llamaron a los del emperador, y del Rey Católico: y propusieron, que pues sus príncipes eran amigos, y confederados, y lo que tocaba al uno, era interese de todos, y en aquella

misma sazón se ofrecía que las galeras venecianas pasaban a Génova por obra del Papa, con inteligencia de procurar que se rebelase aquel estado al rey su señor, todos juntamente le requiriesen, que alzase la mano de semejantes empresas, que eran para poner fuego en toda la cristiandad: y le advirtiesen, que era negocio, y hecho que tocaba a todos. A esto les respondieron los embajadores, que cualquier diligencia que a ellos pareciese que debían hacer contra venecianos, y contra aquella su armada la harían: y hablarían sobre ello al Papa: para que en efeto se procurase que se fuesen de aquellas marinas: y no diesen turbación en las tierras de ninguno de los confederados: pero que para contra el Papa no tenían tal comisión: porque allende que era vicario de Cristo en su Iglesia, y cabeza de la cristiandad, era confederado con sus príncipes: y para proceder contra un confederado, a recuesta de otro, era necesaria consulta. Mas todas estas amenazas no bastaban para divertir al Papa de su propósito: porque después que murió el cardenal de Ruán, aunque perdió el miedo, le quedó tan formada enemistad contra el rey de Francia, por los temores que le pusieron, cuando el cardenal vivía, que por mucho que el rey de Francia se esforzó en asentar nueva liga, y amistad con él, nunca quiso venir en ella: antes tomó por achaque, que el duque de Ferrara, que era feudatario de la Iglesia, se le había rebelado: y tomando las armas contra él, como contra súbdito suyo, revolvió contra el rey de Francia: afirmando que le daba favor contra la Iglesia: y por haberle rompido la guerra en esto, proveyó, que la armada veneciana fuese sobre Génova: y trabajó que aquella ciudad se levantase: y se declaró por público, y capital enemigo de franceses. Esta empresa sucedió así: que habiendo juntado Marco Antonio Colona, y Octaviano Campo Fregoso en Luca cuatrocientos caballos ligeros, y hasta setecientos infantes, pasaron a la Especie con alguna inteligencia que tenían: y la tomaron: y luego enviaron por toda la ribera de Génova: echando fama, que lo hacían como servidores del Papa, y del emperador, y del rey de España, para que les diesen vituallas, y socorro. Entonces para asegurar que el pueblo de Génova no se alterase con este apellido, de que estos príncipes seguían aquella empresa juntamente con el Papa, proveyó con gran diligencia el rey de Francia, que los embajadores de Alemania, y España, que estaban con él en Blois, escribiesen al gobernador, y ancianos de Génova certificándoles, que aquello no se hacía con voluntad, y consentimiento del emperador, y del Rey Católico. Sosegóse con esto el pueblo de Génova: y la gente francesa que había en aquella ciudad, se puso con mayor ánimo en su defensa: de suerte, que al tiempo que las galeazas, y galeras venecianas, y del Papa parecieron delante del puerto, no hicieron ningún efeto. Mas lo desta empresa tuvo tan mal fundamento, que como hecho, y negocio mal emprendido, no pudo ser bien acabado: porque el Papa nunca tuvo cumplida seguridad de las parcialidades de aquel estado: ni las pudo tener unidas como se requería: y así cuando Marco Antonio Colona pasó por la ribera de Génova, los villanos le dejaron pasar, y se juntaron con él, pensando que iba sobre caso acordado, y seguro: pero cuando estuvo cerca de la ciudad, y entendieron que los de dentro siempre tenían el apellido de Francia, y que la parte Adorna había tomado las armas en favor de los franceses, los mismos villanos se volvieron contra la gente del Papa. Con este favor, y suceso, las galeras de Francia que llevaba el capitán Peri Joan, que eran cuatro de las que llamaban sotiles, y dos bastardas que estaban dentro del puerto de

Génova, con una nave que tomaron del maestre de Rodas, y un galeón muy bien armado con buena artillería, que era de fray Bernardino cosario, salieron contra las galeras venecianas: y el capitán dellas, como iban en la delantera el galeón, y la nao, dudando, y temiendo no echasen a fondo alguna galera, se recogió al puerto de Sestre: y de allí a la Especie: y Marco Antonio se embarcó en aquel lugar con su gente, habiendo entendido que toda la ribera se levantaba contra él: pareciéndole que estaba a gran peligro: e hizo embarcar los caballos de los hombres de armas, y envió por tierra los caballos ligeros con buenas guías: y él fue a salir a Pomblín. Estaba aquel estado debajo de la protección del Rey Católico: porque el señor de Pomblín había entonces casado con doña Marina de Aragón princesa de Salerno: y de allí fue Marco Antonio por tierra la vía de Toscana: y las galeras pasaron a Civita vieja. Este suceso tuvo esta empresa: siendo la mayor cosa que se podía intentar en esta sazón contra el rey de Francia: estando aquel príncipe en tanta autoridad, y reputación: y el Papa se excusaba, que le había engañado una de las parcialidades: habiendo él cumplido con los principales della todo lo que habían demandado: pero él hacía todas sus cosas con tanta publicación, que más era de maravillar que se acertase alguna: y era su ánimo tan descubierta, y sin ninguna doblez, que él mismo decía, que era imposible que pudiese guardar secreto: porque si lo hiciese reventaría. Aunque esta empresa de Génova era lo más principal en sus presupuestos, también se creía que venecianos le habían hecho apresurar más de lo que debiera, por divertir las fuerzas del enemigo: y los franceses desistiesen de lo de Padua, por socorrer a Génova: y con esto aquel cuerpo de Venecia, que estaba para perderse, tuviese algún tiempo para respirar: porque si pasase el estío, podía suceder, con lo que el Papa intentaba, alguna división entre los confederados: y ésta era la mayor confianza de aquella gente. Era esta cuenta que hacían los venecianos muy cierta: conocida la condición del Papa: y siendo tan aficionado a las armas: y a emprender grandes cosas: habiéndose declarado por tan enemigo del rey de Francia: y siendo naturalmente inclinado a buscar disensión: y nunca tener sosiego: como lo mostró bien en toda la vida pasada: porque en tiempo del papa Sixto su tío, nunca entendió en otro, sino en sembrar discordias: y en el pontificado del papa Inocencio, a él se atribuyó haber procurado la rebelión de los barones del reino: y en el de Alejandro, de tal manera siguió las armas, que era el principal caudillo que tuvieron los franceses en Italia: de suerte que no supo vivir en paz: y siempre procuró contienda. Empleaba todo su pensamiento en confederar al emperador con la señoría de Venecia: y dividirle de la amistad que entonces tenía con el rey de Francia: y por esto le ofreció, que le haría cobrar las ciudades que los franceses le tenían en empeño, sin que restituyese el dinero: conque solamente le diese a Maximiliano hijo del duque Luis Sforza: y él se obligaba con ayuda de los suizos, y con la afición que le tenían los pueblos de Lombardía, de ponerle en el estado de Milán. Por este camino decía el Papa, que el emperador cobraría sus tierras: y quedaría aquel estado a su sobrino. Después de aquella empresa de Génova, mandó que se hiciesen doce mil suizos: y los ocho pagaba él, y el resto la señoría de Venecia: con deliberación que rompiesen por el estado de Milán: aunque primero determinó, que fuesen por tierras del marqués de Monferrat, y del duque de Saboya. Había movido el Rey Católico por este tiempo de tener por su aliado al duque de Saboya: y tratóse

que casase con la reina de Nápoles su sobrina, por medio de don Pedro de Urrea su embajador, y de micer Alonso Sánchez, en nombre de la reina su madre: y así se concertó, como se dirá en su lugar. Fue consejo de los venecianos el romper los suizos la guerra por Lombardía: porque no habiendo podido divertir a los franceses con lo de Génova, como lo pensaron, esperaban con esto remediar el peligro en que estaban de perder a Padua: pero la unión de los ejércitos, y poder de los príncipes confederados ponían en gran terror, no sólo a la señoría, pero al Papa: y así teniendo por enemigo al rey de Francia, pensaba en la seguridad que podría tener del Rey Católico, estando tres ejércitos casi juntos, y con sospechas que irían a tomar a Bolonia: y pedía con grande instancia al embajador Jerónimo Vic, que se le diese la seguridad.

Que el Papa se declaró que pretendía echar a los franceses de toda Italia. XVIII.

Había ya por este tiempo tomado la gente del Papa todos los lugares del duque de Ferrara, que estaban en Romaña de la otra parte del Po: que no quedaba sino la Roca de Lugo, que se defendió después de ganado el lugar: y habiendo derribado parte della, llegó la gente del duque, y un capitán francés con trescientas lanzas francesas, que se decía Chatillon, en su socorro a veintinueve de julio. Los del Papa antes de ver a los enemigos, se recogieron sabiendo que iba el socorro: y desampararon el lugar: y el duque de Urbino, que era capitán general de la Iglesia, y estaba en Bolonia, sabiendo que la Roca de Lugo se defendía, movió para ir allá con la gente que le quedaba: por apretar que se diese: y en el camino supo del socorro: y que su gente se había retraído: y deliberó de hacer más infantería, por juntarse con la otra parte de su ejército, y volver a Bolonia: y hacerse en ella fuerte. Desto quedó el Papa descontentísimo: y pidió al embajador Jerónimo Vic, se diese luego orden, que las trescientas lanzas, que habían de ir a servirle en aquella guerra, por la obligación de la investidura, fuesen a juntarse con su ejército: porque estaban entonces sus cosas en gran necesidad: y le comenzaban a suceder mal sus empresas: habiéndose errado la principal dellas, que era la de Génova: y comenzaba el duque de Ferrara a defenderse con ayuda de franceses. Por esto mandó que Marco Antonio Colona se juntase con el duque de Urbino: y daba orden de grandes aparejos, para continuar toda vía la empresa de Génova: y para ella esperaba otras diez galeras de venecianos: y mandó detener otros navíos, para que en el mismo tiempo que los suizos rompiesen por el estado de Milán, partiese toda la armada para lo de Génova: y estaba el rey Luis en gran recelo, que hubiese en aquel estado alguna mudanza: y con este temor por medio de su embajador, y del cardenal de Bolonia, hacía grande instancia, que el Papa desistiese de las inteligencias que allí traía. Por esto decía que dejaría la protección de Ferrara: y el Papa no quiso escucharlo: diciendo, que no quería hacer confianza de quien no tenía fe: pues en aquel mismo partido que movía, se conocía la poca que tenía: porque después de haberle servido el duque con su persona, y con tanta gente, y dinero, y habiéndose

puesto debajo de su protección, era contento de dejarlo, y no curar dél: y que por aquella vía no quería a Ferrara, por mano de franceses: sino tomarla por fuerza: y poner a Génova en su primera, y antigua libertad: y echar los franceses de toda Italia: y que había de morir en aquella demanda, o cumplir su deseo, y tomar entera satisfacción. Para que esto se consiguiese con efeto, tenía toda su esperanza en la concordia del emperador con venecianos: y en la entrada de los suizos en Lombardía: y tuvo por cierto, que si aquella liga se hacía, los franceses se reducirían a Milán: y juntándose su ejército con los suizos, los pueblos de Lombardía se levantarían: mayormente si el emperador les diese a Maximiliano hijo del duque Luis Sforza: y que con esto se acabarían de echar los franceses de toda Italia. Para en caso que esta concordia no se concluyese, sobre que armaban todas sus empresas, se entendió que tenía fin de dejar a los venecianos, y concertarse con el rey de Francia, conque quedase con Ferrara: y para tentarlo todo, se movió plática por medio del cardenal de Nantes, que era bretón, y había sido embajador del rey de Francia, que él nombraría uno de sus deudos para rey de Nápoles: y que el Papa le diese la investidura: y casase con una sobrina suya, que era viuda, y hermana del prefeto. Después de partido el gran maestre la vía de Milán, Juan Jacobo de Trivulcio se detuvo con la gente de armas francesa: porque sin ella el ejército tudesco, y la gente de armas española que tenía el duque de Thermens, con grande dificultad podían ser señores del campo: y también se reparó por acompañarlos hasta Barbarana, que está junto a Vicenza: donde se había de detener, hasta que los alemanes pudiesen sacar de Vicenza la artillería, y munición para pasarla a Verona: porque ni Vicenza, ni el castillo se podían defender, por ser todo muy flaco: y que requería mucha guarda, y morían en ella de pestilencia. Por esta causa habiéndose de partir Juan Jacobo tan presto, como estaba tratado entre él, y el gran maestre, no restaba otro remedio, quedando el ejército del emperador tan diminuido, sino retraerse a Verona: porque las cosas de su campo iban encaminadas con gran desorden: y padecía mucha carestía, y falta de todo lo necesario. Teniendo el Rey Católico noticia de esto, mandó al duque de Thermens, que si el emperador le encargase la guarda de Verona, se entrase dentro: y procurase de ponerse en la ciudadela: mas como estaban en poder de franceses, y en los otros castillos no se podía aposentar la gente de armas, no quedaba donde ponerse, sino en la ciudad, o en sus burgos: y el rey de Francia socorrió al emperador con otro tanto dinero como al principio, porque Verona, y las otras fuerzas quedasen en su poder: pues con ellas fácilmente pensaba cobrar lo restante. Por este mismo tiempo comenzó el rey de Francia a publicar, que tenía sospecha del Rey Católico: y que traía nueva inteligencia con el Papa, y con venecianos: y por esto el gran maestre envió al duque de Albania al emperador, para hacerle grandes ofertas, por desviarle de la amistad, e inteligencias del Papa, y de la señoría de Venecia: y proveyó que Juan Jacobo con quinientas lanzas, y con dos mil infantes se pusiese en Montañana: porque estuviese entre Padua, y Ferrara: y pudiese socorrer adonde hubiese necesidad. Estaba aún en este tiempo en Génova la duquesa de Terranova mujer del Gran Capitán: y como los franceses tenían grande recelo de alguna mudanza en aquel estado, previnieron que por aquella causa, no les viniese algún daño: y envió el rey de Francia a decir

al rey, que no quería que estuviese más en Génova la duquesa: y así proveyó el Gran Capitán que se partiese luego.

De la pérdida, y destrozo del ejército que llevó don García de Toledo a los Gelves. XIX.

La armada que el rey mandó hacer para que don García de Toledo hijo mayor del duque de Alba fuese con ella a Bugía, y se juntase con la del conde Pedro Navarro, y se continuase la conquista de África, se juntó en Málaga: y después que estuvo toda la gente a punto, se sobreseyó en la partida: porque se entendió que la ciudad de Bugía estaba dañada de pestilencia. En este medio el conde Pedro Navarro, que estaba al principio determinado de seguir la empresa de Trípoli, y después de haber sojuzgado aquella ciudad, deliberaba de volver sobre Túnez, si se le enviase la gente de caballo que envió a pedir al rey, porque en lo uno, y en lo otro hubo dilación, se determinó de hacer la jornada contra la isla de los Gelves. Salió de Trípoli con ocho galeras, y una fusta a diez de agosto, para reconocer la isla, y la fuerza que tenían los moros en tierra firme junto a ella, y la disposición del sitio: y entonces con esta ocasión trató con el Jeque, que se llamaba Yahya hijo de Benzat Bencamuh, y le requirió que se hiciese vasallo del rey de España con las condiciones que se le pidían: y él se excusó diciendo, que aquellas condiciones no eran de pedir: y que harto le bastaba tener guerra con el rey de Túnez, y con el turco: y que no la quería con los cristianos, que eran tan bien tratados allí, como en sus propias tierras. También trató entonces el conde con los más principales de la isla, para persuadirlos, que se hiciesen vasallos del rey: pues entendían, que ninguna ciudad principal de las de tierra firme podía resistir su armada: ni otra sería bastante a defenderse en toda la morisma, hallándose sus ejércitos juntos: y en nombre del rey les hizo grandes ofrecimientos. Había en la isla dos bandos desde los tiempos antiguos, como se ha referido en la primera parte de los Anales: y éstos tenían dos caudillos, a quien seguían los vecinos de dos pueblos, que solían ser el rey de Túnez, y habiéndose reducido a libertad, saliendo de la sujeción del rey de Túnez: el uno se hizo señor, y gobernador de la isla con la una parte más poderosa: y a éste llamaban el jeque, y era la isla muy rica por el comercio marítimo que hay en ella, así de los mercaderes moros, y turcos que navegan de Alejandría, y de otras partes de Levante, como del reino de Túnez, y de toda Berbería, y de los alárabes. Este jeque con la mayor parte de la isla que le seguía, se determinó de defenderla, y resistir a la armada: y la mayor confianza se tuvo en el sitio, y esterilidad de la tierra. Está la isla de los Gelves que es la mayor, y más principal de todas las islas de la costa de África, tan allegada a la tierra firme, que por una parte se continúa con ella por una puente: y es muy rasa, arenosa, y llegan de bosques de palmas, y de muchos olivos: y casi no produce otros árboles sino algunos frutales: y boja poco más de dieciséis millas. Estaba poblada por caserías, en que habitaban los moros con sus familias: y éstas eran de muy pocas casas: y toda la isla es muy falta de agua: y no la tienen sino de pozos: y a l aparte

de la mar había un castillo en que estaba el jeque, y todos sus deudos. Entre tanto que el conde ponía en orden las cosas desta empresa, salió don García con su armada de Málaga: e iban en ella hasta siete mil hombres: y navegó la vía de Bugía: y dejó para guarda de aquella ciudad una parte de su armada con tres mil hombres: y persona de confianza, para que quedase por alcaide, y gobernador en su nombre: y él se hizo a la vela: y atravesó el golfo, y navegó la vía de Sicilia. También Diego de Vera dejando ordenadas las cosas de Bugía, siguió la armada: y juntos llegaron al puerto de Trípoli con dieciséis velas. Esto fue en coyuntura, que el conde Pedro Navarro había hecho embarcar su gente: en que había más de ocho mil hombres, con deliberación de ir sobre los Gelves: y estaba esperando tiempo para partir: y habiendo tomado agua las naves de don García, y de Diego de Vera, hicieron desde allí vela juntos: y llegaron a los Gelves un jueves a la noche a veintiocho de agosto, día de San Agustín. Otro día se mandó a gran prisa, que se desembarcase la gente, y saliese a tierra en las galeras, y fustas, y bergantines: porque las naos, por ser toda aquella playa de bajíos, no podían llegar con una legua a una torre, adonde habían de desembarcar: que estaba muy apartada del castillo. Salió toda la gente sin recibir daño ninguno, ni ver a los moros, entre la isla, y tierra firme a una parte, que llamaban la puente quebrada: y allí se ordenaron siete escuadrones: y en cada uno iba su coronel: y al desembarcarse, y ponerse en esta orden se detuvieron hasta medio día. Estaba acordado antes que don García llegase, que el coronel Jerónimo Vianelo llevase la delantera con su escuadrón: y don García rogó al conde que le dejase ir a él delante con los caballeros, y gente que iban con él: y según referían algunos, el conde holgó dello: y le dijo que escogiese la gente que le pareciese: y que don García tomó aquel escuadrón de Vianelo, y se puso delante. A otros oí afirmar, que el conde le señalaba el lugar donde debía ir como general: y que don García, y algunos caballeros que holgaban de complacerle, dijeron, que no habían ido allí sino para pelear con los moros: y aunque el conde resistió a don García, y a todos los que eran de aquella porfía, y hubo malas palabras sobre ello con Diego de Vera, a la postre lo hubo de consentir: y medio por fuerza, y contra su voluntad: y proveyó que la mejor gente de todo el ejército fuese con don García. Así se ordenó toda la gente por cumplir con lo que don García quiso: y él se puso delante en su escuadrón, que era de mil seiscientos hombres mejor armados, y más en orden de todo el ejército: y junto con éste siguió otro escuadrón con la gente de don García: y con el coronel Francisco Marqués con hasta dos mil doscientos: y luego iba otro escuadrón del coronel Joanes, en que iban mil soldados gente muy escogida. Tras éste movieron de más espacio los escuadrones de los otros coroneles: que eran Diego de Valencia, Pedro de Luján, don Diego Pacheco, y Gil Nieto: y quedó el conde Pedro Navarro ordenando la gente. Podía haber en toda la isla hasta doce mil hombres gente desarmada, y sin concierto alguno: y que no era ejercitada en guerra: y estaban repartidos de manera, que no podían resistir por ninguna vía a un tal ejército: y la gente que el jeque, y sus hijos tenían para poder pelear, eran hasta ciento veinte de caballo: y entre ellos cuarenta caballeros alárabes, y hasta dos mil quinientos moros: y estaban tan temerosos, que no había orden de pensar en salir al encuentro de los nuestros: ni en defender la tierra: señaladamente después que llegaron algunos moros que se escaparon de Trípoli, que pusieron gran

terror: contando el esfuerzo de nuestra gente, y la pujanza de la armada, y el valor, y grande industria de su general. Fue tan grande su miedo, que se afirma por cierto, que el día que arribó la armada, ofreció el jeque de dar al conde veinticinco mil tripolinas, y diez mil de tributo en cada un año: y que entregaría la tenencia del castillo: y todas las fuerzas: y que todos los derechos de los mercaderes cristianos fuesen del rey: y a él le quedasen los de los moros: y conforme a esto estuviere partida la jurisdicción: lo cual parecía suficiente partido para ser la isla tan estéril: y el conde no quiso aceptarlo. Era tan excesivo el calor que hizo aquel día, que antes de haber caminado dos leguas, iba toda la gente muy fatigada, y perdida: porque era tal el ardor del sol, que parecía que el aire ardía, y la arena los abrasaba. Caminando desta manera el ejército con ordenanza, como si hubiera de hallar otra resistencia, con el ardor grande, y con el polvo que salía de los arsenales, y con la fatiga que la gente había sentido de la mar, por haber muchos días que se embarcaron, fue tan extremada la sed que tuvieron, que como iban andando, se iban algunos cayendo muertos: y comenzaron a salir de su ordenanza. Llegando el escuadrón delantero en que iba don García, cerca de unos palmares, allí se esforzó la gente de poner en orden, como el conde lo había acordado: pero era tan bravo el ardor del sol, y la gente estaba tan desmayada de sed, que no hubo lugar de ordenarlos: porque tuvieron nueva que entrando en los palmares junto a unas casas derribadas, que se descubrían, había algunos pozos de agua dulce: y con el ansia de llegar a beber, toda la gente se comenzó a derramar, por llegar a los pozos. Iban en este primer escuadrón a esta sazón a caballo don García, Diego de Vera, y los coroneles Vianelo, y Joanes: y con ellos Garci Sarmiento, Loaysa, Cristóbal Velázquez, y Diego de Obregón: de solos quince de caballo que había en todo el ejército: que no fue la menor causa de su perdición: y don García, y algunos caballeros con él siguieron por el un lado de su escuadrón, por la parte más baja: y ellos fueron los primeros que descubrieron los moros, que estaban muy cerca, y venían para ellos: habiendo reconocido cuán desmandados iban, y perdidos. Diéronse gran prisa por sacar de los pozos la gente, que comenzaba a beber: y algunos pasaron adelante: pero cuando se vieron junto a los moros, iban no sólo vencidos del calor, y sed, pero medio muertos, y sin esperanza de remedio. Viendo los moros cuáles iban, cobraron ánimo para acometerlos como de rebato a la entrada de unos palmares: y podían ser hasta quinientos de a pie sin armas, y setenta de caballo, con una bandera blanca: dando muy grandes alaridos: y comenzaron a tirar muchas piedras desde un recuesto. De los nuestros salieron al encuentro muy pocos: y emparejando con ellos, arremetió don García para animar a los que le seguían: y dijo a Obregón, que se halló junto con él, que se apeasen: y él respondió que no era tiempo: porque los moros les iban cerrando el paso: y reconociendo que todos volvían huyendo, los animaba, y trabajó mucho por recogerlos: y como halló a Garci Sarmiento, y a Loaysa a pie que habían hecho rostro a los moros, y andaban con ellos a cuchilladas, se apeó del caballo con grande esfuerzo diciendo. «Bueno sería haber llegado a este lugar para escapar huyendo»: y tomó a un infanzón aragonés, que estaba a par dél, y se llamaba Juan Ramírez de Iuerre, una pica que llevaba: y arremetió para los moros, como quien él era: y juntándose con los otros, comenzó a pelear con mucho esfuerzo. Los moros que vieron huir a los nuestros tan vilmente,

se fueron juntando en un tropel: y comenzaron a pelear como gente que no hallaba resistencia: y fueron por ellos muertos de los primeros, cuatro de los que se apearon: que eran don García, Garcí Sarmiento, Loaysa, y Cristóbal Velázquez. Por la parte de arriba Diego de Vera, y el coronel Joanes, que estaban a caballo, comenzaron a pelear con los moros: mas como los desampararon los que los debían seguir, no pudieron resistir: y así comenzando a huir los delanteros, en los cuales se halló tan poca resistencia, todos volvieron huyendo hacia la mar, dejando las armas en el suelo. Era tanta su turbación, que sin ningún sentido se lanzaban por los otros escuadrones, como gente desatinada, y los desbarataron: y cuando llegaron a lo bajo a un llano fuera de los palmerales, ya se habían puesto en orden dos batallas de los moros, en que había hasta cuatro mil: y siendo tantos los nuestros, que llegaban a doce mil, ningún remedio hubo para detenerlos. Cuando vio el conde que así volvían huyendo, y que no bastaba vergüenza, ni fuerza para que hiciesen rostro a los enemigos, siendo una muy vil canalla, así por estar ya puestos en huida, como por haber dejado las armas, proveyó que los escuadrones de don Diego Pacheco, y de Gil Nieto, que quedaron en la retaguarda, se pusiesen en el paso por donde huía la gente: porque los moros no pudiesen seguir el alcance: y si esto no se proveyera, el daño, y estrago de nuestra gente fuera muy mayor. Aunque caían muchos heridos de los enemigos, eran sin comparación mucho más los que perecían de sed, y del ardor del sol: y los que se anegaron en la mar por embarcarse: y señaláronse bien en este trance de muy esforzados, y valientes, don Diego Pacheco, Gil Nieto, Miguel Cabrero, y Pedro de Luján, que hicieron su deber, como caballeros, por detenerlos: pero no pudieron. Fue gran parte de la gente a recogerse hacia la torre adonde habían surgido las galeras del reino: que fueron causa que muchos se pudiesen escapar de morir tan vilmente: y fuese menor el daño: porque los moros no se atrevieron a seguir el alcance. Súpose por cosa muy averiguada, y cierta, que solos setenta de caballo, y ciento cincuenta de pie de los moros, que atajaron la gente a la salida de los palmares, fueron los que hicieron el mayor estrago en los nuestros: hallándolos desbaratados, y medio muertos de la sed: y del gran ardor del sol: y que habían dejado las armas: y así escaparan muy pocos, si los siguieran hasta la mar. Es también cosa de grande admiración entender lo que sucedió al conde, siendo uno de los famosos soldados, y capitanes de su tiempo: porque en este trance fue tanta la turbación que tuvo, de ver perder la gente, sin bastar a remediarlo, que como hombre sin consejo, ni valor ninguno, él fue de los primeros que se embarcaron: dejando toda la gente en el campo. Puesto que aun en aquello pudo aprovechar mucho, según estaban las cosas en extrema confusión, y desesperación: discurriendo de galera en galera, para que se recogiese la gente que se anegaba: por no los querer recibir con grande inhumanidad: proveyendo cada uno sin ningún respeto a lo de su propio daño. No fue la menor fatiga de las que allí se pasaron, ver que aun después de haberse embarcado, con la falta que había en las naos de agua, y de bastimentos, moría mucha gente: de suerte, que en esta jornada se puede decir, que todo faltó a los nuestros juntamente, seso, esfuerzo, y buenaventura. Murieron en ella de más de los caballeros que se hallaron con don García, de personas de cuenta, don Alonso de Andrada, Santángel, Melchor González hijo de Luis González conservador de Aragón, y los capitanes Saavedra, y Sotelo, y un hijo

de Gaspar de la Caballería, Godoy, Bivas de Denia, y algunos gentileshombres de don García: y entre muertos, y cativos fueron hasta cuatro mil. Fue llevado el cuerpo de don García a poder del jeque: y después de algunos días escribió a don Hugo de Moncada visorey de Sicilia, que habiendo sabido que aquel gran señor que allí fue muerto, era pariente del rey de España, lo mandó poner en una caja, y lo tenía guardado, para que se hiciese del cuerpo lo que ordenase. Aunque generalmente se atribuyó la culpa deste estrago al conde, como a general, pero algunos le tenían por menos culpado: sino en lo que tocaba en arriscar demasadamente la gente de guerra, a que pasase hambre, y sed, y toda fatiga: y tóvose por entendido, que el principal yerro, después de su manera de gobernar, y que con ser nacido de muy baja suerte, era, como dice Salustio de Mario, sobrado, y feroz, fue en el desembarcar de la gente: que la sacaron muy lejos del lugar más importante: que era lo que primero se había de asegurar: y a donde se habían de hacer fuertes: y después de recibido el daño, notaban al conde por más valiente que diestro, y prudente para el gobierno, y cargo de un ejército: porque faltando en el real Diego de Vera, había mala orden, y poco castigo. También se daba mucha culpa a Jerónimo Vianelo: que tenía muy principal cargo de gente en aquel ejército, por quien el conde se regía ordinariamente en los consejos: y era público, que le ponía en algunas empresas muy vanas, y peligrosas: y le daba siempre la delantera, y el mejor lugar en el gobierno, y en los hechos: de lo que Diego de Vera, y otros caballeros se tenían por agraviados: diciendo, que era afrenta de la nación, anteponer aquel extranjero: y quitar la honra a los suyos. Aquella noche se embarcaron a toda furia los que pudieron: y quedaron por embarcar más de tres mil hombres: y éstos otro día sábado por la mañana se fueron a recoger a la torre donde estaban las galeras. Detúvose la armada después de la rota en aquel puerto de los Gelves, con tiempos contrarios ocho días: y saliendo fuera sobrevino gran tempestad, y tormenta: y algunos navíos volvieron al mismo puerto: y otros fueron a surgir al castillo de los Gelves: y otros hacia la otra parte a la puente quebrada: y los más corrieron la vía de las costas de Sicilia: y se repararon en la Pantalarea. Desde los Gelves envió el conde a Gil Nieto, y al maestro Alonso de Aguilar, para que informasen al rey del suceso desta jornada: y él con la parte de la armada, después de haber corrido grande tormenta ocho días, aportó a Trípoli, a diecinueve de septiembre: y las galeras se vinieron a Nápoles: y por mandado del rey dejó el conde en la guarda, y defensa de la ciudad de Trípoli a Diego de Vera: y le encargó la tenencia del castillo: y quedaron con él hasta tres mil soldados: entretanto que se proveía de gobernador, y capitán. Allí despidió el conde con todos los navíos que ganaban sueldo, otros tres mil soldados, que estaban muy mal parados, y enfermos: y hecho alarde, le quedaron más de cuatro mil: y con éstos se tornó a embarcar, para correr la costa entre los Gelves, y Túnez: porque en lo demás a Levante de los Gelves, todos eran alárabes: y por quedar más cerca de Sicilia: y parecerle que eran mares para invernarse. Haciéndose a la vela del puerto de Trípoli, salteólos el tiempo: y corrieron al monte de Barcas: y allí a cuatro del mes de octubre tuvieron tal temporal, que estuvieron en punto de perderse: y volvieron al puerto de donde salieron: todo con grande furia: y perdieron tres naves, que se abrieron con la tormenta: y algunas corrieron a Malta: y allí se salvaron con harta fatiga. Después de tanto contraste de mar, y tierra, el

conde pasó a la Lampadosa, mediado el mes de octubre: con deliberación de ir a la isla de los Querquens, entre Túnez, y los Gelves: que está a quince millas de tierra firme: por estar en aquel paso de la costa de Berbería: y por tener agua, y leña: y por la comodidad de ser proveído de Sicilia: pero el tiempo era tal, que lo más del invierno se detuvo la armada, sin poder salir de aquella isla.

Del juramento que el rey hizo, sobre la gobernación de los reinos de Castilla: y que el ejército de la señoría de Venecia fue a poner cerco sobre la ciudad de Verona: y no hizo ningún efeto. XX.

Estando desta manera embarazada la armada del rey, y ocupada en la guerra contra los moros, procuraba el emperador, que se hallaba en Cosntanza por el mes de septiembre, que se hiciese liga entre él, y el Rey Católico, y el rey de Inglaterra: y pretendía por ella, que el rey enviase la armada, que traía el conde Pedro Navarro contra el Papa: y dejase de hacer aquella guerra a los moros, que él decía no ser tan frutuosa, estando revuelta la cristiandad: haciendo el Papa guerra al rey de Francia: y no habiendo él cobrado lo suyo. Alomenos pretendía, que guardándose la capitulación de Cambrai, la armada del rey se juntase con la del Papa, y fuesen contra la señoría de Venecia: por estar muy sentido de la paz que el Papa había hecho con venecianos: de la cual también el rey de Francia tenía el mismo descontentamiento: y pensaba el emperador, que se pudiera otra vez persuadir al Papa, que se declarase enemigo de la señoría, si le dejasen proseguir la guerra contra el duque de Ferrara. Por otra parte Constantino Cominato fue a la corte del emperador, con sola orden que llevaba del Papa, de hacer tregua, y capitular contra Francia, y no para más: y los franceses instaban con el emperador, que hiciese guerra a los suizos: pero ni él se sentía con fuerzas para entrar en nueva empresa, ni la ciudad de Constanza, ni las otras que estaban en su frontera, lo querían consentir: por los daños que temían se les podían seguir: y en este mismo tiempo concertó el emperador matrimonio de su nieta la infanta doña Isabel, hermana del príncipe don Carlos con el duque de Gueldres. Despedidas las cortes, que el rey tuvo en Monzón, estando en Zaragoza a siete del mes de septiembre de camino, para volver al gobierno de los reinos de Castilla, que era una de las mayores fuerzas para todas sus empresas, proveyó a don Jaime Martínez de Luna su camarlengo por visorey, y lugarteniente general del principado de Cataluña, y de los condados de Rosellón, y Cerdaña: que fue uno de los señalados caballeros de su tiempo: y se hubo en aquel cargo como tal, antes de la venida del rey a las cortes: y por haber salido de aquel principado, para venir a Monzón, había cesado su lugartenencia: y en los otros reinos proveyó de lugartenientes generales. Desta ciudad se fue a la villa de Madrid: adonde mandó llamar cortes de aquellos reinos: y en la Iglesia del monesterio de San Jerónimo, a seis del mes de octubre deste año, delante del altar mayor, como gobernador, y administrador, y tutor de los reinos de Castilla, León, y Granada, y como administrador de la reina su hija, y por la sucesión, como tutor, y administrador del príncipe don Carlos su nieto archiduque de Austria, en cumplimiento de la concordia, que se asentó en Blois, sobre lo de la gobernación de Castilla, entre sus embajadores, y del

emperador Maximiliano, juró solenemente hincado de rodillas, en presencia de Mercurino de Gatinaria presidente del parlamento de Borgoña, de Juan Schad del consejo del emperador, y de Claudio de Cylly embajadores del emperador, en manos del cardenal de España arzobispo de Toledo: según la forma que estaba escrita: que se leyó por el secretario Miguel Pérez de Almazán: que durando el tiempo de su gobernación de los dichos reinos, haría, y cumpliría todo aquello, que a oficio de verdadero, y legítimo tutor, y administrador incumbía: y todo lo contenido en aquella concordia de Blois. Esta solenidad se hizo en presencia de Juan Rufo obispo de Britonoro nuncio apostólico: y del duque don Fernando de Aragón, hijo del rey don Fadrique, y de don Alonso de Aragón duque de Segorbe, hijo del infante don Enrique de Aragón, y de don Juan de Enguera obispo de Vic, y de Juan Cabrero camarero del rey: hallándose el rey celebrando las cortes de aquellos reinos. Sucedió después de haberse retraído el ejército del emperador, y habiéndose recogido a Verona la gente de armas del Rey Católico, a quince del mes de septiembre, que el ejército de la señoría de Venecia, que estaba en San Martín, a cuatro millas de Verona, vino a poner cerco sobre ella con nueve mil soldados, y más de cinco mil villanos: y traía mil hombres de armas, y tres mil caballos ligeros. Estaban dentro el señor de Blefis con trescientas lanzas, y mil soldados españoles: y el duque de Thermens con las cuatrocientas lanzas del reino: y entre la gente del rey de Francia, y del emperador, eran más de tres mil alemanes. Asentaron su artillería entre el castillo que llamaban de San Félix, y la ciudad: y batieron sin cesar seis noches, y cinco días, con treinta piezas: y rompieron más de cincuenta canas del muro: y como quiera que hicieron además de dar el asalto, que ellos dicen, viendo con cuánto esfuerzo, e industria se defendían los de dentro, y se reparaba lo batido, dejaron de continuar el combate: y levantaron su real, a veintiuno del mismo mes: y fuéronse retrayendo en derecho del mismo lugar de San Martín, adonde primero estaban. Estuvo aquella ciudad en gran peligro por la diversidad de las naciones que había dentro, que no eran todos de una voluntad: y por no tener los que estaban por el emperador su general: y así fue muy señalado el esfuerzo, y prudencia con que el duque de Thermens se opuso a todo peligro, como excelente capitán. También la gente de armas del rey, y los españoles pasaron mucha fatiga, y trabajo: porque hicieron, no solamente el oficio de buenos soldados, pero de gastadores: y resistieron con gran ánimo, y valentía, así a los amigos, como a los enemigos, que pusieron en harta turbación, y peligro aquel hecho: y esto fue tan manifiesto, que si no fuera por ellos, hubiera entonces perdido el emperador aquella ciudad: y estaba todavía en grande peligro, si el emperador no le enviaba socorro: por el mal gobierno, y poca obediencia que había en su gente: y por la falta, y carestía que tenían de todas las cosas necesarias. Con tal desorden tentaron los alemanes que estaban dentro, después que se recogió el ejército de la señoría, de poner a saco la ciudad: y fue forzado, que el duque de Thermens prestase cierta suma de dinero, para pagar aquella gente: y aun con todo esto comenzaron a robar algunos monesterios, e iglesias: y cometer muchos insultos, como gente sin capitán. Acudió entonces el gran maestre por socorrer a Verona, con cuatrocientas lanzas francesas: y con cerca de dos mil soldados: pero antes que llegase a Peschiera, se habían ya retraído los enemigos: y como el

obispo de Trento, y el duque de Branzuych, que llegó en esta sazón de Alemania, tuvieron necesidad de dinero, para pagar los alemanes, trataron con el gran maestro, que les prestase veinticinco mil ducados: y él les pidió el castillo viejo de Verona, que era una fuerza, que estaba dentro en la ciudad desviado de la ciudadela, para en seguridad del dinero: y concertáronse de entregarlo: pero estorbólo el duque de Thermens: y tuvo forma que se les diesen quince mil ducados, sin que el castillo se entregase a los franceses. Difiriéndose la paga por esta causa, alborotáronse los alemanes contra el obispo, y contra el duque de Branzuych, y tomaron las armas para matarlos: y pusiéranlo en ejecución, si no los salvara el duque de Thermens: y mataron algunos oficiales del ejército: e hicieron otros grandes insultos, y robos por la ciudad: y pusieron a saco la plaza. Entendiendo el rey a cuánto peligro estaban los suyos en la defensa de Verona, y que los franceses con gran artificio procuraban de apoderarse de aquella ciudad, estaba dudoso si mandaría que el duque de Thermens volviese con su gente de armas a Nápoles: porque estaba aquel reino sin guarniciones: mayormente saliendo en aquella sazón Fabricio Colona, con las trescientas lanzas en servicio del Papa. Sucedió entonces, que el señor de la Grotta capitán francés, que estaba con gente de guarnición en Linango, envió sesenta hombres de armas, y cuatrocientos soldados, con dos piezas de artillería, para correr hacia lo de Montañana: y teniendo dello noticia los venecianos, que habían mudado su ejército de San Martín, a San Bonifacio, salieronles al encuentro: y mataron toda la gente, que no escaparon sino tres: y estaban así las cosas, en fin del mes de septiembre, que el ejército de la señoría residía en lo de Montañana, y el del emperador dentro en Verona: y el Papa daba prisa a proseguir la guerra contra el duque de Ferrara.

De la venida del Papa a Bolonia, para hacer la guerra contra el duque de Ferrara. XXI.

Era ya partido en esta sazón de Roma el Papa: y al tiempo de su salida mandó que todos los cardenales le siguiesen, sin exceptar a ninguno: y desto estaban muchos dellos con harto recelo: temiendo que entrando en Romaña, y en las tierras adonde tenía su ejército, haría a su voluntad: porque estaba con sospecha de algunos dellos, que traían sus inteligencias con el rey de Francia. Con este temor el cardenal de Santacruz, envió un gentilhombre de su casa al visorey de Nápoles a decirle, que se iría al reino, y con él los cardenales de Cosenza, Oristán, y Samalo, y otros dos, si los asegurase en nombre del rey: pues resultaría en gran servicio suyo, tenerlos en su amparo. Excusóse el visorey de dar el seguro: porque se le había mandado, que no se acogiese cardenal ninguno, sin expreso consentimiento del Papa: con el cual se había antes tratado, que permitiese a los cardenales de Borja, y Sorrento, que estuviesen en Nápoles: pues eran vasallos del rey: y había mucho tiempo que residían en el reino: y por grandes seguridades que el Papa les dio antes de su partida, se declararon con el visorey, que no irían a Roma, ni adonde el Papa estuviese: antes saldrían del reino, y

se pasarían a otra parte. Fue esta salida del Papa de Roma muy apresurada, por la demasiada confianza que tuvo, que todo le había de suceder como él lo pensaba: y que no solamente cobraría a Ferrara, pero los franceses serían muy en breve echados de Italia: y que tenía luego por sí a Verona: y con los suizos de una parte, y juntándose su ejército con el de la señoría, con la mala voluntad que los pueblos de Lombardía tenían a los franceses, serían deshechos facilísimamente. Apenas llegó a Bolonia, cuando entendió que todo le sucedía muy al revés: porque los suizos no habían aún pasado: y Verona, no solamente no se tomó, como venecianos pensaban, ni se dio batalla, mas aun el ejército de la señoría se retrujo más lejos de donde primero estaba: y la gente del duque de Ferrara se hallaba tan en orden, que mucha parte della pasó al condado de Bolonia: e hizo daño en sus comarcas: y él iba enfermo, y su ejército estaba muy desbaratado: y se fue recogiendo más allá de Módena. Considerando el rey con su gran prudencia los daños que desta guerra se podrían seguir, mostrando que deseaba la paz, y unión de los príncipes cristianos, y que el Papa no se enemistase con tantos, procuraba de amansar su furia: para que se contentase, que en lo de Ferrara se tomase algún buen medio, con honra, y satisfacción suya: y se dejase de la porfía de Génova: y de cualquier otra, que pudiese estorbar la concordia entre el emperador, y la señoría de Venecia: porque pacificando sus diferencias, se convirtiesen las fuerzas de todos contra los infieles. Con grandes razones le representaba la fatiga, y trabajo a que aventuraba su persona: pues en tal edad no podía sino mucho dañarle: y ofrecía, que se interponía a procurar la concordia: pero él, como era de gran corazón, respondía, que antes perdería la vida, que se concertase con el rey de Francia: y que su determinada voluntad era echarle de Italia, o morir sobre aquella porfía: y si sus pecados fuesen causa, que no pudiese conseguir este su deseo, no tenía para qué más desear la vida. Fue también enviado el cardenal de Nantes por la reina de Francia, con ofrecimiento, que ella intervendría en tratar de la concordia: pero tampoco quiso dar lugar a ello: sin que primero se despidiese la gente que el rey de Francia tenía en ayuda del duque de Ferrara: y dejase de tenerle en su protección. Estaba en este tiempo Fabricio Colona en Abruzzo, que venía con la gente de armas del rey en servicio del Papa: e íbase deteniendo por orden del embajador Vic, hasta que el Papa le hubiese entregado las bulas de la investidura del reino: porque con color de su partida las había detenido: y dilataba de darlas, hasta que esta gente de armas llegase a las tierras de la Iglesia. Hallándose las cosas en estado de tanto rompimiento, sucedió que falleció el cardenal de Albi en Ancona, no sin sospecha de haber sido su muerte procurada con veneno: porque era sobrino del cardenal de Ruán: y hermano del señor de Chamonte gran maestre de Francia: y capitán general de su ejército. Viendo el gran maestre, que el campo de la señoría había no sólo vuelto para tras, pero estaba ya fuera del Veronés, sabiendo de la venida del Papa a Bolonia, y conociendo la necesidad del duque de Ferrara, y con gran sentimiento de la muerte del cardenal su hermano, partió con cuatrocientas lanzas que tenía, para juntarse con otras doscientas que había dejado en Rubiera, opuestas al ejército del Papa, que estaba a cinco millas: y envió alguna gente de armas a Carpi, que está a diez millas de Módena, donde la gente del Papa residía. Había en aquel lugar del Carpi seiscientos soldados de guarnición: y fueron echados dél por

la gente del mismo lugar: y casi todos fueran muertos por los hombres de armas franceses que se apoderaron del lugar, y le pusieran a saco, si no llegara en aquella misma sazón Alberto del Carpi, que era señor dél, y embajador del rey de Francia. Estaba en Módena Marco Antonio Colona con la gente de la Iglesia: y por temor de la gente de armas francesa que iba a Rubiera con el gran maestre, proveyó el Papa, que el duque de Urbino se pusiese dentro con todo el ejército: y con esta ocasión salió de Ferrara el duque: y cobró por la otra parte algunos lugares que había perdido aquellos días: y esto hizo muy a su salvo, por haberse encerrado el ejército del Papa dentro en Módena. Tornó también a Cento, que era una buena villa que el papa Alejandro dio en dote con Lucrecia su hija: que está a quince millas de Bolonia: y era de aquel condado. Cuanto más se acercaban los enemigos adonde el Papa estaba, se le acrecentaba más el furor, y odio que les tenía: y no quería consentir que se le hablase de ningún género de concierto, sino de morir, o vencer: y desde Bolonia disponía, y gobernaba todo lo que se ofrecía en la guerra: y allí nombró entonces por capitán general de la Iglesia al marqués de Mantua. Pidía el rey de Francia muy estrechamente, que el rey le enviase las once galeras que tenía ocupadas en la guerra de los moros, que fueron con la armada de España a los Gelves: diciendo que las quería para la defensa de las cosas de Génova, y de aquel estado: y el rey mostraba gana de complacerle en aquello: y creyendo que el conde Pedro Navarro en esta sazón que él había vuelto a Madrid, y era casi en fin del mes de septiembre, habría ganado los Gelves, e invernaría en aquella isla, y no habría menester las galeras hasta el verano siguiente, mandó que se enviasen luego a Nápoles: y el conde detuviese, si fuese necesario, las de los Gobos: y proveyó que el almirante Vilamarín viniese con aquellas galeras a juntarse con la armada del rey de Francia: y sirviesen en la defensa de aquel estado, como si fuese suyo: conque no se hiciese guerra en los puertos, y tierras de la Iglesia. Entonces envió a mandar al duque de Termens, que si el emperador no tuviese necesidad de las cuatrocientas lanzas que tenía para aquella guerra, y fuese requerido por el rey de Francia que fuese a su servicio, se juntase con su gente: y le sirviese en la defensa de su estado: no quedando en la guerra de Ferrara: ni en perjuicio de las tierras de la Iglesia. Juntamente con este socorro que se hacía al rey de Francia, se dio orden que Fabricio Colona pasase luego con sus trescientas lanzas en ayuda del Papa: y entrase en el ducado de Ferrara a juntarse con la gente de la Iglesia: y estuviese en aquella empresa, por la recuperación de las tierras que le pertenecían: y en cualquier otra parte que conviniese, para defensa del estado eclesiástico. Esto era con especial orden que se dio a Fabricio, que si el Papa le mandase que sirviese con su gente fuera del ducado de Ferrara, en tierras que no fuesen de la Iglesia, señaladamente contra el rey de Francia, no lo hiciese por ninguna causa: porque no solamente no había de ofender las tierras, y estado del rey su hermano, mas le había de defender de la misma manera que el de la Iglesia. Pasó Fabricio con su gente por la baronía de Celano, que está junto al Tronto: y por no poder pasar aquel río, se detuvo algunos días: y de allí se vino por Fermo a Ancona: y pasó a Senegalia mediado octubre: con propósito que desde allí pasaría a Fano, y tomaría la vía de Bolonia. Así se daba en un mismo tiempo, por el rey socorro a tres príncipes tan poderosos: estando entre sí tan diferentes: y los dos en tan gran rompimiento, que tenían

a todos los potentados de Italia puestos en cuidado de alguna nueva guerra: de la cual se temía una gran mudanza en todos los estados.

Del matrimonio que se concertó entre Carlos duque de Saboya, y la reina doña Juana de Nápoles sobrina del rey: y del cerco que el gran maestre de Francia puso sobre Bolonia, estando en ella el Papa: y que se levantó por el socorro que envió el rey con Fabricio Colona. XXII.

En este año, a dieciocho del mes de octubre don Pedro de Urrea embajador del Rey Católico, y con su poder, y micer Alonso Sánchez embajador, y procurador de la reina de Nápoles su hermana concertaron el matrimonio de la reina doña Juana de Nápoles sobrina del rey, con Carlos duque de Saboya: y prometieron los embajadores en nombre del rey, de dar en dote a la reina por contemplación del matrimonio, doscientos mil ducados: y el duque dentro de cuarenta días había de enviar sus embajadores a Nápoles, para celebrar el desposorio. Halláronse presentes al asiento Felipe de Saboya conde de Gebennexio, Francisco de Luxemburgo vizconde de Martun, y lugarteniente de Saboya, que llaman Ultramontana, y Luis barón Myplan conde de Montemayor mariscal de Saboya: pero este matrimonio no hubo efeto: porque se halla en verdaderos, y muy ciertos instrumentos, que por el mes de mayo de 1512 el rey llama a su sobrina duquesa de Saboya: y en el de 1515, le deja en su testamento cien mil ducados, para en caso que hubiese de casar, que se habían recibido del reino: y era vivo el duque de Saboya su esposo: y casó después con la infanta doña Beatriz nieta del rey, hija del rey don Manuel de Portugal: y esto conjeturé yo que debió ser, porque sobreviniendo la disensión, y guerra de los reyes de España, y Francia por estos días, que duró tanto tiempo, el matrimonio no se consumó. Después venido el Papa a Bolonia, para ejecutar la sentencia que había dado contra el duque de Ferrara, visto por el gran maestre de Francia, que el ejército del Papa estaba encerrado en Módena, y que en Bolonia no había gente de guerra, deliberó de acometer una terrible empresa: e ir con su ejército, y artillería a cercar aquella ciudad, residiendo en ella el Papa con su sacro colegio. Demanera que después de haber tomado algunos castillos de aquel condado, se fue a poner con su real sobre Bolonia a diecinueve de octubre: y asentólo a dos millas della, llevando consigo a los Bentivollas, que le habían prometido, que en presentando su real delante de la ciudad, ellos la harían levantar: y que tomasen las armas por Francia, como de hecho lo probaron: porque uno de los hijos de Bentivolla entró por una puerta de la ciudad, con algunos de caballo: pero como eran pocos, pudieron embarazarles la entrada. Todavía este acontecimiento puso mucha alteración en el pueblo, por la parte que en él tenían los de aquel linaje: y porque estaba el Papa sin ninguna gente de guerra: de suerte que su persona, y el sacro colegio, y toda la corte romana se vieron en gran confusión, y en extremo peligro: y creyendo el gran maestre que el Papa acataría cualquier partido, envió a pedir algunas cosas, señaladamente, que desamparase del todo a venecianos: y diese favor hasta acabarlos de destruir: y dejase de hacer guerra al duque de Ferrara: y aquella diferencia se

comprometiese en poder del emperador, y de los reyes de España, Francia, e Inglaterra: y restituyese al emperador a Módena: pues era ciudad del Imperio: para que él hiciese della lo que fuese justicia. Mas el Papa con un ánimo grande, y muy determinado entendiendo, que hallándose de la manera que estaba cercado, sería grande mengua suya, y de la sede apostólica acetar ningún partido, y muy difícil asentar buena concordia, no quiso venir en ello: teniendo por cosa muy grave, y muy injusta, que por una parte le hiciesen desistir de la guerra de Ferrara, siendo en favor de la Iglesia, y por otra le obligasen a romper contra venecianos: y proseguir la guerra para destruir aquella señoría: y quanto a lo de Módena, ofreció al embajador del emperador, que enviando él a recibirla, se la mandaría entregar: conque no la diese al duque de Ferrara, ni a franceses. En estos términos estaban las cosas cuando Fabricio llegó a Bolonia con la gente del Rey Católico: y luego que fue llegado requirió al gran maestre con palabras muy convinientes, y corteses, que levantase su ejército, y saliese de todas las tierras de la Iglesia. Con esto sabiendo Fabricio, y Jerónimo Vic, que la intención del rey no era otra, sino defender al Papa, y al sacro colegio, y las tierras, y estado de la Iglesia, y que el ejército francés se había puesto en lugar muy peligroso, de donde no podía salir sin recibir mucho daño, dieron orden que pudiesen levantarse seguramente, sin ser ofendidos de nuestra gente: y así se levantó el real, y salió de las tierras de la Iglesia: de suerte que en un mismo hecho, se cumplió por parte del rey con la deuda que debía al Papa, y a la Iglesia: y con la amistad que tenía con el rey de Francia. Había venido de parte del emperador a Francia, como dicho es, el obispo de Gursa: y lo que resultó de su venida fue, que requirieron al rey, que enviase poder para asentar nueva liga entre ellos tres: y envió su comisión a Jerónimo de Cabanillas: pero con expresa orden, y condición que por quanto no declaraban cuáles eran los artículos de aquella liga, ni contra quién, que no otorgase ninguna cosa sin consulta suya: y particularmente tuviese propuesto que no había de consentir obra, ni hecho que fuese en ofensa de la persona del Papa, ni de la sede apostólica, e Iglesia Romana: porque allende que como príncipe cristiano era obligado a esto, particularmente lo era mucho más como rey de Sicilia, y feudatario de la Iglesia. Decía también, que no quería ser en confederación, que fuese para tomar lo ajeno en parte alguna de la cristiandad: y porque el rey Luis había hecho grande instancia para que mandase venir sus galeras a Génova en su ayuda, y formaba queja porque no le ayudaba con ellas, estando tan ocupado en aquella sazón el conde Pedro Navarro en la guerra de Berbería, proveyó que viniesen para sola la defensa de aquel estado, como se ha referido: y lo mismo se ordenó en la gente de armas del reino que tenía el duque de Thermens. Emprendía entonces el rey de Francia diversas cosas: y toda ellas muy arduas y de gran movimiento: y por una parte mostraba querer procurar que se convocase concilio general, para reformation de la Iglesia, y por otra intentaba que se enmendase la bula de la investidura del reino que se había concedido al rey: y se volviese a expedir de otra manera: y en esto daba a entender, que tenía aquello por torcedor, para que lo de la investidura se enmendase a su propósito: en perjuicio del derecho del príncipe: o pudiese proseguir su empresa contra venecianos: y que no tenía el fin que señalaba a lo de la reformation, sino por salir con su negocio particular: y concertarse con el Papa si pudiesen. Por esta causa entendiendo bien el

rey aquellos fines, no quería venir en la liga que procuraban, sin que en ella se declarase, que pues el Papa le había concedido la investidura del reino, para él, y sus sucesores, y herederos, el rey de Francia prometiese, y se obligase de nunca procurar, ni tratar cosa, que fuese perjuicio della, ni del príncipe su nieto.

De lo que algunos cardenales intentaron contra el Papa: de lo cual tuvo origen la cisma que se siguió en la Iglesia. XXIII.

En esta turbación, y conflicto de tanta diversidad, y diferencia, y cuando más encendido estaba el odio entre el Papa, y el rey de Francia, y con más furia se aparejaba entre ellos la guerra, y la del emperador con la señoría de Venecia, sucedió otra ocasión de mayores alteraciones, y males, con grande escándalo de toda la cristiandad. Esto fue, que estando el Papa en Bolonia muy enfermo, aunque siempre entendía con suma solicitud, y cuidado en los negocios, y cosas que ocurrían de la guerra, andaban ya en tratos los cardenales de tener concertada elección del sucesor, en caso que falleciese: porque se tenía por muy cierto, que no podía escapar de aquella dolencia. Teniendo el Papa noticia desto, mandólos juntar en consistorio a once del mes de octubre: y publicó en él una bula que se concedió luego después de su creación, y se había ordenado con celo que se evitase toda simonía, que pudiese intervenir en la elección de Sumo Pontífice: y fue ordenada por muy señalados, y ecelentes letrados: y entre ellos por los cardenales Alejandrino, Capacho, Santacruz, y Ríjoles. Había diferido el Papa la publicación desta bula, temiendo, que aunque por aquella sanción decretal se proveía para en lo venidero, no causase algún escrúpulo en su elección: porque se divulgó que habían en ella intervenido algunas cosas no tan honestas como fuera razón: de que en lo precedente se ha hecho alguna mención. Mas viéndose en esta sazón muy afligido, y fatigado de la enfermedad, y con grande indisposición de su persona, sabiendo, según en aquel consistorio dijo, que el cardenal de Sanseverino en aquellas sus pláticas, y conciertos que hacían sobre la elección del Sumo Pontífice, había profanado su voto con simonía por el cardenal de Samalo, que era francés, y los dos se habían quedado en Florencia, con este enojo, y con la enemistad que había tomado con todos los de aquella nación, y por proveer que no fuese elegido pontífice ningún francés, lo cual afirmaba que no podía ser, sino corrompiendo algunos cardenales con dinero, publicó aquella bula. Prohibíase por ella, y condenaba la elección del Sumo Pontífice, si en ella intervenía simonía: y disponía que el que fuese elegido por un medio tan reprobado, e ilícito, no pudiese ser Papa: y los cardenales que concurriesen en tal elección, quedasen privados de aquella dignidad: y fuesen absueltos los príncipes, y cualesquier reinos, y señoríos de la obediencia, si y ala hubiesen prestado: y declaraba, que no fuesen obligados a prestarla. Parecía a todos que el Papa se movía a esto con un santo celo: y que no le llevaba ningún respeto particular: porque tras esta publicación dijo en el mismo consistorio públicamente, que desto tenían toda la culpa los embajadores de los príncipes: que ponían en almoneda el pontificado: y ellos

eran los que lo vendían. Con el temor destas penas, y de la indignación del Papa, los cardenales Samalo, y Sanseverino, y con ellos el de Bayos, que era francés, con color que venían a Bolonia por cumplir el mandamiento del Papa, que los hacía juntar en aquella ciudad a todos se detuvieron en Florencia, porque era lugar seguro para ellos: de donde, sin tocar en las tierras del Papa, se pudiesen venir a Lombardía, como se tenía por cierto que lo harían, si el Papa vivía. Estaban también en aquella ciudad los cardenales de Santacruz, y Cosenza: porque el de Santacruz adoleció: y el de Cosenza tomó por achaque, que no le quería dejar: aunque bien se entendió, que aquella enfermedad más era miedo: y según se detenían de llegar a Bolonia, daban mayor sospecha de alguna gran novedad: y el Papa les daba mayor prisa, que luego se viniesen para él. Era contento el Papa de dar salvo conduto al de Santacruz, para que estuviese en Nápoles en su libertad: pero él no se quiso fiar dél: y de Florencia se pasó con el de Cosenza a Pavía: y de allí envió un caballero de su casa llamado Luis de la Cerda a España: para que suplicase al rey, que mandase al visorey de Nápoles los recogiese: y para ello enviase a la Especie, o a Pisa alguna galera en que se fuesen. Mas como el rey había proveído lo contrario, quejábbase, que habiendo él servido tanto para ganar el reino, no se le hubiese dado un lugar para estar en él, en un seguro destierro: pues habían precedido muchas causas para hacer aquella mudanza: porque la esperanza del bien universal de la Iglesia, cualquier que fuese, había de poner a los buenos en peligro por seguirla: viendo dispusición para poderla alcanzar. Afirmaba ser esto muy fácil, concurriendo el Rey Católico, y el emperador con la Corona de Francia en ordenar con paz, y prudencia el estado eclesiástico: para lo cual decía, que nunca en lo pasado jamás se tuvo tal aparejo: y que si se pasaba, e iba de las manos tal ocasión, no se ofrecería en grandes siglos, ni se conseguiría: lo cual convenía mucho a la Iglesia, en tiempo de Julio más que con otro. Difirióse tanto la respuesta del rey, que después los cardenales, habiéndose ya declarado que procuraban convocación de concilio general, para reformación de la Iglesia, y aun lo que era muy terrible, para la deposición del Sumo Pontífice, no se contentaban con cualquier seguro. Tuvo el rey este negocio, desde el principio, por tan vano, que no quiso dar lugar a ningunas pláticas, ni medios que se movieron por parte del cardenal de Santacruz: porque se entendía, y aun así lo temía el Papa antes que saliese de Roma, que estos cardenales fueron muy persuadidos, e incitados por el rey de Francia, a que intentasen alguna gran novedad contra él: porque el rey de Francia estaba tan ciego con la pasión, que se determinó de hacer la guerra, no sólo con las armas, pero por otros caminos muy escandalosos. Porque en el ayuntamiento que se hizo en Francia por su mandado, de la iglesia galicana, se propusieron diversas cosas de muy perverso ejemplo, por el fin con que se intentaban: y se mandó pregonar por todo su reino, de acuerdo, y consejo de los parlamentos, que todas las personas eclesiásticas sus naturales, fuesen a residir en sus beneficios: y si no lo hiciesen, se gastasen los frutos en las mismas iglesias: y todos sus súbditos franceses, e italianos, aunque estuviesen en servicio del Papa, y fuesen sus familiares, se viniesen dentro de un muy breve término, so pena de infidelidad, y de confiscación de bienes: y no solamente se secrestaron las rentas de los cardenales de Pavía, San Pedro, y Agesta, y de todos los parientes, y criados del Papa, pero en efeto las ocuparon, y se consumieron en usos de la

guerra. En contrario desto el Papa hizo publicar sus censuras contra los que obedeciesen los mandamientos del rey: y se viniesen a Francia, o a Lombardía: declarando por descomulgado al señor de Chamonte gran maestro de Francia, y gobernador del estado de Milán, y a Juan Jacobo de Trivulcio, y al señor de la Paliza, y a los Palavicinos, y a todos los capitanes que estaban a sueldo del rey de Francia: y a los que intervenían en las congregaciones de la iglesia galicana. En la misma coyuntura el arzobispo de Aux gobernador de la Provenza, pasando de un lugar a otro, fue preso por orden del Papa, por el gobernador de Aviñón: y el rey de Francia mandó hacer gente para apoderarse de aquel estado: y envió a decir al Papa, que si no ponía en libertad al arzobispo, mandaría destruir, y quemar a Aviñón. Había sido aquel arzobispo maestro de casa del papa en el principio de su pontificado: y según el Papa decía, había emprendido de matarle con veneno, por inducimiento del cardenal de Ruán: y fue descubierto al Papa por el cardenal de Nantes, que era entonces embajador de Francia: y por aquella causa le dio el capelo: y estuvo en desgracia del rey: y el cardenal de Ruán le tenía por enemigo: y le habían tenido secrestadas sus rentas, no embargante que la reina le favorecía, como a privado, y natural bretón.

De las pretensiones que los príncipes confederados tenían de valerse de la armada, y gente del rey: y de las condiciones con que él la ofrecía. XXIII.

Con todas estas alteraciones, y novedades, y con los temores que dellas se ponían al Papa cada día, no cesaba de mandar continuar la guerra con gran fervor: y estaba tan puesto en perseguir toda la nación francesa, que llevándole nueva que sus caballos ligeros habían rompido los contrarios, estando con muy gran calentura, se levantó como frenético en la cama en que estaba: y alzando el brazo, comenzó a decir a voces, «Fuera de Italia franceses»: y mandaba que así como estaba, le llevasen a donde tenía su real. Pero entre las otras sospechas que tenía le pusieron mayor recelo, con animarle, que las galeras del rey que vinieron a Nápoles, después de la rota de los Gelves pasaban a Génova en ayuda del rey de Francia: y desto se comenzó a lamentar con grandes quejas del rey, diciendo, que ¿cuándo pudo él haber solas dos galeras de los Gobos importando solas ellas a su servicio que las hubiese? Siéndole aquello de gran momento: porque se publicara luego por cierto, que el rey se entendía con él en las cosas de Génova: no quiso hacer muy grande instancia sobre ello, por no dar estorbo a la empresa de Trípoli: y porque el rey no rompiese con Francia. Que agora aquéllas, y las otras se enviasen en ayuda, y favor de sus enemigos, le dolía en el corazón: y le era muy grave de soportarlo: y decía al embajador Vic, que pues el rey no le daba ayuda, para poner aquel estado en su libertad, conviniendo a las cosas de España tanto, alomenos no le fuese contrario: pues allende de su propio interese le estaba bien al rey, que sus galeras estuviesen en Nápoles: y residiesen siempre en el reino: y no las apartase tan lejos: pues no había allí entonces gente de armas ninguna, por haber enviado la que había en servicio del emperador, y suyo: porque cosas se podían ofrecer, por

donde le conviniese más, que sus galeras estuviesen allá, y no se desmandasen tanto. Pues conocía la inquietud de los ánimos de los napolitanos, y las mudanzas que los barones acostumbraban hacer, y aquel reino estaba muy alterado por causa que el rey quería que se ejerciese en él la Inquisición contra el crimen de la herejía, con el rigor que era necesario, y se usaba en sus reinos, se sobreyese en ello mientras duraba la turbación de aquellos tiempos: por no alterar los pueblos, y ponerlos en desesperación: y porque no se diese ocasión de algún gran escándalo. Que tiempo venía para ponerla, e introducir aquel Santo Oficio, con la severidad que se usaba en España, y lo disponían los sagrados cánones: y que no le parecía aquella buena sazón para ello, con el estruendo, y bullicio de tantas guerras: pues en ninguna otra parte de Italia no se ejercía con aquellas leyes: y sería muy peligroso comenzar por el reino: pues siguiéndose alguna novedad, se podría mal remediar estando él como estaba en aquella ocupación de guerra: y la gente de armas fuera del reino: de que se podía temer alguna gran confusión. Añadía a esto, que siempre que Génova estuviese en poder de franceses, no se descuidase el rey tanto: y estuviese alerta: porque ninguna duda tenía, que habían de nacer de allí nuevas alteraciones, y empresas. Con esto venía a resolverse en lo de la guerra que tenía con el rey de Francia, que juntándose Fabricio con la gente de armas del reino con su ejército, y la de venecianos con el marqués de Mantua, saliesen en busca de los enemigos, para echarlos de toda Italia: o les diesen batalla: y por esta causa no se quería detener en Bolonia: porque si los suyos fuesen vencidos, no quedase su persona a tanto peligro: y deliberaba de irse a Ravena: porque si le acaeciese alguna adversidad, hacía cuenta, que teniendo allí sus galeras, se podría pasar a la ciudad de Venecia: y quería dejar la corte en Bolonia. Era la causa de dar a este hecho tanta prisa, porque con la ayuda que le venía de la señoría de Venecia, y con la gente de armas del reino que trujo Fabricio, hacía un muy buen ejército: en que había mil trescientas lanzas, y tres mil caballos ligeros, y catorce mil infantes: y tenía por muy cierto, que en este invierno no podía pasar socorro al duque de Ferrara de Francia. Así determinaba el Papa de arriscar el negocio: mayormente que de parte del emperador no se hallaba expediente, ni forma alguna con que pudiese cobrar lo que pretendía tenerle usurpado venecianos: y cuando en aquella empresa se tuviera tal orden, y tan buena ejecución como se requería, especialmente para lo de Padua, Treviso, y el Friuli, parecía muy dificultoso, que en este invierno se pudiese hacer cosa de algún efecto: por ser la tierra llena de lagunas. Por esta causa trabajaba el rey de persuadir al emperador, que tomase algún buen medio de concordia con la señoría: o alomenos se pusiese tregua en las armas, por aquel invierno. La gente que la señoría tenía, parte estaba en Montañana, y parte en el Polés: adonde tomaron la Estellata, y Ficarola: que eran fortalezas del duque de Ferrara sobre el Po: y viendo el rey de Francia cuánto se había reforzado el ejército del Papa, con la gente que trujo Fabricio, que era muy valeroso capitán, y estaba en gran estimación en toda Italia, procuró que el rey le dejase las cuatrocientas lanzas que el duque de Thermens tenía en Verona: pues el emperador en esta sazón estaba sin necesidad de aquella gente: pretendiendo que era obligado el rey de ayudarle, para la defensa de su estado. Entonces mandó el rey al duque que avisase al emperador, que por estar de la manera que estaba en Verona, no le podía hacer allí ningún servicio: y quedaba en gran aventura

de recibir daño, y vergüenza: y proveyese, que le entregasen una de las fortalezas de aquella ciudad, en que pudiese aposentar su gente, y atender, por la parte que le tocaba, a la defensa de aquel lugar: y si no la entregasen, le certificase que luego se saldría, para ir donde sin tan notorio peligro pudiese mejor ayudar a la empresa, y a la defensa de las tierras del Imperio, y del rey de Francia: y se juntase con la gente del rey de Francia en sus propias tierras. Esto era con orden, que en caso que las cosas estuviesen en tales términos, que no hubiese peligro en detenerse en Verona, no se saliese sin licencia del emperador: porque deseaba el rey, que aquella gente de armas, que era la mejor que en aquel tiempo hubo en Italia, se conservase: y persistía en no querer dar lugar, que se pusiese en ayudar al rey de Francia contra el Papa en la guerra de Ferrara: sino solamente para la defensión de los estados del Imperio, y de Lombardía. Con esta manera de socorro, como dicho es, y con las once galeras, que mandó que trujese el almirante Vilamarín, para ayudar al rey de Francia a la defensa de aquel estado, procuraba el rey de quitar las sospechas que tenían los franceses de haberse confederado con el Papa: pero el emperador pretendía que los príncipes confederados en la liga de Cambrai habían de continuar la guerra, hasta que él hubiese cobrado las tierras que debía cobrar de venecianos. Excusábase el rey desta obligación diciendo, que se debía limitar, y señalar tiempo determinado, en el cual se acabase la guerra: porque no había seguridad, que los reyes de Francia, y Hungría se quisiesen prender a tener perpetua obligación sobre sí: y aunque él quisiese tener muy particular cuenta con lo que tocaba al emperador, y al príncipe don Carlos su nieto, la necesidad le constreñía a que hubiese de atender a sus propias cosas: que las tenía por muy importantes: señaladamente la guerra contra los moros. Allende desto decía, que como quiera que pensaba ayudarle con buen socorro a que cobrase sus tierras, pero quería que ante todas cosas sacase de poder de franceses a Verona, y Linango, y los otros lugares que había empeñado al rey de Francia: para que estuviesen en su poder: y diese seguridad que no los vendería a italianos, ni franceses, sin su consentimiento: ni lo demás que se fuese ganando de la señoría. También quería que el emperador, y el rey de Francia, y los otros de la liga se obligasen, que luego que hubiese cobrado sus tierras, así como se hallasen, sin otra dilación, mandasen ir sus ejércitos, y armadas juntamente con la suya a proseguir la empresa contra infieles. No embargante esto pretendía el emperador, que el rey le debía ayudar con aquella gente que tenía en Verona: o con otras trescientas lanzas como las daba al Papa: y con las galeras que envió al rey de Francia: y más con dos mil soldados que había prometido de enviarle: y sobre todo hacía mayor instancia por la armada, teniendo por cierto, que con ella brevísimamente se fenecería la guerra. Tenía por muy grave, que el rey ayudase al Papa: porque con la gente que le había enviado, si fuera en su servicio decía él, que tuviera ánimo para emprender de destruir al rey de Francia, y al papa Julio con los tratos, e inteligencias que tenía con venecianos: y habíase persuadido que estaba en mano del rey, cobrar él las tierras que le pertenecían: o perderse lo que él, y los otros confederados tenían en Italia. Como en este tiempo se publicó que Fabricio con los españoles, y con la gente del Papa venía a cercar a Rezo, que el emperador decía ser del Imperio, aunque el duque de Ferrara le tenía en feudo, no lo podía tolerar con paciencia: ni tampoco que el Papa se entremetiese en lo de Módena: y que amenazase Fabricio

que con aquella gente iría contra franceses, y contra otro cualquier: y que obraría aún mucho más de lo que el rey le había mandado: y por otra parte daba a entender que le estaba mejor que Verona, Padua, y Treviso, y el Friuli, y los otros lugares de venecianos recayesen en manos del rey de Francia, que de la señoría: que parecía ser más perpetua, e inmortal que el reino de Francia.

De una nueva confederación que hicieron entre sí en Blois el emperador, y rey de Francia: pretendiendo incluir en ella al Rey Católico: y él rehusó de acetarla. XXV.

Comenzóse a publicar ya en este tiempo, que los cardenales de Santacruz, y Cosenza trataban secretamente, que ellos, y los cardenales de Sanseverino, y Bayos, y otros procediesen hasta la privación de Julio: e hiciesen Papa al cardenal de Samalo: y que para este efeto se vinieron a Pavía, y se pusieron en poder del rey de Francia: y para hacer todo aquello que él les ordenase. Juntamente con esto, como el rey no quiso confederarse con el rey de Francia, ni con el emperador contra el Papa, como lo intentaron con gran porfía, estando Gursa en Blois a catorce del mes de noviembre deste año, concluyó dos confederaciones entre el emperador en su nombre, y como tutor del príncipe su nieto, y sus estados, y el rey de Francia. Tornóse a confirmar por ellos en esta concordia el tratado, y liga de Cambrai: que se asentó por la princesa Margarita, y por el cardenal de Ruán legado de Francia, y por Jaime de Albión embajador del Rey Católico: y queriendo ellos dos hacer ley general para todos los príncipes confederados, declararon, que atento que el emperador restaba solo de los de la liga por cobrar los lugares, y estados que le pertenecían, y sostenía en sus tierras, y señorío toda la guerra, debía ser ayudado en ella de los otros príncipes que eran sus aliados. Declaraban deberse hacer así, no embargante que los venecianos hubiesen tornado a cobrar algunos lugares, que él había ganado en el principio de la guerra: pues también pudiera acaecer lo mismo a los otros confederados: y que con muy gran razón eran obligados a le ayudar, y favorecer en aquella guerra contra la señoría, hasta que hubiese cobrado todo lo que se declaró en la liga de Cambrai: y que lo mismo se hiciese con los otros confederados en semejante caso. Había de tener el rey de Francia para esta guerra en Verona quinientas lanzas todo el invierno: y mil quinientos soldados: y otros doscientos con los que solía tener en la ciudad de Verona: y el emperador dos mil soldados en el mismo lugar: y obligábase el rey de Francia a tener para la primavera mil doscientas lanzas, y ocho mil de a pie, y ciertas galeras para continuar la guerra: conque el emperador tuviese hasta cuatro mil caballos, y diez mil de a pie: y el socorro desta gente había de ser a costa del que la hacía. Concertóse entre ellos de procurar, que el Papa confirmase este tratado: y por su parte diese el socorro como el rey de Francia: y que en la diferencia que tenía con el duque de Ferrara, se estuviese a derecho, y justicia. Para apremiarle que condescendiese a su opinión, si no viniese en acetarlo, ordenaban una cosa muy grave, y de malísimo ejemplo: y que siempre engendró grandes alteraciones, y daños en la cristiandad: que el emperador en sus estados, y en las tierras del Imperio, y el rey de Aragón en las suyas, y de la reina de Castilla

fuesen obligados de convocar concilios de sus naciones de Alemania, y España: para que en ellos se propusiese, y determinase cerca de las mismas cosas, que poco antes se habían concluido en el concilio de la iglesia galicana. Asentaron con esto que ninguno de los tres confederados se pudiese concertar con el Papa, sino de común consentimiento de todos: señalando término de dos meses, en que el Papa pudiese entrar en esta liga: y el mismo daban al Rey Católico, así en su nombre, como de la reina de Castilla su hija, y de sus reinos: diciendo, que estaba ocupado en la guerra de los moros. De suerte que el nombre, y principal fundamento desta liga, era contra la señoría de Venecia: y el efecto della contra el Papa: y el Rey Católico, que entendió cuán peligrosos fines eran aquéllos para la paz universal de la cristiandad, y para poder conseguir su deseo, que era emplear las fuerzas destes reinos en la guerra contra los infieles, no sólo se excusó de venir en ello, pero trabajó mucho por deshacer aquella liga: procurando de apartar al emperador que no siguiese al rey de Francia en una empresa tan peligrosa, y de tan mal ejemplo qual era aquélla. Mostraba por diversas razones, que aunque el emperador tenían entonces necesidad de franceses, ellos la tenían en muchas maneras harta mayor del, y del Imperio: y amonestábale que se supiese aprovechar del tiempo: y que aquella necesidad que tenía presente, no le hiciese olvidar otras en que el rey de Francia se hallaba: y trabajase por tomar alguna conclusión de utilidad suya, y del príncipe, y en beneficio de la cristiandad: porque desto sería muy loado, y de lo contrario arrepentido. Pero no valieron tanto con él estos avisos, y consejos, quanto cien mil escudos que el rey de Francia ofreció de darle: y la mitad se le daba luego en dinero, y la otra se le descontaba de la suma que se le dio sobre el castillo de Verona: aunque no era este socorro tan de gracia, que no se diese por él el feudo de Linango, y Valesio, con condición que lo pudiese todo desempeñar dentro de ocho años. Cuando entendieron los franceses que el rey no quería consentir en lo desta nueva declaración, y liga, y que el interese del emperador no le hacía desavenir del Papa, trabajaban de sembrar entre ellos toda discordia: y el rey de Francia comenzaba a publicar nuevas quejas: y que por consejo de Vic embajador de España, que estaba con el Papa, se entretuvo el gran maestre, dándole esperanza de algún concierto, viniendo ya el Papa a concertarse sobre lo de Ferrara, hasta que llegó Fabricio con su gente, y con ella cobró el Papa más orgullo: afirmando, que con sola la sombra, y favor del Rey Católico él cobraría a Ferrara, y Génova: y pues llegaba su gente, no había de qué temer: y así sucedió, que por causa de la gente española volvió para tras el ejército del rey de Francia: y recibió un mal encuentro pasando nuestra gente de armas con la del Papa a lo de Módena, y Rezo. Como sucedió por este tiempo la salida del duque de Thermens con la gente de armas de Verona, tenía el emperador dello mucho mayor sentimiento: y decía que no se le dio lugar que se proveyese de gente: en coyuntura, que era público que venecianos venían sobre aquella ciudad: y que creyendo que lo principal que le había de resultar de la concordia que se había asentado con el rey de Francia, sería cobrar el castillo viejo de Verona, después con salir el duque con aquella gente, volvía con su daño: pues tenía mayor necesidad de guardar a Verona, y el rey de Francia menos obligación, y respeto de lo propio. Mas sobre todo causó grande alteración, y sospecha a estos príncipes, no querer entrar el rey con ellos en aquella

nueva liga. Toda vía conociendo el rey la condición del emperador, procuraba ante todas cosas den o venir con él a rompimiento: ni darle ocasión, que por necesidad se rindiese tanto, a quien por ventura le podía poner en gran trabajo, si se juntase con él: y siempre le ofrecía de guardar lo que era obligado, por lo que se capituló en Cambrai: porque conocía la mala intención del rey de Francia: y si el emperador faltaba en algo a lo que debía a su dinidad era, por la extrema necesidad que tenía: en la cual le ponían con artificio los mismos franceses. Porque como quiera que le habían dado grandes socorros, y hecho muchas demostraciones de ayudarle en lo de adelante, siempre quedaba el provecho con ellos. La condición del emperador era tal, que para la dañada voluntad que en el rey de Francia se descubría, hacía mucho a propósito de franceses, tener el Papa las trescientas lanzas del reino: y venir con ellas Fabricio contra las tierras del Imperio en favor de la Iglesia: siendo el Papa amigo declarado de venecianos, y su defensor: y enemigo del emperador. Juntamente con esto se acababan los franceses de satisfacer del todo, saliéndose de Verona el duque de Thermens tan repentinamente: dejando aquella ciudad en gran peligro: porque si una vez el emperador desconfiase del todo de la ayuda, y socorro de España, tenían por cierto, que sería causa que se diese, como desesperado, en cuerpo, y en ánima al rey de Francia: y que el rey le perdonaría para siempre. Era esto muy aparente: porque estaba ya el emperador determinado, que el rey de Francia hubiese antes a Verona, y Padua con el Trevisano, y Friuli, que quedasen en poder de la señoría, que era lo que el Rey Católico entendía convenirle menos para sus fines: pues era hacer al francés señor de toda Italia. Por este respeto entretenía al emperador con buenas palabras, y ofrecimientos: temiendo que si se juntase con franceses, y suizos, sería una muy poderosa, y terrible liga: y aunque Inglaterra podía mucho para poder divertir de las cosas de Italia a franceses, consideraba el rey que su yerno era mozo, y del todo dado a la caza: y que los más de su consejo estaban corrompidos con el dinero del rey de Francia: y así todo su fin era confederarse con el Papa, y con Venecia: porque sospechaba que el francés le había presto de romper la amistad: y remontar nuevas negociaciones por la empresa del reino: aunque disimulaba entonces: y movía plática, que se hiciese casamiento de una hija que le había nacido por este tiempo, con el príncipe don Carlos: y se deshiciese el de la hermana del rey de Inglaterra: y el principal presupuesto del rey era perseverar, en que se conservase una paz universal: y si guerra se había de mover, esperaba que ellos la rompiesen primero. Estaban aún en este tiempo los suizos muy dudosos: que no se acababan de determinar qué partido seguirían: y aunque eran también muy requeridos, y solicitados por los comisarios del rey de Francia, no aceptaban lo que se les ofrecía: y por esto el rey de Francia mandaba poner en orden otras quinientas lanzas, y gente de pie de Normandía, y Picardía, que suele ser el socorro acostumbrado, en cualquier mala nueva que les sobrevine.

De la alteración que se movió en la ciudad de Nápoles: y que se apaciguó con echar de aquel reino los judíos. XXVI.

Tuvo más razón en esta coyuntura el rey de andar con mayor tiento con sus confederados, y aun de temer no resultase alguna novedad en el reino, estando las cosas de Italia en tanta turbación, y estos príncipes tan revueltos en guerra: porque habiendo proveído que la Inquisición contra el delito de la herejía se ejerciese en el reino, como dicho es, para proceder contra las personas que fuesen sospechosas en la fe, e inculpadas de haber cometido aquel delito, hubo sobre ello gran rebelión, y tumulto en el pueblo, alterándolo, y comoviéndolo, los judíos, y conversos, que se fueron de España huyendo. Moderábase de manera, que los inquisidores conociesen en solos delitos de herejía, y fuese en ellos juez el inquisidor Andrés Palacio con el ordinario: pero no embargante que era tan necesario, y justo que el Santo Oficio se ejerciese, como lo tienen dispuesto los sagrados cánones en reinos, y señoríos de un príncipe tan católico, el día que llegó la nueva que el rey quería determinadamente que se pudiese en ejecución, los oficiales de la ciudad mandaron leer en San Lorenzo ciertas cartas de Francisco Fillo Marino, que era venido a España en nombre de la ciudad, a procurar que el rey mandase sobreseer en ello: y otro día las publicaron por todas las plazas. Hecho esto se juntaron en San Agustín más de cuatro mil hombres del pueblo: y allí se tornaron a leer aquellas cartas: y en ellas se afirmaba, que la voluntad, e intención del rey era, que en todas maneras se ejerciese el Santo Oficio contra los que fuesen inculpados del delito de herejía, que eran sospechosos en la fe. Tras esto salieron de aquel monesterio con grande alboroto, y furia: y fueron discurriendo por la ciudad: publicando que otro día se había de proponer lo de la Inquisición. Cerraron la mayor parte del pueblo sus casas, y boticas, afirmando que querían antes morir, que tolerar ningún género de novedad: y comenzaron a apellidar por toda la ciudad, «Viva el rey, y mueran los malos consejeros». Fue tan grande el furor, y alteración del pueblo, que se temió no matasen al inquisidor, y a sus oficiales, y a todos los españoles que hallasen: y como aquel día estaba el inquisidor Palacio en la posada del almirante Villamarín, y se supo por la gente del pueblo, amenazaron que primero harían piezas al almirante, que consintiesen que tuviese en su casa al inquisidor. Hallándose el visorey en consejo, envió luego por el regente de la ciudad, que era mosén Luis Icart: y mandóle, que hiciese pregonar, que so pena de la vida todos abriesen sus tiendas. Luego que esto se hizo, el pueblo estuvo quedo: y obedecieron aquel mandato sin tomar las armas: ni proceder contra alteración: y los príncipes, y barones que se hallaron en la ciudad, fueron sin llevar ningunas armas al Castillo Nuevo, adonde residía el visorey: y el alcaide del castillo Luis Peixó mandó hacer tal demostración, y aparato de ponerse en orden, para la defensa, y aun para poder ofender a la ciudad, como si toda ella estuviera rebelde: y no daba lugar que entrase en el castillo, sino a quien convenía. No era la ciudad de Nápoles sola la que estaba desta opinión: pero todo el reino concurría con gran conformidad de querer que pasasen todos primero por el último peligro, que permitir que se admitiese la Inquisición: y para aquello estaban todos muy concordados, y unidos: y hablaban muy atrevidamente, no sólo los naturales,

pero los españoles, y todos de una manera los que se llamaban anjovinos, y aragoneses: y universalmente todo el reino: publicando que antes sufrirían cualquier suplicio, y daño, o graveza, que dar lugar que la Inquisición se pusiese. Daban a entender a la gente popular, que la venida de don García de Toledo a los Gelves fue con principal presupuesto, que con aquella armada, y ejército pasase al reino a dar favor, que quedase el oficio de la Inquisición fundado en él para siempre. Fuera desto era cosa de gran maravilla ver, que todo el reino estaba muy pacífico: y con tanta obediencia, que nunca en ningún tiempo lo estuvo tanto: no habiendo un hombre de armas en él: y hallándose toda Italia en tanta revolución. Visto este tumulto tan furioso, y atrevido, fueron de parecer el visorey, y el almirante, y los del consejo, que aquello no se porfiase más: y se sobreseyese: porque ni la disposición de las cosas de Italia la sufría, ni la condición de aquel reino: pues teniéndole en tanto sosiego, si pasasen adelante, fácilmente se podría seguir tanta alteración, y escándalo, que fuese muy perjudicial al servicio del rey. Avisáronle entonces claramente, que si estaba determinado que la Inquisición se fundase, y ejerciese en aquel reino como en España, había de ser por nueva conquista: y si fuese en tiempo que los naturales dél pudiesen hacer resistencia, o darse a enemigos, lo harían antes que admitir el Santo Oficio: tanta era su obstinación, y pertinacia. Con esto los que amaban el servicio del rey consideraban los grandes daños, que podrían suceder en querer con fuerza, y con gente de guerra, y derramamiento de sangre introducir tal efeto, en que según la sazón del tiempo, la ofensa de Dios se esperaba ser mayor: pues se podría dar orden, que por la calidad de la tierra se castigase la herejía aún mucho más rigurosamente por otros jueces. Al parecer destos tenían por inconveniente dar por aquella vía tanta parte en las cosas del reino a los pontífices, estando vecinos: de quien emanaban los poderes para los jueces que se habían de delegar: y afirmaban ser muy cierto, que el cardenal de Nápoles tenía grandes promesas del Papa, que inhibiría a los inquisidores: y se concederían breves revocatorios con que se pensaba ganar la voluntad, no sólo del pueblo, pero de todos en general. Luego que los convertidos de linaje de judíos, que estaban en Apulia, supieron que iban los inquisidores a entender en las cosas del Santo Oficio, los más se pasaron a la Belona, y a otras partes de Turquía, y a las tierras de venecianos. Tras esto con color de no querer admitir la Inquisición, se comenzaban a tratar muchas cosas, que iban encaminadas a disensión, y escándalo: y señaladamente procuraban el marqués de la Padula, y el conde de Policastro, y Pedro de Cosa su hermano hijo del señor de Prochyta, el conde de la Gruteria, y el marqués de Montesarchio, que entre los barones del reino, y los gentileshombres, y ciudades se hiciese cierta unión para contradecir, no sólo lo de la Inquisición, mas para que se les guardasen todos los privilegios concedidos al reino: y se les otorgasen otros de nuevo: e inducían a los de Cosenza, que enviasen síndicos al rey, porque el inquisidor que estaba en Nápoles, publicaba que quería ir a visitar la provincia de Calabria. Dábase mayor ocasión a todas estas alteraciones, y novedades, por la licencia que el pueblo tenía de juntarse siempre que quería en San Lorenzo, y San Agustín: adonde concurrían los diputados, y electos que los sejos nombraban, y los electos del pueblo: y haber en cada sejo algunos gentileshombres gente tan sediciosa, y perdida, que no tenía qué perder: y eran grandes ministros de revolver, y agavillar la

gente popular: y so color desto, tomaba ocasión de mover otras pláticas, y humores que tenían aquella ciudad, que fue siempre morada muy apacible para la gente ociosa, muy alterada, y revuelta. Una de las principales causas de la salida del duque de Thermens de Verona, fue esta novedad: y así le mandó el rey, que con su gente se volviese al reino: para poner algún freno a los desacatos, y desobediencias que se movían: atreviéndose a los oficiales, y ministros reales: y alterando el pueblo con nombre de la Inquisición. Proveyóse que tuviese la gente en los confines del reino a las fronteras de las tierras de la Iglesia: porque si acaeciese vacación del Sumo Pontífice, si fuese necesario, pudiese ir en favor de la Iglesia: y el colegio de cardenales tuviese más libertad, para asistir a la elección: aunque en caso que el colegio tuviese la que se requería, y no hubiese otra gente que se quisiese señalar, en poner impedimento en la elección, ordenaba el rey que no fuese la suya. Habiendo llegado las cosas a este punto, antes que el daño pasase adelante, el visorey don Ramón de Cardona habida deliberación con el almirante, y con los del consejo del rey, que tenían cargo de las cosas del estado, determinó que se publicasen dos premáticas reales, en que se mandaba que todos los judíos, y los nuevamente convertidos de Apulia, y Calabria, y los que se habían huido de España, y fueron condenados por el Santo Oficio, saliesen del reino, hasta por todo el mes de marzo: y que no quedase ninguno. En los pregones que se hicieron en la publicación desto, se proponía al principio, que habiendo conocido el rey la antigua observancia, y religión de aquella ciudad, y de todo el reino, y el celo que tenían a la santa fe católica, había proveído, que la Inquisición se quitase por el sosiego, y bien universal de todos: y con esto se fue apaciguando aquella alteración.

Que el rey de Francia procuró por medio del cardenal de Pavía, de concertarse con el Papa: y no vino en ello: sin que se restituyese Ferrara a la Iglesia. XXVII.

Vino en esta sazón el señor de Chamonte gran maestre de Francia con su ejército a Rubiera, y fortalecióla: y dejó en ella gente de guarnición para su defensa: y pasó a Rezo, adonde se detuvo: y como aquellos lugares del condado de Módena eran del Imperio, y los tenía el duque de Ferrara en feudo, pretendían los franceses por lo capitulado, que Fabricio con la gente de armas del rey, había de ser contra ellos: pero el Papa decía, que también eran del duque de Ferrara: y se había de hacer la guerra contra él: y en este caso ofrecía de entregarlos al emperador: y que Fabricio los tuviese por él. Por sola causa de esta gente que tenía Fabricio, procuraba el rey de Francia de concertarse con el Papa por medio del cardenal de Pavía: y el gran maestre en su nombre prometía al Papa quinientas lanzas, y tres mil soldados para la guerra contra el turco: y que acabaría con el duque de Ferrara que dejase a Cento, y la Piebe, que eran lugares que el papa Alejandro había enajenado de la Iglesia: y daría las tierras de Romaña: y tornaría a pagar el censo que el papa Alejandro le había relajado: que eran cuatro mil ducados cada año. El Papa no quiso oír medio ninguno: sino que el duque dejase a Ferrara: y con esto iban las cosas encaminadas a grande rompimiento: y aunque la ida de los

cardenales a Francia, dio luego sospecha que con lo determinado en la congregación de la iglesia galicana, se había de tener recurso a la convocación del concilio general, que por aquel camino era medio muy peligroso, y escandaloso a toda la cristiandad, el emperador se iba ya más declarando ser de opinión con el rey de Francia, en dar favor a semejantes congregaciones, y concilios provinciales: y amenazaba ya al Papa con esto, porque desistiese de favorecer a la señoría de Venecia. Al principio de la congregación de la iglesia galicana, no había intervenido en ella cardenal ninguno: y en esta sazón estaban ya en las tierras, y señorío del rey de Francia ocho cardenales, que habían huido por temor del Papa, y eran sus enemigos declarados: y considerando los inconvenientes que se esperaban de tan gran división, mayormente si se transfería el colegio de cardenales a los señoríos del rey de Francia, procuró el Rey Católico de reducir los cardenales de Santa Cruz, y Cosenza a la obediencia del Papa. Era ya contento de darles las seguridades que pidían al principio, para que volviesen a la curia romana: así suyas, como del colegio: permitiéndoles que volviesen a Florencia: y ofrecía que para cuando allí estuviesen, se les enviarían otras mayores, si las quisiesen. Holgaba el Papa, que si no quisiesen volver a Florencia, con su buena gracia se pudiesen ir al reino: pero ellos no lo aceptaron: y se detuvieron en Pavía para mayor daño, y ofensa de la cristiandad. Excusábanse, cuanto al volver a la corte del Papa, que por ninguna vía se aseguraban: y en el ir a Florencia, tenían por inconveniente que los florentinos no les podían dar salvoconduto, sino por dos o tres meses, cuanto duraba el regimiento: y cumplido aquel término, era forzado haber otros de los que entraban de nuevo en el gobierno. Pedían el salvoconduto del Papa, y del Rey Católico, y del colegio, para irse con él de Pavía a Génova: y pasar con las galeras del rey de Francia a la Especie: y que de allí los llevasen las galeras de España a Nápoles: pero entendiendo el Papa, que pidían cosas de gran dilación, y que lo hacían por ver si escapaba de aquella dolencia, porque en aquel caso querían esperar en qué se resolverían las cosas del concilio, y no pidían esta seguridad, sino para en caso que él, y el rey de Francia se concertasen, y de otra manera pensaban perseverar en su desobediencia, no quiso oír sus mensajeros. Como desde el principio se tuvo poca esperanza, que estos cardenales se redujesen, porque el de Santa Cruz siempre mostró desear el remedio de convocación del concilio, y el de Cosenza era poco discreto, y gobernado por él, por esta causa el Papa mandó publicar una sanción decretal semejante a la que se promulgó en el concilio de Mantua, en tiempo del papa Pío II: con algunas otras cláusulas: en que se prohibía, que ninguno se pudiese apelar al concilio venidero. Quedaban aún en este tiempo en la corte del Papa dos cardenales franceses: el de Nantes, y de Luxemburgo: que procuraban la concordia con el rey de Francia: y el de Pavía, que por una parte había procurado la destrucción del duque de Ferrara, y por otra atendía a sacar algún dinero del duque, y la iglesia de Cremona, que le había prometido el rey de Francia. Iba el Papa empeorando cada día: y parecía que se iba consumiendo: y todos los físicos en conformidad desconfiaban de su salud: y sólo un judío, de quien él tenía mayor crédito, afirmaba contra la opinión de los otros, que su mal era sin peligro: y como en esta sazón el duque de Thermens hiciese su camino con su gente la vía del reino, y por el estado de Mantua entrase en las tierras de la Iglesia, pasando a dos millas de Bolonia, fue a visitar al Papa, que

le envió encarecidamente a rogar que le viese. Fueron con él los capitanes Pomar, y Alvarado, y algunos caballeros: y el Papa trató con ellos de las cosas de la guerra, como si estuviera en el campo muy vitorioso: y otro día se partió el duque con toda su gente muy bien lucida, y en orden: porque él era de gran gobierno, y de mucha prudencia, y bien quisto de todas las naciones. Entonces el gran maestre de Francia, que estaba en Rezo, pasó con la gente francesa a Parma: y en guarda de Rezo quedó Gastón de Foix con otra parte, que eran trescientas lanzas, y dos mil soldados: y en estos días el Papa hizo muy gran instancia, que su ejército con la gente de armas del rey, y la de venecianos fuesen sobre Ferrara: siendo muy dificultosa empresa, por ser en lo más áspero del invierno: y que continuamente llovía. Mayormente que por estar aquella ciudad entre el Po, y muchas lagunas, no se podía pasar a ella, sino por ciertos pasos, que tenía el duque muy bien guardados, y defendidos con gente, y artillería: y en el ejército del Papa se padecía grande necesidad de bastimentos. Daba prisa a que esto se pusiese en ejecución, porque el tiempo de los tres meses en que Fabricio había de servir con nuestra gente, no se pasase sin hacer algún efeto: y como en lo de Ferrara se ofrecía tanta dificultad, y peligro, hizo instancia que fuesen sobre Rezo: porque en aquella sazón habían ganado los suyos el castillo de Sasolo, que está en el condado de Módena, que lo tenían en guarnición trescientos gascones. Había entregado el duque de Ferrara aquel castillo a esta gente, siendo del conde Alejandro: el cual se había alzado con él, teniéndolo como feudatario del Imperio: y como se entró por fuerza de armas, quisiera el duque de Urbino que los gascones se pasaran a cuchillo: pero Fabricio no dio lugar a ello: y los mandó acompañar hasta que estuviesen en salvo. Persuadióse el Papa a la empresa de Rezo, por consejo de los cardenales de pavía, y Cornaro: y desviólo el embajador Jerónimo Vic, porque no se diese ocasión, que el emperador recibiese algún desgrado, y mayor descontentamiento del que ya tenía: porque Módena, y Rezo eran del Imperio: y el duque las tenía dél en feudo: y también por esta causa se excusó Fabricio de aquella jornada, diciendo, que no tenía orden del rey para servir sino en la guerra contra Ferrara: y contra las tierras del ducado, que pertenecían a la Iglesia. En la misma sazón que esto se deliberaba, mandó el emperador a su embajador que hiciese un requerimiento al Papa, que se abstuviese de las cosas del Imperio: y no se entremetiese en lo de Rezo, y Rubiera: ni en las otras cosas que tocaban a aquel estado, que era su feudo: y absolviese del juramento al marqués de Mantua: y pusiese en libertad un hijo que le tenía: porque no era su voluntad, que siendo súbdito suyo, y su feudatario, sirviese a la señoría de Venecia. Esto se entendió haberse procurado por el mismo marqués: porque todo cuanto hizo, fue por salir de la prisión en que estaba en poder de la señoría: y después nunca se había juntado con su ejército: y sobre ello el embajador protestó contra el Papa, y contra Fabricio, en presencia del embajador Vic. Allende desto pedía el emperador, que el Papa le restituyese a Módena: pues siempre había dicho, que era contento de darla con condición que no se diese al duque, ni al rey de Francia: y él prometía de tenerla en el Imperio: y quería que se pusiese en poder de Fabricio, para que la guardase con la gente del Rey Católico: hasta que él proveyese de guarnición, y la retuviese en defensa: porque se asegurase el Papa de concederlo, que antes trataba en su fantasía, cómo pudiese haber a Rezo, y

Rubiera. Declarábanse ya más cada día los franceses en la mala voluntad que tenían a la gente de armas del rey, que llevaba Fabricio en servicio del Papa: entendiendo que era la principal fuerza, y favor con que el Papa se atrevía a tanto: y no pudiendo disimularlo, hallándose Fabricio con sus compañías en sus alojamientos en el condado de Módena, le fue enviado un trompeta del general de Francia, y pidió que le oyese Fabricio en público. Esto era una cosa de tan poca sustancia, que solamente fue para decirle: que el gran maestre le enviaba a él, para que de su parte le dijese, que estaba maravillado, que hubiese dicho que él era la salsa de franceses. Porque él no sabía qué salsa podía ser ésta: sino que se acordaba que habiendo sido preso en Capua por franceses, había pagado por su rescate buenos millares de escudos. Como Fabricio era más para obras, que para muchas palabras, respondió: que cualquier persona que afirmaba, que él había dicho aquello mentía: porque él no acostumbraba hablar mucho. Cuanto a lo de su prisión dijo, que él holgaba todas las veces que se acordaba dello: o se lo traían a la memoria: pues había sido con tanta honra suya: y que debían los franceses dejar de hablar en las cosas del reino: porque si no se hubiera de tener respeto a otri, sino al que le enviaba, había muy buena respuesta. Que dejando aquello a parte, si de alguna cosa estaba sentido el de Chamonte, o mal contento, que tocase de su persona a la suya, se lo hiciese saber: porque dado que él era tan mozo, como lo parecía, y él viejo, acudiría a todo lo que quisiese, y conviniese a su honor. Mas no pasó esto más adelante: ni se pudo entender, que hubiese para ello causa, o querrela particular: ni aun de las generales que se suelen ofrecer entre capitanes en buena guerra: sino que es ésta la condición de franceses, que por la gentileza, y gallardía salen bien ligeramente a semejantes pláticas, y recuestas. Parecía que se iban ya recelando de nuestra gente: y nunca cesaba el rey de Francia de requerir al Papa, que se concertase con él: y tomase del duque de Ferrara lo que le daba: y le perdonase: y ofrecía de tomar con su armada a Pomblín, y darlo al duque de Urbino. También ofrecía, que haría lo mismo de Siena: porque tomando buen gusto en esto, el de Urbino anduviese entreteniéndolo la guerra: y se conformase con el cardenal de Pavía, en procurar la concordia: porque los dos eran enemigos. Como el Papa conocía tan bien la nación francesa, como aquél que se había criado con ellos, respondía a esto con decir, que siempre era costumbre suya prometer lo ajeno: y lo que no podía dar. Que de la misma manera los días pasados, tratando en Roma con el señor del Carpi, le había hecho plato de parte del rey de Francia del reino de Nápoles: y agora le prometían de darle a Siena, y Pomblín: mas que con todo esto no quería el francés dejar la protección de Ferrara, siendo a ello obligado por la capitulación: y que todos los medios que buscaban eran con maldad, y llenos de artificio: por poner nuevas sospechas, y entretener el tiempo. Que no quería a Pomblín, ni lo tomaría, aunque le abriesen las puertas: antes determinaba defenderle, y procurar la conservación de aquel estado: y mostraba una gran firmeza, y constancia, en no querer tratar de ningún modo de concordia, sin consulta, e intervención del Rey Católico: y según la mucha desconfianza que tenía de franceses, no podía asegurarse, sino con el favor, y amistad del rey: y cada día le crecía la indignación contra el duque de Ferrara, y contra toda la nación francesa.

Que el rey atendía a conservarse en la amistad, y confederación del emperador, y del rey de Inglaterra. XXVIII.

Íbase ya descubriendo en este tiempo, que las cosas de Italia amenazaban algún gran rompimiento: y se encaminaban a nuevo peligro de alguna mudanza muy general: y con este temor sentía más el rey cada día, que por parte del emperador siempre se hacía instancia, para que él firmase la concordia que el de Gursa había asentado entre él, y el rey de Francia. Excusábase dello, entendiendo que continuarse la guerra contra venecianos, y mover plática de proceder contra el Papa por vía de concilio, siendo el color, y nombre dél, ayudar al emperador, se enderezaba en su mismo daño, y en perjuicio notorio de ambos: pues era ayudar, que el rey de Francia fuese señor de Italia: y se eligiese el pontífice a su voluntad: y hubiese cisma, y perpetua guerra en la cristiandad. Parecía con esto tener legítima excusa, en desviarse, y eximirse cuanto pudiese de las cosas de Italia, por una tan santa empresa como había tomado, en proseguir la guerra contra infieles: y que no podía honestamente dejarse. Pero por venirse con él contra el rey de Francia, que mostraba naturalmente ser su enemigo, y de sus estados, y por asegurar con mayor fundamento la sucesión de su común heredero, proveyendo el rey a lo que más recelaba, ofrecía al emperador de ayudarle para el verano siguiente con quinientas lanzas, y dos mil españoles a su costa, todo el tiempo que tuviese en Italia su ejército, hasta cobrar sus tierras. Ofrecía este socorro con tal condición, que el Imperio, y las tierras de su patrimonio le diesen para aquella guerra por todo aquel tiempo diez mil alemanes, y tres mil caballos: y no intentase cosa alguna contra el Papa, ni se enajenasen, o empeñasen las tierras que se ganasen en aquella guerra. Era en esto el rey de parecer, que si el partido que en esta sazón le ofrecían venecianos, era honrado, y provechoso, lo debía aceptar: y que entre las otras cosas se sacase el dinero que pareciese ser necesario para desempeñar a Verona, Linango, y el Valesio: porque el Papa ofrecía, que se concluiría la concordia, como al emperador convenía: y dábase seguridad, que luego se proveería, que Fabricio no hiciese daño en el condado de Módena, y Rezo: ni en las tierras del Imperio. También porque el emperador había hecho muy gran instancia, que el duque de Thermens no se fuese de Verona, excusábase el rey, que se hubiese partido tan inopinadamente, por haberse entregado el castillo viejo a los franceses: pues con la ciudadela era toda la fuerza de aquella ciudad: y dejándoles aquellas fuerzas, era entregarles a Verona. Que debía considerar, que era en tiempo que el rey de Francia estaba muy puesto en acrecentar lo de Lombardía: y extender cuanto pudiese aquel señorío: y él podía en este invierno defenderla con gente de pie, sin aquella gente de armas: mayormente que el ejército de la señoría estaba lejos de aquella comarca con el del Papa. Con esto se ponía delante, que en caso que el Papa muriese, se diese orden, que fuese la elección del pontífice canónica: y todo esto trataba el rey por medio del de Gursa, a quien había dado el obispado de Cartagena: y el Papa le ofrecía el capelo, porque el emperador se persuadiese a la concordia con la señoría de Venecia. Era cierto, que el mayor cuidado del rey consistía en conservar al emperador en su amistad: y que se fuese cada día más estrechando, para que siempre siguiesen un mismo fin: y

ponía gran estudio, en que estuviese bien prevenido, para que no le pudiese engañar el rey de Francia: y se contentase con guardar su amistad: porque si demás de aquello se obligaba a no hacer en ninguna cosa, sino lo que el rey de Francia quisiese, le pronosticaba, que al cabo se arrepentiría. El socorro que le ofrecía para en aquel tiempo, no era de tener en poco: y decía, que en su propia causa en la guerra del reino, nunca de una vez, ni aun de dos, envió tanta gente como agora le ofrecía para socorro: porque la primera vez, no llegaron sino quinientos jinetes, y setecientos soldados: y la segunda cuatrocientos de caballo: mayormente, que no pensaba dejar de proseguir la guerra de África. Pero el emperador no se tenía con esto por contento: y en lo que mayor instancia se hacía de su parte era, que el rey le enviase al Gran Capitán para el verano con la gente que le ofrecía: pareciéndole, que con ir tal caballero, acabaría todas las empresas que quisiese seguir: y ni el rey mostraba, que lo entendía así, ni quería prendarse a esto: porque se había persuadido que no le cumplía: y con esto se esforzaba de dar a entender al emperador, que tan poco le estaba a él bien la ida del Gran Capitán. Hasta este tiempo no había sucedido en efeto, cosa alguna en que pareciese, que después de la concordia que se había asentado entre ellos, el rey no le guardase buena amistad: y así estaba en voluntad de cumplir enteramente lo que estaba tratado: porque pagó el dinero que se le había de dar, y al príncipe lo que se le señaló para en cada un año: y mandó hacer los juramentos en las cortes de Castilla, de la manera que fue acordado: y aunque no se asentó por la capitulación que enviase las cuatrocientas lanzas, fueron en su servicio a costa del rey: y se habían cumplido todas las otras cosas. Pero mandar recoger aquella gente de armas al reino, fue consejo de gran prudencia: porque en Francia se hacían algunas muestras en lo secreto, que daban a entender, que por ventura irían allá con grueso ejército, con color de seguir al Papa hasta Roma: y teniendo necesidad de gente para defender lo propio, no la quería el rey embarazar en lo ajeno. Entre las otras prevenciones en que el rey hacía muy gran confianza para la mudanza que se temía habían de hacer las cosas presentes, era asegurarse bien del rey de Inglaterra: y tenerle muy unido, y conforme a su voluntad: procurando de persuadirle, que para lo que tocaba a la seguridad, y defensión de sus estados, aunque les convenía tener amistad con el emperador, no se había de hacer cuenta, que se podrían aprovechar de su ayuda: ni fundarse en lo que les podría valer: y bastaba tenerle por amigo, para que no se metiese del todo por las puertas del rey de Francia. Advertía a su yerno, que para en las cosas de hecho, a ellos dos solos convenía, que en lo secreto tuviesen echada su cuenta, para en cualquier suceso. Porque estando entre sí unidos, serían poderosos para defender sus reinos, y los de sus amigos: y aun para ofender bastantemente a quien los quisiese dañar. Gobernaban las cosas del estado del rey Enrique en este tiempo el obispo de Winchester, y el tesorero de Inglaterra conde de Surrey: y destos dos el obispo era el menos sospechoso de estar prendado, y apensionado por el rey de Francia: como lo eran comúnmente todos los otros: y el rey de su inclinación, y voluntad estaba muy aficionado a seguir lo que le ordenase el rey su suegro: al cual mostraba tener en cuenta de padre: y naturalmente era muy enemigo del aumento, y prosperidad del rey de Francia: pero era gran inconveniente para lo que el rey pretendía, estar los de su consejo tan corrompidos. Como quiera que mostraba este príncipe, que

las cosas de Italia le eran a él muy extranjeras, y no tenían dependencia ninguna para lo de su reino, porque él debiese entremeterse en ellas, el rey por muchas razones le daba a entender, que la ambición del rey de Francia pasaba tan adelante, que no sólo tenía fin a lo del reino de Nápoles, sino de haber el señorío de todo en lo espiritual, y temporal: y que la principal indignación, e ira que tenía contra el Papa, era por haber concedido la investidura del reino, en favor del príncipe don Carlos: sintiendo sobre cuántas cosas había, que hubiese de suceder en aquel estado. Que pues era así, que el príncipe, y la princesa María su esposa, hermana del rey de Inglaterra eran los sucesores del reino de Nápoles, como en los otros reinos, sola aquella causa de la defensión del reino, se debía estimar por el rey su yerno, por propio interese: pues había de ser de su hermana, y de sus sobrinos. En esto fundaba el rey, que ellos dos, como a quien más tocaba, se debían confederar, para resistir poderosamente al rey de Francia, dando favor al Papa, y a las tierras de la Iglesia: tomando esta querrela, y título, que era tan justo: y contradecir la convocación del concilio, que el rey de Francia quería juntar por medios tan ilícitos: y que desde luego apercibiesen, y pusiesen en orden todas las cosas necesarias para la guerra.

De los aparejos de guerra que se hacían por el rey, con publicación de proseguir la conquista del reino de Túnez: y que el ejército francés se apoderó de la ciudad de Bolonia. XXIX.

El aparato que se mandó hacer por el rey, para la expedición de África, después de la rota de los Gelves, se comenzó a poner en orden, como para jornada cierta: determinando el rey de ir a ella en persona, para proseguir la conquista del reino de Túnez. Acordó el rey en esta sazón de ir a visitar a la reina su hija: y llevó consigo a los embajadores del emperador, y a los grandes, que estaban en su corte: para procurar con su medio, que la reina tratase su persona de otra manera. Porque su vida era tal, y el atavío, y ropas de su vestir tan pobres, y extrañas, y diferentes de su dignidad, y en su modo de vivir se trataba tan ásperamente, que no se podía tener esperanza que viviese muchos días. Antes de tratar desto, entró el rey solo a visitarla: y otro día llevó consigo los embajadores: y salieron muy maravillados del mal tratamiento de su persona, y vestidos. Esto fue a doce del mes de noviembre: y como la reina por el mal tratamiento de su persona en el no comer, ni dormir, y vestir, como debiera, estaba muy flaca, y desfigurada, pareció al rey, que entrasen a verla los grandes que allí estaban, que eran el condestable, y el almirante, los duques de Alba, y Medina Sidonia, los condes de Ureña, y Benavente: y con ellos don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago, y el marqués de Denia: porque con el empacho de verse así en su presencia, se pudiese dar orden en el modo de su vida: pues pasaban algunas veces sesenta horas que no comía. Recibió desto la reina gran afrenta: y tratóse por algunos días, que tuviese por bien de recibir algunas dueñas que la sirviesen, y tuviesen cuidado de su persona: y porque señaló el rey entonces algunas, que no eran de calidad, pidió que fuesen de autoridad, y criadas de la reina su madre: y nombró a doña Inés Manrique, y a la condesa vieja de

Paredes, y a Violante de Albión. Púsose la mejor orden que ser pudo, en remediar tanto daño, como padecía su persona, y salud, cuanto lo sufría su condición: y el rey se detuvo en Castilla pocos días: y porque se había alzado el destierro al duque de Medina Sidonia, y a don Pedro Girón su cuñado, con fin de apaciguar todas las diferencias que había entre los grandes, que podían causar entre ellos disensión, publicó como juez árbitro, antes de su partida, la sentencia que dio en la diferencia que había entre el duque, y el conde de Alba de Liste, sobre la sucesión de aquel estado: el cual se adjudicó al duque: como a cierto, y verdadero señor dél: dando al conde ciertos cuentos de maravedís. Volvió el rey a Madrid, en lo áspero del invierno: y en el principio del mes de enero, del año del Señor de 1511 partió para Sevilla, por dar prisa, que su armada estuviese a punto, para la primavera: y allí mandó pregonar la guerra contra infieles. Eran los aparejos della tan grandes, como se requería para una empresa, en la cual había de poner el rey su persona: y dio entonces aviso a todos los príncipes de la cristiandad, de lo que tenía deliberado, para que todos entendiesen, cuán gran hecho era aquél, que se emprendía por un rey tan poderoso: y que en él se tornaba a renovar entre naciones tan enemigas. Poníanse en orden para ella dos grandes ejércitos: el uno de gente plática, y usada en toda fatiga militar: y el otro de soldados nuevos, para mezclarlos cuando conviniese. Todos tenían por cierto, que al rey le movía a ir en persona a esta empresa, la venganza del daño que se había recibido en los Gelves: y postreramente en la isla de los Querquens: porque habiendo aportado a ella el conde Pedro Navarro con su armada, después de haberse pasado grandes tormentas, siempre parecía que le era la fortuna muy contraria. Sucedió, que a cabo de ocho días que la armada surgió en aquella isla, salió con toda su gente a tierra: y corrieron por toda ella, sin hallar persona alguna: y estuvo allí tres días: y en este medio el coronel Jerónimo Vianelo con algunos capitanes, y cerca de cuatrocientos soldados entraron por la isla a tres millas, para tomar agua: y llegando al pozo adonde se había de hacer, pusieron ciertos reparos, para poderse mejor defender de los moros, si pasasen de tierra firme a ofenderles, por estar muy cerca: y una noche, que fue en la fiesta de Santo Matías, estando muy descuidados, y durmiendo al derredor del agua, como los moros tuvieron sobre ellos sus espías, se juntaron hasta seis mil: y habiendo prendido sus centinelas, dieron sobre los cristianos tan de improviso, que todos fueron muertos, o presos: y murió allí el coronel Vianelo. Cuando el rey se ponía en orden con esta publicación, también el rey de Francia publicaba, que por estar muy agraviado en obras, y palabras del papa Julio, determinaba pasar a Italia, con poderoso ejército. Publicando esta nueva, mandó luego el rey a su embajador Jerónimo de Cabanillas, que le dijese de su parte: que como quiera que creía, que el Papa le había dado mucha causa de descontentamiento, y pesar, en las diferencias que había entre ellos, pero considerado, que era vicario de Cristo, y la cabeza de nuestra religión, en este caso se debía más atender, a que se emprendiese lo que era digno de su persona, y del título de Cristianísimo, que no a lo que podía. Porque no embargante, que para aquella su empresa pudiesen haber precedido muchas causas, era mayor que todas las de Dios: y el respeto que se debía a su Iglesia: y al pastor universal della. Mayormente, que no se debía tener menos consideración a lo que parecía en toda la cristiandad, si viesen perseguir con armas, al que era la

cabeza de toda la universal Iglesia: pues él trabajaba cuanto le era posible, en apaciguar sus diferencias: y aun si no le pusiesen estorbo, todas las otras de la cristiandad, sin perjuicio, ni agravio de ninguno: antes con satisfacción general de todos. Que esperaba, que si él por su parte le ayudase a ello, todas las cosas se reducirían a buena concordia: y aconsejábale, que por todas las vías, y medios que pudiese, se esforzase siempre a conservar la unión, y pacificación de la Iglesia: y a desviar la guerra: porque con esto gozaría de la paz, y sosiego, en aquella grandeza de señorío que Dios le había dado: y porque él estaba determinado de ir en persona aquel verano a las partes de África, para proseguir poderosamente la guerra que había comenzado contra los infieles, quisiese por su respeto, poner mayor cuidado, y diligencia, con obra en los medios concernientes a la paz universal. Pues así como la discordia de los príncipes cristianos favorecía, y daba mayor ánimo a los infieles, de la misma suerte la paz, y unión de la cristiandad les era gran desfavor: y debilitaba sus fuerzas: y concluyéndose la concordia por el rey de Francia, le sería mayor ayuda para aquella santa empresa, que si para ella le enviase otro tal ejército, como él lo pensaba llevar. Pero estas razones movieron poco al rey de Francia, para inducirle a que se concertase con el Papa: antes cuanto eran mayores los aparejos que se hacían por el rey, con voz de la guerra de África, recelaba que era con fin de acudir mejor a las cosas de Italia, por oponerse contra él con todas las fuerzas: y entonces fue cuando dijo, que él era el sarracín, contra quien se ponía en orden la armada de España, por el rey don Fernando. Pareciendo entonces al Papa, que el rey de Francia daba mucha prisa por socorrer las cosas de Ferrara, y que aunque los suizos se movieron para seguir la empresa de la Iglesia, se habían muy perezosamente en la guerra, y no la emprendían con el fervor, y afición que él quisiera, antes parecía que la iban difiriendo, y entreteniendo, determinó con la indisposición que tenía, confiándose tan solamente de Pablo Capelo proveedor general de la señoría de Venecia, en lo más áspero, y duro del invierno, en el cual hizo muy grandes yelos, y nieves, de irse adonde estaba su ejército: para que fuesen a poner cerco a la Mirandola: y se combatiese en su presencia. Ganada aquella fuerza, tenía por muy fácil la expugnación de Ferrara: o el concertarse con el duque: dejándole en el estado, conque le diese Módena, que estaba ya en su poder, y a Rezo. Esto fue de tan grande efeto, que asistiendo al cerco, y haciéndose llevar por los yelos, y nieves en una litera, estrechando el combate, la hija de Juan Jacobo de Trivulcio, que fue mujer del conde Ludovico Pío, y los que tenía para la defensa de aquel lugar se rindieron al Papa: y por intercesión suya dio el emperador el señorío dél a Juan Francisco Pico. De allí mandó pasar su ejército hacia Ferrara: y la señoría de Venecia envió la gente que se pudo allegar, para que juntamente se pusiese el cerco sobre aquella ciudad: y Andrés Gritti con una parte del ejército se acercó a las riberas del Po. En el mismo tiempo el gran maestre de Francia juntando la gente de armas de pie que tenía en Verona, y en otros lugares de aquella comarca se acercó también al Po, con demostración de querer dar la batalla por defender a Ferrara: pero luego dio la vuelta aquella gente a Rezo, y Carpi: y acometieron de combatir a Módena: y fue muy bien defendida de Marco Antonio Colona, que estaba en su defensa. Como el Papa no halló el camino tan fácil para la expugnación de Ferrara, por la parte de la Mirandola, acordó de emprenderla por los

confines de Ravena: y entrar en el Ferrarés por aquella parte: por mejor ayudarse de la armada de venecianos, que había de salir por el Po: y vuelto a Bolonia, detúvose allí pocos días. Partió con su ejército para Ravena: y luego entendió que aquella entrada era de ningún efecto: y así tuvo peor suceso: porque la gente del duque desbarató la suya: y la armada veneciana por temor de la artillería que el duque mandó asentar por las riberas del Po, no se atrevió a pasar adelante. En este medio murió en Rezo el gran maestre de Francia: y quedó por general del ejército Juan Jacobo de Trivulcio: y siendo requerido, y ayudado de los Bentivollas, que estaban desterrados de Bolonia, y levantaron gran número de villano, que eran de su parcialidad, y afición, estando más descuidados, partió para Bolonia: porque le ofrecieron los de su bando, que le darían las puertas de la ciudad. El duque de Urbino, y los otros capitanes que dejó el Papa en su defensa, antes que llegasen, teniendo aviso desto, se salieron huyendo: y fueron los Bentivollas recogidos dentro por los boloñeses: y al tiempo de retraerse la gente de la señoría, que allí estaba, fe destrozada por los villanos de la tierra. Al mismo tiempo que ellos entraban, salió ascondidamente de Bolonia el cardenal de Pavía, y se fue a Ravena, para dar razón al Papa de aquel suceso: cargando toda la culpa al duque de Urbino, de haberse puesto tan mal recaudo en aquella ciudad: notándole, que no podía sufrir aquella guerra contra el duque de Ferrara: siendo casado con una hija de su hermana: y que se entendía con él. Recibió el duque tan gran ira, y sentimiento desto, que pasando el cardenal muy acompañado con capitanes, y deudos suyos al palacio del Papa, el duque, que estaba con gente al paso, con atrevimiento de ser sobrino del Papa, y declarado enemigo del cardenal, aunque era muy favorecido, y privado de su tío, salió para él: y le dio de estocadas: y fue allí muerto a la vista de los suyos.

Que tres cardenales cismáticos procedieron con el favor del emperador, y del rey de Francia, a convocación de concilio general, para la ciudad de Pisa. XXX.

Deste caso sucedido en Bolonia cobró el Papa mayor coraje contra sus enemigos: y con mayor solicitud comenzó a entender con la señoría de Venecia, que se estrechase la guerra. Antes que llegase a Ravena, los cardenales que se hallaban en aquella sazón en Pavía, que eran Santa Cruz, Narbona, y Cosenza, después de haber pasado a Milán, en su nombre, y de otros seis cardenales intentaron una muy escandalosa novedad contra la unión, y paz de la cristiandad: que fue hacer convocación de concilio general de la universal Iglesia en la ciudad de Pisa, para el primero del mes de septiembre: con la solenidad que se acostumbra convocar por los Sumos Pontífices. Para cometer un tan gran sacrilegio se fundaban, en que el papa Julio contra todo derecho canónico, y contra los votos, y juramentos que había hecho, los perseguía, porque procuraban el beneficio, y reformación de la universal Iglesia: y que creaba muchos cardenales, y hacía inquisición, y proceso contra ellos. Así decían, que por no dar lugar que se procediese tan injustamente, y la Iglesia no se acabase de perder, había sido requeridos por los embajadores, y comisarios del emperador, y del rey de Francia, para

que se convocase concilio, conforme a la determinación del concilio de Constanza: que disponía, que se hubiese de congregar concilio general en cada decenio. Que también lo hacían por conformarse con el voto, y juramento del Papa, y suyo: en que se obligaron de celebrar concilio dentro del término de dos años, después que fue creado Pontífice: y por estorbar los notorios escándalos que se esperaban en la Iglesia. Afirmaban que en este caso, por negligencia de los otros, se devolvía a ellos la autoridad de convocar el concilio. Por otra parte, porque el escándalo fuese mayor, el conde Jerónimo Nogarolo, y Antonio Cabeza de Vaca, y Ludovico Faella embajadores del emperador, y otros tres procuradores del rey de Francia procedieron en nombre de sus príncipes, a hacer convocación del concilio: diciendo, que atento que los emperadores de los romanos, y los reyes de Francia siempre fueron fautores de la fe, y de la Santa Iglesia Romana, y defensores, y protectores contra todos los obstáculos, y escándalos que se podían mover contra ella, que por esta causa Maximiliano emperador de los romanos, y el Cristianísimo Rey Luis, considerando cuánta utilidad se seguía a la república cristiana, por la convocación de los concilios generales, y por otras causas que alegaban, por la obligación que aquellos príncipes tenían al aumento de la fe, y a la paz de la Iglesia, ellos en su nombre le convocaban, para la misma ciudad, y al mismo término. Dieron sus cartas de requerimiento, y llamamiento para el Papa, cardenales, patriarcas, y obispos: y para todos los reyes, y príncipes, y potentados, y comunidades: como se acostumbra, cuando se convoca canónicamente: y esta citación se fijó en los templos de Parma, y Piacenza, y Arimino: y en otros lugares de la Iglesia. Aunque el Papa tuvo desto el sentimiento que era razón, sintiólo aún mucho más, porque en algunas de aquellas letras se contenía, que los cardenales se movieron a declarar esta convocación, con autoridad, y consejo del emperador, y de los reyes de España, y Francia: y comenzó a tener gran temor, que todos se conformaban en esto: pero como hombre de gran valor, no perdió la esperanza de vencerlo, o por vía de negociación, y trato: o con las armas espirituales, y temporales. Viendo que el atrevimiento, y desacato pasaba tan adelante en tanta ofensa, no sólo de su persona, pero de la Iglesia, no dejó de dar lugar a concertar sus diferencias: y justificarse con el rey de Francia, que era el promovedor, y fautor de toda esta turbación, por medio del obispo de Moravia embajador del rey en Escocia, que vino a Grenoble, donde el rey Luis estaba en aquella sazón. Excusóse el rey de Francia de las cosas pasadas, y de la ocupación de Bolonia, con decir, que después que su embajador partió de la corte del Papa con las capitulaciones que traía, se habían inovado todas las cosas: y que según el suceso de la guerra, así era costumbre de concluirse los negocios: o con disminución, o más aventajadamente. Pero que no embargante cualquier vitoria que Dios le hubiese dado, no por eso rehusaría de aceptar los partidos que se le propusiesen sobre la paz justos, y honestos: y para que más fácilmente se pudiese persuadir a ella, dijese aquel nuncio al Papa, que tuviese por bien de guardar el asiento, y capitulación de Cambrai: en cuanto concernía al cobrar las tierras que tenían ocupadas los venecianos al emperador. Que los cardenales que se salieron de su corte por causa desta guerra, volviesen a ella en su primer estado: y mandase poner en libertad al cardenal de Aux: y el hijo del marqués de Mantua fuese restituido a su padre. Con esto pedía que él fuese conservado en

su posesión, y derecho, quanto a las preeminencias, y libertades, y privilegios de su reino, y suyos en las cosas eclesiásticas, como lo fueron sus predecesores: y le tratasen, quanto en aquello, tan favorablemente como a los otros príncipes. También quería que el Papa recibiese en su gracia al duque de Ferrara: y le revocasen las sentencias que se dieron contra él: y fuese nuevamente investido de aquel estado: y gozase dél libremente, como lo había prometido el Papa en el tratado de Cambrai: y que pagaría el censo que se acostumbraba pagar antes de la guerra. Como el Papa pretendía que con esto se le habían de entregar los lugares que están de la otra parte del Po, no quiso el rey de Francia venir en ello: excusándose, que pues el duque los había cobrado por guerra, de la misma suerte que el Papa se los había ocupado primero, no los debía perder: mayormente siendo de su patrimonio: y que no eran del ducado de Ferrara, antes dependían del ducado de Milán, y del condado de Módena: y quanto a Cento, y la Piebe, que el Papa pedía con grande instancia, respondió el rey Luis, que era cosa muy grave que el duque los hubiese de restituir sin la recompensa que había dado por ellos: habiéndose casado con aquella condición con Lucrecia de Borja, hija del papa Alejandro.

Que el rey intercedía con el rey de Francia, para que restituyese al Papa el condado de Bolonia: y no se procediese a convocación del que llamaban concilio. XXXI.

Trataban los cardenales que estaban en Milán con el obispo de París, y con muchos perlados franceses, que se juntaron con ellos, en continuar en su porfía: no cesando de enviar sus letras al emperador, y a otros príncipes: para que se diese favor a su convocación. Tenía ya el emperador en Milán sus embajadores, y comisarios: para que asistiesen en su nombre a todo lo que los cardenales determinasen: y había mandado, que en todo siguiesen el consejo, y orden que les diese el obispo de París: y en sola la elección que se hizo del lugar, mostró no tener satisfacción de lo que se había intentado. Porque como tenía intención de hallarse por su persona en él, y convocar todos los reyes, y príncipes de la cristiandad, especialmente a los del Imperio, para que asistiesen a las determinaciones del concilio, tuvo por muy desacomodado lugar a Pisa: así por la distancia, como por no tenerle por seguro, por las guerras de Italia: y también por la diferencia que había con florentinos por aquella ciudad. Tenía por más cómodo para toda la cristiandad, que se celebrase en Alemania, en la ciudad de Constanza, que era muy insigne: por haberse continuado en ella otra vez un concilio tan universal: porque allí había todas las comodidades que eran necesarias: y estaba en buen medio para las naciones de Alemania, Francia, Inglaterra, y Escocia: y no muy remota de las otras de la cristiandad. Por esta causa decía, que sería más expediente que se transfiriese el concilio a Constanza: pues ninguna cosa podía ayudar tanto a que se concluyese, como su presencia, y la de los otros príncipes: y mandó a sus embajadores, que procurasen con los cardenales, y con el obispo de París, que así se hiciese, en el más breve término que se podía señalar. Daba bien a entender que no fue menos parte que el rey de Francia con sus exhortaciones, y promesas, para que aquellos cardenales tomasen a su

cargo un hecho tan peligroso, y escandaloso: y dábales grande ánimo para que lo continuasen, hasta que el fin que se deseaba de la reformation general, se consiguiese. Mas cada uno de estos príncipes tomaba por torcedor la causa de la fe, y de la reformation del estado eclesiástico: no porque ellos curasen mucho della, por el bien universal, sino por sus propios respetos, e intereses. Entendiéndolo así el rey, desde que el cardenal de Santa Cruz, y los otros se salieron de la obediencia del Papa, por inducimiento del emperador, y del rey de Francia, procuró de divertirlos de tan grave error, y tan pernicioso: advirtiendo a estos príncipes por medio de sus embajadores, que en causa tan grande, y en que tanto iba a toda la cristiandad, fuera muy justo considerarlo mejor, antes que se publicara convocación de concilio: y tratar que se hiciera por la orden derecha que estaba ordenada por todos los doctores santos de la Iglesia. Porque, según a él le informaban los mayores letrados de sus reinos, y los más señalados en religión, y vida ejemplar, de los concilios que de otra manera se convocaban, muchas veces se había visto con color de reformar la Iglesia, salir dellos cismas: las cuales de cuánto perjuicio, y daño fuesen a la religión cristiana, bastantemente se había visto por la experiencia. Que todos éstos, y los de su consejo le afirmaban, que estaba muy entendido, que determinando aquellos cardenales de proseguir con su error adelante, el Papa mandaría proceder contra ellos: y prohibiría so graves censuras, que no se juntasen ellos, ni otros: y los declararía por cismáticos: y los que perseverasen en favorecer, y autorizar el concilio, no habían de parar hasta proceder a creación de otro Pontífice: y desta suerte, lo que se decía ser para reformation de la Iglesia, sería medio para despedazarla, y destruirla. Si el camino que los cardenales llevaban fuera aprobado por la Iglesia, no sería de tanto inconveniente seguirlo: y llevarlo al cabo: aunque fuese con algún escándalo: pero estando el Papa en pacífica posesión, y siendo eligido en concordia de todos los cardenales ocho años antes, y dado le la obediencia todos los príncipes, y estados de la cristiandad, que agora con autoridad de tres cardenales, o de nueve, como ellos decían, se llamase contra su voluntad concilio general, era caso de malvado ejemplo, y de terrible escándalo. Pues aunque se juntase todo el colegio de cardenales, y con ellos los príncipes, y potentados, no siendo la convocación de consentimiento del Papa le tenía por cierto, que no se podría hacer, si no se tuviese por notorio, o se pudiese claramente probar, que el Papa no era verdadero Pontífice: o ser cismático, por haber dos Pontífices eligidos en un mismo tiempo: por la duda de cuál dellos fuese canónicamente elegido: o por haber renunciado: y no por otra causa ninguna. Que de estos casos, hasta entonces, ninguno había aparente: y de otros delitos, por graves que fuesen, no podía el Papa ser juzgado de ninguno en la tierra: y quedaban en todo sus culpas reservadas al juicio divino. Querer tres cardenales anteponerse en juzgar las obras, y culpas del Papa, con color que convocaban concilio general, lo que no se había determinado en los concilios pasados, había de parecer cosa muy exorbitante, y de mucha ofensa al juicio de la divina sabiduría. Juntamente con estas razones, y otras muchas, que se fundaban en la verdadera doctrina de la sagrada teología, que no son para este lugar, y con grandes exhortaciones que se hicieron de parte del rey, a estos príncipes, el embajador Cabanillas pidió con mucho encarecimiento al rey de Francia, que pues había sido en quitar a la Iglesia la ciudad, y condado de Bolonia, tuviese por bien, por

descargo de su honra, y conciencia dar tal medio, que se restituyese por su mano: y diese orden que no se procediese adelante, en la convocación del que llamaban concilio: ni diese ocasión, que con color dél se usurpase a la Iglesia su patrimonio. Aunque esto se dijo por el embajador con gran blandura, y con palabras muy dulces, toda vía fue casi en forma de requerimiento: para mayor justificación del rey: y como quiera que el rey Luis estaba muy inclinado, que su ejército pasase a ocupar todas las otras tierras de la Iglesia, y sus capitanes comenzaron a requerir algunos lugares que se les diesen, por la instancia que se le hizo de parte de los embajadores del rey, que no pasase adelante, y mandase salir su ejército del estado de la Iglesia, hizo entonces demostración de mudar de propósito: contentándose con tener la ciudad, y condado de Bolonia: recelando de perder al emperador: y que el rey se declararía contra él: o por ejecutarlo más a su salvo, como después pareció.

De la gente inglesa que vino al sueldo del rey a la guerra de los moros: y que el rey de Tremecén se hizo su tributario. XXXII.

Hasta este tiempo siempre publicó el rey que su determinación era, ir en persona a proseguir la empresa que había tomado contra infieles: y para ella estaban a punto todas las cosas necesarias de armada, y gente: como lo requería una tal expedición. Estaban llamados, y apercebidos algunos grandes de sus reinos, que habían de pasar con él: y muchos caballeros, y gente muy principal: y todos se fueron a juntar a Sevilla. Había enviado el rey a pedir al rey de Inglaterra mil arqueros: creyendo que aquella gente sería muy útil para la guerra de los moros: y luego los envió, con gran afición, que alguna parte de sus súbditos se emplease en una tan santa empresa: y vino con ellos por capitán general un barón de mucha estimación de su reino, llamado Milort Derci, que era muy principal en la frontera del reino de Escocia: y tuvo mucho tiempo la capitanía de Warwick: que era la fuerza, y lugar más importante que el rey de Inglaterra tenía dentro en los límites del reino de Escocia. Arribó esta armada al puerto de Cádiz en principio del mes de junio deste año: de las naos que fletaron a sueldo del rey, de los capitanes Juan de Lezcano, Juan López de Aguirre, y Sancho de Aguirre, y de Beltrán de Arteaga: y mandó el rey que se proveyese de todo lo necesario, así a la armada, como a la gente. Después que los reyes moros de África tuvieron por cierta la pasada del rey, y los grandes aparejos que se hacían para esta jornada, y que el alcaide de Los Donceles estaba en Orán, con mucho número de gente de caballo, y de soldados viejos, para ir sobre One, tuvieron tanto temor, que algunos ofrecieron de entregarle todos los cristianos que estaban en sus tierras cativos, y tributo perpetuo. Otros se obligaban a pagar el tributo, y ser vasallos del rey, porque les otorgase paz: y muy gran parte de los lugares del reino de Tremecén se querían dar contra la voluntad de su rey: y con este temor Muley Aboabdili rey de Tremecén se concertó con el alcaide de Los Donceles: y se hizo aliado, y tributario del rey: y ofreció que le serviría en la guerra de los moros, si allá pasase: y

que sería en la defensa, y guarda de Orán, y Mazarquivir: y si se hiciese algún daño por sus tierras a los cristianos que allí había de guarnición, lo satisfaría. Obligóse de pagar en cada uno año de tributo trece mil doblas zaenes de buen oro, puestas en Orán: y que daría luego todos los cristianos que estaban en su reino cativos: y tomóse asiento que la contratación fuese por Orán, y no por otra parte: conque él pusiese almojarife, que cobrase lo que tocaba a sus vasallos: y declaróse, que los moros que viniesen a Orán, y a Mazarquivir pagasen tributo al rey de España, como los otros moros sus vasallos. También se acordó, que el rey de Tremecén hiciese guerra a los alárabes, que no quisiesen entrar en esta paz: y no los recogiese en su reino. Habíanse de obligar a guardar esta concordia el mezuar, y el cadí, y otros diez moros de los más principales de Tremecén. Con esto quedaba todo el término de Orán, y Mazarquivir, que tenía Muley Aboabdili, cuando aquellas ciudades eran suyas, del rey de España: de la manera que él lo había poseído: y que los heredamientos, y tierras, y dehesas fuesen de los alárabes, que entraban en esta paz, y eran servidores del rey. Pusiéronse también en la obediencia del rey, como súbditos, y vasallos suyos, los de Mostagán, y Mazagrani. De todos los otros reyes moros, el que estaba con mayor temor era el rey de Túnez: porque en lo más recio del invierno había juntado mucha gente, para que su mezuar, y el jeque de los Gelves fuesen con ella contra Trípoli: y andaban por todas aquellas comarcas más de cien morabitos predicando a moros, y alárabes, para que se pusiesen en armas a defender la tierra: animándolos, que fuesen sobre Trípoli: y aunque el jeque se quedó en la guarda, y defensa de su isla, se juntó una increíble multitud de gente. Llegó el mezuar con ella a Trípoli, a tres del mes de febrero deste año: y aunque intentaron de combatirla por mar, y tierra diversas veces, hallaron tal resistencia, y recibieron tanto daño en los combates, y escaramuzas, y fueron tan ofendidos de nuestra artillería, que hubieron de levantar el cerco. Con este suceso, los lugares de aquella costa, y de su comarca enviaron a ofrecer a Diego de Vera, que alzarían las banderas de España: y se harían tributarios del rey. Entonces habiendo entendido el rey lo que importaba aquella ciudad de Trípoli, para las cosas de África, y para el comercio de Alejandría, y en la navegación de todo Levante, determinó de incorporarla con el reino de Sicilia: para que los reinos desta Corona, y los visoreyes que allí residiesen, tomasen a su cargo su socorro, y defensa: y proveyó por capitán, y gobernador de Trípoli a don Jaime de Requesens: así por ser catalán, como porque tuvo fin de servirse de la persona de Diego de Vera, en lo de su cargo de capitán general de la artillería. Fue don Jaime con una buena armada a recibir aquella ciudad: y llevaron cargo de la gente que en ella iba, Hernando de Angulo, García de Jaén, el barón de Redusa, Archimbao de Leofante, don Blasco Barresi, hermano del barón de Militelo, don Antonio de Veintemilla, Juan Antonio de Moncada, fray Gaspar de Sangüesa comendador de la orden de San Juan, y otros caballeros, y capitanes que quedaron en la guarda de Trípoli, con hasta dos mil quinientos soldados: y estaba proveído, que de allí adelante las galeras invernasen en aquel puerto. Púsose la jornada del rey tan cerca de emprenderse, que llegó a punto de quererse ir a embarcar con todo su ejército a Málaga: y en aquella sazón le llegaron las nuevas de Italia, que la paz que se trataba, por medio de sus embajadores, entre el emperador, y el rey de

Francia, y el duque de Ferrara de una parte, y el Papa, y la señoría de Venecia, que pareció llegar muy cerca de concluirse, se había rotpido: porque en lo secreto lo estorbaron los franceses. Juntamente con esto, fue avisado, que el rey de Francia ponía todas sus fuerzas, y poder en la empresa de Italia: para perseguir, y destruir al Papa: pretendiendo que había de ser depuesto de la dignidad: y no se contentando con haberse apoderado de la ciudad, y condado de Bolonia, que era tan antiguo patrimonio de la Iglesia, y con entregarlo a los tiranos, que antes lo tenían usurpado, mandaba a sus capitanes, que pasasen con su ejército adelante.

Que el rey desistió de la empresa de África: y se confederó con el rey de Inglaterra, por la guerra que el rey de Francia hacía al Papa. XXXIII.

Considerando el rey esto, y que la convocación que se hizo del concilio, por un medio tan reprobado, y en tanto escándalo de la cristiandad, era causa general, que tocaba a todos los príncipes cristianos, pues si conviniera emprenderse por aquel camino, y fuera permitido, se debiera hacer con participación, y consentimiento de todos, y que sin esperar para ello el suyo, ni el rey de Inglaterra, los franceses se habían atrevido a convocarlo contra el Sumo Pontífice, entendió que era negocio en que convenía poner la autoridad de su persona real, y sus fuerzas: por remediar los males, y daños, que de allí se podían seguir. Porque querer fundar, e introducir con las armas, lo que se había de conseguir con paz, y unión de la Iglesia, para el beneficio universal della, y por vía de guerra ofender tanto al Pontífice, y a la sede apostólica, no sólo en lo temporal, ocupando, y enajenando su patrimonio, pero también en lo espiritual, dividiendo la unión de la Iglesia, y poniendo cisma en ella, que es la mayor adversidad, y persecución que por ella puede venir, le obligaba a procurar el remedio, cuanto en sí fuese. Por esto, entendiendo cuánta turbación se comenzaba a mover en la cristiandad, y por cuán peligrosos medios, y caminos, acordó que debía sobreseer en su partida: y dejar por entonces la empresa de África: y mandó luego ir a don Juan de Fonseca obispo de Palencia al puerto de Cádiz, para que de su parte dijese al capitán general inglés las causas que se habían ofrecido, para que sobreseyese en su viaje: y diole licencia, para que se volviese con aquella gente: y fue pagada por el rey con la armada que la trujo, por todo el mes de julio. Tomóse entonces nuevo asiento entre el rey, y su yerno, que en caso que el rey de Francia no desistiese de hacer guerra al Papa, y a las tierras de la Iglesia, y prosiguiese en lo del concilio, y no restituyese a Bolonia, el Rey Católico ayudase al Papa en Italia: y si el rey de Francia por esta causa quisiese romper la guerra por España, se le hiciese por Guyena. En este caso se concertó, que el rey de Inglaterra ayudase con ejército de cinco mil combatientes: y siendo necesario se aumentase: y para ello tuviese su armada en orden para la primavera: y determinóse de hacer una nueva unión, y confederación entre ellos: y que el papa se admitiese en ella. Venían los ingleses muy forzados a romper con Francia: porque había mucho tiempo, que no se habían visto en guerra fuera de su reino: ni estaban ejercitados en las armas: y por

sí no tenían ánimo de emprender la conquista de los ducados de Guyena, y Normandía: que era el cebo con que el Rey Católico los incitaba: y para ello les ofrecía de ayudarlos a su costa, por la comarca de Bayona. Trabajaba de persuadir al rey de Inglaterra, que se aprovechase desta ocasión: pues en ningún tiempo ternía tal avinenteza, ni tal ayuda, para cobrar aquellos estados: y ofrecía de darle la seguridad, que quisiese: pareciéndole, que sería de gran provecho que ganasen al Papa: y pues le habían de ayudar, los ayudase él con las armas espirituales, y temporales: lo cual ofrecía el Papa de buena voluntad. Con esta deliberación salió el rey de Sevilla para Cantillana, con propósito de ir a Burgos, por acercarse a las fronteras de Navarra, y Francia: y continuando su camino para Guadalupe, proveyó que el conde Pedro Navarro fuese con la gente que tenía al reino: porque allí se habían recogido todas las compañías de españoles que había en Italia, que eran hasta tres mil de la mejor, y más escogida gente que se hallaba en ella. Entonces el visorey don Ramon de Cardona, con color de la guerra de África, mandó poner en orden toda la gente de caballo que tenía en aquel reino.

De la concordia que se trató entre el emperador, y la señoría, a instancia del rey: y del socorro que se le pidió para la guerra de Gueldres, en favor del príncipe don Carlos su nieto. XXXIII.

Había sido enviado a España por el emperador, por embajador suyo, y para que entendiese en las cosas, y negocios de los estados del príncipe don Carlos, Mercurino de Gatinaria presidente de Borgoña: y fue por este tiempo despedido del rey honestamente: porque le tuvo por sospechoso, en no haber procurado la concordia entre el emperador, y él, como quisiera: y por parecerle demasidamente aficionado a la parte, y opinión francesa. No embargante, que se enviaron con él al emperador los instrumentos de los homenajes, y juramentos de la concordia, que se asentó entre ellos, sobre lo de la gobernación de Castilla, llevaba este embajador firmas de algunos grandes, y caballeros de Castilla, que se ofrecían de servir al emperador, y al príncipe muy diferentemente, y por diverso camino, de lo que estaba entre ellos tratado: y Mercurino los comunicó con la princesa Margarita. Pero no tenía menos cuenta la princesa en contentar al rey, y servirle, que al emperador su padre: y por medio de Luis Gilabert, que era ido a la corte del príncipe, por mandado del rey, le dio aviso de todo: y estaba muy confederada con él: y en grande amistad: así por diversas vías el rey descomponía todas las invenciones, y ardidés de los que procuraban deservirle: pensando que podrían antes de tiempo sacarle la gobernación de las manos: no por lo que convenía al beneficio general, sino por lo suyo propio. Por esto jamás cesaba de procurar, que el emperador enviase a Castilla al príncipe: para que se entretuviese la concordia que se tomó del matrimonio del príncipe, y de la hermana del rey de Inglaterra: y hacía muy grande instancia, porque el emperador se concertase con la señoría de Venecia: y no se diese lugar, que el rey de Francia fuese en tanto augmento, que después hubiese de ser temido: y les pudiese ofender a su salvo. Para esto declaraba su ánimo, y voluntad con el emperador, cerca del socorro que le pensaba hacer, para la guerra contra venecianos, en caso que la

concordia no se pudiese conseguir. Aunque el emperador tenía sospecha, que los venecianos no habían de condescender a ningunos medios, ni honestos, ni razonables, y que solamente se empleaba su estudio, y cuidado en desatar el asiento de Cambrai, y que después habían de procurar nuevas ligas, para echarle a él, y al Rey Católico de Italia, determinó de seguir el consejo del rey: con alguna esperanza, que el Papa, y la señoría, no se atreverían a declararse contra ellos, y contra los otros confederados. Siendo pues así persuadido por las amonestaciones del rey, fue el de Gursa a Italia, antes que se tomase Bolonia, a tratar con el Papa de los medios: y entonces ofreció al Papa de parte de la señoría este partido: que el emperador quedase con Verona, y Vicenza, y venecianos con Padua, y Treviso: y que todas las otras diferencias se pusiesen en sus manos, y del Rey Católico: y le diese la señoría doscientos cincuenta mil ducados por la investidura de lo que le quedaba: y treinta mil ducados de censo en cada un año: y el de Gursa no lo quiso aceptar. Excusábase el emperador diciendo, que aquella gente no quería venir a justos, ni razonables partidos: porque su estudio principal era, dividir a los príncipes: y que saliesen de Italia todos los extranjeros, llamándolos bárbaros, y tramontanos: y después quedó muy arrepentido, en no haber admitido esta concordia: que fue la primera que se trató entre él, y la señoría: y la que después se tornó a repetir diversas veces en los tratos que entre ellos hubo: y nunca pudo venir a conclusión. Estaba muy determinado en proseguir la guerra con todo su poder contra la señoría: y pasar por esta causa otra vez a Italia: y tomaba esto por achaque, para no enviar al príncipe a España: y también porque en los estados de Flandes no dejaba de haber harta turbación, cuando se pensaba, que estarían las cosas en mayor sosiego. Fue expresamente ordenado por el tratado de Cambrai, que las cosas, y diferencias de Gueldres, se compusiesen amigablemente por árbitros, que se eligiesen, que lo determinasen dentro de cierto tiempo: y que entretanto, cada una de las partes tuviese la posesión de aquellas tierras, sobre que era la contienda, como entonces las tenían. Después de aquel asiento Carlos de Egmont duque de Gueldres trabajó cuanto pudo, de tomar por fuerza todos aquellos lugares: y retenerlos de hecho en su estado: y el señor de Hilsestayn, que era capitán general por el príncipe en aquellas fronteras, le salió a defender la entrada: y aunque los árbitros se juntaron, y otros que habían de concurrir con ellos, que eran nombrados por el rey de Francia, quedó aquella contienda sin decidirse. Esto fue, porque el duque de Gueldres ganó la voluntad del rey de Francia: y así se excusó de dar orden, para que aquello se determinase: con decir, que estando las cosas de Italia pendientes, que tocaban al emperador, y a él, convenía, que los que tenían el gobierno de los estados de Flandes pasasen por aquellas cosas de Gueldres ligeramente. Con este favor el duque comenzó a pedir más aventajados partidos: y pretendió, que la infanta doña Isabel hermana segunda del príncipe, con quien se había tratado, con consentimiento del emperador, que casase, se le entregase siendo de doce años: y se le restituyesen todas las tierras que se habían tomado de su estado: y se le diesen en cada un año veinte mil libras de pensión. Pedía tales seguridades de todo esto, que no se le podían dar buenamente: y aun con esto no quería renunciar todas las ligas: y al mismo tiempo que se trataba, y la princesa Mragarita enviaba a consultar sobre ello a su padre, tomó el duque por trato el lugar de Ardenbic, que se había

ganado por el rey don Felipe. Todo esto se disimulaba por mandado del emperador: posponiendo las cosas de aquel estado, por lo que se trataba en Italia: y mandó, que no se prosiguiese con aquella diferencia, resistiendo con las armas: y el duque tuvo forma, que se cercase por los de Traiecto, el castillo de Hilsestayn en el condado de Holanda: y daba favor en ello contra la gente del príncipe: y los suyos con los de Traiecto rompieron uno de los reparos que ellos llaman diques, que estaba puesto para detener el agua a la ribera de la mar, por conservación de aquel estado de Holanda: de lo cual recibió muy gran daño toda aquella tierra: y se anegaron muchos lugares sin poderlo remediar. Visto por la princesa Margarita, que el duque movía la guerra tan rotamente, envió a pedir socorro de gente al rey: y por la ocurrencia de las cosas de Italia no se pudo proveer como los flamencos quisieran: mayormente entendiendo el rey, que por culpa del emperador se había atrevido el duque a romper la guerra: y no se tuvo por seguro consejo, que teniendo en la mano tantas causas, para haber de romper con el rey de Francia, él rompiese con él por lo de Gueldres: siendo cierto, que el rey de Francia tenía al duque en su protección. También el rey de Inglaterra se excusó honestamente: ofreciendo de enviar gente de armas para el socorro: en caso que el Rey Católico se quisiese interponer en aquel hecho. Fueron por esta causa algunos en el consejo de estado de Flandes de parecer, que en nombre del príncipe se enviase a dar razón desta necesidad a los grandes, y pueblos de Castilla: y se les pidiese ayuda, y consejo en ella: y esto se encaminaba por los que pensaban, que se declararían en servir al príncipe, conque les sacase del gobierno al rey: pero esto fue tan débil fundamento, que brevemente entendieron lo poco que se podía confiar de aquella negociación. No dejó por esto la princesa de hacer muy grande instancia con el rey, para que se le enviase ayuda de gente, o dinero para aquella guerra de Gueldres: porque procuraban de apoderarse de Venloa, y Remunda, por atajar aquel paso de Francia, con intención de repartir después la gente en guarniciones, hasta que fuese tiempo para correr el campo: por ser aquella tierra muy húmeda. El rey entendiendo el daño que aquellos estados podían recibir, si no se diese algún socorro a las cosas de Gueldres, aunque el gasto que entonces tenía en la gente que estaba en defensa de Orán, Bugía, y Trípoli, y en el ejército que se ponía en orden para enviar al reino, era muy excesivo, ofreció de ayudar con gente para el verano siguiente: y procuraba, que el emperador se concertase con la señoría de Venecia: y ellos dos con el rey de Inglaterra estuviesen unidos: advirtiendo muy a menudo al emperador, que si el rey de Francia perseveraba tanto en darle favor, era por lo que a él le cumplía: y por tener el condado de Bolonia usurpado a la Iglesia.

Que el papa Julio convocó concilio general para San Juan de Letrán. XXXV.

Dejando el Papa las cosas de la guerra en el estado que se ha referido, deliberó de volver a Roma, para revocar lo que intentaban contra él los cismáticos por vía de concilio: y cometió a los

cardenales Agense, San Vidal, Ancona, San Sixto, y al de San Clemente, que ordenasen convocación de concilio general para San Juan de Letrán. Comenzóse a entender en ello con harto más remisión, que en las cosas de la guerra: y en las provisiones necesarias para ella: porque el Papa tenía en muy poco el daño, que sus contrarios le pensaban hacer por la vía espiritual: y estaba muy seguro, que aquello era de tan poco fundamento, que luego se desbarataría, como él se concertase con el rey de Francia. Entendiendo esto el rey, y que el Papa no estaba muy fuera de concertarse con el rey de Francia, procuraba que le diese el dinero que era necesario, para tomar a su cargo aquella empresa, y todo el peso de la guerra: y ofrecía, que se encargaría della, si dejase gobernar los negocios por su consejo: pero el Papa no quería seguir sino el suyo: y pedía, que el rey le diese gente española, y que él porría su capitán general. Obligábase el rey de tener en campo diez mil soldados, y mil hombres de armas, y mil caballos ligeros, con cuarenta mil ducados cada mes: y ofrecía, que con la gente del Papa, y con otros dos mil alemanes, si los pudiesen haber, se juntaría un tal ejército, que pudiese discurrir por toda Italia, sin ninguna resistencia: pero perseverando el Papa en su propósito, ninguna promesa destas le movía para que diese alguna suma: porque decía, que el dinero que le quedaba, lo quería guardar, y gastar a su voluntad, cuando fuese menester: añadiendo a esta razón bien graciosamente, que un poco de aliento, y sustancia que le quedaba, ésa le quería quitar el Rey Católico, para que después pudiese hacer a su voluntad de su persona, y tratarle como bien le estuviese. Era en todo lo que se trataba con él, su recatamiento muy grande: temiendo que todos procuraban su perdición: y como siempre andaban pláticas de concordia entre él, y el rey de Francia, tenía esperanza, que cobraría a Bolonia, sin tener necesidad de nadie: ni obligarse más al Rey Católico: no sin alguna nota de ingratitud, y poca firmeza. Aunque el rey conocía esto, dábale todo el ánimo, y favor que podía: porque con aquella justa ocasión de la defensión de la Iglesia, pensaba asegurar las cosas de su estado en Italia para siempre: y parecíale, que si concurrieran en el Pontífice otras calidades, alomenos de varón de alguna constancia, era grande disposición aquélla. Pero consideraba su terrible condición, e inclinación extraña: que era tal, que teniendo un increíble odio, y aborrecimiento al rey de Francia, y a toda aquella nación, y deseando sobre todas las cosas, echarlos de Italia, habiendo buena ocasión para ello, y sabiendo, que el rey le había de ayudar, y con él el rey de Inglaterra, que estaba determinado de seguir en todo al rey su suegro, entonces movía pláticas de concertarse con el rey de Francia: y difería de llegar a la conclusión, lo que tanto había codiciado. Rehusaba de aceptar el partido que le ofrecía el rey, hasta entender si había desconfianza en la concordia: porque en aquel caso le parecía, que tenía la misma seguridad de ser amparado de la Corona de España, porque no se confederase con Francia. Propuso de tratar en el concilio algunas cosas de grande importancia: como era mostrar, que la reina de Francia no era legítima mujer del rey Luis: y que se había de dar absolución del juramento de fidelidad a los pueblos de Guyena, y Normandía: para que se le hiciesen al rey de Inglaterra, como a su señor natural: y ofrecía de darle todo favor con las armas espirituales, y temporales: porque aquel príncipe mostró gran sentimiento de la ocupación de Bolonia: y se había declarado de hacer por la Iglesia lo mismo que el rey su suegro. Con este recelo no dejaba el rey de

Francia de dar lugar a la plática de la concordia: con esperanza que se efetuaria: y queríala con condición, que por medio del Papa, le diesen a él los venecianos el dinero que ofrecían al emperador: y que haría liga con ellos: y resultaría della, que ni la señoría de Venecia ternía por qué temer al emperador, ni el Papa recelarse del concilio, ni de otra necesidad en su estado. El trato llegó a términos, que se tuvo por cierto, que se concertarían: porque el Papa la víspera de San Pedro, a suplicación del colegio, mandó sacar del castillo de Santángel, al cardenal de Aux: y detenerle en palacio sobre seguro: y allí le hizo muchos regalos: y maravilláronse todos: mayormente habiendo sido preso en Milán el cardenal de Albret: porque no quería consentir en el conciliábulo, que se convocó para Pisa. Finalmente el rey de Francia se determinó, en que se procediese contra el Papa, por aquel recurso del concilio, como se había comenzado: aunque los cardenales de su opinión se tuvieron por desamparados: viendo la contradición que les hacía el Rey Católico: y sabiendo que el Papa le había ya convocado para San Juan de Letrán. Pretendía el emperador todavía, que el concilio que se convocó para Pisa, se mudase a Verona, o Trento: y hacía sobre ello muy grande instancia con Nuño de Guzmán: a quien los cardenales de Santa Cruz, y Narbona, y Cosenza enviaron por su comisario a la corte del emperador: para que solicitase lo que convenía a aquella su convocación: y el rey de Francia no quería dar lugar que se transfiriese: porque le parecía, que Verona no era lugar seguro, y estaba enfermo: y que Trento no sería capaz para mucha gente. Daba gran prisa, que las primeras sesiones se tuviesen en Pisa: y que de allí se mudase a otro lugar, que pareciese al emperador: porque con su autoridad, y presencia se continuase adelante. Pidió para esto el rey de Francia a los florentinos, que entregasen libremente a los cardenales la ciudad de Pisa, para que allí se comenzase el concilio, y se prosiguiese: y para su seguridad ofreció su armada, y ejército: y que luego mandaría a los cardenales que estaban en su reino, que fuesen allá: y a los más perlados, y personas eminentes en letras: pero los cardenales no se determinaban con solo esto en ir a Pisa, sin que el emperador, y el rey de Francia enviasen sus embajadores: y sin que estuviese junta alguna parte de ambas naciones alemana, y francesa: y consultaron sobre ello.

De la gente de guerra que el rey mandó pasar al reino. XXXVI.

En este medio acordó el rey de enviar parte de la gente que se había juntado en la Andalucía con su armada al reino: y embarcóse en la ciudad de Málaga. Eran quinientos hombres de armas de las guardas de Castilla, y trescientos caballos ligeros, y otros tantos jinetes, y dos mil soldados: y llevaba cargo desta gente Alonso de Carvajal señor de Jódar: y con él fueron por tenientes de las capitanías de hombres de armas éstos. Juan Osorio llevaba cargo de la capitanía del mismo Carvajal, y Juan López de Gaviria era teniente del adelantado de Galicia, Pedro Cano, de la de Pedro Zapata, y Diego de Barrientos de la de Diego Hurtado. Juan Rodríguez de Castañeda, y Alonso de Brizuela

fueron por tenientes de don Íñigo, y don Pedro de Velasco, y Alonso de Espinosa, y Juan Pardo llevaron cargo de las compañías de Pedro López de Padilla, y del conde de Altamira. Eran capitanes de jinetes Luis de Montalvo, y Ruy Díaz Cerón: y fueron por tenientes de las otras compañías Pedro de Basurto, que tenía cargo de la capitanía del mismo Montalvo, y Pedro el Romo de la de Diego de Vaca: y Día Sánchez de Carvajal, de la de don Alonso de Silva. Hernán Cabrera era teniente de Ruy Díaz, y Juan de Villegas llevó cargo de la capitanía de don Alonso de Carvajal, Martín de Goni de la de Martín de Rojas, y Agustín Osorio de la de Pedro Osorio, Diego Ortiz de Arista de la del comendador Ribera, y Cristóbal de Cárdenas, de la de Pedro de Ulloa, y Francisco de Tejeda, de la de don Hernando de Toledo, y don Pedro de Beamonte, de la del condestable de Navarra, y de la del marqués de Denia, don Hernando de Sandoval: y de los soldados, y gente de pie fue por coronel Zamudio. Era esto por el principio del mes de agosto: y en el mismo tiempo llegó el conde Pedro Navarro con su armada a la isla de Capri: e hizo allí desembarcar la gente: que eran hasta mil quinientos soldados de las reliquias de los Gelves: muy maltratados, y desharrapados: y llevólos a Nápoles. Viéndose entonces el Papa desconfiado de poder concertarse con el rey de Francia, por haber tomado la protección de los Bentivollas, y cargo de la defensa del condado de Bolonia, determinóse, por la confederación que se trataba entre él, y el rey con venecianos, de pagar al rey los cuarenta mil ducados al mes, por los diez mil españoles, y mil caballos, que le ofreció de tener en Italia: y ayudaba con la gente de armas ordinaria, que tenía a sueldo de la Iglesia, cuyo capitán fuese el duque de Thermens: y fue contento, que el rey pusiese por general de todo el ejército a don Ramón de Cardona visorey de Nápoles: y que se nombrase capitán general de la liga. Resolvióse en esto, habiéndose recogido a Ostia, con sólo el embajador Jerónimo Vic: no pasaron muchos días, que llegó a peligro de la vida de tercianas: y sucedió, que desconfiando de su salud los barones, y la ciudad, y pueblo de Roma, hicieron cierta unión entre sí, para pedir confirmación de sus libertades: y no permitir, que fuesen oprimidos, ni gobernados con tiranía, como hasta allí decían, que lo habían sido. Recibió desto el Papa tanta alteración, que afirmaba, que por sola esta causa se concertaría con franceses, para castigar aquel pueblo, y los barones: y púsose en armas la ciudad: y los electos del pueblo juntaron mil hombres de armas, y dieciséis mil de pie: y comenzó el Papa a tomar por excusa lo deste movimiento, o para hacer la concordia con el rey de Francia más a su ventaja, o para mejorar su partido con el Rey Católico. Entreteníase aún en este tiempo el rey, sin romper con el rey de Francia: por la plática que el mismo rey Luis le movió en casar al infante don Fernando con su hija segunda: y para este matrimonio se trató de dar seguridades de una parte a otra: porque el rey le ofrecía, que se concertaría el Papa con él, y determinaría las diferencias que los venecianos tenían con el emperador, de suerte, que quedasen conformes. Con esto prometía el rey de Francia, que en la contienda sobre la sucesión del reino, se daría tal apuntamiento, que ambos viviesen sin sospecha: pero quanto a la restitución de Bolonia decía, que todos los que le querían bien, le aconsejaban, que no consintiese, que aquella ciudad fuese a poder de persona, que entendiese en echarle de Italia, como el Papa lo había querido intentar: y que todas las veces que se acordaba del peligro que había pasado el

estado de Génova, tenía aquél por buen consejo. Estaba el emperador en esto muy conforme con él, por la enemistad, y odio grande que tenía al Papa: y así se animaba más el francés, para aventajar su partido: pensando, que si el rey se declarase, y rompiese con el emperador, le podría poner grande embarazo en las cosas de Castilla: y éste era uno de los pensamientos, que le daba más ánimo para defender a Bolonia. Entontes asentó el rey de Francia su concordia con Alejandro Bentivolla, y con los boloñeses: y recibió aquella ciudad, y a los Bentivollas, debajo de su protección: y ofreció de defenderlos contra todos los príncipes, sin exceptar a ninguno: y procuraba, que los florentinos, y el duque de Ferrara se confederasen con los de aquel linaje, para defensa de sus estados. Tras esto proveyó luego, que Gastón de Foix su sobrino, que fue duque de Nemours, a quien había proveído por su lugarteniente de Lombardía, enviase a Bolonia cuatrocientas lanzas: y si fuese necesario, pasase en persona con su ejército a socorrerla. El emperador ninguna cosa deseaba más en este tiempo, que la conformidad, y unión con el rey: porque tenía entendido, que esto era lo que más le convenía: pero viéndose desamparado de todos, en la guerra que tenía con la señoría de Venecia, mostraba claramente, que había de seguir al que en ella le ayudase: por no dejarla con tanta mengua, y vituperio suyo.

Del requerimiento que hicieron los embajadores de España, e Inglaterra al rey de Francia, para que se restituyese el condado de Bolonia a la Iglesia. XXXVII.

Vino en esta sazón a la corte del rey de Francia, que estaba en Lyon, un embajador del rey de Inglaterra: y en llegando, la embajada que explicó fue tal, que él, y el embajador Cabanillas requirieron con buenas palabras al rey, de parte de ambos reyes, que tuviese por bien de volver a Bolonia a la Iglesia, como primero la tenía el Papa: y que desistiese de dar favor a la convocación del que llamaban concilio pisano. A esto añadieron, que si quería la paz con el Papa, y con la Iglesia, podía bien entender, que si aquello sería muy difícil de acabarla. Pareció al rey de Francia cosa muy extraña al recuesta: y mostró recibir dello gran sentimiento: y alterarse mucho, que se le hablase en restituir a Bolonia: y antes que acabasen de explicar su embajada, dijo, que no lo haría: y apartóse con los de su consejo. A cabo de un rato el canceller les respondió en su presencia, que no eran aquellas demandas lícitas: y que siendo los reyes de España, e Inglaterra amigos del rey su señor, no debían procurar, que él hiciese paz, destruyendo al emperador: y que Bolonia no estaba por él: y en lo del concilio, que el emperador era el que instaba, en que necesariamente se había de proseguir. Tomó después la mano el mismo rey, enderezando sus palabras con mucha ira, y enojo al embajador Cabanillas: afirmando, que ni había fe, ni verdad: pues tan rotamente le faltaba el rey de Aragón: y se oponía contra él. A esto respondió Cabanillas, como se requería, aunque con mucho acatamiento: y no dejó cosa de las muy pesadas, a que no diese en su respuesta, muy entera satisfacción: y puesto que diversas veces le ceñaron el señor de la Tramula, y Amiens, que callase, perseveró en satisfacer a todo

bastantemente: entendiendo, que así convenía, por serle dicho en presencia del embajador de otro príncipe. Esta embajada acabó de declarar la intención, y ánimo del Rey Católico: porque desde entonces, no sólo quedó el rey de Francia fuera de la esperanza de su ayuda, pero con gran recelo, de que había de ser el principal en aquella querrela: y con todo esto fue su resolución, y determinada voluntad, que Bolonia se había de defender por él, de la misma manera que Milán. Deliberando sobre esto con los de su consejo, llegó la nueva, que el Papa estaba muy doliente, y en extremo peligro: y sobreseyóse en la plática: creyendo que no podía escapar: y atribuía el rey de Francia a grande felicidad del Rey Católico, que en tal sazón se hallase con tanta gente junta en el reino: pareciéndole, que no solamente aseguraba lo de Nápoles, pero ponía gran miedo, y terror a Roma, y a toda Italia. Sucedió tras esto, que por el mes de septiembre vino el emperador a Trento: y allí se despidió de su corte para venirse a España don Jaime de Conchillos obispo de Catania: que había residido en Alemania por embajador del rey: y como el Papa llegó a lo último, el emperador, con la afición que tenía de continuar la guerra contra venecianos, y con ambición de ocupar el señorío de Italia, se persuadió, que podría ser nombrado por coadiutor del Pontífice, si el rey le ayudase para ello: y él no dejaba de darle esperanzas, y ofrecimientos, que aquello se podría efetuar muy mejor, si el Papa viviese: porque no se hallaría otro remedio, para que el rey de Francia no se apoderase de todo. Parecía haber algún color, para poder dar a entender esto a un príncipe de tan gran ánimo: y que estaba tan apasionado, y ciego de la ambición: porque los cardenales italianos, y españoles estaban conformes, en que muriendo el Papa, no se hiciese elección de Pontífice francés, ni de persona aficionada a esta nación: pues mostraban temer tanto esto, que para asegurarlo, vernían más fácilmente, en que el emperador fuese elegido. Con una esperanza tan vana como ésta, conociendo el rey la condición del emperador, procuraba de persuadirle, que se apartase del conciliábulo pisano: y aprobase el que el Papa había convocado para San Juan de Letrán: y prometía, que se hallarían en él, juntamente con el emperador, él, y el rey de Inglaterra, y otros príncipes de la cristiandad: y con esto se concluyese la paz entre él, y la señoría de Venecia. Mas porque era cosa muy dificultosa, que el emperador se apartase de lo que había emprendido, trabajaba el rey secretamente con él, que hiciese suspender aquella convocación de Pisa, por el más tiempo que ser pudiese: porque se diese lugar al tratado de la paz, y liga con el Papa, y con la señoría de Venecia: y el emperador lo rehusaba: teniendo por grave cosa romper con el rey de Francia, ayudándole en aquella guerra, sin haberle dado causa para el rompimiento. Por animarle más el rey, e inducirle a su opinión, proveyó, que el visorey de Nápoles le enviase alguna gente, en caso que conociese, que podría hacer algún efeto: y de otra suerte la detuviese, por ser entrado el invierno: y hacerse la guerra junto a Venecia: siendo en toda parte aquel tiempo muy contrario, para poder campar ejército: y también, porque el verano siguiente se pudiese servir della.

De la liga que hicieron entre sí el Papa, y el Rey Católico con la señoría de Venecia contra el rey de Francia, por la unión de la Iglesia, que se llamó la liga santísima: y se nombró por capitán general della don Ramón de Cardona visorey de Nápoles. XXXVIII.

Con estar el Papa muy doliente, dio siempre mucha furia, para que el emperador enviase al de Gursa, para concluir la paz entre él, y la señoría de Venecia: prometiéndole, que en llegando el de Gursa a Roma, se concluiría a gran honra, y satisfacción suya: y ofreciendo, que si quedase por venecianos de concertarse, él los dejaría del todo: y le ayudaría contra ellos. También ofrecía, que haciéndose, como él lo deseaba, o no se haciendo lo de la paz, crearía cardenal al de Gursa: al rey parecía, que estando el Papa en aquella necesidad, los negocios del emperador se encaminarían mejor: y que convenía, que el de Gursa tuviese el capelo: porque como era hombre de gran ingenio, e industria, y de quien el emperador hacía la mayor confianza, estando en aquel consistorio, podría servirle mucho en la sucesión que deseaba del sumo pontificado. Todos estos motivos eran, porque el rey no pensaba en otro, sino cómo se hiciese muy estrecha confederación entre él, y el papa, y el emperador con la señoría de Venecia: para sacar al rey de Francia de la posesión que se había usurpado en las cosas de Italia: o alomenos para ayudar a que no se extendiese tanto: y la Iglesia cobrase el estado que le habían tomado: que era muy honesta, y honrada querella: y con esto el reino de Nápoles se asegurase a sus nietos. Mas los venecianos se detenían de llegar a la conclusión, porque entendían, que lo del concilio pisano se iba más estrechando contra el Papa: y esperaban, que si en él hiciese crear Antipapa el rey de Francia, emprendería con él de pasar a Roma, y apoderarse della, y de las tierras de la Iglesia: y que no habían de consentir los príncipes cristianos, que por aquel camino se destruyese la Iglesia: y se opornían a resistirlo: y desta suerte ellos se remediarían. Con esperanza de tales novedades, diferían los tratos, y medios de la paz: y también porque entendían, que el rey de Francia no tenía ninguna gana, que el emperador tuviese a Padua, y Treviso. Como los venecianos no se podían inclinar a que se hiciese la paz, como el emperador la pidía, y rehusasen tanto los medios que se le proponían por el Papa, y el emperador por otra parte estuviese muy firme en no querer dejar a Padua, y Treviso, y la convocación del conciliábulo pasase tan adelante, finalmente a cuatro del mes de octubre deste año de 1511, se concluyó la confederación, y liga que llamaron santísima, entre el Papa, y el Rey Católico, y la señoría de Venecia: por la restitución del condado de Bolonia, y de las otras tierras del Papa, y de la Iglesia. Fundábase así mismo en que se ordenaba, por la defensión de la persona del Papa: y por la conservación, y libertad de la sede apostólica: y por la unión de la Santa Iglesia Romana, por la cisma que en ella se había movido. Obligábase el rey por esta liga, que dentro de veinte días después de la publicación della, enviaría a don Ramón de Cardona su visorey de Nápoles, por capitán general, u otra persona de su calidad, con mil doscientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y diez mil soldados españoles: y habían de seguir al general, que el rey enviase, y obedecerle toda la gente del papa, y de la señoría, como a capitán general de la liga: y así fue para ello por él nombrado don Ramón de Cardona visorey de Nápoles. El Papa quedó

obligado de enviar al duque de Thermens, con seiscientos hombres de armas, con título de lugarteniente general suyo: y la señoría de Venecia había de tener su ejército en orden, para el mismo tiempo: y su armada de mar se había de juntar con once galeras del Rey Católico, para servir en esta guerra. Mientras durase, habían de pagar el Papa, y la señoría al visorey, en cada mes los cuarenta mil ducados: y el día de la publicación se le habían de dar ochenta mil por el sueldo de dos meses: y desto se daba seguridad al rey por el Papa, y venecianos en el reino, y en Sicilia. Aunque el emperador no entró en esta liga, se salvó expresamente la amistad, y confederación que el Rey Católico tenía con él: y declaróse haberse hecho con sabiduría, y participación del rey de Inglaterra: y por el colegio de cardenales se confirmó este asiento: y se obligó que en caso que el Papa muriese, se cumpliría lo acordado por ella. En este tratado los venecianos renunciaron al rey cualquier cantidad que la señoría hubiese prestado a los reyes de Nápoles, que fueron de la casa de Aragón: y el derecho que pretendían tener en los lugares que tuvieron en Apulia. También les dejó el rey lo que podía pretender en los gastos que se hicieron en la armada que se envió a la Cefalonia en ayuda de venecianos: y entró en la protección desta liga Pandolfo de Petrucis, con la señoría de Siena. Las causas que se entendió que hubo, para que el Papa, que hasta entonces había diferido de llegar a la conclusión desta liga, se apresurase tanto a concluirla, fue el temor, que florentinos acogiesen la gente de armas de Francia: y que los cardenales cismáticos, que iban a Pisa, que no eran aún privados de la dignidad, procediesen a crear Antipapa: porque estando gente francesa en Toscana, tenía la guerra a las puertas de Roma: y con los movimientos, y alteraciones que en ella habían levantado los principales romanos, y con estar todo el pueblo muy comovido, temió que se había de ver en algún gran peligro. Con este temor prestó a la señoría cuarenta mil ducados: y por los otros que se habían de dar al visorey, puso en depósito su tiara. Había enviado el rey por su embajador al emperador, en lugar del obispo de Catania, a don Pedro de Urrea, que fue sobrino de don Lope Jiménez de Urrea visorey de Sicilia: hijo de don Pedro de Urrea su hermano: y fue a Venecia, para entender en lo de la liga: y en concertar, si pudiera, al emperador con la señoría. Fue esto en sazón que los albaneses que la señoría tenía en frontera de Verona, corrían el campo: y tuvieron aviso, que el general de la gente de caballo del emperador había salido de Verona, con algunos caballos ligeros: y le tomaron el paso: y pelearon con ellos, y fue preso el general. Hallóse acaso en este rencuentro Diego García de Paredes, que fue a servir al emperador en esta guerra: porque después de la venida del rey a España, todo el tiempo que hubo paz en Italia, anduvo por la mar cosario: y como se tuvo por esto el rey muy deservido dél, no vino a su servicio, hasta haber alcanzado perdón: y fue preso en esta jornada con otros españoles, habiendo peleado como él solía. Habiéndose entonces librado dellos, se fue a recoger a Vicenza: y no pasaron muchos días, que estando aquella ciudad vacía de gente, y sin guarnición que la pudiese defender, se redujo a la obediencia de la señoría: y estando Diego García doliente en el burgo de aquella ciudad, le tornaron a prender con otros españoles: y don Pedro de Urrea pidió a la señoría, que le pusiesen en libertad: pues se había ya declarado la liga: y ofrecieron de cumplirlo: y enviaron por Diego García, que estaba preso en Padua.

Del socorro que Berenguer de Olms capitán de galeras, y otros capitanes del reino de Granada hicieron a la ciudad de Tánger, que estaba cercada por el rey de Fez. XXXIX.

Había venido a España con las galeras el almirante Vilamarín: y el rey le mandó ir a Nápoles, mediado el mes de septiembre, con publicación que su armada con la gente que el conde Pedro Navarro había de juntar en el reino, pasase a proseguir la guerra contra los moros. Detúvose en el puerto de Mahón algunos días, por ser el tiempo contrario: y de allí atravesó a Cerdeña: y estando en aquella isla, un hombre principal de la isla de Córcega, que se llamaba Juan Pablo de Laca, y residía en Cerdeña, y traía muy estrecha plática con muchos corsos, para que se alzasen con la isla, dio aviso al almirante, que era aquella buena ocasión para apoderarse de Córcega: que era tan de razón, y justicia de la Corona de Aragón, como la misma Cerdeña: e importaba tanto para las cosas presentes: pues es como baluarte de toda Italia: y no había cosa que conviniese más, para tener sojuzgada a Génova. Moviése aquél a tener esto por más fácil, por la liga que entonces había hecho el rey con el Papa, y con la señoría: y aunque el almirante entendía lo que importaba, como le había mandado el rey que acudiese con las galeras a Nápoles, no pudo en tal sazón divertirse a emprender un hecho como aquél, sin tener más cierta seguridad, que su estada sería de algún efeto: mayormente estando el Papa de por medio, que lo había de resistir con todo su poder. Quedaba en la guarda de la costa de Grandada el capitán Berenguer de Olms con algunas galeras: y estando en Marbella, tuvo aviso que el rey de Fez iba sobre Ceuta con muy poderoso ejército, que había juntado de gente de caballo, y gran número de alárabes. A caso en esta misma sazón Rodrigo de Bazán, y Pedro López de Horozco el Zagal, y el capitán Hernando de Valdés iban con alguna gente de ordenanza, y con la del reino de Granada con cierto ardid de quemar las fustas de moros que se recogían en el río de Tetuán: de donde salían a correr las costas de la Andalucía: y con esta nueva acordaron de ir en socorro de Ceuta. Cuando llegaron allá, tuvieron cierto aviso, que el rey de Fez había pasado con su ejército a ponerse sobre Tánger: y dejó en Ceuta el Zagal un hijo suyo con la gente de Marbella: y con esta nueva pasaron las galeras a Tánger: y llegaron antes que amaneciese: y echaron los capitanes a tierra seiscientos hombres con la capitania de Hernando de Valdés: y Berenguer de Olms capitán de las galeras, y Rodrigo de Bazán, y el Zagal entraron con esta gente en Tánger. Esto fue un sábado a dieciocho del mes de octubre de este año: y era en coyuntura, que tenían los moros el lugar en grande aprieto: porque hicieron mucho daño con su artillería: y pasaron sus estancias junto a las minas que habían hecho: y tenían en ellas gran número de espingarderos, y ballesteros. Estaba por capitán de Tánger don Duarte de Meneses, que era un muy buen caballero: y como llegó el socorro, cobraron grande ánimo los suyos, que eran hasta tres mil hombres: y los moros dejaron de combatir el lugar: y atendieron a fortificar más sus estancias, con ánimo de no levantar el cerco. A cabo de siete días que llegó el socorro, Rodrigo de Bazán, y Pedro López de Horozco el Zagal con su gente, y mosén Juanot de Olms, y mosén Fiveller caballeros catalanes con algunos soldados de las galeras, subieron a la villa vieja, para dar en una estancia de los moros: y fue tal el rebato, y pelearon los nuestros tan

bien, que se hizo mucho daño en los enemigos: y fueron muertos, y heridos de los más principales: y entre ellos cuatro alcaides, y el alguacil mayor del rey de Fez: y les hicieron desamparar la estancia. Recogieron los capitanes su gente con muy buena orden: y atravesaron por el camino que había entre la mar, y los muros: y por ser al creciente de la marea, volvieron con harto trabajo. Otro día salió don Luis hermano de don Duarte con la gente de caballo a escaramuzar con los moros: y los portugueses se hubieron en la escaramuza como gente muy ejercitada, y diestra: y visto esto, el rey de Fez perdió la esperanza de su empresa: y el día siguiente mandó levantar su real: y el capitán de las galeras, y los otros capitanes se vinieron a Gibraltar, con la honra de haber socorrido tan valerosamente aquella ciudad. Esto era en el mismo tiempo que el rey de Tremecén puso debajo del amparo, y señorío del rey su persona, y reino: y le envió a dar la obediencia: y entregó todos los cristianos cativos que estaban en sus tierras: e hizo un presente de caballos, y aderezos de la jineta morisca, y de halcones: por ser el rey muy aficionado al vuelo de las aves: en señal de la sujeción que se le debía: y a esto fue enviado el alcaide Mahomad Abenabedi: que era el más señalado caballero en linaje, y privanza, que tenía en su reino.

De la sentencia que dio el papa Julio contra los cardenales cismáticos. XL.

Por este tiempo los cardenales Bayos, y de Albret, que iban a Pisa con ciento cincuenta lanzas francesas, llegando a los confines de Luca, encontraron con un comisario de florentinos, que les requirió de su parte, que no entrasen con gente de armas en sus tierras: y hubiéronse de volver a Sarazana, lugar de genoveses. Estaban aún en el burgo de San Donino los cardenales de Santa Cruz, y Cosenza: y dieron alguna esperanza que se querían apartar del concilio pisano, y seguir el concilio que el Papa convocase, como fuese en lugar seguro: y ofrecían que se irían a Pomblín: o a otro cualquier lugar, enviándoseles salvoconduto del Rey Católico. Con demostración desto escribieron al embajador don Pedro de Urrea, que estaba en la corte del emperador, que procurase, que los perlados de Alemania no fuesen a Pisa: porque ellos entendían en concertarse con el Papa, e irse a Pomblín, o a Nápoles: y envióseles el salvoconduto que pidían, por el embajador Jerónimo Vic: y también de los sieneses: pero pareció que su intención era diferir el tiempo: porque en la misma sazón el cardenal de Santa Cruz con gran liviandad trabajaba que el emperador concurriese con ellos en su concilio: y lo aprobase con mayor calor, y publicación de lo que entonces parecía: y que fuesen a él los perlados de la nación alemana. Sospechando el Papa que lo hacían con este fin, no quiso prorogar el término que había dado a estos cardenales, para que se fuesen a Pomblín: o a Siena: y también porque se le descubrió otro trato terrible del cardenal de Sanseverino. Esto era, que fue por este tiempo al emperador a exhortarle que tomase a su mano la empresa de Romaña: y a ofrecerle de parte del rey de Francia, que si fuese a Italia, y quisiese asistir al concilio de Pisa, le daría cincuenta mil ducados, y

todo su ejército bien pagado, para que se apoderase del estado de la Iglesia: y de la ciudad de Roma: y aun también para que tomase la posesión del reino para sí, o para el príncipe don Carlos su nieto. Pretendía aquel cardenal, hacer muy fácil este negocio, con dar a entender, que él podía mucho servir en él: por tener mucha inteligencia en los estados, y tierras de la Iglesia: y que para lo de Nápoles hallaría prestos a sus parientes, y valedores, y toda la parcialidad Colonesa: que para haber de ser aquel reino del emperador, no le faltarían. Como son diestros en hacer a su modo grandes discursos, y la calidad de los estados de Italia los ejercita en levantar, y trazar diversos edificios, afirmaba el cardenal, que teniendo el emperador aquella parte, y siendo por la del rey de Francia los anjovinos, no podía creer que hubiese ninguna resistencia: pues era cierto que la ciudad de Roma le estaba esperando con mucho deseo: y para solo este efeto se habían unido los nobles, y el pueblo: y que sin armas ningunas echarían al Papa della. Oía el emperador esto de muy buena gana: aunque estaba determinado de no confiarse de franceses, ni pasar a Italia con gente del rey de Francia. Todavía en esta sazón los cardenales de Santa Cruz, y de Cosenza hacían demostración de reducirse a la obediencia del Papa: y que se pondrían en uno de los lugares que se les señalaban: pero el Papa entendiendo que lo hacían con artificio, o por ser de su naturaleza vindicativo, y tener poca parte de clemencia, no quiso admitirlos: y determinó de privarlos en consistorio, de las dignidades, e iglesias, y beneficios. Esto se contradijo al principio por el colegio: pareciendo cosa grave, que se procediese contra ellos con aquel rigor, pues se reducían, y apartaban del cisma. Había procurado el rey por diversas vías su reducción: y así en parte se daba a entender, que el Papa procedía con gran fundamento a dar su sentencia: porque como pusiesen tanta dilación en llegar a Pomblín, o al Sienés, que eran los lugares que se les señalaron, y continuasen en lo que tan inicamente, y con tanto escándalo de toda la cristiandad se había emprendido, y por otra parte del de Sanseverino entendiéndose en urdir una tal obra, procedió el Papa en público consistorio a su privación. Hízose esto con la solemnidad que en un tal auto se requería: y estando vestido de pontifical en presencia de los cardenales, y de todo el pueblo, mandó leer el proceso que se había hecho: y pronunció la sentencia contra ellos, y contra otros dos cardenales franceses, que eran Samalo, y Bayos: y en ella los declaró por cismáticos, apóstatas, y herejes. Fueron privados de los capelos, e iglesias, y títulos, y otras dignidades: prohibiendo so pena de excomunión, que ninguna persona los nombrase con el título de la dignidad que antes tenían: y proveyó a presentación del rey, de la Iglesia, y beneficios que los dos cardenales tenían: que eran súbditos del rey: y otro tal proceso se fulminaba contra los cardenales de Sanseverino, y Albret. Pareció a los que no tenían el celo que debían, este auto de privación demasadamente acelerado, y riguroso: y que grandes tiempos antes no se había visto en la Iglesia: porque dado que estos cardenales se apartaron del Papa, no dejaron la unión de la Iglesia: antes mostraban perseverar en que estuviese en una cabeza: y según lo determinado en los concilios de Constanza, y Basilea, pretendían ellos que pudieron proceder a convocación de concilio, para que se procediese en él contra un Pontífice sospechoso de hereje, e incorregible. Esto decían ellos, por excusar su error, que se confirmaba con el voto, y juramento común que se hizo para que se

convocase concilio dentro de cierto tiempo: y ser ya pasado: siendo, según su opinión, las obras, y deméritos del Pontífice tales, y tan notorios: y que lo que ellos proponían más principalmente era, que se señalase lugar cómodo, y seguro: o que el Papa eligiese uno de diez que ellos le nombrarían, para que en él se congregase concilio: adonde se tratase del remedio, y reformación de la Iglesia, así en la cabeza, como en los miembros. Que ellos no pretendían otro, sino que el papa Julio, a quien siempre en sus letras llamaron Papa, por su autoridad congregase concilio general, para la paz del pueblo cristiano: y para la reformación de la Iglesia: y por impedir esto, no introdujese una cisma tan pernicioso en la religión cristiana. Llegaba el atrevimiento a mayor escándalo: pretendiendo que por los impedimentos que se pusieron de parte del Papa, para esta convocación, conforme a la constitución de la oncenava sesión del concilio de Basilea, podía el Papa ser suspendido de la administración de la dignidad: así en lo temporal, como en lo espiritual. Como el Papa convocó concilio general para San Juan de Letrán, y aquéllos eran, no sólo livianos, pero muy escandalosos fundamentos, y fuera de lo que se dispone por los sagrados cánones, comúnmente se tuvo por cierto, que con el mal principio que hubo en apartarse estos cardenales de su cabeza, contra la orden de la Iglesia, y de los concilios antiguos que tiene recibidos, no se podía seguir sino mucho escándalo: y muy pernicioso división, en gran detrimento de la fe: y que justamente merecían ser punidos tan ejemplarmente, y con todo rigor.

Que el visorey don Ramón de Cardona capitán general de la liga salió con su ejército a la empresa de Bolonia. XLI.

Antes desto el conde Pedro Navarro se había ya embarcado con toda la gente de pie que estaba en el reino con publicación de ir a la guerra de Berbería: y hallándose en la isla de Capri, para hacerse a la vela, como el Papa concluyó lo de la liga, echó en tierra toda la gente en Gaeta: por estar en el camino, que se había de hacer para la expedición de cobrar el condado de Bolonia para la Iglesia: y echar dél los franceses. Repartióse aquella gente por los burgos de Gaeta, y en la Mola, y Castellón: y porque el visorey ordenó que la paga de la gente se hiciese por el conde a los mismos soldados, y no se confiase el dinero de los coroneles, se comenzó a mover entre ellos alboroto, porque se despedía cierta parte de la gente: y se reducían a siete mil quinientos: por ser los otros marineros, y gente inútil, que se entretendría para llevar las pagas. Pidían que se les diese a ellos todo el dinero: y se pagase por mano de los coroneles: y fue forzado que así se hiciese. Después que fue sosegado aquel alboroto, y siendo pagada la gente, partió el conde con toda la infantería que allí quedaba, la vía de Pontecorvo: y tras él siguió el coronel Zamudio con los soldados que llevó de España, que estaban en Nápoles. Tenía el visorey todas las compañías de gente de armas, y los caballos ligeros muy en orden: y la una, y la otra era tan escogida, y con tan valerosos, y diestros capitanes, que con toda verdad se puede afirmar, que tal, ni tan lucido ejército, del número que era, no

se había visto en Italia grandes tiempos antes: e iban en él muchos barones, y caballeros del reino. Pero excusóse de ir a esta jornada con el visorey, con su compañía de gente de armas el Próspero Colona, diciendo: que no iría sino debajo de rey: o con hijo de rey: y también hubo alguna dificultad para que Fabricio Colona fuese: y llevase cargo, y nombre de gobernador: porque como iba el duque de Thermens por lugarteniente general de la Iglesia, le parecía que iba con alguna disminución de su honor: precediéndole el duque: y pretendió que se le diese título de lugarteniente, y gobernador general del ejército del Rey Católico: pues el visorey le llevaba sobre todos, y era general del ejército de la liga. Diose orden en esto, por ser Fabricio persona de tanto merecimiento, de honrarle con este título: aunque el conde Pedro Navarro llevaba cargo de capitán general de la infantería. Como el Próspero no quiso ir a esta guerra debajo del visorey, envió a excusarse con el rey, diciendo: que antes había sido requerido que fuese a servirle en la guerra de África, cuando Su Majestad pasaba a ella: y se holgó que se ofreciese ocasión, que conociese en presencia, el ánimo que tenía, para emplearse en lo de su servicio: y que por hallarse en ella su real persona hubiera ido comoquiera. Mas habiendo sobreseído aquel viaje, le había suplicado le diese licencia para que pudiese tomar otro partido: porque viendo las cosas de Italia en el punto en que estaban, le parecía faltar en alguna manera a su reputación, hallándose en su casa con tanto reposo, y descuido: mayormente en tal sazón, que las cosas de Su Majestad, y del reino, tenían tanta bonanza, y sosiego: y era como árbitro, para en todo lo de Italia, y fuera della: y no se ofreció tal necesidad en que él pudiese, por su servicio, aventurar su persona: y Su Alteza lo había rehusado, porque le pareció que así convenía. Que después, siguiéndose la nueva confederación entre Su Majestad, y el Papa, y la señoría de Venecia, por la conservación de los estados de la Iglesia, el visorey había comunicado con él las cosas de la guerra: y le rogó que fuese a ella: pues la empresa no podía ser más justa, ni honrosa: y él se había excusado: pues en lo pasado nunca faltó al servicio de Su Alteza: y menos había de faltar entonces, conque fuese con satisfacción de su honor. Desto decía, que cuando él mismo no hiciera la estimación que se requería, a quien él era, el rey como tan prudente, no había de esperar dél ningún buen servicio: y que en lo pasado, cuando la guerra se hizo dentro en el reino, nunca había rehusado de ir con los visoreyes, como era justo: y que así lo haría siempre que tal ocasión se ofreciese: mas saliendo del reino, y por empresa de otro príncipe, si él fuese de aquella suerte como un particular, sería dar causa, que juzgasen que no determinaba el rey emplearle en cargo de general, o porque no lo merecía, o porque no se hacía confianza dél. También Andrés Carafa, conde de Santa Severina, que era de gran valor, y tenía mucha experiencia en las cosas de la guerra, y de quien el rey confiaba, se excusó de ir a esta jornada: y fue mucho de notar, que los que se ofrecieron de servir en ella con más voluntad, fueron los de la parte anjovina: y dellos los que más se señalaron fueron el marqués de Bitonto hijo del duque de Atri, y el príncipe de Melfi, que enviaba un solo hijo que tenía. Iba en persona el duque de Trageto, y los hijos de los condes de Matalón, y de Aliano: y por estar el príncipe de Bisiñano doliente, y gotoso, se quedó en Nápoles: y no fue su hijo por ser muy mozo. Por este tiempo los príncipes de Bisiñano, y Melfi, el duque de Atri, y el conde de Matalón enviaron al rey de Francia los

collares, y orden de San Miguel: porque siendo ellos vasallos del rey, quedasen libres de toda sospecha de culpa, dando gracias al Rey Cristianísimo, porque en el tiempo cuando eran sus súbditos, tuvo por bien de agregarlos a tan loable, y honrada compañía, y orden: y con ellos restituían la obligación que debían con aquella orden, que se les dio graciosamente: y habiendo ido a esto un caballero que se decía Palatio, como no pudo cumplir su comisión, por serle prohibido por los capitanes, y gente de armas francesa, enviaron los collares con Castilla rey de armas al rey de Francia. Del otro bando, que llamaban aragoneses, los que se ofrecieron de servir en esta guerra con grande afición, eran el marqués de Pescara, y los condes de Monteleón, y Cariati: y otros muchos señores, y caballeros se determinaron de servir al rey. Pretendió Fabricio, que por llevar título de gobernador, y siendo lugarteniente del ejército, había de llevar una bandera de las armas reales, según era costumbre en Italia, que los gobernadores, y lugartenientes generales de los ejércitos llevaban bandera cuadrada diferente, y algo menor de la del capitán general: como decía haberse visto en diversas guerras: y quedaba dello memoria de los tiempos pasados. Desta manera afirmaba que se usó en tiempo de Bartolomé de Bérghamo capitán general de la señoría de Venecia, teniendo en su ejército por lugarteniente, y gobernador a Alejandro Sforza: y en la empresa de la defensa de Arimino, siendo el duque de Urbino capitán general del rey don Fernando el Primero: y su lugarteniente don Alonso de Ávalos, que era gobernador del ejército. También decía, que desta misma preeminencia usó en la guerra de Toscana Mateo de Capua conde de Pasena gobernador del ejército del mismo rey don Fernando, y del Papa: siendo general el duque de Urbino: y de la misma suerte en la guerra de Lombardía en la empresa de Ferrara, cuando Roberto de Arimino era capitán general de venecianos, y sus tenientes Constnacio Sforza, y Roberto de Sanseverino. Postteriormente en tiempo del rey don Fadrique siendo Próspero capitán general, y el mismo Fabricio su lugarteniente, decía haber traído aquella bandera: y que se acostumbraba poner en la estancia, y tienda del general, adonde iban los suyos a sacarla, cuando se ofrecía necesidad, que el lugarteniente saliese con gente hacia alguna parte. Guardóse en esto la costumbre: aunque ya desde entonces el conde Pedro Navarro se tenía por agraviado, que Fabricio se quisiese así aventajar, no tanto por el título de lugarteniente del ejército, que cabía también en su persona, como por pretender que su voto fuese preferido en los consejos de la guerra: y comenzó a tener cierta emulación, y contienda con él: de lo cual resultaron hartos inconvenientes. Salió el visorey de la ciudad de Nápoles para Aversa a dos de noviembre: para seguir desde allí su camino con todo el ejército a la empresa de Bolonia: y llevaba mil doscientos hombres de armas, y los caballos ligeros, conforme al asiento de la liga. Iba el conde Pedro Navarro delante con la infantería: y antes que saliese del reino sucedió, que los coroneles Luis de Tineo, y don Antonio de Camporedondo fueron con sus compañías con las banderas contra el lugar de Rocaseca, porque no los quisieron acoger dentro: y pelearon con ellos: y murieron algunos de ambas partes: y el conde mandó prender a los coroneles: y los envió al visorey: y él los mandó llevar a Nápoles, y se pusieron en el Castillo Nuevo. Iban en esta empresa por coroneles sin Zamudio, que tenía el principal lugar entre ellos, Francisco Marqués, Samaniego, Diego de Chaves, Salgado, Artieta, Jaime Díaz de

Aux, y de Armendárez, y Luján: y deshiciéronse las coronelías de Sancho Velázquez, Joanes, y de don Diego Pacheco: y las de don Antonio de Camporedondo, y Tineo: ordenándolo el conde como le pareció que más convenía al buen gobierno de la gente: repartiendo los coroneles, y capitanes a cierto número: por deshacer las compañías que se habían alborotado poco antes.

Que los cardenales cismáticos se congregaron en Pisa. XLII.

Puso el visorey mucha diligencia para que la gente de armas saliese del reino: y esta prisa que se dio al partir, fue causa que el rey de Francia no pudo apremiar a los florentinos, que recibiesen en su estado la gente de armas que iba con los cardenales: y mandóla volver a Bolonia. Por esto ordenó, que ellos se fuesen sin gente de guerra: y así pasaron a Pisa Carvajal, Samalo, Bayos, y Albret, que no estaba aún privado de la dignidad: y se decía que iba casi por fuerza: y el de Conseza quedaba en Rezo muy enfermo: y fueron estos cuatro cardenales muy mal recibidos del pueblo, y clero pisano. Antes que allá llegasen, los florentinos suplicaron al Papa por medio de Pandolfo de Petrucis, que tenía el gobierno de Siena, que se contentase que ellos estuviesen indiferentes: y que no recibiesen en su estado ninguna gente de armas: y aunque al principio se indignó contra ellos por esto, después se persuadió, que le estaba bien aceptar aquel partido: porque hacía mucho a su propósito tener segura la parte toscana: y aun también juzgando, que la soberbia de los franceses, y el medio que querían seguir los florentinos de neutrales, los haría presto enemigos: y fue suspendido el entredicho que mandó poner en Florencia. Pero como se excusaban que no podían estorbar de dejar a Pisa a los cardenales, porque lo habían ofrecido al emperador, y al rey de Francia, con quien ellos no querían romper, no lo quiso consentir, porque temía sería visto aprobar el lugar: y por ello indirectamente aquella congregación: que más verdaderamente se pudo llamar conciliábulo. Quería que si habían de ser indiferentes, lo fuesen, así en no recibir en aquel estado gente de guerra, ni darles paso, como en no permitir que los cismáticos entrasen en Pisa, ni en su dominio. Luego que hubieron llegado, se promulgó allí entredicho: y fue vuelto a poner en Florencia: y al mismo tiempo que se puso, sucedió un caso, que fue habido por muy maravilloso: porque sobrevino muy repentinamente una grande agua, con muchos relámpagos, y truenos: y una tan furiosa, y terrible tempestad, que a todo el pueblo causó grande espanto: y pareció ser juicio, e ira de Dios: porque cayó un rayo en la iglesia mayor: y de allí fue a dar en las casas de la ciudad, y abrasó, y derribó, e hizo mucho estrago. Volvió en este mismo tiempo el Papa a dar gran prisa, en concertar al emperador con venecianos: y ellos venían muy tibiamente a ello: porque habían ya cobrado la mayor parte de lo que este año habían perdido: y no temía de verse en necesidad en el invierno: y lo que era más cierto, no querían ser unión entre el emperador, y el Rey Católico: recelando, que si el emperador entrase en la liga, ellos, y toda Italia había de estar a disposición del rey. Con esto tenían una gran codicia de cobrar del estado de

Milán a Brescia, y Cremona, y todos los otros lugares que habían perdido: y así consideraban, que entrando el emperador en esta confederación, si fuesen echados de Italia los franceses, perdían del todo la esperanza de tornar a cobrar aquellas tierras, que eran del Imperio.

Que el emperador, por persuasión del rey, dio esperanza de entrar en la liga contra los cismáticos: con promesa que le ayudarían con el ejército della, para ganar el estado de Milán en nombre del Imperio: y quedase para el príncipe su nieto. XLIII.

Envió por este tiempo el Papa a España a Guillén Cassador su auditor apostólico, que era de nación catalán, con la bula de la convocación que se había hecho del concilio general, para San Juan de Letrán: y fue a Burgos adonde el rey estaba celebrando cortes. Estuvo el rey un domingo en la iglesia mayor acompañado de muchos perlados, y grandes, y de los del consejo real en la celebración del oficio divino: y propuso el auditor ante todo el pueblo la suma de su legación: que fue explicar las causas de la convocación del concilio, que se había de congregar para el primero de abril: y la confianza que ponía el Papa en el celo, y devoción que el Rey Católico tenía a la sede apostólica, y a la Santa Iglesia Romana, para proceder a la extirpación de la cisma: y defender, y amparar la dignidad del Sumo Pontífice, y procurar la unión de la Iglesia Católica. A esta proposición se respondió en nombre del rey, por don Valeriano Ordóñez de Villaquirán obispo de Oviedo: e hizo un largo razonamiento, declarado con grande ánimo, y fervor de fe, de poner su persona, y estado por aquella causa de la Iglesia: y dar todo favor para que el concilio, que el Papa había convocado, se celebrase quieta, y santamente, sin dar lugar a la cisma: para que después se pudiese continuar la guerra contra los infieles más libremente. No dejaba de estar este negocio en gran peligro, por andar en él el emperador muy dudoso: y el cardenal de Sanseverino, que era ido a su corte, para procurar que diese favor al concilio pisano, le hacía grandes ofrecimientos de parte del rey de Francia: diciéndole, que si quería paz con venecianos, él holgaba della, conque él fuese el uno de los principales adherentes: y si deseaba que se prosiguiese el concilio, que se había convocado para Pisa, y determinaba entrar en Italia, publicase que se quería coronar: que él le ofrecía de darle mil doscientos hombres de armas, y más si los hubiese menester, con la infantería necesaria: y que el cardenal le acompañaría, e iría por lugarteniente del rey de Francia: y le serviría con cien hombres de armas de la casa de Sanseverino, y con amigos, y parientes della. Que irían a Mantua, y a Ferrara: y el duque ayudaría con dineros: y el marqués de Mantua con gente: y que otro tanto se sacaría de Florencia, y Pisa: y que allí en muy breves días se haría la deposición del Pontífice: y si lo tuviese por bien, crearían luego otro: y si holgase que él fuese elegido, haría dél cuanto mandase: y pues era rey de romanos, y tenía el título del Imperio, debía apoderarse de la señoría de Siena, y de la ciudad de roma, y de toda Romaña. No se contentaba el de Sanseverino con esto: y afirmaba, que habido aquello, estaría en su mano ganar el reino de Nápoles: y tenerlo: porque si el rey de Aragón tomaba la defensa de la persona del Papa,

como se había ya declarado, tenía más justa causa para hacerle guerra: y aun para ponerle en España toda la revuelta que pudiese. Ponía grande fuerza en que estuviese muy advertido, que no le engañase el rey de Aragón: y tomas escarmiento de lo pasado: porque cuando el rey don Felipe su hijo estaba en Francia, y era muy amigo del rey Luis, estaba su suegro en Rosellón haciéndole guerra: y cuando el mismo rey don Felipe era enemigo del rey de Francia, él se casó con Germana de Foix su sobrina: y se confederó cuan estrechamente pudo ser, con el rey su tío. De la misma manera cuando él quiso entrar en Italia con ayuda del Imperio, el rey de Aragón vino a Saona, a ponerse en manos del rey de Francia, por mostrarse más su aliado: y agora que él estaba en amistad con el rey de Francia, procuraba de apartarle della: y por otra parte trabajaba con el mismo rey de Francia, de hacer nuevas invenciones de ligas: y dejarle a él de fuera: por tenerle siempre en necesidad. Excusábase el emperador, con que no tenía dineros para entender en tales empresas, como las que el cardenal le proponía: y ofrecióle que el rey de Francia le daría cincuenta mil ducados, la mitad cuando estuviese en Mantua, y la otra siendo llegado a Bolonia: y el emperador pedía que se le diesen luego: y sobre esto, y sobre las seguridades que se le habían de dar, si hiciesen aquella jornada, deliberaron que se consultase con el rey de Francia. Estando pendiente esta consulta, movió el cardenal poco después otro medio, en caso que el emperador no pudiese poner en orden su expedición para ir a Italia, y coronarse, y asegurarse por aquel camino del dominio della: que fuesen a Pisa el mismo cardenal, y del de Gursa, para asistir al concilio: ofreciendo que con solo esto se haría todo lo que él ordenase, y como lo dispusiese: y se procedería a la deposición del Sumo Pontífice. Afirmaba que por sólo que no se declarase, le daría el papa Julio la paz de venecianos hecha a su contentamiento, y cuánto tesoro tenía: y siempre que pasase a Italia, le daría la Corona del Imperio: y con color della, y con la gente del rey de Francia, de paso podría tomar a Pomblín: y hallaría allí menos resistencia, no habiendo españoles, por ser muerta en esta sazón doña Marina de Aragón princesa de Salerno: que casó con el señor de aquel estado. Que de allí podría apoderarse de Siena, y de la ciudad de Roma, y pasar a Nápoles, y tomar a su mano aquel reino: y que sucedería en él mejor, y con más derecho título, que el rey de Aragón. Aficionábase el emperador más a este segundo partido: aunque todavía se excusaba, que no podía deliberar ninguna cosa, sin el de Gursa, que estaba ausente: y entendiendo de allí a pocos días la liga que se había hecho últimamente entre el Papa, y el Rey Católico, y la señoría de Venecia, el cardenal con grandes exclamaciones procuraba de persuadirle, que tan principalmente se había hecho contra él, como contra el rey de Francia: pues admitían en la confederación a venecianos, que era expresamente contra la concordia de Cambrai. También afirmaba, que era con fin, no sólo de cobrar a Bolonia, pero de echar a alemanes, y franceses desta parte de los Alpes: y que el Rey Católico con falsos colores proponía, que había de cobrar en nombre del príncipe su nieto, lo que debía haber el emperador, si fuera comprehendido en aquella liga: y que no era para el príncipe, sino para extender su patrimonio de la Corona de Aragón. Que si el emperador quisiese sentirse de su honra, como debía, y echase de ver la vergüenza que le hacían, ordenando de su voluntad de sus propias cosas, contra lo que le tenían ofrecido, y capitulado, dándole a entender cada día que le

enviarían gente en su ayuda, confederándose con sus enemigos, llamándole a hecho, y negocio asentado, y pasado en cosa juzgada, en satisfacción de todo esto, debía atender a su pro, y al remedio. Por esto debía considerar bien en cuyo arbitrio, y poder dejaba sus cosas: y no consintiese engañarse del rey de Aragón: y se juntase con el rey de Francia: y los dos hiciesen contra liga: y si la del rey de Aragón se fundaba en la defensión del estado de la Iglesia, la suya sería con más justo, y honesto título, por su reformatión: y entrarían en ella los potentados de Italia, que eran confederados con el Imperio, y sus encomendados: y los reyes de Hungría, y Escocia: y tendría a los suizos, porque les darían más que ninguno. Echaba su cuenta que el rey de Hungría podría mover guerra a venecianos en Albecia, por las tierras que le habían ocupado: y que el rey de Escocia ponía alguna turbación en Inglaterra, si el rey Enrique, como se decía, entraba en aquella liga. Pues por España bien bastarían él, y el rey de Francia para poner harta revuelta en las cosas de Castilla: de donde dependía toda la autoridad, y reputación, y grandeza del rey de Aragón: y que si menester fuese, el rey de Francia venía en persona a estas fronteras: y Su Majestad en un mismo tiempo podría entrar en Italia: y proseguir el camino que tantas veces le había abierto su buena ventura, y nunca desembarazado, ni allanado como entonces. Finalmente le exhortaba, que teniendo ocasión para ser señor del mundo, si lo fuese de Italia, no la perdiese: ni se dejase más engañar. Entendiendo el rey todo esto, y considerando en cuánto peligro se ponía la cristiandad, si el emperador se juntase con el rey de Francia, para perseguir al Papa, y a la Iglesia, por medio de su embajador ofrecía otras cosas que hacían más llano el camino para el honor del emperador: y para el acrecentamiento del estado del príncipe, si entrase con él en la liga, para entero remedio de tantos males. Lo principal era prometerle, que le ayudarían con todo el ejército de la liga a su propia costa, para que el ducado de Milán se pusiese en su mano, o en poder de quien él, como señor de aquel feudo, pudiese disponer: y que se le daría favor, y socorro para su coronación: y acabándose de asentar lo de Italia, para lo de Gueldres. Había pretendido el emperador mucho antes, que el Papa tomase a su cargo de acabar que alcanzase una honesta paz de venecianos: y cuando la rehusasen, fuese obligado de ayudarle, como fue concordado en Cambrai: y como supo la nueva de la liga, y el cardenal de Sanseverino la exageraba tanto, recibió dello muy grande indignación: y todas las quejas iba a parar en el rey. Él se excusaba de haberla concluido de aquella manera con el Papa: porque viéndose tan perseguido, temiendo el peligro de su persona, y que el emperador no quería tomar su protección, y que el cardenal de Sanseverino porfiaba por tales medios de llevarle a Italia, y el conciliábulo pisano se proseguía adelante, y el emperador había enviado su poder para ello, y franceses tenían quinientas lanzas repartidas entre Bolonia, y Florencia, y que a otra parte los florentinos tenían otras seiscientas que estaban a disposición del rey de Francia, y a las puertas de Roma, por esto el Papa puesto en gran miedo, y desesperación se había resuelto, que si él no quería aceptar su defensa, y ampararle de sus enemigos con el ejército que estaba junto en el reino, para la empresa de África, se concertaría con el rey de Francia: y se consolaría de Bolonia, y Ferrara: pensando que habría la recompensa en el reino: y que todo esto era en gran peligro de su estado: y muy mayor de la sucesión de su nieto. Que

considerándolo bien, y que la concordia del Papa, y del rey de Francia sería para mayor opresión de la Iglesia, y aun muy dañoso a los presupuestos, y fines que el mismo emperador tenía de suceder en el pontificado, y lo más principal que todo esto, que se conocía bien, que el rey de Francia tenía todo su entendimiento enderezado a lo del reino, y había algunos años que no podía hallar remedio para divertirle dello, por no dar lugar a todos estos inconvenientes, se determinó de concluir la liga: y tomar a su mano la protección del Papa, y de la Iglesia. Mayormente, que tenía sobrada causa de sentirse, que el rey de Francia se hubiese concertado, en que se convocase el concilio a Pisa: y sin darle dello razón alguna: mas no embargante esta justificación que se hacía de parte del rey, se quejaba muy gravemente, pareciéndole, que se había concluido la liga con vergüenza, y daño suyo: temiendo que por aquella causa le habían de dejar franceses: y que había de perder todo lo que había ganado a venecianos. No por esto desistía el rey de procurar de reducirle a su opinión con darle seguridad por obligación de escritura, cuanto a la sucesión del reino de Nápoles para su nieto: y prometiéndole de palabra, que en lo que sentenciaría en el compromiso que se trataba, que se hiciese en su poder, sobre las diferencias que tenía con la señoría de Venecia, no pronunciaría contra su voluntad. Con esto el emperador ofreció de dar poder bastante al embajador Jerónimo Vic, para asentar la paz: reservándose alomenos a Verona, y Vicenza, con el tributo, y dineros que le había prometido el Papa, que se sacaría de la señoría. Dio esperanza de entrar en esta nueva concordia, con presupuesto, a lo que entonces se entendió, que habiendo de tomar la empresa de las cosas de Italia en conformidad, y compañía del rey, se reservase para él el estado de Milán: y se diese la investidura al príncipe: y de todo lo restante que se pudiese ganar: como de estados que volvían al Imperio: y no se encomendase, ni pudiese en la persona de Maximiliano su sobrino hijo del duque Luis Sforza, como se trataba: pues no había de ser poderoso para sustentarlo. Tratóse también, que la gobernación de todo ello se repartiese entre los dos, como padres, y legítimos administradores. En caso que no pareciese al rey que esta empresa se debía hacer en común por los dos el emperador le dejaba la parte que le viniese más a propósito, para la defensa, y seguridad del reino: y que lo restante le quedase a él, para que lo gobernase en nombre del príncipe: con confianza que el rey le ayudaría a defenderla siempre que fuese necesario: porque de otra manera no se sentía tan poderoso para conservar lo de Italia, aunque una vez lo hubiese ganado. Parecía ya desde entonces por este camino, si el emperador fuera constante en esta conformidad, y compañía del rey, que se comenzaba a fundar la monarquía del príncipe don Carlos: hallándose el rey con el poder, y fuerzas que tenía en Italia: y echando los franceses della: lo que parecía muy fácil poner por obra, con ayuda del emperador, que era el que había de dar las investiduras, y títulos necesarios para justificar los derechos: pues para mayor firmeza decían, que se podrían confirmar de los príncipes del Imperio. Estaban las cosas de aquel príncipe en tal disposición, que se conoció notoriamente, que no eran sus fuerzas, y poder bastantes para gran empresa, sin compañía de los reyes de España, o Francia: porque habiéndose en este tiempo ganado por él todo el Friuli, y casi la Istria, y saliendo los franceses de Treviso, se tornó todo a perder, como en un instante. De la misma manera el Paduano, y Trevisano, fuera de los muros de

aquellas dos ciudades, era todo suyo, cuando tuvo allí su ejército: y luego se perdió con Vicenza: y el mismo recelo se tenía de Verona: por haber salido los franceses a lo de Bolonia: y no se sustentaba, sino con esperanza de la concordia.

Que Gastón de Foix duque de Nemours general de Francia se puso en orden, para salir al encuentro al visorey don Ramón de Cardona. XLIIII.

Por esto el Papa instaba siempre que se asentase tregua entre el emperador, y la señoría: y sobre ella había ido a Venecia por mandado del emperador, don Pedro de Urrea: pero con confianza de la nueva liga, los venecianos se detuvieron: pensando que estarían sin necesidad: y después ofrecieron que vernían en la tregua, porque les era más favorable: habiendo ya cobrado lo más de sus tierras. En la misma sazón que se trataba della, tenían los franceses harto temor que los suizos se juntarían con la liga, en favor del Papa: y determinaron de poner toda su pujanza al encuentro del ejército que traía el visorey de Nápoles: y proveer en las fronteras de venecianos los castillos fuertes, que se podían mejor defender: y en los más importantes pusieron alcaldes navarros. Púsose en Crema Armendárez, y en Brescia Urueya tío de Menaut de Beamonte: y en Valesio, Linango, y Peschiera, y en Cremona estaban franceses. Hacían esta cuenta, que la mayor necesidad que se les podría ofrecer, era resistir al ejército del Rey Católico: porque si los desbaratasen, aunque los venecianos se hubiesen apoderado de toda esta parte hacia los montes, quedándoles aquellas fuerzas, ellos serían señores de lo más importante: y a todo se disponía Gastón de Foix duque de Nemours su general, que fue proveído por gobernador de Lombardia, como antes lo era el señor de Chamonte: que era mancebo de gran corazón: y de todo el valor, y esfuerzo que podía caber en un príncipe tan generoso. El ejército que los venecianos tenían, estaba aún para poder hacer grande efeto: porque había venido a servir a la señoría Pablo Ballón con doscientos hombres de armas: y ellos se hallaban con mil, y con más de tres mil caballos ligeros: y entre ellos había más de mil trescientos estradiotes albaneses, que fueron los que hicieron la guerra: y tenían nueve mil infantes. Visto que los franceses ponían todas sus fuerzas en salir a resistir al ejército de la liga, se trató de dar orden en mudar las cosas del estado de Florencia, y su gobierno: y que los desterrados de Génova entrasen en la ciudad: porque si esto se pudiera acabar, fueran los franceses forzados por aquel camino, a desamparar a Ferrara, y Bolonia: pues en ninguna de aquellas ciudades se tenían por seguros: y solamente había de atender a conservar, y defender lo del estado de Milán: mayormente si los suizos les fuesen contrarios. Por aquella vía esperaba el Papa, que Bolonia se cobraría sin herida, ni perder un solo hombre: aunque aquella ciudad era de lo más importante que tenían los franceses: porque el lugar es grande, y el pueblo de los más belicosos que había en Italia: y la comarca fuerte por ser muy mala de campaar: y la gente casi toda en la afición francesa: parte por lo que habían ofendido al Papa, y por lo que eran aficionados a los Bentivollas. En esta sazón fue despedido por el emperador el cardenal de

Sanseverino con harto desgrado, sin llevar otra resolución contra el Papa, quanto a lo que el rey de Francia pretendía, para la empresa de Italia: y entonces mandó el rey de Francia a los suyos, que quedaban aún con el ejército imperial en la guerra de venecianos, que fuesen a Parma, y Bolonia. Estaba el emperador en Lienz, a la frontera del Friuli: y había tomado un castillo muy fuerte en uno de los pasos que hay del Friuli hacia la parte de Goricia, que se llama Botistan: y había ido a cercarlo en persona: y había otro paso que se decía la Clusa, que se podía defender por su gente: y otro castillo llamado Gravisca. Pero era cosa de gran lástima ver, con cuán vanas esperanzas porfiaba el rey de Francia de persuadirle, que perseverase en ser contra la liga: porque le envió a prometer con Andrea del Burgo, que le pagaría veinte mil infantes: y le daría cincuenta mil ducados: la mitad el día que firmase la contra liga: y que en dos días se procedería a creación de Pontífice, de la persona que él quisiese: y si holgase de serlo, se daría forma que fuese elegido. Que tomarían a su poder las tierras de la Iglesia que le pertenecían a él, como a rey de romanos: y del reino de Nápoles le daría la parte que más quisiese: si no le estuviese bien la partición que se hizo con el rey don Fernando: y obligaría el ducado de Milán, y el estado de Génova, para que le sirviesen con cierto número de gente perpetuamente, siempre que tuviese guerra: y las diferencias de Gueldres se comprometerían en poder de quien él nombrase. Como estas ofertas eran tan largas, no se aseguraba el emperador en ellas: y estaba muy ofendido de lo que se intentaba en contrario desto: y más indignado de los grandes apercebimientos que se hacían por el rey de Francia: señaladamente divulgándose, que trataba de haber a sus manos al infante don Alonso, hijo segundo del rey don Fadrique, que era de edad de doce años, para enviarle al reino: y que por esta causa se habían detenido en Génova las carracas: poniendo fama que las quería armar, para que el infante fuese con ellas: y que tenía inteligencia con cuatro cantones de suizos: y que le daban gente, y se confederaban con él. Esto era en fin del mes de diciembre deste año: y el rey por poder ir mejor a la mano a todo lo que el rey de Francia tramaba, y ponerle mayor cuidado dentro en su casa, y que no se divertiese a las cosas del reino, acabó de asentar lo que se había tratado, de confederarse en muy estrecha liga con el rey de Inglaterra su yerno: para que se hiciese la guerra en el ducado de Guyena: y se continuase por estas partes.

Que el visorey don Ramón de Cardona pasó con el ejército de la liga, a poner cerco sobre la ciudad de Bolonia, que estaba en poder de franceses. XLV.

Hallábanse las cosas de la guerra que el Rey Católico había emprendido, por la defensión de la Iglesia, en tal estado, como el que se ha referido: cuando el visorey don Ramón de Cardona partió del reino para su empresa. Su fin era, hacer su viaje con toda la gente de armas, y con la infantería por Florencia: y procurar con el Papa que lo tuviese por bien: porque hallándose forma para mudar el estado de aquella señoría, hubiese algún dinero: y pasase con esta reputación para lo de Bolonia. Hacía cuenta, que en este medio se pasaría lo más fuerte, del invierno: y cuando llegase a poner cerco

sobre aquella ciudad, se podrían sufrir en el campo: mayormente que llevando aquel camino, se ofrecía mejor disposición para llevar las vituallas a Poblín: y desta suerte se excusaría de padecer la carestía que había por la otra parte. Mas el Papa no quiso dar lugar a esto: y mandó que pasase camino derecho por el Abruzzo a Bolonia: y que se diese gran prisa: significándose, que antes que allá llegase se le daría. Saliendo de la ciudad de Nápoles, como aquella tierra de Abruzzo es montañosa, y muy fría, adoleció por el camino gran parte del ejército, por ser en lo más áspero del invierno: pero aunque los dolientes fueron muchos, murieron pocos: y por la dificultad del camino se llevó la artillería por mar: y se embarcó en Manfredonia para sacarla a Arimino. Continuando el visorey su camino, llegó con todo el ejército a Imola: que es la postrera ciudad de Romaña: y allí se detuvo, porque no llevaba consigo sino la artillería de campo: esperando que llegase la que venía por mar: y aportó a Arimino el mismo día de Navidad. De allí se llevó con harto trabajo a Imola: y en aquel lugar recogió el visorey toda la gente de armas, para mover con el ejército ordenado, la vía de Bolonia. Había llegado primero el conde Pedro Navarro con la infantería a Lugo, y Bagnacavallo: y acordó, por no perder tiempo, de pasar a combatir la Bastida: que era una fortaleza que tenía el duque de Ferrara sobre el Po, a la parte de Romaña: que el año pasado no se pudo ganar por la gente del Papa: y habían muerto en ella muchos españoles, que estaban entonces en su defensa. Tenía el duque con esta fuerza guardado el Po, que no pudiesen subir por él las galeazas de Venecia: y había en ella mucha, y muy buena artillería: y estaban dentro hasta doscientos cincuenta italianos: y pareciéndole bien al visorey lo que el conde había determinado, que se combatiese primero aquella fuerza, dióse orden para ello: y fue sobre ella el conde con la infantería. Al mismo tiempo que se le dio el combate, mandó el visorey que fuesen algunas compañías de gente de armas: y en el último del mes de diciembre fue combatida: y los que estaban dentro la defendían valerosamente. Diéronsele después otros dos combates: y al tercero la entraron a escala vista: y fueron en él muertos casi todos los que estaban en su defensa: y su capitán: al cual Pedro Bembo llama Vestitelo: aunque afirma, que fue tres días antes del fin del año: y ganóse en cinco días, teniéndose por una fuerza inexpugnable: y entregóse al cardenal Juan de Médicis, que iba por legado del ejército: puesto que el visorey quisiera que se derribara: y al conde pareció que se sostuviese, por ser fuerza tan importante, y junto a las riberas del Po. Ganada la Bastida, y vuelto el conde con la infantería a Imola, determinó el visorey de presentarse con su ejército a los muros de Bolonia, otro día de la fiesta de los reyes: con intención de no partirse de allí hasta que aquella ciudad se ganase: creyendo que no esperaría el combate: y que si le esperasen, se tomaría en muy breve tiempo. Tenían en Bolonia hasta trescientas lanzas francesas: y no había aún entrado infantería alguna francesa: y los capitanes franceses más principales eran, el bastardo de Borbón, el señor de Alegre, y Roberto de la Marca. Salió Fabricio Colona de Imola con la avanguardia a ponerse en Butri, que está a diez millas de Bolonia: y traía ochocientos hombres de armas con ciento del Papa, cuyos capitanes eran Marco Antonio Colona: y Rafael de Pacis: y pasaron adelante seiscientos jinetes con tres mil infantes a Bentivolla, San Juan, y a Cento, y la Piebe: y luego se les rindieron. Corrió Pedro de Paz con los caballos ligeros más acá de Bolonia: y llegó hasta las

puertas de la ciudad: y no salió ninguno della. Estando en Butri tuvo allí el visorey consejo, sobre lo que se debía hacer, con el conde Pedro Navarro, y con Fabricio Colona, y con los principales capitanes, y señores del ejército: y Fabricio, y los otros capitanes que venían con él en la avanguardia eran de parecer, que el real se fuese a poner en Cento, y en la Piebe: y que se combatiere Castel Franco, que era un castillo que se podía sostener: y les parecía importante, por estar entre el Carpi, adonde la gente francesa se había hecho fuerte, y entre Bolonia. La opinión déstos eran, que desde allí discurriese el ejército por el condado: tomando, y ocupando los lugares dél: pareciéndoles que poner cerco sobre Bolonia, siendo en lo más bravo del invierno, sería gran inconveniente: mayormente dejando a las espaldas a Ferrara: y esto para que cuando fuese el tiempo más cómodo, se pusiese el cerco a la ciudad por la parte de Módena: que a su juicio, era el lugar más oportuno para combatirla. Confirmábase más en este parecer, porque en el mismo tiempo les llegó aviso, que Gastón de Foix iba camino de Rezo, y de Módena con gente de caballo, y de pie para socorrer a los boloñeses. Era el conde Pedro Navarro de muy diferente parecer: y persistió en él porfiando a su modo, que era mejor ir luego por la montaña derecho camino a cercar a Bolonia: afirmando con demasiada confianza, que él la tomaría palmo a palmo, aunque le entrase socorro: y que no convenía que se detuviesen en lo de Castel Franco, porque no se hubiese de ocupar gente en guardarlo: señaladamente estando a quince millas de Bolonia: y no pudiendo aprovecharse della en lo principal. Siguió el visorey este parecer del conde: porque tenía gran crédito entre la gente de guerra: y aun también, porque servía de mala gana, cuando no se ponía en ejecución lo que él quería. Así se acordó de tomar aquel camino: y parecía conformarse con la determinación que se había tomado con voluntad del Papa, que ganada Bolonia, el ejército pasase adelante a Lombardía: y no se detuviese con lo de Ferrara: porque con tener la gente que se esperaba de suizos, los franceses podrían hacer poca resistencia: y el estado de Milán se levantaría contra ellos: y se tenía por cierto que tomada Bolonia, Parma, y Placentia, y todas las plazas de Lombardía de aquella parte del Po, se les rebelarían. Toda la autoridad, y estimación que tenía este ejército se atribuía al rey de España: en cuyo nombre, y poder aquella empresa había cobrado gran reputación: y todo el resto de la liga, casi en su comparación, no era nada: porque el Papa era muy conocido: y pocos, o ninguno se osaba confiar en él: y venecianos no cumplían con cosa alguna de lo concertado. Esto se comenzó a entender desde luego: porque habiendo de acudir el ejército de la señoría a lo de Bolonia, a las espaldas de los enemigos, cuando los franceses se vinieron de Treviso a Lombardía, y pasaron a Bolonia, ellos los dejaron salir: y quedó su ejército en el Friuli: por cobrar las tierras que se tenían por el emperador: y no cumpliendo con enviar su gente de armas, menos respondían con el dinero que habían de dar: y el Papa hubo de pagar ciento veinte mil ducados por el sueldo de tres meses: sin que ellos contribuyesen con su parte. Comenzaron en esta sazón los franceses a publicar, que partiría presto con una gruesa armada a Nápoles el infante don Alonso de Aragón hijo del rey don Fadrique: porque ya la reina doña Isabel su madre le había entregado al rey de Francia: y que el general de Normandía, que estaba en Génova, esperaba allí al infante para llevarle en la armada que se hacía: aunque en esta sazón no había en aquel puerto sino las galeras de Peri

Joan: que eran cuatro de las que llamaban sotiles, y dos bastardas, y algunas carracas. Esta fama se divulgó por dos fines por torcedor: para que el Rey Católico se moviese a procurar la concordia con el rey de Francia: y por divertir su poder de la empresa de Bolonia: y que enviase parte del ejército a proveer en lo de Nápoles: y se socorriese aquella necesidad: porque en el reino no había ninguna gente de guerra: y quedaba en él por lugarteniente el cardenal de Sorrento. Había enviado el Papa al cardenal de Sidón por legado al visorey: y con él envió la espada, y bonete, que son insignias que se acostumbran enviar a príncipe, o capitán general de la Iglesia: y las banderas que se habían bendecido por él en la misa el día de Navidad: y porque entonces, habiendo partido el duque de Thermens de Roma, para venir al ejército, murió en el camino, determinó que el duque de Urbino viniese por capitán de la gente de armas de la Iglesia, debajo del visorey: y el Papa se la encomendó: encargándole mucho, que procurase de enmendar lo que había faltado el año pasado: y que obedeciese al visorey: y él no quiso tomar la capitánía: diciendo, que pues sus servicios no eran aceptos, y no podía entender en qué le hubiese faltado, no deliberaba tomar aquel cargo. Por esta causa entonces no quiso el Papa enviar general: y mandó a los capitanes, que cumpliesen lo que el legado les mandaría: y entregasen la gente al visorey: y en todo obedeciesen lo que él les mandase.

Del cerco que el visorey don Ramón de Cardona puso sobre la ciudad de Bolonia. XLVI.

Salió el visorey con todo el ejército de Butri, a ponerse a cuatro millas de Bolonia: y reconoció la disposición de la tierra, que era muy más fuerte de campo, y de vega, que la de Zaragoza, en las partes que son de riego: y más mala de campar: mayormente en tiempo de invierno. Otro día, que fue a dieciséis de enero, pasó con todo su real adelante, para reconocer adónde se pornía: y el lugar adonde la artillería se había de asentar: y llegaron hasta una casa de placer, que decían Belpogio, que era de Bentivolla: y estaba a tiro de lombarda de la ciudad: y este mismo día se volvieron a su alojamiento. Eran de parecer Fabricio, y los capitanes que con él venían en la avanguardia, que podían rodear toda la ciudad: y tomar unos castillejos, que estaban hacia la montaña: y que por aquella parte, hasta la puerta de Zaragoza, se podía combatir: y que la artillería menuda se pusiese encima de San Miguel, y de Santa María del Monte, que están sobre unas serrezuelas: y sojuzgan la ciudad: y esto pareció al visorey, y al conde Pedro Navarro muy bien. Pero después hubo diversidad entre ellos, por causa de las vituallas que iban al real, de Imola, Faenza, Forli, y Ravena: entendiendo que no irían seguras. En esta sazón había ya dentro en Bolonia, hasta quinientas lanzas, y dos mil soldados, que le habían ido en socorro: y era el que tenía el cargo principal de la gente de guerra, el señor de Alegre: y pusieron bien en orden para esperar cualquier afrenta, y peligro por su defensa. Sucedió que el mismo día que el ejército salió de Butri, el duque de Ferrara, que había juntado toda la gente que pudo, fue a ponerse sobre la Bastida: y asentaron la artillería en dos baluartes que tenían a la parte del

Po: y combatiéronla con tanta furia por lo flaco della, que estaba hacia aquella parte, que no se pudo fortalecer tan presto, que la ganó en veinte horas: y mandóla derribar por el suelo. Salió el visorey de su alojamiento, y pasó a poner su real a Belpogio: pareciéndole aquél buen puesto, por las casas que estaban vecinas de aquélla, que era de Bentivolla: y la infantería, y su avanguardia, de la cual llevaban cargo el marqués de la Padula, y el conde de Populo, se puso más adelante hacia la ciudad: y en aquel instante los de dentro comenzaron a dar fuego a un monesterio que llamaban San Miguel del Bosque: y nuestros infantes acordaron de ir allá: y estorbaron que no se quemase, sino una parte: y se apoderaron dél: y quedaron allí tres mil soldados: y mandó en él poner el conde dos culebrinas, y seis sacres: y quiso poner allí la mayor fuerza del cerco: y que la artillería pasase aún más adelante, a otro cerro: para asentarla en él: y que la batería se diese por aquella parte. Antes desto tuvo el visorey aviso, que el duque de Nemours, a quien llamaban el gran maestre, estaba en Parma, juntando su gente, y que iba al Final, que está a veinte millas de Bolonia, con ochocientas lanzas, y mil caballos ligeros, y tres mil infantes, y con catorce piezas de artillería para socorrer a Bolonia: y que allí se juntaba con él la gente del duque de Ferrara: que eran dos mil gascones, y algunas compañías de gente de armas, y caballos ligeros. Con esta nueva, porque Fabricio, y otros capitanes había quedado en Cento, y la Piebe con la avanguardia de todo el ejército, con fin que si los franceses quisiesen pasar la vía de Bolonia, diesen en ellos, el visorey le avisó que con toda aquella gente se allegase por la otra parte de la ciudad, hacia la montaña, que era lo más flaco della: con presupuesto que la artillería gruesa podría pasar de noche entre S. Miguel, y la ciudad: y se asentaría entre la puerta de Zaragoza, y la montaña: y los unos podrían ayudar a los otros, al tiempo que se diesen el combate: y si los franceses quisiesen ir a socorrer a Bolonia, los de la avanguardia podrían dar en ellos. Entonces Fabricio con aquella parte del ejército se fue a poner a tres millas de Bolonia: y otro día se acercó a la montaña, poco más de una milla de S. Miguel: que era el lugar del alojamiento, si se hubiera de combatir por aquella parte: y la artillería gruesa había pasado más adelante de S. Miguel. En estos días los de dentro comenzaron a tirar con su artillería a la infantería que estaba en S. Miguel: y a la artillería menuda que allí tenían: e hicieron algún daño: y de un tiro de cañón murieron el coronel Salgado, y mosén Juan de Bovadilla. Después desto el jueves, que fue a veintidós de enero, pareciendo al visorey que si la gente francesa pasase a socorrer a Bolonia, la artillería del ejército estaría a gran peligro, para poderla sacar, cuando tal necesidad se ofreciese, fue con los capitanes que con él estaban a San Miguel adonde Fabricio, y los otros capitanes tenían la avanguardia: y habido entre ellos acuerdo de lo que se debía hacer, se determinó que los que estaban en San Miguel, por la dificultad que tenían de llegarles las vituallas, se pasasen de la otra parte: y todo el ejército estuviese junto. El día siguiente hicieron un camino por las espaldas de S. Miguel: y pasó toda aquella parte del ejército: y toda la artillería se recogió, y volvió al real: y los de la avanguardia se alojaron en un monesterio de los que se quemaron cabo la ciudad: y la gente de caballo se puso detrás de la retaguarda contra la ciudad, y a la frente del socorro que les podía ir a los boloñeses. Fue deliberado que la artillería se asentase en derecho del real, la vía de Florencia, en parte, que si los franceses

quisiesen ir a socorrer la ciudad, y pasasen tan adelante, Fabricio con la avanguardia fuese sobre ellos, y los pusiese en necesidad, que no se pudiesen ir sin batalla: y la artillería estuviese de manera que se pudiese retraer, y llevar con lo restante del ejército. Habiéndose ordenado esto, visto que la gente francesa era ida al Final, adonde se habían de juntar, el visorey mandó hacer muestra general: y ordenó la avanguardia de Fabricio, y la batalla, y retaguarda de toda la gente de caballo: y la avanguardia, y retaguarda salieron a un llano que está cerca del río: y la batalla quedó junta con toda la infantería para la guarda del real. Eran los de la avanguardia cerca de ochocientos hombres de armas: y la retaguarda tenía hasta quinientos, toda gente a maravilla valiente. Entendían en este medio el conde Pedro Navarro, y el marqués de la Padula en que se hiciesen las minas, que llamaban trincheas, para asentar la artillería: y aquella noche se asentó entre S. Miguel, y la puerta de Florencia. Comenzóse otro día a dar la batería: y habiéndose derribado parte del muro, algunos soldados subieron a una torre del muro, que estaba cerca de la batería: y pusieron sus banderas en ella: y comenzaron a pelear con los de dentro: y mataron un alférez del señor de Persi, y tomáronle la bandera: y de tal manera se trabó la pelea, que todo el ejército se puso en orden, para dar el combate. Como tuvieron los franceses tanto tiempo, después que se apoderaron de aquella ciudad, para hacer sus reparos, y baluartes, teníanlos tales, que estaban más fortificados con ellos, que con las torres: y así no pudieron pasar adelante: y aun con todo esto se había cegado la cava: e hicieron los españoles sus minas, para descubrir con la artillería sus reparos: y mucha parte del muro estaba picada, y en gran peligro de ser entrada la ciudad. Estando en tanto estrecho, sobrevino una nieve, que duró por tres días: y el temporal fue tan terrible, que ni los soldados podían repararse para hacer la guarda, ni la gente de armas podía estar en el campo: y de necesidad se recogían por las caserías que había por el campo. Conocióse entonces, cuánto más acertado era el parecer de Fabricio: porque desde que se acordó de tomar la empresa de cercar a Bolonia, siempre porfió que se asentase el real en lugar, que no se pudiese entrar socorro sin combate: pues tenían los de la liga en aquella sazón doblada gente: y parecía, que era más expediente fatigar alguna parte de la caballería, por la guarda de la provisión del real, que dejar el camino libre para el socorro. Mas el conde Pedro Navarro persistió mucho en contradecirle: respondiendo a esto, que aunque entrase cualquier que fuese, sería la ganancia mayor: y entonces replicó Fabricio, que jamás se tomaría Bolonia, si una vez fuese socorrida: y no embargante esto, el visorey dio más crédito al parecer del conde: y así el real se puso en parte, adonde no podía impedir que no entrase gente de los enemigos. Por tener noticia desto el duque de Nemours, se llegó al Final con setecientas cincuenta lanzas, y con cinco mil infantes: y entonces eran de parecer Fabricio, y Héctor Piñatelo conde de Monteleón, que luego le saliesen al encuentro: porque de otra suerte todos se entrarían en Bolonia: y si los acometían, y esperaban la batalla, los romperían: y se ganaría tanto crédito con los pueblos, que aquella ciudad se rendiría, tornando a ponerle cerco en parte, que no pudiese ser socorrida. Pero los que eran de contrario parecer, siguiendo el voto del conde Pedro Navarro, perseveraron en su porfía, que no se levantase el real.

Que el duque de Nemours socorrió la ciudad de Bolonia: y el visorey levantó su real del cerco que tenía sobre ella. XLVII.

Con tanta diversidad y contradicción de pareceres, y con el descuido que hubo en el real, por causa de las grandes nieves, entendiendo el duque de Nemours en cuánto estrecho estaban los boloñeses, y que por ser el invierno asperísimo, no se podría sustentar el ejército de la liga muchos días en el campo, con ánimo grande, y como lo pudiera ejecutar un muy diestro, y experimentado capitán, se determinó de socorrer por su persona aquella ciudad. Para esto acordó de dejar toda su artillería en el Final: y caminó toda una noche: y con una presteza increíble se puso dentro en Bolonia, no sólo sin que se le pusiese impedimento, pero lo que fue muy extraño, sin que se supiese en el real: porque fueran las guardas detenidas en los pasos: y en tanto no recibieron los del real algún gran daño, cuanto los franceses les fueron buenos amigos. A cabo de un día, y una noche entendiendo el visorey que había entrado el socorro, y que iban cargando las nieves, tuvo su consejo sobre lo que se debía hacer: y pareció al legado, y a todos en conformidad, que se retrujese aquella noche el real, como no se pudiese hacer otra cosa: y que se asentase a S. Lázaro, que dista a dos millas de Bolonia: y diéronse tan buena maña en sacar la artillería, que cuando amaneció era pasada del río, que está a una milla de la ciudad. Movieron los escuadrones de la gente de armas por lo llano: y el conde Pedro Navarro con la infantería tomó el camino por la parte de la sierra: y fuese a juntar con la caballería, sin que los franceses saliesen a escaramuzar: y con esta orden el real se fue retrayendo sin recibir otro daño: ni perder cosa alguna: sino que al levantar salieron los boloñeses al lugar donde el real estaba asentado: y hallaron alguna gente tan descuidada del retraerse, que fueron muertos, o presos. Pero la gente de armas del Papa no cayó en este descuido: porque recelando no saliesen los enemigos, se pusieron en huida: y no pararon hasta Imola, adonde se pusieron en cobro. De allí a dos días el visorey se fue a un lugar que se llama el castillo de San Pedro, que es el más cercano de Bolonia: y el conde se fue a Viriniano: y Fabricio, y los otros capitanes con la gente de armas se alojaron por los lugares de aquel contorno. Túvose descontentamiento grande por la gente de guerra, del general, como suele ordinariamente acaecer, cuando las cosas no suceden prósperamente: inculpándole, porque cuando llegó con el ejército a asentar el real sobre Bolonia, decían, que fue de tal suerte, que no teniendo respeto al tiempo, y región en que tantos peligros podían recrecer a la gente, como se había de temer de las nieves, y fríos, y falta de bastimentos, y del socorro que iba a los enemigos, se perdieron ocho días de tiempo muy oportuno, en que se pudiera hacer muy grande efeto. Con esto decían haberse dado lugar a que los de Bolonia fuesen socorridos: y que a cabo de aquellos días, cuando se asentó la artillería, y batieron aquel pedazo de muro, las minas, y trincheas no se sacaron como convenía: y así hicieron los de dentro su reparo, y cava, de suerte que no se les podía hacer ninguna ofensa. Que estando para estrecharse más el cerco, había tan mala provisión, y guarda en el campo, que el duque de Nemours se entró dentro con tanta gente, sin haber dello los del real ningún sentimiento: cosa que jamás fue oída: tanto descuido hubo en las espías, y velas. Causó esto mayor

admiración a todos, porque los más principales del ejército hacían su oficio, como muy diestros, y valientes capitanes: y entre ellos el marqués de la Padula, y don Juan de Cardona su hermano, Gaspar de Pomar, Antonio de Leyva, y Alvarado, y otros muchos se hubieron de tal manera, que no se halló soldado, que así se pusiese a todo trabajo, y peligro: y finalmente todo el resto era tal, que no sólo ellos mismos lo presumían, pero a dicho de todos, si entre los que pensaban que habían ganado reputación para ser generales de un ejército, como aquél, no hubiera tanta división, era aquél el mejor ejército que se había visto en Italia: y no fueran los contrarios poderosos para resistirle. Éstas eran las quejas de la gente de guerra: pero hubo otras causas que pudieran mover a cualquier gran capitán: y es cierto, que por muy livianas ocasiones se suelen desbaratar grandes empresas: y aunque la de Bolonia era muy dificultosa, por ser en tal tiempo, se acometió en sazón que comenzaban ya a bajar los suizos a lo de Lombardía: y tuvo el visorey por cierto que venecianos no habían de faltar a lo que estaba entre ellos tratado: e instigándole continuamente el Papa, y el legado, enviándole sus mensajeros de hora en hora, afirmaba el Papa que tenía su trato dentro de Bolonia, y que en presentándose el ejército a la muralla, le abrirían las puertas: y daba a ello tanta furia, que quería que no se esperase la artillería gruesa, sino que sin ella moviese el ejército. Cuando se puso el cerco, todas estas cosas faltaron: y venecianos no enviaron su ejército: ni la parcialidad que el Papa pensaba tener dentro, acudió a su trato: y con todo esto, si el duque de Nemours tardara dos días el socorro, tuvo por cierto el visorey, que aquella ciudad se tomara: pero como el Papa lo disponía, y quería gobernar a su modo, aunque en todos sus hechos era avieso, y terrible, en lo que corría mayor peligro, y adonde los yerros no sufrían enmienda, era su condición más intolerable: y por ella se aventuraba mucho a perder. Pasó la avanguardia del castillo de San Pedro: e hizo su camino la vía de Cento, y de la Piebe: en la cual iba Fabricio con ochocientos hombres de armas, y el conde Pedro Navarro con cinco mil infantes, y el marqués de Pescara con mil caballos ligeros: y llevaban algunas piezas de artillería: y partieron con pensamiento de ir a combatir a Castel Franco, y mantenerse por aquella comarca: y el visorey con lo restante del ejército determinó de irse a Butri.

Que el rey de Inglaterra mandó poner en orden la empresa del ducado de Guyena. XLVIII.

Aunque la guerra llegó a tanto rompimiento entre el rey, y el rey de Francia, y los ánimos estaban más indignados, cuanto antes se habían tratado como tan amigos, no se habían aún despedido sus embajadores: y andaban todavía entre ellos tratos de concertarse, aunque con poca esperanza de concluirlos. Pero pasado el ejército al condado de Bolonia, luego se tomaron a los correos los despachos que enviaba de Blois a España, el embajador Cabanillas, y los detuvieron. Antes desto había enviado el rey de Francia a Inglaterra al obispo de Rius: y no le quiso dar audiencia, sino que se hallase presente don Luis Carroz embajador del Rey Católico: y para más dar a entender a los

franceses, cuán unido, y confederado estaba con su suegro, todo el tiempo que el obispo se detuvo en explicar su embajada, estuvo el rey arrimado sobre los hombros de don Luis: para que supiesen, y entendiesen todos públicamente, que todos sus consejos, y fuerzas estribaban, y se fundaban en la amistad, y ayuda del rey de España. Empleóse todo el artificio de aquel embajador en declarar de parte del rey su señor, la confianza grande que tenía, que el rey de Inglaterra no le había de romper la amistad que tenía asentada con él: y llegando a dar razón de la convocación del concilio pisano, con gran temeridad afirmaba, que pues el Papa no había convocado concilio general dentro del tiempo que era obligado, había perdido la facultad de poderle convocar: y se había transferido en los cardenales que le convocaron para Pisa. Que aquel era el verdadero: y al que todos los príncipes debían acudir, y dar favor: y pidió con harta porfía, que el rey así lo hiciese. Dio a esto el rey de Inglaterra la respuesta que merecía: como la debía dar un príncipe muy devoto de la Santa Iglesia Católica: y tan aliado, y confederado con el rey su suegro: y fue con mayor demostración de sentimiento, e ira: porque en el mismo tiempo tenía el rey de Francia embajadores en Escocia, y Dinamarca para que rompiesen con él, y le hiciesen guerra. Hacíanse todos los aparejos necesarios para la empresa de Guyena, conforme a la concordia que había asentado con el rey: y había nombrado por su capitán general a Estuardo conde de Xasberi: y por no estar bien sano, se eligió por general de la armada que había de pasar a Guyena, Thomas Grey marqués de Orset, que era su primo hermano sobrino de la reina su madre, que fue hija del rey Eduardo el IV, que casó con su agüela deste caballero, siendo madre del marqués su padre. Era mancebo de treinta y cinco años, bien dispuesto, y muy bien quisto en aquel reino: aunque sin ninguna experiencia en las cosas de guerra: y por causa della había mandado juntar el rey de Inglaterra parlamento general a los estados de su reino, para que le ayudasen a la defensa de la Iglesia: y juntamente con esto declaró al emperador las causas que le movieron para entrar en la liga con el Papa: aconsejándole que hiciese lo mismo: pues principalmente tocaba a su dignidad: y aunque parecía que iba fundado en su interese propio, se tuvo por cierto que no le moviera lo de Guyena, sino teniendo tan justo, y piadoso título: mostrando gran celo a la defensa, y conservación del estado eclesiástico, y por la unión de la Iglesia Romana. Había enviado el rey por su embajador a Escocia al protonotario micer Leonardo López, para que en su nombre procurase tomar algún buen asiento en las diferencias que había entre aquellos príncipes: y detúvose en Londres algunos días por mandado del rey de Inglaterra: porque el rey de Escocia su cuñado no sospechase que aquella embajada iba por su recuesta: y no ensoberbeciese a los escoceses: y en lugar de aprovechar, no dañase su ida. Después se tomó por medio, que fuese, y no tratase de concierto alguno: sino que mostrase que solamente iba por la causa de la Iglesia: y por la convocación del concilio lateranense. Este protonotario procuró de persuadir al rey de Escocia, que se declarase en favor de la Santa Iglesia Romana, y sede apostólica, como lo debía hacer un príncipe tan católico: pero él estaba ya muy unido, y confederado con el rey de Francia: y ninguna cosa bastó con él, a desviarle de aquel camino: aunque se procuró por el rey por diversos medios.

Que el rey mandó sacar la gente de guerra que estaba en Orán: y que aquella ciudad se poblase: y determinó de proveer, que los conventos de Calatrava, y Alcántara pasasen a Bugía, y Trípoli. XLIX.

Tenía el rey puesto todo su cuidado en la empresa de la defensa de la Iglesia: y por esta causa había sobreseído en la que hasta allí se había seguido con grande fervor contra los infieles: y como el rey de Tremecén se hizo su tributario, acordó que se sacase la gente que tenía en Orán, que hacía guerra a los moros: quedando en ella solamente la necesaria para la defensa. Por esto se comenzó a entender en la fortificación del lugar, porque bastasen menos a defenderle: e hicieron traveses, y baluartes: y fue reparado adonde faltaba petril, y almenas, y andenes, y otras defensas, conforme a lo que se usaba en aquel tiempo. Hízose una coracha desde la puerta de la ciudad, hasta la mar, con una torre muy buena, con su baluarte: para que mejor pudiesen desembarcar en ella, aunque los moros los quisiesen resistir, si fuesen señores del campo: porque de allí pudiese entrar el socorro: y estaba labrada con sus traveses, y troneras, para que hubiese lugar de defenderle, así de los de fuera, como contra los de la ciudad, si caso ocurriese, que hubiese dello necesidad. Entonces mandó el rey hacer el repartimiento de la ciudad: y señaláronse seiscientas vecindades: las doscientas de gente de caballo, y las otras de peones: y a cada vecindad de las que llamaban caballerías, se les daba en casas, y huertas, y tierras, valor de setenta mil maravedís: y a los de pie a cada cuarenta y cinco mil: y esto se pregonó en la Andalucía, y en el reino de Murcia, y en otras partes, porque aquella ciudad se poblase. Porque de mejor gana se avecindasen en ella, se concedió a los pobladores, que fuesen francos de todo pecho, y servicio: y del tributo que llaman pedidos, y monedas: y de la moneda forera: y que aquella ciudad fuese libre de alcabalas, de todo lo que se vendiese, y comprase para cristianos. Allende desto se les daba sueldo a todos ellos: y prohibióse que ninguno del reino de Granada fuese acogido, por vecino, ni morador: y porque el rey se había determinado, como dicho es, que en aquella ciudad se fundase un convento de la orden, y caballería de Santiago, para que estuviesen en la defensa della, y se hiciese guerra continua contra los infieles, por esta causa se mandó reservar en la mejor parte, la más principal casa, adonde el convento estuviese: y con ella sus jardines, y molinos. También estaba muy resuelto en pasar los conventos de las otras órdenes de Calatrava, y Alcántara a Bugía, y Trípoli: para que los que hubiesen de profesar aquella caballería, fuese con poner sus personas por la defensa de la fe: y se ejercitasen en una guerra tan justa: y esperasen della el acrecentamiento. Pero la empresa de las cosas de Italia, que el rey tomó a su cargo por la defensa de la Iglesia, y del reino de Nápoles, fue causa, que lo que también estaba deliberado, no se cumpliese: importando tanto, no sólo a España, pero a toda la cristiandad: y así desde entonces comenzaron a padecer todos los pueblos de las costas del occidente, los males, y daños, que después se han seguido: habiendo llegado la conquista de África a tales términos, que estuvo muy cerca de echar a los moros de todos los reinos marítimos desde el reino de Tremecén, hasta los últimos límites del reino de Trípoli. Quedó por alcaide de Mostagán un moro muy principal, que se decía Mahoma Abenbrizaque, para que tuviese la fortaleza, y el lugar por el rey: y en Quenstar, que era otro pueblo que se dio al rey, estaba por

alcaide Hamete Alcanix: con estos pueblos se había de guardar la paz por los moros del reino de Tremecén, de la misma suerte, que por los cristianos. Hallándose el rey en Bilhorado por el mes de enero deste año, proveyó por lugarteniente general del principado de Cataluña, al arzobispo de Zaragoza su hijo: y después estando en Burgos, a dieciséis del mes de febrero, habiendo fallecido el condestable don Bernardino de Velasco, y sucedido en aquel estado don Íñigo su hermano, por conservar aquella casa en su servicio, dio lugar, que don Pedro Hernández de Velasco, hijo mayor del condestable casase con doña Juliana su nieta, hija del condestable don Bernardino, y de doña Juana de Aragón: e hizo el condestable pleito homenaje al rey, para en caso que aquel matrimonio no se efetuase, que su hijo casaría con la mujer, que el rey le ordenase, y por bien tuviese: y el matrimonio de doña Juliana se efetuó. Con esto ordenó, por asegurar al cardenal en su servicio, de quien se tenía mucho recelo, por su condición, y por la amistad estrecha que tenía con algunos de los grandes, que el condestable le requiriese de muy estrecha confederación, y amistad: para que se obligasen con sus estados con grandes juramentos a estar unidos, y conformes para el servicio del rey, y de la reina: y esto se hizo con mucho secreto, en presencia de don Juan de Velasco obispo de Calahorra: y lo firmaron de sus nombres: y sellaron con sus sellos, a veintidós del mismo mes: y esta escritura se puso en poder del rey: tan advertido, y atento estaba, en conservarse en la gobernación de aquellos reinos: que iba obligando los confederados, y aliados para su servicio, en opósito del bando contrario. En aquella ciudad tuvo el rey aviso, de haber parido la reina doña María de Portugal su hija en Lisboa, el último de enero un hijo, que fue el infante don Enrique.

De la vitoria que hubo el duque de Nemours general de Francia, de los venecianos en Brescia. L.

En el tiempo que el duque de Nemours pasó al socorro de Bolonia, Andrés Gritti proveedor general del ejército de la señoría de Venecia acudió hacia Brescia: porque el conde Luis de Bogaro con su parcialidad, que eran poderosos en aquella ciudad, tomaron las armas, e hicieron levantar aquel pueblo, que estaba por los franceses: y apoderáronse dél. Después deste suceso, como en todo el territorio, y valle bergamasco no hubiese gente de guarnición, ni un soldado extranjero, un día, que fue a seis del mes de febrero deste año, se pusieron todos en armas: y entraron por las puertas de Bérgamo: y mataron a todos los que estaban por los franceses: y entregaron aquella ciudad a la señoría. Todo esto sucedió tan prósperamente, que pareció hacer fácil, no solamente la empresa de Bolonia, pero que el Papa ganaba una perpetua fama, por ser el autor de poner en libertad a Italia, sacándola de la sujeción, y tiranía francesa. Pero habiendo el duque de Nemours socorrido a Bolonia, y siendo levantado el cerco que sobre ella tenía el ejército de la liga, salió con su gente por socorrer todas las plazas de Lombardía, que se habían puesto en armas: dejando guarnición en Bolonia, y en otro lugar de aquel condado: y vínose a Cento, que es desta parte de Bolonia; con propósito de seguir

a los contrarios, o acudir adonde más le conviniese. Acercándose con todo su ejército, para socorrer a Brescia, salióle al encuentro Gritti, con el ejército de la señoría, y con todo el pueblo de Brescia: y él se retrajo hacia la montaña, adonde estuvo, hasta que fue pasada la media noche: y con todo el ejército entró por la parte del castillo, que estaba aún por los franceses: y pasó a romper con el ejército de la señoría. Hubo entre ellos una muy recia batalla: y fue tan reñida, que de ambas partes murió mucha gente: pero la vitoria fue muy conocida por los franceses: y saquearon la ciudad: y fueron presos el proveedor general Pablo Manfrón, y el conde Luis de Bogaro, que fue en que entregó aquella ciudad a la señoría, y otros capitanes: y perdieron allí los venecianos cerca de trescientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y más de dos mil infantes, sin los villanos que murieron muchos. De manera, que socorrer a Bolonia sin daño ninguno, estando sobre ella un ejército tan poderoso, y sabido, que lo de Lombardía se ponía en armas, y se levantaba Brescia, salir a socorrerla, y cobrarla con tanta pérdida de sus enemigos, todo esto se obró con tanta furia, que el duque con su ejército ganó reputación de muy valeroso, y excelente capitán: y causó grande espanto a toda Italia. Mas no desanimó al Papa, para que dejase de estar firme, y muy constante en su propósito, y opinión, que fuesen los franceses echados de Italia: diciendo, que antes de la liga ya se tenían a Brescia: y que por cobrarla, y defenderla, habían diminuido su ejército: y que si el de la liga pasase adelante, no tenía duda, sino que lo llevarían todo de vencida. Aunque el Papa mostraba tan buen ánimo, y le tenía, no estaban las cosas en este tiempo tan favorecidas con muchas mudanzas, y revueltas, que no se temiese alguna gran novedad, y alteración en el reino: y comenzaban ya a declararse por las tierras de la Iglesia. Porque Roberto Ursino, hijo de Pablo Ursino, que había estado en Francia, entendía con grandes promesas en levantar algunos de la parte Ursina: y también de la Colonesa: y se tuvo recelo, que se entendía con él el obispo Colona: y fueron tales los indicios, que resultaron dello, que fue necesario que Próspero le compurgase destas sospechas: descubriendo todo lo que se le había movido por parte de Roberto Ursino: y por más asegurar al Papa, se fue a Nápoles. Mas no embargante esto, como se supo que el obispo cabía en este trato, se temió alguna gran mudanza: no sólo en las tierras de la Iglesia, pero en el reino: y entonces Jerónimo Vic trató con el Papa, que procurase que la señoría de Venecia mandase ir sus galeras a Nápoles: porque juntándose con las del almirante Vilamarín, bastaban para impedir cualquier novedad: y también podían aprovechar para la empresa de Génova: y para que los florentinos, con temor de Liorna, y Pisa, no se declarasen por el rey de Francia: porque el rey Luis los molestaba, para que le enviasen cierta gente, con que eran obligados a socorrerle para la conservación de las tierras que tenían en Lombardía, por virtud del asiento que había entre ellos. Con este suceso tan próspero que hubo el general de Francia, crearon los cismáticos en su conciliábulo por legados a Sanseverino para Bolonia, y a Bayos para Aviñón: y comenzaron los franceses a ir ganando muy grande reputación.

Que los venecianos no quisieron aceptar la paz, que el Papa declaró se asentase entre el emperador, y la señoría: y el emperador dejó de declararse por la liga. LI.

En este medio discurría el emperador por sus tierras, procurando le sirviesen con gente, y dinero, para la empresa de Italia: y pretendía lo mismo en las del Imperio: y estaba entre sí muy dudoso: porque los venecianos dilataban de concluir lo de la paz, o tregua, que el Papa había procurado: y por otra parte no cesaba el Papa de exhortarle, que tomase la empresa del ducado de Milán, para que se restituyese en él, Maximiliano su sobrino, hijo del duque Luis Sforza: y para este efeto se pusiese aquel mozo en poder de suizos. Pero como esto era muy contrario a lo que convenía al príncipe don Carlos, el rey no cesaba de hacerle muy largos ofrecimientos: y con esto el emperador estaba ya determinado de seguir en todo su consejo: y encomendarle su honra, y estado: y ponerlo en sus manos libremente. Por estorbar esto, y que no se declarase por la liga en tan peligroso tiempo, el rey de Francia procuraba de persuadirle, que estaba en su mano concertarse con el rey de Aragón, y que le desamparase: y por medio de un embajador suyo, que se llamaba Rigante, con el cual fue de Francia don Juan Manuel, emprendía una cosa muy extraña: que el emperador le diese al príncipe: con oferta, que él se obligaría de sacar al rey su agüelo de Castilla, y aun de Aragón: y que para mayor seguridad suya, le entregaría al duque de Angulema delfín de Francia. Con estas promesas estuvo antes el emperador muy incierto: pero con lo que el rey le aseguraba, que lo que se ganase del estado de Milán, se le entregaría, para que lo tuviese por el príncipe, venía de mejor gana en ello, que poner el hijo del duque Luis Sforza en poder de suizos: que ya una vez habían vendido al padre: porque estando las cosas de Italia en tanta revolución, no le parecía expediente tomar aquel estado para su sobrino: pues si él le hubiese de dejar, siendo aquel ducado legítimamente devuelto al Imperio, los príncipes de Alemania no ayudarían para su reparación, de la suerte que lo harían, si se tomase con título, que quedase para él mismo: ni tenía aquellas fuerzas para conservarlo. Concertóse en el mismo tiempo con los suizos, para defensa de la casa de Austria, y de Borgoña: y de todos los cantones, y estados de Suiza: como antiguamente solían ser confederados: y mostraban los que gobernaban aquella nación, quererse unir con el emperador: no embargante que en la dieta que sobre ello tenían, instaban los embajadores de Francia, que se concertasen también con el rey Luis, para defensa: señaladamente del ducado de Milán: y pidían, que siempre que el rey quisiese hasta diez mil infantes, se los hubiesen de dar, pagando el sueldo acostumbrado. Estuvo en esta sazón el rey de Francia, con tanto recelo del emperador, que se tuvo por cierto, que favorecía con dinero a los de Gueldres, por divertirle de las cosas de Italia: y llegó entonces nueva al emperador estando en Nuremberg, que habían muerto en cierto rencuentro, hasta dos mil flamencos: y como en el mismo tiempo se supo, que los venecianos habían tomado a Brescia, y otros dos lugares que se tenían por el emperador en el Veronés, tuvo grande temor no se levantase la ciudad de Verona contra sus capitanes: y aun ellos estuvieron con harto recelo. Juntamente con esto tuvo el emperador aviso, que el Papa había declarado la paz entre él, y venecianos: dejando a Padua, y Treviso para la señoría, con

censo de treinta mil ducados cada año: y por doscientos cincuenta mil por la investidura: y adjudicando al Imperio a Verona, y Vicenza: y que todas las otras diferencias se comprometiesen en su poder, y del Rey Católico: que era el partido, que se había tratado antes: y no se quiso aceptar por el embajador de la señoría. Envióles el Papa a amonestar, que aceptasen este partido: y en caso que no lo hiciesen, se mandó al nuncio, y al conde de Cariati embajador del Rey Católico, que protestasen de disolución de la liga: y el Papa ofrecía de ayudar al emperador contra venecianos, no firmando la paz, hasta tornar a cobrar sus tierras: y no se quiso confirmar, ni aceptar por la señoría. Todos estos inconvenientes sucedieron, según afirmaba el visorey de Nápoles, por haberse publicado en Roma la liga que se hizo entre el emperador, el rey, y la señoría, antes que él saliese de Nápoles: afirmando, que si se hubiera disimulado por algunos días, hallaban a los franceses muy faltos de infantería: porque la buena, no la podían haber sino de Picardía, o Normandía, o de Gascuña: y en declararse tanto antes, les dieron espacio para proveerse de la gente que tenían. Parecíale también, que si se entendiera primero en dar orden, que se trocaran las cosas del estado de Florencia, volviendo a ella los Médicis, que estaban desterrados, aunque no era tan justificada querella, como seguir el camino derecho para Bolonia, se asegurara más aquella empresa. No sucediendo aquello como quisiera, estaba con gran deseo de venir con los franceses a batalla: y esto parecía a otros temeridad: porque cada día se esperaba, que el emperador entraría en la liga: y con su ayuda, sin ninguna resistencia se echaban los franceses desta parte de los montes: y no estando las cosas tan seguras, parecía más conveniente entretenerlas, y no ponerlo en tanto riesgo. Lo mismo se entendía en la privación que el Papa publicó de los cardenales cismáticos, y de sus adherentes: y que se debiera sobreseer, hasta que el emperador hubiera entrado en la liga: porque todo el edificio en que aquéllos estribaban, aunque sobre tan falso fundamento, dependía de la autoridad del emperador: por cuya causa ellos le llamaban concilio imperial. No cesaba el embajador de Francia de hacer al emperador grandes ofrecimientos, para ayuda a cobrar a Padua, y Treviso, y las otras tierras de venecianos: y sin esto daba otras esperanzas casi imposibles: que todas se armaran contra el Rey Católico, contra quien tenía el rey de Francia tan dañada intención, que no deseaba salud, ni vida, ni dinero, sino para poderle ofender: estando muy persuadido, que ningún revés le sucedía, sino por trato, y causa suya: y no había partido, que no acometiese por dañarle. De manera, que no se proseguía la guerra con tanto odio, que no se descubriese ser muy mayor la malicia: y por llevar al emperador a su opinión afirmaba, que el rey le fatigaba porque se concertase con él: y le dejase: y que desto tenía carta de su propia mano: y era tanta la pasión que tenía sobre esto, que llegó a prometer, que descasaría al delfín su yerno, y entregaría al emperador a su hija Claudia, y con ella a Bretaña: y porría al príncipe don Carlos en Castilla. Después que cobraron los franceses a Brescia, viéndose los venecianos tan afligidos, perdieron algo de la soberbia: y significaron al conde del Carpi, que estaba por embajador del emperador en Venecia, que no estaban fuera de tomar un buen asiento: y entonces casi todos los del consejo del emperador, se desviaban de la concordia: y le aconsejaban que prosiguiese la guerra: pues tenía tal ocasión de cobrar sus estados, o con ayuda del rey de España, o del de Francia. Mas

don Pedro de Urrea se esforzaba de dar a entender a los que gobernaban las cosas del estado del emperador, que cuanto más prosperidad tuviesen los franceses, habría mayor necesidad de su parte, que se concertase con la señoría: y la paz, o la tregua se concluyese. Que acabasen de entender, que si la gente del emperador iba sobre Padua, o Treviso, antes le daría ayuda el ejército del Rey Católico, que le pusiese embarazo: pero si los franceses fuese, pues no iban sino por nuestro daño, por ninguna cosa dejaría de ayudar a la señoría, y darle socorro. Conformóse siempre el de Gursa con este parecer, y determinóse en el consejo, que atendido que el emperador estaba lejos, y los negocios pasaban tan adelante, partiese luego el de Gursa con poderes bastantes, para que el emperador entrase en la liga: y para renunciar lo atentado en el concilio pisano: y para componer las cosas de Italia, si quisiesen los venecianos venir en la paz. Estando todos ellos conformes en este acuerdo, porque se publicó, que nuestro ejército había diminuido de la infantería, y estaba en harto aprieto, y que el duque de Nemours pasaba adelante, con determinación de dar la batalla, mudaron de parecer. Tomaron por achaque, que había días que el emperador estaba en guerra con venecianos, y gueldreses: y se había determinado, de no entrar en tercera guerra con Francia, si la una de aquellas dos no se atajase primero: y como quiera que a ellos les parecía bien, que se debía juntar con el Rey Católico, aunque la paz no se concluyese, pero convino comunicarlo con él, que los estaba esperando en Tréveris: adonde había convocado su dieta. Así se partieron para allá el de Gursa, y don Pedro de Urrea, y el canceller Sarantayn, sin resolverse en revocar los comisarios, que el emperador enviaba, para que residiesen en el concilio de Pisa: que eran el conde Jerónimo Nogarolo, desterrado de la señoría de Venecia, y un secretario del emperador, que estaba ya en Trento: tanto puede alterar en las cosas de la guerra, una muy liviana ocasión, o fingida: y cualquier fama, o rumor, por incierto que sea. Era extraña la diligencia que se ponía por los franceses en entretener a los del consejo del emperador, y en sobornar a los burgomaestres de los suizos, señaladamente a Ulderico de Saxis: que tenía entre ellos mucho crédito: y a los otros de los cantones más principales, para que no saliese gente a sueldo del Papa, ni de la señoría: a lo cual eran idos de Francia el marqués de Roturi, y el bailío de Dygun: y ofrecían gran suma de dinero por sola esta causa: porque asegurando esto, su último remedio era, estrechar los negocios, y llegar al trance de la batalla.

Que el rey de Francia procuró que los de Pisa mudasen su conciliábulo a Bolonia: y su ejército siguiese al de la liga hasta dar la batalla. LII.

Habiendo llegado las cosas a tan gran rompimiento entre el rey, y el rey de Francia, no se despidieron sus embajadores hasta este tiempo: y aunque Cabanillas se despedía con buenas palabras, el rey de Francia no le quiso dar lugar que se viniese: hasta que Langres, que estaba por su embajador en España, partiese della: o saliesen juntos. Túvose tanto sufrimiento como éste por los franceses, porque sus cosas ganaban de cada día más reputación: y publicaban que los españoles

salían del condado de Bolonia: y solamente tenían en él un castillo, que era Castel Güelfo, y que no tenían sino hasta cinco mil infantes: y que muchos se iban del ejército: y que había gran diferencia entre la gente del duque de Urbino, y la nuestra. Entró en el mismo tiempo el de Sanseverino como legado de los cismáticos, en Bolonia, con gran triunfo: y procuraba el rey de Francia que su concilio se fuese a continuar a aquella ciudad: porque el Papa lo sintiese de más cerca: y se favoreciesen las cosas de Francia: y el Papa estuvo con tanto temor, y sospecha desto, que mandó doblar las guardas de Roma: y mandaba venir a ella a Juan Jordán, y a Julio Ursino, y los otros barones, de quien estaba con recelo. Pero el general de Francia no se daba tanta prisa como el rey quisiera: y después de haber ganado a Brescia, dejó en ella al señor de Aubeni con cien hombres de armas escoceses, y con doscientos arqueros: y repartió el resto del ejército por el Cremonés: y él se vino a Milán por la posta a festejar las carnestolendas: y como a gozar del triunfo de la vitoria. Pesó desto mucho al rey de Francia: y que hubiese repartido su gente por las estancias: y proveyó a furia que saliese con su ejército contra el de la liga: que se publicaba que venía hacia el ducado de Milán: y por parte de los boloñeses se solicitaba lo mismo: y suplicaban al rey de Francia, que ya que se había perdido en lo pasado tan grande oportunidad, mandase a su general que siguiese la vitoria: que solamente consistía en la celeridad. Estaba él muy determinado en esto: entendiendo que así convenía: y deliberó con su consejo, que su ejército siguiese el de la liga: y procurasen deshacer la gente española. El principal motivo era el odio que tenía contra el rey: y afirmaba, que él había sido causa que se rompiesen los tratos de la paz que él tenía con el Papa: y él había sido inventor de persuadir al rey de Inglaterra, a todos los otros príncipes, para que se hiciese aquella liga, diciendo, que no era ya tiempo para disimular, sino que vengasen sus injurias: y deshiciesen aquella gente española, que era todas las fuerzas, y poder de los contrarios: y la siguiesen hasta el reino. Era esto en tiempo que se publicaba ya, que el rey, y el rey de Inglaterra querían romper la guerra por Guyena: y con esta nueva, porque el señor de Longueville había sido enviado a Normandía, para proveer aquellas fronteras, recelando que el aparato de armada que se hacía por los ingleses, se había de emplear por aquellas partes, sabido que era Guyena, pasó el de Longueville a ella, a poner las cosas en orden: y trujo consigo la artillería que el rey tenía en Blois, y en Tours, que era muy buena. Allende que se dio orden en apresurar el hecho en lo de Italia, se entendió, que se mandó sacar la gente que estaba en Brescia, principalmente, porque el emperador no la demandase para ir contra venecianos: habiendo ya conocido el rey de Francia su intención: y que rehusaba de juntarse con él, pensando que sería perder el tiempo: y por esto determinó de entretenerle con palabras.

De la sentencia que el Papa dio contra el rey, y reina de Navarra: por la cual los declaró por cismáticos: y los privó del reino. LIII.

Estaban el rey, y reina de Navarra en esta sazón tan confederados con el rey de Francia, que de ningún príncipe tenía mayor confianza que hubiese de seguir con él cualquier empresa: mayormente si fuese en ella el adversario del Rey Católico: de quien ellos tenían muy gran sentimiento. Teniendo noticia desto el Papa, y cuán gran impedimento podrían ser aquellos príncipes para la causa de la Iglesia, si en lo de la cisma fuesen de la valía, y opinión del rey de Francia, los envió a exhortar diversas veces, que se excusasen de dar favor, y ayuda a los enemigos de la Iglesia católica, en aquella cisma: y a su principal defensor, y amparo, que era el rey de Francia. En las respuestas que dieron declararon su ánimo, que no era de apartarse de favorecer todo aquello, que el rey de Francia les ordenase: y menospreciaron las censuras que se habían promulgado, contra los que no quisiesen seguir, y obedecer el concilio lateranense: para que desistiesen de amparar, y favorecer la causa de los cismáticos. También se entendió, que tenían presunción de oponerse contra las gentes del Rey Católico, y del rey de Inglaterra, que se declaraban querer proseguir la empresa contra el reino de Francia, en favor de la Iglesia Romana. Entendiendo el Papa todo esto, con consejo, y deliberación del colegio de cardenales, a dieciocho días del mes de febrero deste año, siguiendo los decretos de otros pontífices, que procedieron a sentencia de privación de los señoríos, y estados de algunos emperadores, y reyes que fueron cismáticos, e inobedientes a la sede apostólica, pronunció su sentencia de excomunión contra ellos: declarándolos por cismáticos: y privólos de la dignidad, y título real. Juntamente con esto, concedía sus tierras, y señoríos, a cualesquier que los tomasen como ocupados en guerra justa, y santa: y absolvía a sus súbditos, y vasallos de cualquier obligación de fidelidad, y homenaje que tuviesen. Esta sentencia de privación se mandaba publicar en los obispados de Burgos, Calahorra, y Tarazona, para que se tuviesen por malditos, y descomulgados todos aquéllos, que diesen favor, y ayuda al rey, y reina de Navarra: promulgando sentencia de entredicho en todas las ciudades, y villas adonde estuviesen, y fuesen acogidos: y por la misma bula se otorgaba cruzada, e indulgencia plenaria a todos los fieles, que fuesen a la guerra contra los cismáticos. Aunque a esto se movió el Pontífice con gran voluntad, por lo que incumbía a su oficio pastoral, y al honor de la sede apostólica, y por la defensa de la causa de la Iglesia, y no intervenía otro respeto particular ninguno, comúnmente se atribuía ser procurado por el rey, por su propio interese: señaladamente, porque tuvo esta declaración muy secreta, por muchos días.

Que por parte del rey se pidió al rey, y reina de Navarra, que le entregasen al príncipe de Viana su hijo: y no diese ayuda, ni paso por aquel reino, al rey de Francia, contra la causa de la Iglesia. LIIII.

Como el rey muchos días antes estuviere muy desengañado de la intención que el rey de Navarra tenía a sus cosas, y cuán declarado estaba con el rey de Francia, y que deseaba grandemente verle reducido a lo de su propio reino, y fuera del gobierno de Castilla, y finalmente en toda necesidad, y guerra, y que hallándose en ella, le había de ser mayor enemigo, cuanto más vecino, determinó el rey de sacar dél toda la seguridad que pudiese: y no disimularlo, como se había hecho en todo el tiempo pasado. De manera que habiéndose hecho ya la declaración que se ha referido, por el Papa, envió desde Burgos en fin del mes de marzo al rey, y reina de Navarra a Pedro de Hontañón con una embajada, que en la conclusión se vino a resolver, en el tenor de las que se solían proponer, cuando se temía la guerra con Francia por estas partes, en vida de la Reina Católica, y después. Aquel embajador les dijo, que se acordasen cuántas veces ellos habían hecho saber al rey, por sus embajadores, la intención que tenía el rey de Francia de los despojar de aquel reino, y de todo lo demás si él pudiese: y con cuánta instancia le habían enviado a pedir, que por el deudo, y amistad que entre ellos había, quisiese tomar la protección, y defensa de aquel reino, y del señorío de Bearne: y que sobre esto fue enviado a Castilla postreramente Ladrón de Mauleón. Que de la intención que en aquello mostraba el rey de Francia, por destruirlos a ellos, y a toda su sucesión, ninguno podía ser mejor testigo, y que el rey su señor: porque diversas veces le había el rey Luis requerido muy clara, y abiertamente, que se juntase con él, para ayudarle a proseguir aquella empresa, de despojarlos de todos sus estados: afirmando, que si juntos la siguiesen, no habría en ella, como suelen decir los franceses, para un déjeuner. Decía que siendo esto cosa que el mismo rey de Francia conocía, que jamás la pudiera acabar con su voluntad, era muy sabido, que si entendiera, que poniéndose de hecho en ello, no se le había de hacer resistencia, se hubiera puesto en ejecutar su intención, con todos los aparejos, y fuerzas que viera ser necesarias, para acabarlo. Pero como quiera que en esta sazón, por haberse puesto en hacer tanta ofensa a la Iglesia Romana con las armas, y con la cisma, estando ocupado en aquella empresa, era muy notorio que les había dado, y daría muy buenas palabras, ofreciéndoles muy cierta, y segura la concordia en todas sus diferencias, y dando largas esperanzas de confederarse con ellos, todavía se podría buenamente entender, que aquello se les guardaría mientras durase la guerra, en que estaba tan ocupado. Significábaseles que se decía esto, porque se supo que en esta coyuntura el rey de Francia envió a decir a Gastón de Foix duque de Nemours su sobrino, que le ofrecía, que acabada aquella empresa en que estaba, le ponía en la posesión del reino de Navarra, no embargante cualquier concierto que en este medio hiciese con el rey don Juan de Albret: pues solamente se hacía para entretenerlos, por la concurrencia del tiempo: y no para que tuviese fin, que por aquella concordia se impidiese lo que se había ofrecido al duque, de valerse a conquistar aquel reino. Anteponiéndose esto, añadió el embajador de parte del Rey Católico, que deseando la conservación de los estados de Navarra, y Bearne, estaba determinado de tomar por sí, y sus

sucesores la protección, y defensa de la Corona, y estados de los reyes sus sobrinos. Que también se movía a esto, por si sucediese caso en que se hubiese de asentar nueva concordia entre él, y el rey de Francia, se hallase prendado por sí, y sus sucesores en los reinos de Castilla, y Aragón con la amistad, y alianza de los reyes de Navarra, para la defensión de aquel reino, y estado: y para que con justa causa, y fundamento los pudiese ecetar en la concordia que se hiciese sobre la paz. Afirmaban que por estas causas, y principalmente por el amor que les tenía, y por lo que deseaba, que ellos, y toda su sucesión conservase perpetuamente sus estados, y aun también, porque en tiempo que la Iglesia Romana era ofendida de tal manera, convenía mucho que entre los príncipes cristianos hubiese buena unión, y conformidad, por todo esto se inclinaba más a encargarse de la protección de aquel reino. Mas atendido que por su respeto posponía a las otras partes, y se obligaba de hacer por ellos cosa tan grande, era justo que le diesen primero suficiente seguridad, para que él fuese cierto que guardarían lo que se asentase, como se había acostumbrado siempre en los tiempos pasados. Que aunque en vida de la Reina Católica, demás de otras seguridades, entregaron fortalezas en tercera, agora porque conociesen el amor, y sana voluntad con que quería entrar en aquella alianza, puesto que había mayor causa para demandarles lo mismo, tenía por bien de contentarse con la seguridad que ellos pudiesen dar buenamente: no sólo sin daño, y perjuicio de su reino, pero para mayor seguridad dél. Esto pedía que fuese, entregarle a don Enrique príncipe de Viana su hijo, para que se criase en su casa algunos años: pues aquello le obligaría más a mirar, y trabajar no sólo por la conservación, mas por el beneficio de aquella Corona de Navarra: y con cumplir aquello, sería contento, que luego se hiciese entre ellos el asiento que pareciese ser necesario para su amistad, y perpetua unión de sus casas. Porque la concordia fuese más firme, y sus sobrinos fuesen ciertos, que el rey, y sus sucesores nunca faltarían a su defensa, más que a la propia suya, era contento el rey, que en aquel asiento se pusiesen todas las firmezas, que fuesen necesarias, y convinientes: y quanto al casamiento del príncipe de Viana, por no perjudicar el asiento que estaba deliberado, venía el rey, en que si por estar ausente la infanta doña Isabel su nieta, no se pudiese efetuar con ella el matrimonio, como estaba tratado, se concertase desde entonces que se hiciese con la infanta doña Catalina su hermana: de suerte, que si al tiempo que el príncipe de Viana tuviese doce años cumplidos, no se hubiese podido efetuar el matrimonio con la infanta doña Isabel, se concluyese luego con la infanta doña Catalina. Tras esto la conclusión de la embajada fue, que atendido que el Papa había de dar todo favor, y ayuda a sus sobrinos, en lo que tocase a la conservación, y beneficio de su estado, y dio cargo a su nuncio, que procurase con ellos, que pues no podían enviar ejército, ni gente en ayuda de la Iglesia, alomenos se declarasen, que no darían lugar, ni consentirían que del reino de Navarra, ni del territorio de Bearne, y señaladamente de tierra de vascos, que eran del mismo reino, fuese gente en favor del rey de Francia, ni contra los que ayudasen a la causa de la Iglesia: y pedía que esto se pregonase en tierra de vascos: mandando a sus súbditos, so pena de rebelión, y confiscación de bienes, que así lo guardasen: y se obligasen el rey, y reina de Navarra, que no darían paso por su reino, ni por el señorío de Bearne, a los franceses, para que por aquellas partes se pudiese enviar gente, que ofendiese a la que se

pusiese en favor de la Iglesia. Juntamente con esto, llevaba orden Pedro de Hontañón, de requerir de parte del rey a los tres estados de Navarra, y al mariscal de aquel reino, y a don Alonso Carrillo de Peralta conde de S. Esteban, y a otros caballeros principales, y a los alcaides, que cumpliesen el juramento, y homenajes que habían hecho al rey, por virtud del asiento que se concertó entre él, y los reyes de Navarra. Siendo explicada esta embajada, que iba fundada sobre la conservación, y defensa de aquel reino, tomaron el rey, y reina de Navarra acuerdo para deliberar sobre ella: y detuviéronse hartos días, que no dieron respuesta alguna. Hacíanse ya en Navarra muchos alardes: e íbanse juntando algunas compañías de gente de armas con algunas ocasiones, o fingidas, o verdaderas: y luego que se entendió por don Juan de Silva capitán general de las fronteras de Navarra, envió a decir al rey don Juan, que se maravillaba en tal tiempo de dar Su Alteza lugar a semejantes novedades: mayormente que se decía, que se mandaba juntar aquella gente, para tomar una fortaleza a Garci Pérez de Varayz: y perseguir al prior, y a Pedro de Varayz, y a los de aquel linaje, por ser muy servidores del Rey Católico. En esto comenzó el rey de Navarra a declararse, cuán determinado estaba de seguir al rey de Francia, en la empresa que había tomado: y en otra cualquier, que fuese en contradicción del rey: y como no quiso proveer en ninguna cosa de las que se le pidían de su parte, antes cada día se fuese más descubriendo, que había de obedecer en todo la ley que el rey de Francia le pusiese, disimulaba el rey para más justificarse con él: puesto que no se le declaraba lo que el Papa había determinado, con autoridad del consistorio.

De lo que el visorey deliberaba hacer con el ejército de la liga, levantando el cerco de Bolonia: y que la gente de armas del Papa se fue del real, estando ya los franceses muy cerca. LV.

Estando el visorey en el castillo de S. Pedro, adonde se había recogido después que se levantó su real del cerco de Bolonia, como tuvo nueva que por haber pasado el duque de Nemours a socorrerla, los venecianos con la parcialidad del conde Luis de Bogaro habían tomado a Brescia, y que después se habían levantado contra los franceses los de Bérgamo, tuvo fin de acertarse con el ejército a dar favor a los venecianos, en caso que el duque se revolviese contra ellos: porque lo pidían con gran instancia. Pero como los franceses tomaron luego su camino para Brescia, él se determinó de ir a Butri, y de allí a Cento, y a la Piebe, que era camino para favorecer a los venecianos. Fue Fabricio Colona de otro parecer, que era, poner más que favor: y que se acudiese con toda furia, a ofender a los enemigos: y siempre instaba con gran solicitud que no se perdiese tiempo: y siguiesen a los franceses, que volvían a furia por socorrer a Brescia: o emprendiesen otra cosa, con que los forzasen a dejar aquel camino que llevaban: y en este parecer se conformaban el conde de Monteleón, y algunos otros del consejo. En esto se porfió mucho por Fabricio, y por los que eran de su opinión: pero el visorey le respondió, que si los franceses iban por la posta, él quería caminar a su paso: y así siguió Fabricio con la avanguardia, que era de ochocientos hombres de armas, y mil caballos ligeros,

el camino que les ordenó el visorey: y juntamente con él el conde Pedro Navarro con cinco mil infantes: y tomaron a Cento, y la Piebe a donde se alojaron: y el visorey se fue a Butri. De allí escribió al marqués de Mantua, para entender dél, si podría ser proveído de vituallas por sus tierras: y si daría lugar que se hiciese puente para pasar el Po. Pareció a los más que sería aquella muy peligrosa determinación: porque era dejar a las espaldas a Bolonia, y Ferrara en poder de los enemigos: pues en Bolonia quedaban trescientos hombres de armas franceses, y tres mil infantes, cuyo general era Fulleta, de nación francés: que tenía cargo de aquella ciudad: porque el señor de Alegre salió con el duque de Nemours: y de contino trabajaban en hacer sus reparos, y baluartes, para que se pudiese defender con menos gente. Mas como se tuvo esperanza, que si los venecianos defendiesen a Brescia con el favor del ejército de la liga, serían rotos los franceses, tardó tanto a mover el ejército, que a la segunda jornada que hicieron, les llegó la nueva que era tomada Brescia por los enemigos. El fin que el visorey llevaba, era esperar que la paz entre el emperador, y venecianos se concluyese: porque si se juntase el ejército de la señoría con el suyo, a la Estalada, y entrando los suizos en la liga, y bajando al ducado de Milán, tenía por acabada la guerra, sin ninguna herida, sin ninguna herida. En este medio el ejército francés se iba cada día más reforzando, y el nuestro disminuyendo: así por estar adonde no se hallaban españoles, como por faltar vituallas, y dinero: lo que era todo al contrario a los franceses: que por donde quiera que movían, ora fuese a Bolonia, o Ferrara, eran muy bien recogidos. Estando el visorey en esto, supo que el duque de Ferrara procuraba de tener la puente del Po segura por la vía de la Bastida: y que había juntado gran copia de barcas: y como se hallaban en Argenta trescientas lanzas francesas, y algunos caballos ligeros, y más de tres mil soldados, túvose recelo, que pensaban hacer por aquella parte alguna correría en la Romaña: por dar favor, a que el duque de Nemours se apoderase de algunas ciudades della con trato. Estaban repartidos por las riberas del Po, y por otras partes, hasta doce mil infantes del ejército francés: y entre ellos había cuatro mil alemanes: y tomaron la vía del Final: y como sin esta gente había en el Carpi ochocientas lanzas, creyó el visorey que no tenían fin de dar la batalla, como lo amenazaban: porque a su parecer, no derramaran su ejército: antes lo juntaran con la gente de Ferrara, y Bolonia: y le fueran a buscar. Entonces tuvo su consejo con el legado, y con los principales que solían asistir en él: y visto que en Butri, por estar derramados, y no poder socorrer a lo que quería emprender el duque de Ferrara por la Bastida, juntamente con los franceses, y que si el duque de Nemours se acercase a ellos, o volviese con todo su ejército a Bolonia, para tenerlos en medio, por el un cabo, y por el otro, y como encerrados, le podían dar mucha molestia, fueron de parecer que se allegasen a la Bastida: porque nuestro real estuviese junto, y más vecino a cualquier parte, por donde acometiesen de hacerles daño: por tener mejor disposición de socorrer luego: en lo cual se conformaron todos. Después sabido lo cierto de la gente que llevaba el duque de Nemours, y que había pasado ya a Villafranca, la vía de Ferrara, el visorey, y el legado acordaron de hacer cuatro mil italianos, porque pudiesen ser iguales a los enemigos, en cualquier trance que se ofreciese: y si hallasen tal ocasión, volviesen sobre Bolonia, o pasasen adelante: y considerando el visorey, que ir hacia la Bastida, era

algún menoscabo de su reputación, porque aunque se acercasen a los enemigos, volvían para atrás, y que el lugar donde estaban era mal sano, se determinó, mientras se hacía aquella gente, de ir a Castel Brin, y a Variniano, que están a cuatro millas de Bolonia: y más cerca de Butri, más de la mitad del camino. Tenía fin que desde allí podría hacer algún buen efeto, según los enemigos se señalasen: y por esto, y por estar la gente, y los caballos muy fatigados, según lo que habían pasado en el cerco de Bolonia, se detuvo el visorey en aquella comarca, sin salir della, por la reputación de alojar su gente: y tener casi cercada a Bolonia, como si estuvieran sobre ella: porque de los lugares adonde estaban los caballos ligeros, hacían sus correrías hasta la ciudad. Eran los franceses señores del Po: y de la otra parte tenían a Bolonia, y Ferrara: y ésta a Milán, y todos los lugares de aquel estado, que están vecinos al Po: y por la comodidad del río, tenían a su mano toda Lombardía: y eran con cuatro mil alemanes que sacaron de Verona, y con seis mil gascones, y normandos que les envió el rey de Francia, y con los que estaban en Bolonia, y Ferrara hasta quince mil infantes, y mil cuatrocientas lanzas. Había procurado el Papa que el visorey, al tiempo que se tomó Brescia, pasase con el ejército a Parma, y Rezo: y él lo rehusó de hacer: porque allende que dejaba a Ferrara, y Bolonia a las espaldas, perdía las vituallas que le venían de toda Romaña: de que había gran falta en el Parmesano: y por esto trabajó que el marqués de Mantua permitiese, que de sus tierras se llevasen bastimentos: y él se trataba muy como indiferente: esperando el suceso desta empresa: y no quiso declararse: y el visorey por esta causa sobreseyó de pasar en aventura de lo que el marqués quisiese proveer. Después, entendiendo que los franceses trataban de ir con su ejército con el cardenal de Sanseverino, para asistirle en Bolonia, como a legado del concilio, y que el de Nemours estaba en el Final, y recogía toda la gente que tenía, y la infantería que iba por el Po, y sabiendo también que por la parte de la Bastida se emprendía por el duque de Ferrara con alguna gente de armas, e infantería de desmandarse a ocupar algunos lugares de la Romaña, señaladamente a Ravena, que era el mercado de todas las vituallas que venían al ejército desde Apulia, dio el visorey orden, que aquella ciudad se proveyese de gente: y envió allá un caballero muy principal del reino de Galicia, que se llamaba don Pedro de Castro, con cien caballos ligeros: y un gentilhombre napolitano que se decía Luis Dentichi, con mil soldados italianos. También mandó proveer a Luco, y Bagnacavallo de quinientos soldados, y de alguna parte de armas, y de caballos ligeros: para tener aquellos lugares seguros: creyendo que el intento de los franceses no se extendía a más, sino que pudiendo ganar a Ravena, harían algunas correrías por aquella comarca, para impedir que no viniesen las vituallas a nuestro real: y con aquella guerra hacerle dividir el ejército. Para remediar esto, deliberó pasar a Castel de San Pedro, y a Castel Güelfo: y que el ejército se alojase por aquel contorno: porque desde allí podía socorrerse lo uno a lo otro: con fin que si fuesen los enemigos a dar la batalla, llegasen con desaventaja: y estaba determinado si pasase de Bolonia, de ponerse con todo su ejército en el campo, para que todos juntos, y ceñidos en su fuerte, los esperasen: temiendo que sería perder reputación, si se recogiesen para atrás a Luco, y Bagnacavallo: o quisiese pasar a Imola. Mostrábase la gente de armas, y nuestra infantería, con tanta voluntad de llegar a las armas, que tenían por muy cierto, que si pasaban los

enemigos, sería con gran daño suyo: por el sitio en que estaban, que era muy fuerte: y por tener en la infantería tantos españoles, que se afirmaba públicamente, que llegaban a diez mil: aunque en lo cierto, y sabido eran buena parte menos: y los que eran, sin duda ninguna fue la mejor gente que se había visto en Italia de nuestra nación. Fuéronse acercando los franceses con todo su poder, a estar ya muy juntos los unos de los otros: y eran iguales a los nuestros en otra tanta gente de armas: y superiores con la tercera parte en la infantería, y con doblado número de caballos ligeros: y entonces se determinó el visorey, para en cualquier suceso, de fortificar el Castel de S. Pedro, contra el parecer de muchos: y señaladamente de Fabricio: entendiendo que los enemigos, no podían hacer otro camino. No quiso ir a Luco, y Bagnacavallo, que era el parecer de Fabricio: que le decía, que fortificándose Imola tan solamente, y estando su real en Luco, los franceses no podrían pasar adelante: y tentando de ir a buscarlos, llegaban con gran desventaja, por los pasos que había de lagunas, y ríos: y si corriesen la comarca de Imola, los combatirían los nuestros aventajadamente: porque estando Imola arrimada a la montaña, en la cual había muchos castillos, en una noche podían juntar gran número de Peones del valle de Lamone, y de Faenza, y Forli: los cuales, si se mezclasen con nuestra infantería, podrían llegar por las faldas de la montaña, y con el amparo della, por la parte del lugar no podrían sino vencer. Túvose en el mismo tiempo otro acuerdo, que si el duque de Nemours no fuese a dar la batalla, nuestro real viniese a ponerse en el Polés de Ferrara: y por allí pasasen el Po, y se juntasen con el ejército de venecianos: porque hallándose juntos eran señores del río: y por él podrían traer las vituallas de Ravena, y señorear la mayor parte de Lombardía. Estando entre sí discordes con tanta diversidad de pareceres, en el mismo punto que se deliberaba sobre esto, sucedió una gran novedad, que el teniente del duque de Urbino de la gente de armas del Papa, que estaba en nuestro real, que eran seiscientas lanzas, con achaque que no le pagaban, y que tenía sospecha de alguna gente española, se salió del real: y los hombres de armas tras él: siendo trato, y concierto del duque, que se había concordado con el rey de Francia: y le envió a Florencia un cambio, para que hiciese gente en su nombre. Envió el visorey un caballero sobre ello al duque: y él les escribió que volviesen al real: pero ellos entendían mejor su voluntad: y no lo hicieron: de lo cual el visorey no mostró recibir mucha pena: diciendo, que no era de estimar en tanto que se fuesen, pues no eran amigos: y también porque al retraerse de Bolonia, dieron tan mala prueba de sí, que creyendo que iban los enemigos tras ellos, no pararon hasta Imola, como dicho es. Pero estuvo tan sin recelo el visorey, que fue trato del duque, por haberse concertado con los franceses, que ninguna cosa le dio menos cuidado: ni jamás pensó que el duque le pudiese ser enemigo, en guerra que tanto se aventuraba de la persona del Papa, y del estado de la Iglesia.

De lo que el Papa ordenaba, que el ejército hiciese, contra el parecer del Rey Católico. LVI.

Era cosa muy notoria, que por haber dado el Papa, y el Rey Católico favor a los venecianos de tal manera, que fue su remedio, para que aquella señoría no fuese del todo destruida, se siguieron grandes detrimentos, y daños: señaladamente en opresión de la Iglesia, y contra la persona del Papa. De aquí se siguió la indignación, y obstinación del emperador, para no entrar en la liga, la enemistad, y persecución con que amenazaba el Papa al rey de Francia, la cisma que se introdujo en la Iglesia, la alteración, e inobediencia en las cosas, y negocios del reino de Francia, y del estado de Lombardía, la rebelión de Bolonia, y finalmente el peligro en que estaban las cosas eclesiásticas, que parecía haber llegado al extremo. Considerados estos inconvenientes, y que las fuerzas de la liga no eran bastantes a remediar los daños, y peligros que se esperaban, si el emperador, en quien tenían los franceses gran confianza, no se juntase con los príncipes confederados, se hizo por el Papa, y por el rey tanta instancia, como se ha referido, para inducirle a la concordia con aquella señoría, con las condiciones que se había platicado tanto tiempo antes: que era dejar a Padua, y Treviso a los venecianos: conque se pagase al emperador el censo de treinta mil ducados cada año: y doscientos cincuenta mil por la investidura: y que Verona, y Vicenza se adjudicasen al Imperio: y las otras diferencias se determinasen por el Papa, y por el rey. Llegóse a la conclusión desta paz, por medio del obispo de Isernia nuncio del Papa, y de los embajadores del rey, que estaban en Venecia, que eran don Pedro de Urrea, y Juan Bautista Espinelo conde de Cariati: y estando en Roma por la señoría Francisco Fosco, desbarató el concierto, cuando se esperaba que le habían de firmar: excusándose, que no tenía comisión para ello. Por esta causa mandó el Papa a su nuncio, que protestase contra la señoría, que él con otros príncipes de la cristiandad haría liga con el emperador, en daño, y detrimento suyo, y en favor del Imperio: por la recuperación del dominio, y jurisdicción de cualesquier provincias, y tierras que le tuviesen usurpadas. Pero fue tanta la tema, o constancia de aquella república, por no dejar a Vicenza, que estuvieron muy firmes en su propósito: juzgando que les era mejor tener contienda por todo, que dejar aquella parte de su estado, por concierto. No se tenía menor trabajo en sufrir la condición del Papa, en lo que por sí disponía sobre las cosas de la guerra: porque después de partido el duque de Nemours de Bolonia, para socorrer a Brescia, y habiendo sido cobrada por los franceses, con tanto daño, y pérdida de la señoría, quería en todas maneras, como está dicho, que el ejército viniese a Parma, y Rezo: y se apoderase de los otros lugares de Lombardía: que están de la otra parte del Po: sin tener consideración al tiempo, ni a los caminos, ni a la necesidad de las vituallas: dejando a las espaldas dos ciudades tan grandes, y tan enemigas, que eran Ferrara, y Bolonia. Con todo esto, no quería dar las pagas, hasta que el ejército pasase adelante: procurando que el rey, no solamente persistiese en la defensa de la causa de la Iglesia, pero moviese primero la guerra: y rompiese contra el rey de Francia, ofendiendo su estado. Así fue necesario, que el visorey enviase a Roma al marqués de la Padula, para que consultase con el Papa las cosas de la guerra: y entendiese, y supiese lo que se

podía, y debía hacer: y tomase con él alguna buena resolución: mas ninguna razón bastaba a satisfacerle, sobre el haberse retraído en el real: ni representarle los tiempos tan tempestuosos que tuvieron: ni la necesidad, y falta de las vituallas. Porque dado que admitía esto, no dejaba de imputar a muy gran descuido, en haber permitido, que entrase en Bolonia Gastón de Foix, sin llegar primero con él a las armas: pero decía, que todo aquello pasase: conque el ejército fuese adelante, y rompiese con los franceses: que con esto, no solamente daría todo el dinero que le quedase, pero la sangre si fuese necesario. Era el rey de tan contrario parecer, que cada día enviaba a mandar al visorey, que se fuese deteniendo: pues con sólo esperar, y entretener algunos días el tiempo, tenían la vitoria cierta: mayormente concurriendo tres cosas, que con suceder sola una dellas, sin dificultad ninguna serían echados los franceses de Italia: cuánto más teniendo esperanza, que todas tres se cumplirían. Esto era concluirse la paz entre el emperador, y venecianos: de la cual se tenía gran confianza: y que entraría en la liga: y bajar a Lombardía los suizos: para lo cual se había enviado el dinero: y contribuía en él el rey con la tercera parte: y lo que se tenía por más importante, romper el rey de Inglaterra juntamente con él, la guerra por Francia. Así entendía el rey, que todo el bien desta empresa dependía de conservarse su ejército con reputación: porque esto se efetuase, y la vitoria fuese segura: pues en este medio el Papa estaba sin ningún peligro en Roma, y no tenía de qué temer: y aventurándolo todo, si acaeciese alguna adversidad, o temor della, ponía su persona, y el estado de la Iglesia en gran peligro. Mas el Papa, aunque era hombre de ingenio, era tan vencido de la pasión, y movíase tan fácilmente, en lo que los unos, y los otros le decían, por ponerle sospechas del rey, que no tenía sosiego, ni paciencia ninguna: de que se siguió muy gran daño: aunque todavía con lo que se le representaba, volvió el marqués de la Padula con resolución que las pagas se diesen: y se sobreeseyese en hacer auto ninguno de guerra hasta veinticinco de marzo: y entretanto se tomase la muestra de la gente: y se aparejasen las cosas necesarias para pasar a Parma. Esto se ordenaba, no embargante lo que el rey tenía mandado a su capitán general: que atendiese a conservar el ejército con reputación: y se pusiese en lugar fuerte, y en tal parte, que le pudiesen ir vituallas: de lo cual había grande comodidad en aquel condado de Bolonia: y que aguardase lo que haría el rey de Inglaterra: o la pasada de los suizos a Lombardía. También los franceses se repartieron por los lugares vecinos a Bolonia: y estaban muy gallardos, y animosos: y amenazaban que había de pasar adelante a buscar nuestro ejército: y desde allí enviaron a pedir paso, y vituallas a los florentinos: y para mayor seguridad de su ejército, y de la armada que trataban de enviar por mar, les pidían la fortaleza de Liorna, y a Pisa: y que los florentinos enviasen su gente de armas a los confines de Romaña: por dar más en que entender al ejército de la liga. Destas demandas estuvieron los florentinos muy malcontentos: porque por una parte temían el rompimiento con franceses, estando tan poderosos, y teniéndolos tan cerca: y por otra conocía, que si aquello se hiciese, perdían el nombre, y fruto de la libertad en que estaban: y si pasasen adelante ellos quedaban en despojo. Sabiendo el Papa esto, hizo muy largas ofertas al embajador de aquella señoría, en presencia de Jerónimo Vic: prometiéndole que nunca él, ni el Rey Católico les faltarían: y queriéndose unir con su ejército, no solamente conservarían su libertad, pero la darían a toda Italia con

mucha gloria dellos. Las cosas estaban en tales términos, que si ellos se declaraban por la liga, la vitoria era muy cierta: y por el contrario, si daban el paso a los enemigos, ponían al Papa en mucha necesidad: porque el fin de los franceses era, que con la gente del duque de Ferrara, y con trescientas lanzas que habían enviado hacia aquella comarca, se hiciese guerra en la Romaña: y por esta razón tuviesen embarazado nuestro ejército: y el duque de Nemours fuese por Toscana la vía de Roma: mayormente que si los florentinos no lo resistían, Siena no podía poner tanto impedimento, que bastase a tenerles el paso: y con esto las tierras de la Iglesia, y la ciudad de Roma, con los tratos, y movimientos de Roberto Ursino, estaban en muy notorio peligro. Llegó este temor a enconar de tal manera las cosas del reino, que los de bando anjovino ya estaban esperando el suceso desta empresa: señaladamente el conde de Motorio en el Águila, que tenía sus inteligencias con franceses: y aunque en lo exterior las cosas estaban dudosas, los ánimos estaban bien alterados con el cuidado de lo que podía suceder. Por esto el visorey atendía a tener su ejército, con el cumplimiento de gente que estaba tratado: y recibió la muestra: y hallólos en ella muy en orden: y los hombres de armas con las lanzas, que ellos dicen spezadas, que eran de gente muy escogida, y ejercitada, llegaban a mil cuatrocientas: sin los del Papa, que los habían dejado.

Que el rey de Francia trató de concertarse con el Papa, por desviarle de la amistad del Rey Católico. LVII.

Como los venecianos por la toma de Brescia, al principio se ensoberbecieron, pareciéndoles que volvían en su propiedad, y dilataron de concertarse con el emperador, así después por haber perdido tan presto aquella ciudad, y por el daño, y destrozo de su gente, comenzaron a temer: pero no fue tanto el miedo, que los forzase a las condiciones que el emperador pedía, y el Papa le había ofrecido en nombre de la señoría: y por ello daba el Papa gran prisa: y ofrecía de ayudar al emperador contra venecianos, si no viniesen en la concordia: y se trató que enviase a Roma al de Gursa, con poder para entrar en la liga, excluyendo della a los venecianos, si no firmasen la paz. La dilación, y dureza de aquella gente, era de suerte, que ponía en gran peligro a su señoría, y en mucha necesidad la empresa de la defensa de la Iglesia: porque ni teniendo ánimo, ni fuerzas para defenderse, y estando llenos de miedos, no podían persuadirse, a querer acetar aquella concordia: y siempre esperaban a lo que había de suceder entre los ejércitos de Francia, y de la liga: y como no sabían resolverse, o lo diferían, según su costumbre, el Papa mandó despedir los embajadores que tenían en su corte. En este mismo tiempo no dejaba el rey de Francia de dar largas esperanzas al Papa, de concertarse con él, para ayudarle, como él decía, sin sacarle el dinero de la bolsa, como lo hacía el rey de Aragón: excusándose, que si hasta entonces no había venido a querer la paz, era la causa, porque no la quería por medio del rey don Fernando: por quien no pensaba hacer jamás cosa alguna. Si quería confederarse con él, y dejar a parte al rey de Aragón, ofrecía que en lo de Ferrara se podría tomar

algún buen asiento, como él quedase satisfecho: y que de Bolonia se haría como Su Beatitud lo mandase: afirmando, que no se había tomado, sino por asegurar el estado de Lombardía: pues no tenía entonces el Papa seguridad alguna. Decía, que como quiera que el rey de Aragón diversas veces le había requerido con la concordia, no lo quiso escuchar, porque estaba determinado de no confiar dél jamás: y que se guardase de sus mañas: que no andaba sino por destruirle: y que él había sido causa de enemistarlos: y le había procurado a él la enemistad de otros príncipes. Con esto concluía, que por sus acometimientos, y demostraciones, y por las empresas que urdía, haciendo además de romperle la guerra con su yerno, no disminuiría una lanza de las que tenía en Italia: y que enviaría a sus fronteras ocho mil gascones, y cuatro mil picardos, y normandos: y que hacía una gruesa armada: y ofrecía que haría disolver el concilio de Pisa, si se concertase el Papa con él. Envióle también a decir, que el visorey don Ramón de Cardona pudiera tomar a Bolonia, antes que llegara el socorro: pero que no lo quiso hacer, porque el rey su amo tenía ciertas inteligencias en aquella ciudad, para haberla después para sí: y asimismo publicaba, que podía él concertarse con venecianos, si quisiese, por medio de Andrés Gritti. Lo cierto desto era, que él tenía harto recelo de los aparejos que se hacían por España, e Inglaterra: y de la bajada de los suizos a Lombardía: y el mayor temor era, que el emperador entrase en la liga: porque hacía gran instancia, que ayudasen al príncipe don Carlos su nieto contra el duque de Gueldres: y pedía otras cosas en que conocía que quería romper con él. Por otra parte los del bando Ursino, y otros muchos, a quien pesaba de la enemistad que el Papa tenía con el rey de Francia, insistían en que se confederase con él: y le quitaban el ánimo, y la confianza que había cobrado del ejército del rey: afirmando que no era bastante a resistir a los contrarios: y que puesto que era verdad, que el rey había alcanzado muy señaladas, y grandes vitorias en Italia, en las guerras pasadas, había sido por tener un tan excelente, y gran capitán. Que entonces entendían que aquél que era general deste ejército, aunque era persona muy generosa e ilustre, y de muy excelentes partes, no tenía experiencia de las cosas de la guerra: y el Papa condecendía a esto: afirmando que había sido gran culpa del rey: y que para una tal empresa, capitán de otra experiencia se requería. Mas el visorey no sólo mostraba grande ánimo para resistir, pero para ofender a los enemigos, con mayor ejército que ellos tuviesen: y tenía el suyo en su fuerte, y más allegado a los contrarios: de donde podía acudir a cualquier parte, que ellos eligiesen de acometer: y muy oportuno para esperar todo el tiempo que el rey ordenaba: y dábase gran prisa, en que se hiciesen los cuatro mil infantes en Romaña.

Que el Papa propuso en consistorio lo de la reformación: y de la diversidad de pareceres que había entre los del consejo del ejército de la liga. LVIII.

En este medio el Papa procedió en consistorio a nombrar personas, para que entendiesen en reformar su corte: y en lo que se debía proveer para la prosecución del concilio, en San Juan de Letrán: y propuso lo de la reformación, con mucho fervor. Fueron nombrados para esto del colegio

los cardenales de San Jorge, Senegalia, Strigonia, Agense, San Vidal, Ancona, Farnés, y el cardenal de Aragón: y por los perlados, el obispo de Aviñón, y el obispo Jaime Cis auditor de Rota: y celebráronse dos sesiones del concilio: y el Papa, porque más se entendiese, que su deseo era proseguirle, daba mucha prisa que los perlados de España fuesen luego: y los de Nápoles, y Sicilia, e Italia: y que el rey mandase ir a él al cardenal de Toledo, y al arzobispo de Sevilla, que eran dos perlados muy notables, y grandes en la Iglesia: y ofrecía de dar el capelo al de Sevilla. Aunque su fin era crear primero algunos en cardenales, que le habían socorrido con gran suma de dinero, señaladamente al patriarca Carafa, y al arzobispo de Nápoles, que era de la misma casa, y el rey quería estorbar que lo fuesen, porque tenía por grande inconveniente que se admitiesen a aquella dignidad personas naturales del reino, mayormente de las casas principales de barones, pero era dificultoso impedirlo, concurriendo dinero: y el rey no quería señalar en cosa de semejante calidad, a todos los de aquel linaje. Eran las intenciones, y fines del Papa muy enderezados al bien, y aumento de la Iglesia: y su inclinación, y presupuesto era, echar los franceses de Italia: y reducir el estado eclesiástico en la posesión antigua de su patrimonio: y tomar la empresa contra el turco: pero sus medios, para conseguir estos fines, no eran tan justificados, como conviniera: muy al contrario del papa Alejandro su predecesor: cuyas intenciones, y fines eran muy perversos, y dañados: y los medios eran bien adaptados, y de gran justificación. Tenía todavía grandes sospechas, que el Próspero, que estaban en esta sazón en Roma, no cesaba de tener sus inteligencias con el cardenal de Sanseverino, que no eran a su propósito: y que siempre el obispo Colona se entendía con Roberto Ursino, para mover algún alboroto en la ciudad de Roma: y fue cierto que el de Sanseverino acometió al Próspero, que se concertase con el rey de Francia, por medio de Pedro Margano, que se decía tener poder del mismo Próspero: y para que emprendiese contra la persona del Papa otro tal hecho como Sarra Colona contra el papa Bonifacio: y se alzase en Roma. Esto se descubrió al Papa por el mismo Próspero, con gran enojo, y sentimiento que tuvo, que el de Sanseverino osase pensar que él cometiese un tan grande sacrilegio: y el Papa deseaba en esta sazón darles capitania de gente de armas a los Ursinos: y procuraba que estuviesen unidos: porque el pueblo romano no se levantase. Como después desto Roberto Ursino vino a Francia, y el Papa procuró de reducirle a su obediencia, por medio de Juan Jordán, y Julio Ursino, como dicho es, Roberto se excusó con decir, que no podía faltar a lo que tenía ofrecido al rey de Francia: señalando, que él, y el obispo Colona eran una misma cosa: y el Papa trabajó por haberle a sus manos: pero él se volvió a Francia por la vía de Florencia: y tuvo mucho cuidado, porque el obispo se fuese a Nápoles: y el Próspero acabó con él, que se estuviese en Fundi: y le detuvo consigo: y quedó el Papa desto muy satisfecho, por el peligro en que se vio dentro de su casa. Es cierto que estuvieron en aquel tiempo las cosas de Roma tan alteradas, que si el visorey no se detuviera con el ejército en el condado de Bolonia, y por alguna necesidad se recogiera, quedaban en mucho peligro: y se temió de alguna gran novedad, y escándalo: porque ya en este tiempo el duque de Nemours tenía junta su gente: y hacía grandes aparejos para apresurar de salir a buscar el ejército de la liga: y el rey de Francia instaba continuamente para que diese la batalla: y trabajase por romper

a sus enemigos: y entregase las tierras de la Iglesia al cardenal de Sanseverino: y siguiese la vía del reino. Fue gran inconveniente estar el visorey consigo mismo dudoso: y no acabar de conformarse en una cierta, y segura deliberación: porque no se determinaba en la resolución que se había platicado, de detenerse en un fuerte, y dispuesto lugar, para entretener el tiempo algunos días de no venir a la batalla: y una vez pensó mudarse de Butri, donde estaba, hacia la Bastida: porque los enemigos hacía ademán, que habían de ir por aquella parte: y luego mudó de acuerdo, por parecer a algunos en su consejo, que era perder reputación, volver para tras: y así deliberó, como dicho es, de poner el ejército en el castillo de Butri, y en Variniano, que eran lugares del condado de Bolonia. Después postreramente se tornó a proponer en el consejo, que tomasen uno de dos caminos muy contrarios: el uno volver a la Bastida, y aposentarse en los lugares vecinos della: que eran Luco, Bagnacavallo, y Cotiniola: y el otro de reparar en Castel Güelfo, hasta entender lo que hacían los enemigos: y con la discrepancia, y diversidad, que había en los del consejo, andaba él muy vario, y dudoso: sin conformarse en una determinada deliberación, y propósito. En esta variedad de consejos, y pareceres, el conde Pedro Navarro ordinariamente seguía lo contrario, de lo que parecía a los otros capitanes: y por esto estaba el visorey en sí más incierto: y por el recelo de los inconvenientes que desto se podían seguir, temiendo el rey alguna mayor desorden, y que los enemigos no los hallasen desapercibidos, determinó enviar a Hernando de Valdés capitán de su guarda a su capitán general: con orden de lo que debía hacer. Por esto, cuando más iban las cosas adelante, menos reputación se ganaba por nuestro ejército: y conociendo el Papa, cuánto convenía que se acrecentase el número de la infantería, fue, no solamente contento que se pagasen los cuatro mil soldados italianos, que había mandado hacer, pero proveyó, que se acrecentasen capitanías, hasta ocho mil: y dio para ello luego el dinero: teniendo por cierto, que con esta gente, juntándose con el ejército de la liga, no solamente sería parte para resistir a los contrarios, pero cobrarían ánimo, para buscarlos, y poder los ofender.

Que el visorey procuró de reducir al duque de Urbino a la opinión de la liga: y de la tregua que el embajador Jerónimo Vic asentó entre el emperador, y la señoría de Venecia. LIX.

Cuando supo el Rey Católico la nueva de la vitoria, que el ejército francés hubo de los venecianos, que vinieron al socorro de Brescia, y cómo tornaron a cobrarla, acabó de entender, que según el tiempo, y el flaco fundamento con que se movió el ejército de la señoría, pareció claro, que no la podrían sostener: y que los franceses serían parte para remediarlo: pues eran señores del campo en aquella comarca: y tenían las fortalezas de Brescia: y por ellas llana la entrada para la ciudad. Como esto dio gran reputación al rey de Francia, y se temió, que según la natural condición de los italianos, había de hacer grande impresión en los ánimos de todos ellos, y siendo la pérdida de la señoría tan conocida, que necesariamente les convenía disminuir de la gente, con que habían de socorrer a los príncipes de la liga, pues no se determinaban de condescender a la concordia con el

emperador, considerándolo todo el rey, deliberó de enviar, como dicho es, a Hernando de Valdés capitán de su guarda, para que advirtiese al visorey, del fin que se debía tener en aquella empresa. Este caballero llevaba orden, que fuese primero al Papa, para asegurarle, que aunque era cierto, que el rey de Francia, después de aquella vitoria había procurado de asentar con él paz, si se le permitiesen quedarse con Bolonia, no lo había de consentir en ningún tiempo, sin que Su Santidad, y el rey de Inglaterra se concertasen juntamente. Enviábales a animar con grandes ofertas, porque no desconfiase: y tuviese por cierto, que estaba determinado de ayudar a defender el patrimonio de la Iglesia hasta que cobrase lo que le pertenecía: y se destruyese la cisma: y que por declarar más esta su determinada voluntad, y propósito, había mandado a su embajador, que residía en Francia, que se despidiese: y viniese luego a su corte. Con esto le enviaba a suplicar, que considerase cuán arduo, y grave negocio era aquél que tenían entre las manos: y cuánto importaba que se procediese en él con gran fundamento, y no ligera, ni aceleradamente: y en lo que a su parecer se debía atender ante todas cosas era, en que se conservase aquel su ejército: y en ninguna manera se aventurase: y que para este propósito se tuviese más respeto a la sustancia de lo que convenía seguir, que a la apariencia: hasta tanto que el rey de Inglaterra, y el ejército que él mandaba juntar en España, rompiesen por la parte de Guyena. Afirmaba que entonces serían forzados los franceses a sacar la mayor parte de la gente que tenían en Italia: pues la habría menester para defender lo propio: y que estrechando a un mismo tiempo por Lombardía, se podría proseguir la empresa con menos dificultad: y con seguridad mucho mayor: y que con este fin se daban gran prisa para juntar sus ejércitos, y poner en orden los aparejos necesarios para mover la guerra por esta parte: y entrar en Francia en ayuda de la causa de la Iglesia. Procuraba de persuadir al Papa, que quisiese más la vitoria cierta, y segura con alguna dilación, que por apresurarla, aventurar que se perdiese, y se les fuese de las manos: y no desconfiase por lo que había sucedido a los venecianos: pues gobernándose de la manera que ellos tuvieron en moverse, era cosa muy fácil de sucederles lo que pasó por ellos en Brescia: y que podría ser que aquello aprovechase para que se doblasen a firmar la paz con el emperador: y que debía trabajar el Papa, que no hubiese más dilación en la conclusión della. Que firmándose, o no firmándose, hiciese lo posible, para que tuviesen al emperador de su parte: y se hiciese con él muy estrecha unión: pues era todo el remedio para destruir la cisma: y para el bien de toda la empresa. Era con esto el rey de parecer, que se diese sueldo a seis mil suizos, que se había ya platicado que se hiciesen a común costa de la liga: y que si no se pudiesen haber, o no hubiese lugar de juntarse con su ejército, concluyendo lo de la unión con el emperador se tomasen seis mil alemanes: teniendo consideración, que por levantar alemanes no se perdiesen los suizos. Con esta orden fue Valdés a toda prisa: y al tiempo que llegó a Roma, estaba el Papa con harto recelo, así por las sospechas que tenía de Coloneses, como por haber ya entendido que el duque de Urbino no podía reducirse a su voluntad, para que dejase de concertarse con el rey de Francia: y pasarse a su ejército: y también porque el duque de Nemours estaba ya en gran pujanza: y temía que los nuestros no eran poderosos para defenderse. Sabía asimismo que los florentinos andaban en consultas de lo que les convenía hacer, cerca del paso, y vituallas que les

pedían los franceses para su ejército: y que Pandolfo de Petrucis estaba con harto temor que el duque de Nemours enviase alguna parte de su ejército a Siena, por la vía de Pontremol, que está hacia la Romaña, con fin que aquella ciudad, y su estado hiciesen alguna mudanza. Por estos temores estaba el Papa como atónito, y fuera de sí: y había harta sospecha que por su edad, e indisposición no le inclinasen a dar buena respuesta al cardenal de final, que hacía mucha instancia que se concertase con el rey de Francia: y para esto había enviado un hermano suyo, para que se declarase, y no aguardase el suceso. Mas él tenía tan gran odio a los franceses, que cualquier esperanza, por muy liviana que fuese, le desviaba de aquel pensamiento: y con la llegada de Valdés se confirmó más en su propósito: aunque no podía sufrir verse suspenso aquellos días entre tantos temores: y daba muy gran prisa, para que los venecianos fuesen requeridos que aceptasen la paz del emperador, como se había tratado: e hizoles otro nuevo protesto, que si no la admitían, los excluirían de la liga. Proveyó luego el Papa, que la gente de armas del duque de Urbino pasase al Sienés: y otra compañía que nuevamente se había hecho, cuyo capitán era Gentil Ballón, estuviese en orden con la infantería que tenía en el ducado de Urbino y en Perugia, y en las otras tierras de la Iglesia: para dar favor a las cosas de Siena, si el ejército francés pasase adelante. Como esto era casi en el mismo tiempo que los hombres de armas de las capitánías del duque de Urbino, que estaban en el ejército de la liga, se salieron por orden del duque, con color que no se fiaban de los españoles, y el Papa entendió que aquello se hacía con malvado trato de su sobrino, proveyó que la compañía de Gentil Ballón, y otra de Troilo Sabelo viniesen a nuestro campo: y envió a la madre del duque, para que procurase apartarle de aquel camino: y dejase de concertarse con los franceses: afirmando que sería la perdición de su casa: mas no bastó aquello, para que el duque no se declarase muy desvergonzadamente en favor del rey de Francia: y acometió de saltar al arzobispo de Santa Severina, que llevaba al campo de la liga treinta y cuatro mil ducados, para la paga de la infantería, de que se acrecentaba el ejército: y el arzobispo, teniendo aviso dello, se puso en Arimino en salvo. No paró el duque con esto: y puso cierta gente que rompiese las compañías de Troilo Sabelo, y de Gentil Ballón, que venían al campo de la liga: y con ellos se habían juntado Troilo de Espés, a quien el cardenal de Sorrento enviaba con veintiséis mil ducados para la paga de nuestra gente. Siendo público este tan perverso trato del duque, hallándose capitán, y vasallo de la Iglesia, y tan cercano deudo del Papa, envióle el visorey al obispo de Monopoli, y a don Beltrán de Robles, que era gran amigo suyo, para que le apartasen de un hecho tan feo: y que redundaba en su perdición, con tanta infamia: y dio alguna esperanza de reducirse, si el Papa le perdonase: y él lo tuvo por bien, porque no pasase adelante su rebelión. Estando las cosas en tanta turbación, porque no se rompiese en tal coyuntura con venecianos, que no querían aceptar el asiento de la paz, entendió el embajador Jerónimo Vic en firmar tregua entre el emperador, y la señoría: porque cada día se iba más estrechando la plática de la concordia entre el rey de Francia, y venecianos, a instancia de Juan Jacobo de Trivulcio, y por medio de Andrés Gritti. Éste estando aún detenido en Francia, aseguraba a la señoría, que aunque no se hubiese de tener esperanza por ellos, que el rey Luis les restituyese lo que se les había tomado, les favorecería, para que cobrasen lo que el

emperador les tenía: y fue gran ocasión para venir el embajador Vic en la tregua, entender, que estando los ejércitos de la liga, y de Francia juntos, y escaramuzando cada día, la gente que tenía la señoría no hacía ninguna cosa en beneficio de la empresa: y parecióle peligroso, que se dilatase más la conclusión de la tregua: por la cual dieron los venecianos al emperador cuarenta mil ducados: y porque el de Gursa fuese a Roma, a entender en la concordia entre ellos, le concedió el Papa con el capelo, coadjutoría del arzobispado de Salzburgo. Asentada la tregua, se respondió en nombre de la señoría a Ludovico Toscano, que fue enviado por la reina Isabel mujer del rey don Fadrique, que no podían concertarse con el rey de Francia, por haberse confederado con el Papa, y con el rey de España: y que estaban muy determinados de perseverar en procurar con todas sus fuerzas, la conservación de la unión de la Iglesia, y de la libertad de Italia. Diose en el mismo tiempo conclusión en acabar de concertar, que los suizos entrasen en la empresa de la liga: y dióseles el dinero que se les había ofrecido: y llevóse la paga para los seis mil que se habían tomado a sueldo de la liga: y poníanse en orden para acudir luego contra los cismáticos, en favor de la causa de la Iglesia.

De la orden que envió el rey a su general, y a los capitanes del ejército de la liga, para que sobreeseyesen de venir a la batalla con los franceses, hasta que se rompiese la guerra por Guyena. LX.

Antes desto partió de Roma Hernando de Valdés para el campo de la liga, a declarar al visorey, y a Fabricio Colona, y al conde Pedro Navarro, y al marqués de la Padula, y a los otros barones, y capitanes de aquel ejército, lo que llevaba por expresa orden, y deliberación del rey. Esto era, que atento que él se había puesto en aquella empresa, por ser tan santa, y justa, y por la obligación que para ello tenía, por el feudo del reino, había prevenido, cuanto en él era, que se hiciese con tal fundamento, y fuerza, que se pudiese con razón esperar por muy cierta, y segura la vitoria. Que para esto había también trabajado de traer al emperador a la concordia con la señoría de Venecia: y que se juntase con ellos en aquella liga: y se había hasta entonces diferido, por gran obstinación de los venecianos: porque estaba entendido, que si ellos la quisieran aceptar, se hubiera concluido, antes que el ejército comenzara a ejecutar ningún auto de guerra. Decía, que allende desto, para mayor seguridad de una tan grande empresa, en que tanto iba al bien de la universal Iglesia, se había concertado entre él, y el rey de Inglaterra, que entrasen juntos poderosamente por Guyena: y que aquello se haría muy brevemente: y le había diferido por causa del invierno. Que aquello, sin otra ayuda, sería bastante para hacer, que la fuerza, y pujanza de los franceses, quedase muy flaca, y débil: y entonces aquel ejército, con menos dificultad, y con mayor ventaja, podría por allá pasar adelante: y por esto decía el rey, que su parecer siempre fue, que si las cosas de Italia no ayudasen, para que la guerra se pudiese proseguir con seguridad, se procediese muy atentadamente: no aventurando el ejército, hasta que la guerra se rompiese por Guyena: pues aquélla sería la mayor ocasión, para divertir las fuerzas del enemigo, que otra ninguna. Por esta misma razón, cuando el cerco se puso

sobre Bolonia, el rey tuvo harto descontentamiento: porque aquello iba encaminado contra este su parecer, y fin: y no era en nada conforme a lo que convenía, para el bien de su empresa por muchos respetos: no embargante, que el Papa hubiese dado tanta prisa para que se hiciese: y como quiera que el rey sabía muy bien, que la infantería francesa, no siendo el mayor cuerpo de suizos, y alemanes, no era de tanto vigor, para dañar a la gente española, ejercitada en guerra, y no eran de tanta ofensa, y tenía creído, que aquel su ejército, según el esfuerzo, y valor que había en sus capitanes, y en los caballeros, y en toda la otra gente, serían bastantes para esperar la batalla, aunque fuese a tan gran número de gente, como tenían ya entonces junta los contrarios, pero toda vía les encargaba, que teniendo aquel presupuesto en sus ánimos, considerasen juntamente, que de la conservación de aquel ejército dependía todo el bien, y remedio de la Iglesia, y de toda Italia. Pues entendían, que tan en breve se esperaba tan gran ayuda, para sacar a los contrarios la mayor parte de su ejército, entretanto que el suyo, y el inglés se juntaba, para romper por Guyena, hasta que esto se efetuase, ellos entendiesen en gobernarse de manera, que en todo caso se conservasen: y si con esto pudiesen algo emprender, en que se ganase reputación, sin poner aquel ejército en aventura, ayudando las ocasiones, lo procurasen. Cuando esto no hubiese lugar, tuviesen siempre más cuenta a lo que convenía, para la conservación de aquel ejército, teniendo esto por el fin más principal, que a lo que pareciese darles más autoridad, y reputación: porque con este tenerse, conservando aquel ejército, tenían la vitoria muy cierta, sin derramamiento de sangre: y queriendo apresurar el hecho, y no hacer lo que convenía para conservarlo, sería ponerlo todo en muy evidente peligro. Para que esto se pudiese mejor conseguir, conociendo el rey la condición del Papa, les advertía, que no se debían curar mucho de la prisa que por allá les podría dar, porque se llegase al trance de la batalla. Porque al fin Su Santidad holgaría más de ganar, aunque fuese tarde, que perder temprano: y era mejor, y más seguro esperar a vencer por razón, y ordenadamente, que no por suerte, y ventura: y porque sabía, que entre el visorey, y Fabricio Colona, y entre los capitanes más señalados de aquel ejército había mucha división, y discordia, que suele ser ocasión de perderse grandes jornadas, mandó a Valdés, que en su nombre trabajase por concertarlos de manera, que cesase toda división, y diferencia: y estuviesen en la conformidad que se requería. Así mismo, como supo que el ejército francés estaba con mucha gallardía, y con gran pujanza, y que demás de la infantería francesa, había en él cuatro mil alemanes que tenían a su sueldo, y el de la liga era muy inferior en el número, envió a mandar al visorey, que solamente entendiese en entretenerse, y ponerse en parte, adonde estuviese seguro: y no le pudiesen quitar las vituallas: y aunque los contrarios quisiesen venir a batalla, no fuesen forzados los suyos de emprenderla. Mas puesto que por diversas vías mandó el rey, que se siguiese este fin, y por solo este efeto envió postreramente a Valdés, las cosas se encaminaron de suerte, que contra su orden, y voluntad se hubo de llegar a la jornada: aunque Valdés llegó con aquellos avisos, y consejos a tiempo, que pudieran aprovechar: y estando el real cerca de Faenza, a siete de abril, le mandó el visorey despedir: y no embargante esto, se halló en la batalla, que él quisiera excusar por orden del rey.

Que el ejército de la liga levantó su real, para socorrer a Ravena: y se dio la batalla cerca de aquella ciudad, entre los españoles, y franceses. LXI.

Había escogido el ejército de la liga el castillo de S. Pedro, en el condado de Bolonia, como está dicho, por ser buen sitio, y fuerte, para en cualquier suceso: y al principio fue con determinación de esperar allí los franceses, si quisiesen llegar a dar la batalla: porque la disposición del lugar ayudaba mucho a los nuestros: y parecíales, que retraerse más, fuera perder mucha reputación: y aquello era, según después pareció, lo que más les convenía. Estando en esta determinación, llegó el ejército del rey de Francia a presentarse a ocho millas del real: y esto fue a veintitrés de marzo: y los nuestros los esperaron en orden de batalla, con mucho deseo que la dieran allí, porque estaban en lugar ventajoso. Estaban el un ejército a vista del otro, a veintinueve del mes de marzo: y aquel día llegó Hernando de Valdés al castillo de San Pedro, donde estaba nuestro ejército: y si se cumpliera la orden, y mandamiento que llevaba del rey, no podía haber ido a mejor tiempo: y aquel día, y otros tres adelante se cumplió muy bien lo que el rey enviaba a mandar a su capitán general. También se detuvieron en aquel puesto los franceses, hasta el postrero de marzo: y aquel día se volvieron sin acometer de dar la batalla: y siguieron el camino de Ravena, con deliberación, según se entendió, de combatirla: porque de allí iba gran provisión a nuestro campo de vituallas: y tomaron el camino más bajo, dejando a las espaldas el Po, por donde habían de ser proveídos. Pareciendo al visorey, que debía salir al socorro de Ravena, luego mandó levantar el real de su fuerte: y fue en seguimiento de los franceses: caminando de continuo tres millas el un ejército del otro: y aquel mismo día murieron de los enemigos, y fueron presos hasta quinientos franceses en escaramuzas: y atajaron hasta doscientos estradiotes. Con este suceso, no solamente no se cumplió el mandamiento del rey, pero fueron los nuestros a buscar a los enemigos a sus alojamientos: donde la disposición de la tierra era tal, y tan fuerte, que el que primero se alojaba, viniéndole a buscar el otro, venía muy a su desventaja, y peligro. Fueron en su alcance asentando cada día su real, a vista de los enemigos: poniéndose siempre entre ellos, y el camino que llaman la vía romana, que es el camino real: teniendo su campo entre el de los franceses, y los lugares que importaba sostenerse: que eran Imola, Castel Boloñés, Faenza, Forli, y Cesena. Cuando entendieron los capitanes del ejército de la liga, que los franceses podrían llegar primero a Ravena, que estaba a veinte millas, debajo de la vía romana, fueron todos de parecer, que Marco Antonio Colona sobrino de Fabricio se adelantase, y caminase de noche, para ponerse dentro con cien lanzas de su capitanía, y con quinientos españoles: pues con la gente que ya estaba dentro, que eran don Pedro de Castro, con cien caballos ligeros, y Luis Dentichi con mil soldados italianos, serían poderosos para defenderla: y así se hizo. Otro día, que fue el Jueves Santo, como Ravena está mucho más abajo a la marina entre dos ríos, que ambos se pasan a vado, pudieron ganar los franceses la delantera, de suerte, que pusieron su campo sobre aquella ciudad, e medio de los dos ríos: y su artillería: y comenzaron aquel día a batirla a la tarde: y el día siguiente con gran furia le dieron combate. Había fortificado Luis Dentichi aquella ciudad lo mejor que pudo: y defendiéronla los de

dentro con mucho ánimo valerosamente: y no sin mucho daño de los enemigos: combatiendo Luis Dentichi sobre los reparos: y habiéndole muerto en ellos un hermano, nunca cesó de combatir: hasta que fue herido de la artillería: y murió otro día, con loor de muy valeroso capitán, y caballero. Teniendo el visorey aviso desto, acordó de pasar con el ejército a Ravena: tomando el río que se dice Ronco, a la mano izquierda, que bate con el muro: con fin de asentar su real al un lado de la ciudad, en lugar fuerte: para que en aquel puesto tuviesen el rostro a los enemigos, e hiciesen espaldas a la ciudad, o la socorriesen: porque como se llegase allí, entendía, que cada una destas cosas estaba en su mano. Con esta determinación se asentó el real el Sábado Santo, a dos millas de Ravena, a vista del campo de los enemigos: que estaba en medio del nuestro, y de la ciudad: aunque el uno de los ríos dividía los unos de los otros. Los franceses, que ya habían tentado diversas veces de combatirla, como no la pudieron entrar, recogieron su artillería, y dejaron tres mil infantes, con dos piezas asentadas contra la ciudad, en su mismo reparo: y salieron al río, que se pasaba a vado, para esperar que pasase el ejército de la liga: y porque le vieron parado, ellos se volvieron a su fuerte. Tenía el ejército francés aquel día, según algunos afirman, veinticuatro mil infantes, entre franceses, gascones, alemanes, e italianos, con la gente del duque de Ferrara: y dos mil hombres de armas, y más de dos mil caballos ligeros, y cincuenta piezas de artillería: y el ejército de la liga, que en la fama era de dieciocho mil infantes, no llegaba en lo cierto con mucho, a la mitad en los españoles: y tenía cuatro mil italianos: y la gente de armas era hasta setecientos de las capitanías de España: y quinientos italianos, y mil caballos ligeros españoles, y otros mil italianos: y veinticuatro piezas de artillería. Estando los ejércitos tan juntos, fue Fabricio Colona de parecer, que pues Ravena no se podía perder, sin mayor pérdida de los enemigos, porque queriéndola combatir, ellos les estarían a las espaldas, y si la entrasen, serían rotos, pues necesariamente se habían de desordenar, hiciesen su fuerte en aquel lugar, adonde les podían llegar las vituallas seguras: y los enemigos padecerían hambre sin remedio. Mas el conde Pedro Navarro, que tuvo tema de ser siempre de opinión contraria de Fabricio, no teniendo tanta cuenta con seguir una cierta razón, y tenor en su parecer, quanto en no admitir otro ninguno, que no fuese el suyo, enemigo del consejo ajeno, aunque fuese el mejor, y muy arrimado, y protervo contra los que más lo entendían, tuvo por pundonor, que se prefiriese el parecer de Fabricio: y persuadió al visorey, que mandase luego pasar el ejército una milla más adelante, adonde había un fuerte alojamiento: y el conde movió con su infantería sin detenerse. Pusiéronse con esta orden, que Fabricio tenía la avanguardia, en que había ochocientos hombres de armas, y seiscientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes: y el visorey se quedó con lo mejor del ejército, así de la infantería, como de gente de armas, y caballos ligeros: e hizo dos escuadrones: que quedaron a su cargo, y del conde Pedro Navarro, en que estaba junta toda la flor de su ejército, así de caballos, como de la gente más escogida. En esto el visorey mandó llamar a Fabricio, y al conde de Monteleón, y les dijo, que moviesen: y respondióle Fabricio, que aquello no se podría hacer sin pelear: y que era mucho de considerar: porque estaba ya todo el campo de los franceses puesto en orden de batalla: y el visorey persistió en aquello: y mandó mover con su ejército, y bajar cerca de Ravena, para tomar el un lado

della. Estando para mover, y los dos ejércitos juntos a una milla y media el uno del otro, salieron dos escuadrones de lanzas francesas: y echaron delante algunos hombres de armas, y caballos ligeros, para que hiriesen en algunos de caballo de nuestro campo, que estaban ya desta parte del río: y mezclóse entre ellos una buena escaramuza. Poniéndose ya todos en armas, pasaron muchos de los nuestros a socorrerlos: pero con tanta desorden, que hubo de pasar también Fabricio, para que se recogiesen: porque se emprendía la batalla desta parte del río, con gran ventaja de los franceses. Tardó esto tanto, que por aquella tarde no se pudo levantar el real: y estaban los enemigos, según después se entendió, con determinación de combatir a Ravena: y como por los combates pasados entendieron, que había dentro muy gran resistencia, y que era muy difícil la entrada, y peligrosa, mudaron de acuerdo: y deliberaron de seguir una de dos cosas: o partir con todo el ejército, por el camino, adonde estaba nuestro campo, para dar la batalla, en caso que saliesen a ellos, o si se detuviesen en su fuerte, pasar su camino adelante la vía de Bolonia. El día siguiente, que fue el Domingo, y fiesta de la Pascua de Resurrección, acordó el visorey de mover con su ejército por la mañana, e ir lo más que pudiese acostado al río, hallando dónde hacer su fuerte: y como todavía estuviere en aquella determinación, Fabricio, y el marqués de la Padula, que eran de contrario parecer, procuraban, que ya que no quería mudar de consejo, partiese al alba, una hora antes del día, sin estruendo, ni son de trompetas: para efeto que se hallase en parte, que queriendo pasar los franceses, les pudiesen mejor defender el paso: pero no lo tuvo por seguro consejo. A la mañana, siendo ya de día, tocaron en nuestro campo las trompetas del capitán general: y todos se pusieron en armas: y lo mismo hicieron los franceses, que estaban ya en su ordenanza, y tan cerca, que no sólo se sentían, pero se devisaban: y porque de nuestro real, hasta una puente que ellos tenían, había cerca de una milla, antes que llegasen los nuestros con su artillería, y con sus escuadrones, habían pasado la mayor parte de su gente aquella puente, que tenían junto de su fuerte: de suerte, que si los nuestros movieran antes del día, y sin el estruendo que se acostumbra, no pudieran los contrarios pasar a tiempo, sin que les tuvieran mucha ventaja. Quiso gobernarlo el conde Pedro Navarro de suerte, que hizo el principal fundamento de la infantería española, como a la verdad tuvo en aquello razón, por ser la más escogida gente, y mejor que hubo en aquellos tiempos: y parecióle de aventurarla contra todo el ejército junto de los enemigos: lo cual se tuvo por gran temeridad, y desatino. Comenzó a jugar la artillería de todas partes: y como quiera que la nuestra al principio les hizo mucho daño, porque se asentó primero en el bosque de Sabina, que por el un lado descubría a los enemigos, y cuando su avanguardia fue a pasar el Ronco, disparó toda junta, e hizo gran destrozo en ella, y se desbarató también su batalla, mas la de los enemigos, después que se puso en orden, por ser doblada que la del campo de la liga, y asentarse en la otra ribera del río, en lugar más abierto, y tendido, sobre la parte de nuestro campo, por el lado, y frente dél, hizo grandísimo daño en toda la gente de armas, que no tenía ningún reparo: y esto duró pasadas dos horas. Visto el estrago que hacía la artillería de los franceses, fue Fabricio de parecer, que el marqués de Pescara arremetiese con los caballos ligeros contra los enemigos: sólo por dar comienzo a la pelea: porque nuestra batalla era muy atormentada de la artillería francesa, por el lado, y

frente: y no se dio lugar a ello. Antes el visorey, porque eran muy inferiores en el número, mezcló con la avanguardia parte de la infantería: y después ordenó, que siguiese la batalla de la gente de armas, y la retaguarda: y mandó al conde de Monteleón, y a Alonso de Carvajal, que acometiesen con la retaguarda: y lo mismo proveyó que hiciese con la batalla el marqués de la Padula. Afirmaba Fabricio, que esto se hizo, sin tener él dello noticia: y reconociendo, que iban aquellos dos escuadrones a romper con los enemigos, que estaban ya juntos de la otra parte del río, y puestos en buena orden, entre las riberas del Ronco, y del otro río que llaman Sabio, en un llano, que se dice Sobreclase de Ravena, junto con el bosque, adonde se había asentado la artillería española, y que a su parecer debieran retraerse, por el daño que recibían de la artillería, buscó al conde Pedro Navarro, para que todos juntos moviesen a la batalla. No quiso el conde seguir el consejo de Fabricio: ni moverse de donde estaba: pretendiendo, según se tuvo por cierto, que se atribuyese a los españoles la gloria del vencimiento: y así se comenzó a mezclar la pelea entre la gente de armas, y caballos ligeros de ambos ejércitos. Entonces entró en la batalla la infantería española, con el mayor ímpetu, que se vio en aquellos tiempos: y rompió con la infantería tudésca, y francesa: llevando a las espaldas trescientos hombres de armas españoles, que se pudieron recoger: y tomó la delantera, con la más escogida gente, el conde Pedro Navarro: y juntáronse con él el coronel Zamudio, y algunos otros capitanes: y de los más diestros, y valientes, que había en todo el ejército. Al tiempo de romper la infantería española, y tudésca, el coronel Zamudio, que salió de los primeros en la primera hilera, a recibir a los enemigos, viendo partir un capitán alemán, el cual escribe Francisco Guicciardino llamarse Jacobo Empser, que le desafiaba, como a prueba, y ensayo de su valentía, adelantóse buen trecho de los otros: y refieren que dijo antes. «Oh rey, cuán caras nos cuestan las mercedes: y qué bien se hacen servir: y cuán bien se merecen en tales jornadas como éstas»: y terciando su pica, arremetió para el tudesco, y derribóle muerto. Comenzóse la batalla a gran furia por la infantería: y fue tan reciamente combatida, que con ser la ventaja que tenían los enemigos muy conocida, pasaron por ellos, haciendo muy gran estrago: y siendo la pelea entre ellos, y los alemanes muy cruel, los rompieron los nuestros: y murieron más de tres mil: y con aquella furia pasaron por los gascones, sin hallar en ellos, ni en los italianos ninguna resistencia: de tal suerte, que de los primeros encuentros fueron vencidos, y muertos los más de los tudescos: que era la fuerza de la infantería francesa con sus capitanes. Pasando más adelante haciendo gran estrago en los enemigos, desbarataron, y pusieron en huida toda la guarda de la artillería: y fue ganada por los nuestros: y según se tuvo por cierto, si en esta sazón la retaguarda española, y la caballería estuviera firme en socorro de la infantería, sin duda ninguna nuestro ejército quedaba vitorioso, con grande gloria. Comenzó en aquel punto toda la gente de armas francesa a pelear con nuestra infantería: y viendo el duque de Nemours, y los otros capitanes franceses, que se hacía mucho daño en su escuadrón, juntaron hasta setecientas lanzas, de la más escogida gente de armas: y reconociendo que los nuestros iban muy vitoriosos, como gente desesperada, posponiendo la vida, arremetieron para ellos por romperlos: y aunque los acometieron por las espaldas, guardaron los nuestros su orden: y pelearon con tanto esfuerzo, y concierto, como si

entonces comenzara la batalla: y continuaron en ella por gran espacio el duque, y los capitanes franceses que con él se hallaron. Estando los nuestros muy cansados, y fatigados, y no siendo socorridos de la gente de caballo, fue cargando siempre sobre ellos mucha gente de refresco, por defender el campo: y en este trance fueron desbaratados, y hubieron de recogerse: y allí fueron muertos Zamudio, y otros capitanes. Habíanse defendido los franceses del río a su mano izquierda, por no encontrar con nuestra avanguardia de la caballería: que les pareció lo más fuerte del campo de la liga: y por allí se comenzó a romper contra los nuestros de la batalla, y retaguarda: y por verse apartados de la otra parte del ejército, no pudieron excusar el rompimiento: y según parece por algunas relaciones, los marqueses de Pescara, y de la Padula, y Carvajal pelearon tan valerosamente, que rompieron la avanguardia de los enemigos: y les hicieron perder las banderas. Siguiendo ellos esta vitoria, como los reconocieron los franceses, y vieron que iban apartados de la otra parte del ejército, cargaron sobre ellos con la gente de armas con tanta furia, que los echaron del campo: y siendo herido el caballo del marqués de Pescara, quedó en él por muerto. Viendo Fabricio el daño que recibían, y que perdían el campo, movió con la avanguardia hacia aquella parte, porque se recogiesen a ella los que iban huyendo: pero no pudieron así recogerse, que no siguiesen la vía de Cesena: y por no dejar la infantería, volvió Fabricio al lugar donde primero estaba: porque la ya avanguardia francesa de caballo, y toda la infantería que les quedaba, los combatía por todas partes: y entonces la mayor parte de nuestra avanguardia se puso con los otros en huida: y fueron allí muertos de la artillería, don Jerónimo Loriz, y Diego de Quiñones. Pero don Juan de Cardona, y el prior de Mesina, y algunos capitanes que estaban con Fabricio, volvieron con él adonde estaba la infantería: y hallaron con ella al conde de Monteleón, que procuraba de recoger algunos hombres de armas: pero no pudo, y deteniéndose en esto, fue preso. Mas entonces ya toda la infantería francesa, y su gente de armas movieron contra la infantería española, que quedaba peleando en el campo: y siendo ayudados de la otra parte de la infantería, que estaba con la avanguardia, pelearon tan fieramente, que fueron poderosos a sostenerse, y resistir a toda la fuerza junta de los contrarios, de tal suerte, que se hizo mucho estrago en ellos: y fue forzado que la gente de armas francesa se retrujese. Pusiéronse con tanta furia los españoles por los enemigos, y hacían tanto daño en ellos, que se tuvo esperanza de la vitoria. El duque de Nemours en aquel trance, teniendo ya entendido que no les quedaba otro recurso, para que no perdiesen todo lo que tenían en Italia, sino quedar con la vitoria, y señores del campo, viendo el estrago que se hacía en los suyos, por no ver mayor ignominia, con ánimo grande, y de príncipe muy generoso, y que no sabía sino vencer, aventuróse como un soldado al mayor peligro: y pospuso la vida. Señalándose en el mayor peligro sobre todos los otros, pareciéndole que iban ya los suyos de vencida, y que tenían perdida la jornada, determinó de morir: y púsose con algunos hombres de armas por la infantería, adonde la batalla era más cruel: y siendo derribado del caballo, fue muerto por un soldado español: sin aprovecharle decir, que mirase, que tenía por prisionero a Gastón de Foix hermano de la reina de Aragón: y lo mismo aconteció a los más principales, y señalados capitanes que se hallaron con él. Perseverando desta manera en la batalla todos los soldados de la avanguardia,

contra toda la mayor fuerza de los enemigos, fueron los más muertos: y Fabricio se fue recogiendo con el resto de la infantería: aunque quedaban tales los enemigos, que se tuvo por cierto, que si se hallaran allí otras doscientas lanzas, no dudaran de alcanzar otra vez la esperanza de la vitoria. Pero habiéndolos dejado toda la gente de armas, sin que quedase ninguno, hasta mil soldados italianos que tenían consigo, jamás se quisieron mover, sino para huir. Finalmente teniendo todo el ejército de los enemigos junto en medio la infantería española, que quedaba, y a Fabricio con los caballeros, que estaban con él, hicieron en ellos muy gran matanza: y así les dejaron el campo hasta tres mil españoles, que bajaron por la ribera del río: y en esto se señalaron de muy valerosos don Francisco de Urrea hermano del conde de Aranda, y el capitán Juan Navarro, que era un muy valiente soldado, y otros capitanes: y a vista de los enemigos se recogieron con sus banderas tendidas. Fabricio con la caballería no se pudo poner en salvo, ni recogerse entre aquella infantería: y fue herido de dos heridas: y cayó con el caballo, y fue preso por la gente del duque de Ferrara. Así quedaron los franceses, por la gran ventaja que tenían en el número de gente, señores del campo: y fue con tanta pérdida, y estrago de su gente, que la que quedó, no se podía llamar ejército: y parecía como la culebra que vive partida por medio: y estaban los que se escaparon de aquella furia, señaladamente la gente de caballo, tan mal parados, que no solamente no se atrevieron a seguir el alcance, pero no pudieron. Porque los nuestros pelearon de manera, que para que tuvieran cierta, y segura la vitoria, no les faltó sino que hubiera tal orden que todos pelearan juntos, como lo hicieron los contrarios: que siguieron tan buen concierto, que todos en un mismo tiempo pelearon cada vez con la una parte de nuestro ejército: tomándolos apartados, y divididos: y con todo esto fueron casi rotos, y vencidos de cada una parte: y quedaron tales, que aunque los españoles dejaron el campo, de muy fatigados de pelear, en cinco horas que duró la batalla, los franceses no se pudieron mover. Hicieron los villanos de la tierra otro día tanto robo en ellos, que fue poco menos que en los carruajes de nuestro campo: el cual pusieron a saco. Desta manera, aunque quedaron los franceses señores del campo, lo cual a pocos dellos pudo causar mucha ufanía, hubieron aquella jornada tan triste, y sangrienta, que el daño, y estrago, que padecieron, fue sin comparación muy mayor, que el de los nuestros: porque de nuestra gente de caballo se perdió poca, fuera de la que murió de la artillería: y se recogieron aquella noche en Arimino, y Ancona hasta tres mil entre hombres de armas, y caballos ligeros: y se pusieron en salvo, según se afirmaba, más de cuatro mil infantes españoles: porque el día de la batalla, según se tuvo por cierto, no se hallaron en ella ocho mil: por haberse puesto en guarniciones algunas compañías en los lugares de la Iglesia. Mas cuanto al número de los muertos, se halla mucha diversidad entre los que escriben el suceso desta batalla: como acaece ordinariamente entre los autores, que quieren señalarse en dibujar por menudo un hecho tan grande como éste: y más siendo de diferentes lenguas: no pudiendo eximirse de la afición que cada uno muestra a su propia nación: que es lo que cada día va más infamando la historia. De donde resultó, que escribiendo diversos autores el suceso desta jornada, alemanes, italianos, y franceses, queriendo cada uno representar con gran artificio de palabras, y con mucha elegancia, todo lo que pasó en una batalla tan cruel como ésta, vienen a ser

entre sí tan discrepantes, y diferentes, como si tratasen de diversos casos. Un autor alemán afirma, que murieron nueve mil españoles: siendo cierto, como dicho es, que no se hallaron tantos el día de antes en el campo: y éste que excede tanto en esta parte, lo modera por otra vía con decir, que se halló por cierta investigación, que murieron de ambos ejércitos poco más de doce mil: y otro también extranjero, pone por constante, que murieron más de dieciocho mil: casi en igual número de los unos, y de los otros. Nuestros autores se conforman con éste en el número de los dieciocho mil: puesto que afirman haber sido doblada pérdida la de los contrarios. Pero es de maravillar, que en las cartas que el rey mandó escribir de la nueva desta batalla, se refiere, que por los alardes que se hicieron por diversas partes, de la gente que quedó de nuestro campo, se averiguó, que faltaron, y murieron de los nuestros, entre la gente de pie, y de caballo menos de mil quinientos: y que era cierto, que del ejército de los franceses murieron pasados de doce mil. Cuando salió el visorey de la batalla, bajó a la marina a Pésaro: y de allí pasó a Ancona, para recoger la gente que pudiese: y también se escaparon el duque de Trageto, el conde del Populo, Alonso de Carvajal, y Antonio de Leyva: el cual en la batalla hizo su deber, como buen caballero: y mudó dos caballos, y ambos le fueron muertos de la artillería: y don Juan de Guevara hijo del conde de Potencia, Ruy Díaz Cerón, y el capitán Hernando de Valdés. Los capitanes españoles que murieron fueron éstos: don Juan de Acuña prior de Mesina, don Jerónimo Loriz caballero principal del reino de Valencia hermano del cardenal don Francisco Loriz, Pedro de Paz capitán muy señalado en la conquista del reino, Diego de Quiñones, Alvarado, Jerónimo de Pomar hijo de Carlos de Pomar señor de Sigiúés, que era teniente de la compañía de hombres de armas de Gaspar de Pomar su tío: y los coroneles Zamudio, y Juan Díaz de Aux, y de Armendárez, y los más de los capitanes de la infantería. Fueron presos el cardenal de Médicis legado de la Iglesia, Fabricio Colona, y el marqués don Hernando de Ávalos su yerno: hijo de don Alonso de Ávalos marqués de Pescara, el conde Pedro Navarro, que fue mal herido en la batalla, don Juan de Cardona hermano del marqués de la Padula que murió en Ferrara, siendo mal curado de las heridas, en el cual perdió el rey un gran servidor, y un muy valeroso capitán, el conde de Monteleón, Gaspar de Pomar, Hernando de Alarcón, y los marqueses de Bitonto, y de la Atela, que era hijo del príncipe de Melfi, y Fabricio de Gesvaldo hijo del conde de Conza: y otros muy señalados caballeros. Todos éstos fueron traídos a Milán: ecepto Fabricio, don Juan de Cardona, y Alarcón, que los llevaron a Ferrara. Del ejército de Francia murieron su general el duque de Nemours, el señor de Alegre, y un hijo suyo: el señor de la Grotta, y Chatillon, que eran los más principales: y no se escapó hombre de gran estima, sino el duque de Ferrara, Lautrec, y el señor de la Paliza: y de los capitanes de la gente de armas murieron Melardo, Juanoto Monbrión, el barón de Coses, y otros muchos: y de doscientos gentileshombres de la guarda del rey no escaparon treinta: y de doce capitanes de la infantería tudésca murieron los nueve. Con gran razón esta batalla queda muy celebrada en la memoria de las gentes: pues fue una de las más fieras, y crueles, y la más sangrienta, y de mayor estrago que se vio en Italia en muchos siglos: y no se peleó tan solamente con la arremetida, e ímpetu que se acostumbra en la guerra que se hace en estos tiempos, cuando en un momento concurren a declararse la pérdida, y el

vencimiento: antes se sostuvo por tan largo espacio, que mostraron bien los capitanes aprovecharse en lo que pudieron, de grande uso, y ejercicio de las armas. Túvose por cierto que se juntaron las dos cosas, que pusieron al visorey en necesidad para dar la batalla, contra la orden que tenía del rey: y fue haberle escrito de Roma diversas veces, que no se podían sustentar las cosas, ni bien asegurarse aquella ciudad de algún gran levantamiento, si el ejército de la liga se retrujese: y también que se pusieron en parte, que cuando se acercaron, la artillería de los enemigos les hacía tanto daño, que forzosamente habían de llegar a las armas. Así pareció después que el propio retraerse, había de ser a Ravena: donde no les podían quitar las vituallas: y pudieran seguramente esperar las cosas que había de divertir las fuerzas de los enemigos: pues deteniéndose allí, no pudieran pasar los franceses: y no pasando, aunque ganasen alguna reputación, y los nuestros la perdiesen, por esta causa no ganaban la empresa: y cada día esperaban verse en mayor necesidad: y de no seguirse este camino, se juzgó por los que bien lo entendían, haber sucedido todo el daño: porque no se retrayendo el ejército de la liga a Ravena, y pudiendo después los franceses tomarles las vituallas, como lo hicieron, poniéndose sobre Ravena, tomándola, era necesario que viniesen los nuestros a la batalla con mucha desventaja suya. Pero el mayor error que se entendió haber hecho el visorey, y de que más pudo ser notado con razón, fue dar demasiada autoridad al conde Pedro Navarro, en un hecho tan grande: y no gobernar las cosas en conformidad de tan excelentes personas, como allí se hallaban, cuanto le fuera posible. El duque de Trageto, Carvajal, y Antonio de Leyva; escapándose de la batalla, fueron a Cesena: y deliberaron de juntar allí la más gente que pudiesen, para reparar el ejército: y fueron avisados por Jacobo Masín, que era capitán de Cesena, que por orden del pueblo se había acordado de recibir dentro a los franceses: y les avisó para que se saliesen: y fueron allí despojados: y tomaron la vía del reino: entendiendo que importaría hallarse en él: porque no se podía creer, que los franceses quedasen tan deshechos, que no prosiguiesen adelante con la vitoria. Mayormente que ya los llamaban de los lugares del Papa: y robaban, y perseguían a todos los que se escaparon del campo de la liga. Estando en Roma Carvajal, y Leyva, procuraron que se proveyese de armas, y dineros, para reparar la gente que se había escapado: y Jerónimo Vic, con orden del Papa, envió aquellos caballeros a Urbino, para que tratasen con el duque, que se declarase en favor de la liga: porque habiéndose ya declarado por el rey de Francia, impidió el paso a Troilo Sabelo, y a Gentil Ballón, que venían con sus compañías de gente de armas a juntarse con el ejército de la liga: y después pasaron a Ancona, donde estaba el visorey. Los franceses vencida la batalla, como quedaron señores del campo, y con tanto daño, a ninguna cosa pudieron arriscarse, ni se atrevieron, sino a acudir a Ravena, siendo la mayor fuerza que llevaban el apellido de la vitoria: y luego los del pueblo salieron a rendirse, sin ponerse en defensa: y fue con condición, que no se les hiciese ninguna injuria: lo cual ofreció Federico de Sanseverino, que iba por legado del ejército francés, por el colegio de los cismáticos: en nombre del concilio pisano. Pero siendo los franceses dentro de la ciudad, no quedó ningún género de crueldad, que no se ejecutase en los templos, y monesterios: y en los vecinos, y gente que estaba en su defensa: a la cual siempre los emperadores, y pontífices tuvieron gran respeto, como a lugar, que mucho tiempo fue uno

de los principales palacios del Imperio: y después de su caída, cabeza del Hexarcado. Marco Antonio Colona, y don Pedro de Castro salieron con la gente que tenían en la ciudadela de la roca de Ravena: y la dejaron por partido: y fueron a Sesena: y de allí la vía de Ancona: adonde se juntó la mayor parte de la infantería española, que se escapó de la batalla.